

JOHN DICKSON CARR

# *El que susurra*

UNA MUJER HERMOSA...  
UN APETITO PROHIBIDO...

**¡ASESINATO!**



Lectulandia

El que susurra (*He Who Whispers*) es una novela de vampiros del escritor norteamericano John Dickson Carr, publicada en 1946. El que susurra mezcla dos géneros en apariencia irreconciliables: el cuento de vampiros y el relato de detectives. John Dickson Carr inicia su novela narrando un crimen aberrante, que indica un origen sobrenatural, quizás un vampiro que recorre la ciudad al amparo de la noche, para luego desentrañar el misterio y echar una luz racional sobre los móviles del crimen, menos relacionados con el vampirismo que con los ejemplos habituales de una psiquis perturbada.

**Lectulandia**

John Dickson Carr

# **El que susurra**

**ePub r1.0**

**Insaciable 21.08.13**

Título original: *He Who Whispers*  
John Dickson Carr, 1946  
Traducción: Clara de la Rosa  
Retoque de portada: alnoah y Piolin

Editor digital: Insaciable  
Editor original: chungalitos  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## CAPÍTULO PRIMERO

**U**NA cena en el Murder Club<sup>[1]</sup> —nuestra primera reunión en más de cinco años — tendrá lugar en el Restaurante de Beltring el viernes 19 de junio a las 8.30 p, m. El orador será el profesor Rigaud. Hasta ahora no se han admitido invitados, pero si usted, mi querido Hammond, quisiera venir como mi convidado...

Eso, pensó él, era un signo de los tiempos.

Cuando Miles Hammond, que venía por la avenida Shaftesbury, dobló en Dean Street, caía una ligera lluvia, mejor dicho una llovizna pegajosa. Aunque mal se podía calcular, dada la oscuridad del cielo, serían aproximadamente las nueve y media. Estar invitado a una cena del *Murder Club* y llegar allí casi con una hora de retraso, era algo más que una simple descortesía, por buenas que fuesen sus razones; su tardanza era de un infernal e imperdonable descaro.

Sin embargo, Miles Hammond se detuvo al llegar al primer recodo en donde Romilly Street se prolonga hasta los arrabales de Soho. Era un signo de los tiempos aquella carta que tenía en su bolsillo. Un signo de este año de mil novecientos cuarenta y cinco en que la paz se insinuaba sobre Europa, y para la cual él no estaba preparado.

Miles miró a su alrededor en la esquina de Romilly Street: tenía a su izquierda la pared del costado este de la iglesia de Santa Ana. El muro gris, con su gran ventana redonda, se elevaba casi intacto; pero no había vidrios en la ventana, y nada había detrás, excepto una torre grisácea que se divisaba a través de aquella. En el sitio donde los fuertes explosivos habían hecho grandes destrozos a lo largo de Dean Street, formando un caos con los entarimados de las casas, las ristas de ajo arrojadas a la calle, los vidrios rotos y el polvo de las bombas, se había construido ahora un limpio depósito de agua, rodeado de alambre de púas para que los niños no se cayeran y se ahogaran. Pero bajo la lluvia murmurante quedaban las cicatrices. En la pared este de Santa Ana, exactamente debajo del vano de aquella ventana, había una placa conmemorativa del sacrificio de los que murieron durante la última guerra.

¡Irreal!

No, se dijo a sí mismo Miles Hammond, de nada servía calificar este sentimiento de morbosos, imaginario o producido por el estado nervioso de la guerra. Su vida entera, ahora, tanto en la buena como en la mala fortuna, era irreal.

Hacía largo tiempo que había ingresado en el ejército, con la sensación de que se desmoronaban sólidas paredes y de que, de cualquier forma, había que hacer algo. Sin heroísmo, se envenenó con los gases tóxicos desprendidos de los tanques, que son tan mortales como todo cuanto arroja el enemigo. Durante dieciocho meses estuvo postrado en una cama de hospital, entre ásperas sábanas blancas, mientras las horas pasaban con tanta lentitud que se perdía la noción del tiempo. Cuando los

árboles recuperaron una vez más sus hojas, le comunicaron que el tío Charles había muerto, tan cómodamente como había vivido, en un seguro hotel de Devon, y que él y su hermana habían heredado todo.

¿Le había molestado siempre no tener dinero? Ahora tenía cuanto podía desear.

¿Le había agradado siempre aquella casa de la New Forest, con la biblioteca del tío Charles incluso? ¿Era suya!

Aun más que por estas cosas, ¿lo había anhelado para verse libre de la sofocación de la muchedumbre, de la fuerte opresión de los seres humanos tal como la presión física de los viajeros atestados dentro de un ómnibus? ¿Podía ahora verse libre de reglamentaciones, con espacio para moverse y volver a respirar? ¿Para tener libertad de leer y soñar, sin la sensación del deber para con alguien o para con todos? Todo esto también sería posible si de una vez terminara la guerra.

Entonces, boqueando hasta los últimos momentos como un *Gauleiter* que traga veneno, la guerra había terminado. Miles salió del hospital, un poco débil, con su licencia militar en el bolsillo, encontrándose con un Londres todavía oprimido por las privaciones; un Londres con largas colas, con ómnibus desorganizados, con fondas vacías; un Londres en el que se encendían las luces de las calles e inmediatamente se las apagaba para economizar combustible, pero un Londres al fin libre del peso intolerable de las amenazas.

La gente no celebró aquella victoria históricamente como a los periódicos, por una razón u otra, les agrada decirlo. Los noticieros presentaron sólo una migaja de la inmensa superficie de la ciudad. Miles Hammond pensaba que, como él, la mayor parte de la gente se sentía un poco apática porque aún no podía creer que fuera cierto.

Pero algo se despertó en lo más hondo de los corazones de los seres humanos cuando los resultados del cricket reaparecieron en los periódicos y las cuchetas desaparecieron del subterráneo. Hasta las instituciones de tiempos de paz como el *Murder Club*...

—¡Así no se va a ninguna parte! —dijo Miles Hammond, al encajarse sobre los ojos el sombrero que chorreaba, y dobló a la derecha por Romilly Street en dirección al restaurante de Beltring. Ahí estaba, a la izquierda, con sus cuatro pisos otrora pintados de blanco y aún ligeramente blanquecinos en la penumbra. A lo lejos, un ómnibus tardío retumbaba en Cambridge Circus haciendo trepidar la calle. Las ventanas iluminadas hacían frente a la llovizna que parecía golpear allí más ruidosamente. Como en los mejores tiempos, estaba el botones uniformado a la entrada del restaurante de Beltring.

Pero no se entraba por la puerta del frente para asistir a una cena del *Murder Club*. Había que dar vuelta en la esquina hasta la entrada lateral de Greek Street. Pasando una puerta baja, y subiendo un tramo de escalera cubierto por gruesa alfombra (según la leyenda popular, ésta fue antaño la discreta vía de entrada de la

realza) , se llegaba a un corredor del piso alto que tenía a su largo las puertas de las habitaciones privadas.

A mitad de camino, mientras subía la escalera, Miles Hammond tuvo un momento de verdadero pánico al oír apenas aquel murmullo amortiguado, característico de un restaurante alegre.

Esa noche estaba invitado por el doctor Gideon Fell, pero a pesar de ser un invitado, no dejaba de ser un extraño.

La leyenda de este *Murder Club* se hizo tan famosa como las hazañas de aquel vástago de la realza cuya escalera privada Miles ascendía ahora. El número de miembros del Club se limitaba a trece: nueve hombres y cuatro mujeres. Los nombres de sus socios eran famosos en leyes, en literatura, en ciencias y en arte. Algunos tanto más célebres cuanto que lo eran sin pretensiones. El juez Coleman era socio, también lo eran el toxicólogo doctor Banford, el novelista Merridew y la actriz Ellen Nye.

Antes de la guerra acostumbraban a reunirse cuatro veces al año, en dos habitaciones privadas del Restaurante Beltring, siempre reservadas para ellos por el mayordomo Federico; había una exterior, con un bar improvisado, y otra interior para la cena. En la última, en la que Federico, en esas ocasiones, colgaba siempre en la pared el grabado de una calavera, estos hombres y mujeres, tan solemnes como criaturas, permanecían hasta altas horas de la noche discutiendo casos criminales que habían llegado a ser clásicos.

Con todo, aquí estaba él, Miles Hammond...

¡Calma!

Ahí estaba él, un extraño, casi un impostor, con su sombrero e impermeable empapados, que goteaban al subir la escalera de un restaurante en el que antes rara vez había podido permitirse el lujo de comer. Llegaba escandalosamente tarde y se sentía muy desaliñado y mísero, dándose ánimos a sí mismo para enfrentar los estirados cuellos e inquisitivas cejas que...

¡Cálmate, condenado!

Debió recordar que una vez, en los lejanos y confusos días anteriores a la guerra, hubo un estudioso llamado Miles Hammond, último de una larga línea de antepasados académicos, entre ellos su tío, Sir Charles Hammond, que acababa de morir. Un estudioso llamado Miles Hammond había ganado el premio Nobel de Historia en mil novecientos treinta y ocho. Y esta persona, cosa sorprendente, era él. No debía permitir que la enfermedad carcomiera sus nervios. ¡Tenía todo el derecho de estar ahí! Pero el mundo siempre varía, cambiando de forma, y la gente olvida con suma facilidad.

Con esta cínica disposición de ánimo Miles llegó al vestíbulo del piso alto en el que luces discretas, bajo cristales opacos brillaban sobre las puertas de caoba lustrada; todo estaba desierto y sosegado, sólo se oía un lejano murmullo de

conversación. Podría haber sido el restaurante de Beltring de antes de la guerra. Sobre una puerta había una señal luminosa que decía «Guardarropa de Caballeros»; ahí dentro colgó su sombrero y su abrigo. De allí, a través del vestíbulo, miró hacia una puerta de caoba con la placa «*Murder Club*».

Miles abrió la puerta y se detuvo bruscamente.

—Quién... —Una voz femenina, en la que se notaba cierta alarma, le interpelló de pronto antes de recuperar su tono suave y habitual.

—Discúlpeme —agregó insegura—, ¿quién es usted?

—Busco el *Murder Club* —respondió Miles.

—Sí, por supuesto. Solamente...

Algo ocurría allí; algo muy raro.

Una joven, de vestido blanco de baile, estaba parada en medio de la habitación exterior. Su traje se destacaba sobre la gruesa alfombra oscura. El cuarto se iluminaba poco a través de las pantallas amarillentas; los pesados cortinajes con adornos dorados, estaban corridos sobre las ventanas que miran a Romilly Street; una mesa larga cubierta de blanco mantel había sido arrimada delante de estas ventanas para utilizarla como bar; una botella de jerez, una de ginebra y otra de bitter habían sido colocadas junto a una docena de pulidos vasos sin usar. A excepción de la joven, nadie había en la habitación.

Miles observó a su derecha, en la pared, una puerta doble, parcialmente abierta, que comunicaba con la habitación interior. Alcanzaba a ver una gran mesa redonda dispuesta para la cena, con algunas sillas colocadas inflexiblemente a su alrededor. La fulgurante platería estaba arreglada con la misma tiesura; la decoración de la mesa eran unas rosas, que formaban un dibujo escarlata junto a los helechos verdes sobre el blanco mantel; las cuatro velas estaban apagadas. Más allá, sobre la chimenea, pendía grotescamente el grabado con la calavera, indicador de que el *Murder Club* estaba en sesión.

Pero el *Murder Club* no sesionaba. Por otra parte, no había nadie ahí.

Miles notó entonces que la joven se había adelantado.

—Lo siento mucho —dijo ella con voz baja y vacilante, infinitamente encantadora, que templó su corazón, habituado a oír los placenteros tonos profesionales de las enfermeras—. Fue muy descortés de mi parte gritar así.

—¡Absolutamente! ¡Absolutamente!

—Yo..., yo creo que deberíamos presentarnos. —Alzó la vista—. Soy Bárbara Morell.

¿Bárbara Morell? ¿Bárbara Morell? ¿Cuál de las celebridades podía ser ésta?

Era joven y tenía ojos grises; se observaba, sobre todo, su extraordinaria vivacidad, su vitalidad, en un mundo medio desangrado por la guerra; lo demostraba en el brillo de sus ojos grises, en el porte de la cabeza, en la movilidad de los labios y



en el ligero tono sonrosado de la piel de su rostro, de su cuello y de sus hombros, sobre el vestido blanco. ¿Cuánto tiempo hacía —pensó él— que no veía una joven en traje de baile?

Y frente a ello, ¡qué adefesio debía de parecer él! En la pared, entre las dos ventanas que miraban hacia Romilly Street, colgaba un espejo largo. Miles podía ver oscuramente reflejada la espalda del vestido de Bárbara Morell, interrumpida en la cintura por la mesa del bar, y el blando rodete que había formado con su suave cabello rubio ceniciento. Por sobre el hombro de ella se reflejaba su propio semblante enfermizo, amargado e irónico, con los pómulos prominentes bajo sus alargados ojos castaños rojizos; los hilos grises de su cabello le hacían aparentar más de cuarenta años en lugar de sus treinta y cinco, tal como un Carlos II intelectual y, ¡por Dios!, no más atrayente.

—Yo soy Miles Hammond —le dijo, y buscó desesperadamente a su alrededor a alguien con quien disculparse por su demora.

—¿Hammond? —Ella hizo una ligera pausa y sus ojos grises bien abiertos se fijaron en él—. ¿Entonces no es usted socio del club?

—No. Soy un invitado del doctor Gideon Fell.

—¿Del doctor Fell? ¡Yo también! Tampoco soy socia. Pero esto es justamente el inconveniente. —Bárbara Morell extendió sus manos—. Ni un solo socio ha aparecido esta noche. Todo el club ha... desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí.

Miles miró fijamente alrededor de la habitación.

—No hay nadie aquí —explicó la joven—, excepto usted, yo y el profesor Rigaud. Federico, el mayordomo, está casi frenético, y en cuanto al profesor Rigaud... ¡Bueno! —Se interrumpió—. ¿De qué se ríe?

Miles no había pensado en reír; en ningún caso, se dijo, esto podía llamarse risa.

—Le pido que me disculpe —se apuró a decir—. Solamente estaba pensando...

—¿Pensando en qué?

—Bueno, durante años los miembros de este club se han reunido con un orador diferente en cada sesión para que les refiera la historia íntima de algún horror célebre. Discuten el crimen, gozan con él y hasta, como símbolo, cuelgan el cuadro de una calavera en la pared.

—¿Y?

Miles observaba el arranque del cabello de la joven, de un rubio tan ceniciento que parecía casi blanco, partido en el medio de una manera que a él le parecía anticuada. Se encontró con los ojos grises que se alzaban con sus oscuras pestañas y los puntos negros del iris. Bárbara Morell juntó sus manos, tenía una manera vehemente, muy halagadora para los nervios cicatrizados de un hombre

convaleciente, de prestar toda su atención, de aparentar que tomaba en cuenta cada palabra que se pronunciaba.

Él sonrió burlonamente.

—Sólo pensaba —respondió—, que sería un éxito de sensacionalismo si, en la noche de esta reunión, cada miembro del club desapareciera misteriosamente de su casa, o si cada uno fuese encontrado, al sonar el reloj, sentado tranquilamente en su casa con un cuchillo clavado en la espalda.

La tentativa de broma tuvo poco éxito. Bárbara Morell cambió ligeramente de color.

—¡Qué idea horrible!

—¿Le parece? Lo siento. Sólo quise...

—¿Por casualidad escribe usted cuentos policiales?

—No, pero leo muchos. Bueno, es decir...

—Esto es serio —le aseguró ella con ingenuidad infantil y hasta un subido color en el rostro—. Después de todo, el profesor Rigaud ha venido de muy lejos para narrarles este caso, este crimen de la torre, y ¡lo tratan así! ¿Por qué?

Suponiendo que hubiese sucedido algo... Sería increíble, fantástico; sin embargo, cualquier cosa parecería posible cuando toda la noche era irreal. Miles volvió a la realidad.

—¿No podemos hacer algo para saber qué ha pasado? —preguntó—. ¿No podemos telefonar?

—¡Han telefoneado!

—¿A quién?

—Al doctor Fell, el secretario honorario; pero no hubo contestación. El profesor Rigaud está tratando ahora de comunicarse con el presidente, ese juez Coleman...

Fue evidente, no obstante, que no pudo comunicarse con el presidente del *Murder Club*. La puerta del vestíbulo se abrió con una amortiguada explosión y el profesor Rigaud entró.

Georges Antoine Rigaud, profesor de literatura francesa en la Universidad de Edimburgo, tenía un salvaje balanceo felino en su porte; era bajo y grueso; estaba inquieto y desarreglado desde el lazo de la corbata y su brillante traje oscuro hasta sus zapatos de puntas cuadradas. Su cabello aparecía muy negro sobre las orejas, en contraste con la amplia cabeza calva y la tez ligeramente purpurina. Por lo general, el profesor Rigaud variaba entre una portentosa vehemencia de maneras y una risita expansiva que mostraba el brillo de un diente de oro.

Pero ahora no demostraba ninguna expansión. La delgada armazón de sus lentes y el parche de su bigote negro parecían temblar de rígida indignación. Su voz era áspera y ronca, su inglés casi sin acento. Tendió una mano con la palma para afuera.

—Por favor no me hable —dijo.

Sobre el asiento de una silla de brocado rosado, junto a la pared, había un sombrero oscuro, blando, de ala caída, y un grueso bastón de puño curvo. El profesor Rigaud se inclinó lanzándose sobre ellos. Su aspecto denotaba ahora una gran tragedia.

—Durante años —dijo antes de enderezarse—, me han pedido que viniera a este club. Les decía: ¡no, no y no!, porque no me agradan los periodistas. «No habrá periodistas», me dicen, «para repetir lo que usted diga». «¿Me lo prometen?», pregunto. «¡Sí!», me dicen. Ahora me he venido desde Edimburgo. Y tampoco pude conseguir coche-dormitorio en el ferrocarril a causa de las «prioridades». —Se irguió y sacudió en el aire un voluminoso brazo—. ¡Esta palabra prioridad es una palabra que apesta en las narices de los hombres honestos!

—Eso, eso, eso —dijo Miles con fervor.

El profesor Rigaud dominó su indignación mirando fijamente a Miles con severos ojitos relucientes, detrás de la delgada armazón de sus lentes.

—¿Está de acuerdo, amigo?

—¡Sí!

—Es muy amable. ¿Usted es...?

—No. —Miles contestó a su muda interrogación—. No soy un socio ausente del club. Soy, también, un invitado. Me llamo Hammond.

—¿Hammond? —repitió el otro, animada su mirada por el interés y la sospecha—. ¿No es usted Sir Charles Hammond?

—No. Sir Charles Hammond era mi tío. Él...

—¡Oh, es cierto! —El profesor Rigaud castañeteó sus dedos—. Sir Charles Hammond ha muerto. ¡Sí, sí, sí! Lo leí en los periódicos. Usted tiene una hermana. Usted y su hermana han heredado la biblioteca.

Miles observó que Bárbara Morel los miraba algo más que perpleja.

—Mi tío —le dijo a ella— era historiador. Durante años vivió en una casita en la New Forest, acumulando miles de libros, apilados en el desorden más descabellado y extravagante. En realidad, mi principal motivo para venir a Londres ha sido ver si podía conseguir un bibliotecario preparado para ordenar los libros. El doctor Fell me invitó al *Murder Club*...

—¡La biblioteca! —suspiró el profesor Rigaud—. ¡La biblioteca!

Una fuerte agitación interna parecía encenderse y extenderse dentro de él como si fuera vapor, haciendo que su pecho se inflara y su tez se pusiera más purpúrea.

—Este Hammond —declaró con entusiasmo— ¡era un gran hombre! ¡Era curioso! ¡Era activo! —El profesor Rigaud dobló la muñeca como quien hace girar una llave—. ¡Escudriñaba las cosas! Por examinar su biblioteca daría yo mucho, por examinar su biblioteca daría yo... Pero me olvidaba que estoy furioso. —Golpeó su sombrero—. Ahora me voy.

—Profesor Rigaud —llamó suavemente la joven. Miles Hammond, siempre sensible al ambiente, notó una pequeña conmoción. Por alguna razón había habido un sutil cambio en la actitud de sus dos acompañantes, por lo menos así le pareció, desde que él mencionó la casa de su tío en la New Forest. No podía analizarlo, quizá se lo había imaginado.

Pero cuando Bárbara Morell de pronto apretó sus manos y clamó, no podía haber duda sobre la desesperada urgencia de su tono.

—¡Profesor Rigaud! ¡Por favor! ¿No podríamos... no podríamos, después de todo, celebrar la reunión del *Murder Club*?

Rigaud se dio vuelta.

—¡*Mademoiselle!*

—Le han tratado mal. Lo sé —se apresuró a decir. La semisonrisa de sus labios contrastaba con la súplica de sus ojos—. ¡He esperado tanto para venir aquí! El caso del que iba a hablar —en pocas palabras, apelaba a Miles—, es muy especial y sensacional. Sucedió en Francia justamente antes de la guerra, y el profesor Rigaud es una de las pocas personas, de las que aún viven, que lo conocen. Es sobre...

—Es sobre la influencia —dijo el profesor Rigaud— de cierta mujer sobre las vidas de otros.

—El señor Hammond y yo podemos ser un excelente auditorio y no soplaríamos ni una palabra a la prensa, ¡ninguno de nosotros! Además, usted sabrá que debemos cenar en alguna parte; dudo que consigamos algo para comer si nos vamos de aquí... ¿No podríamos hacerla, profesor Rigaud? ¿No podríamos? ¿No podríamos?

Federico, el mayordomo, desalentado, enojado y triste, se deslizó silenciosamente por la puerta medio abierta, hacia el vestíbulo, haciendo una ligera señal con los dedos a alguien que rondaba afuera.

—La cena está servida —dijo.

## CAPÍTULO II

**M**ILES Hammond se sintió inclinado a descartar, a primera vista, la historia contada por Georges Antoine Rigaud mientras tomaban café de sobremesa, por considerarla una fábula, un sueño o una broma preparada. Ocurrió esto en parte a causa de la expresión del profesor Rigaud, que, con su portentosa solemnidad francesa, lanzaba ojeadas a uno y a otro de sus acompañantes, disimulando una gran diversión sardónica detrás de todo lo que decía.

Miles descubrió después que todas las palabras eran ciertas. Pero en aquel momento...

El pequeño comedor estaba silencioso y tranquilo, y tenía, como única iluminación, los cuatro candelabros encendidos sobre la mesa. Habían descorrido las cortinas y abierto las ventanas para que entrara un poco de aire en aquella noche sofocante. Afuera, la lluvia continuaba cayendo en el crepúsculo morado que se moteaba con las manchas de una o dos ventanas iluminadas del restaurante pintado de rojo, al otro lado de la calle. Formaba un marco adecuado para lo que iban a escuchar.

—¡Crimen y misterio! —declaró el profesor Rigaud blandiendo su cuchillo y su tenedor—. Son éstos los únicos pasatiempos de un hombre de gusto. —Miró muy severo a Bárbara Morell—. ¿Usted es coleccionista, *mademoiselle*?

Una brisa arremolinada, con olor a humedad, serpenteó atravesando las ventanas abiertas, e hizo fluctuar las llamas de las velas; sus sombras movedizas se dibujaron sobre el rostro de la joven.

—¿Coleccionista? —repitió ella.

—De reliquias de crímenes.

—¡Por Dios, no!

—En Edimburgo había un hombre —dijo pensativo el profesor Rigaud— que tenía un limpiaplumas hecho de piel humana, del cuerpo de Burke,<sup>[2]</sup> el «arreatador» de cadáveres. ¿Se horroriza usted? Pero, tomando a Dios por juez —de pronto rió entre dientes, mostrando uno de oro y en seguida se puso serio—, podría nombrarles una dama tan encantadora como usted, que robó la lápida mortuoria de la tumba de Dougal, el asesino de Moat Farm, en la prisión de Chelmsford, y la tiene ahora instalada en su jardín.

—Discúlpeme —dijo Miles—, pero todos los que estudian los crímenes... ¿proceden así?

El profesor Rigaud lo pensó.

—Es una broma, sí —concedió—, pero con todo es divertido. En cuanto a mí, pronto lo demostraré.

Nada agregó hasta que la mesa fue levantada y se sirvió el café. Entonces se concentró y encendió un cigarro echando su silla hacia adelante, con sus gruesos

codos sobre la mesa y el bastón, de pulida madera amarilla que brillaba a la luz de las velas, apoyado en su pierna.

—En las afueras de la pequeña ciudad de Chartres, ubicada a sesenta y tantos kilómetros al sur de París, en el año mil novecientos treinta y nueve, vivía cierta familia inglesa. ¿Quizá conozcan ustedes Chartres?

»Se cree que es un lugar medieval, de piedra negra y todo un sueño del pasado, y en cierto sentido es exacto. Las torres de la catedral se divisan a la distancia, sobre una colina, entre extensos sembrados amarillos. Por las torres redondas de la *Porte Guillaume* se penetra en la ciudad, pollos y gansos vuelan frente al coche, y por empinadas callejuelas de cantos rodados se sube hasta el hotel del Gran Monarca.

»Al pie de la colina serpentea el río Eure, bordeado por las viejas paredes de las fortificaciones y los sauces que se inclinan sobre el agua. Al fresco del atardecer la gente se pasea sobre aquellos muros donde se ven crecer los durazneros.

»En los días de feria —¡uf!— el ruido del ganado es como las alabanzas del demonio. Se venden bagatelas en puestos alineados y la voz de los vendedores es tan fuerte como la del ganado. —El profesor Rigaud titubeó ligeramente—. Las supersticiones forman parte del suelo como el musgo de la roca. Se come el mejor pan de Francia y se bebe buen vino, y uno se dice: “¡Ah! Éste es el lugar para instalarse y escribir un libro”.

»Hay allí industrias: molinos, fundiciones de hierro, de vidrios de color, curtiembres y otras que no analizo porque me aburren. Nombro éstas porque el propietario de la curtiembre más importante, la de Pelletier y Cía., era un inglés, Mr. Howard Brooke.

»Brooke contaba cincuenta años de edad y su feliz mujer era quizás unos cinco años menor. Tenían un hijo, Harry, de veintitantos años. Están todos muertos ahora, así que puedo hablar de ellos con libertad.

Un ligero escalofrío, Miles no podría decir por qué, recorrió el pequeño comedor.

Bárbara Morell acomodándose en su silla, observaba en forma curiosa a Rigaud a través del humo de su cigarrillo.

—¿Muertos? —repitió ella—. Entonces ya no se puede perjudicarlos al...

El profesor Rigaud no hizo caso.

—Vivían, repito, un poco afuera de Chartres, a orillas del río, en una quinta grandiosamente llamada *château*, aunque no lo era. El Eure es aquí angosto y tranquilo y de un verde oscuro por la reflexión de las riberas. Veamos ahora.

Moviéndose conscientemente empujó hacia adelante su taza de café.

—Esto —declaró— es la casa construida en piedra gris alrededor de los tres lados de un patio. Esto —el profesor Rigaud, después de meter los dedos dentro de las sobras de un vaso de clarete, dibujó una línea curva sobre el mantel— es el río que pasa serpenteando frente a dicha casa.



»Aquí arriba, a unas doscientas yardas al norte de la casa, hay un puente abovedado sobre el río. Es un puente privado; Brooke es el propietario de las tierras a ambas orillas del Eure. Y aún más lejos de aquí, pero en la margen opuesta a la casa, se eleva una vieja torre en ruinas.

»Esta torre es conocida en la localidad con el nombre de la *Tour d'Henri Quatre*, la torre de Enrique IV, por ninguna razón relacionada con aquel rey. Fue una vez parte de un castillo, incendiado por los hugonotes cuando atacaron a Chartres hacia fines del siglo XVI. Únicamente se conserva la torre redonda, construida en piedra; los pisos de madera están totalmente quemados, su interior es sólo una cáscara, con su escalera, también de piedra, que sube en espiral contra la pared hasta una azotea plana con parapeto.

»La torre, tomen nota, no puede verse desde la casa en la que vivía la familia de Brooke, pero la perspectiva es preciosa, preciosa, ¡preciosa!

»Hacia el norte, por la hierba gruesa, pasando los sauces, la ribera forma una curva: primero está el puente de piedra reflejado en el espejo del agua, más lejos, sobresaliendo de la ribera de musgo verde, la torre redonda, de color gris oscuro, con aberturas de ventanas verticales, de unos cuarenta pies de altura y encuadrada por una distante hilera de álamos. La familia de Brooke la utilizaba como casilla de baño para cambiarse de ropa cuando salían a nadar.

»De este modo vivía en su confortable quinta, muy feliz y algo burguesamente, una familia inglesa compuesta por el padre, Mr. Howard, la madre, la señora Georgina, y el hijo Harry, hasta que...

—¿Hasta qué? —insinuó Miles al hacer una pausa el profesor Rigaud.

—Hasta que llegó cierta mujer.

El profesor Rigaud enmudeció un momento; luego, respirando profundamente, encogió sus gruesos hombros para rechazar toda responsabilidad.

—Yo llegué a Chartres —continuó— en mayo del treinta y nueve; acababa de terminar mi *Vida de Cagliostro* y deseaba paz y tranquilidad. Mi buen amigo Coco Legrand, el fotógrafo, me presentó en cierta oportunidad a Howard Brooke en las gradas del *Hotel de Ville*. Éramos tipos diferentes pero nos agradamos mutuamente. Él se reía de mi deje francés y yo del suyo inglés y todos estábamos contentos.

»Brooke era canoso, erguido, reservado pero amistoso; un activo trabajador en su negocio de cueros. Usaba pantalones de golf que parecían tan extraños en Chartres como la sotana de un cura en Newcastle. Era hospitalario, de ojos vivaces, pero tan convencional que se podía apostar con exactitud lo que en cualquier momento él diría o haría. Su mujer, regordeta, bonita, de tez rojiza, era muy parecida.

»Pero el hijo Harry... ¡Ah! ¡He aquí una persona diferente!

»Este Harry me interesó. Tenía sensibilidad, tenía imaginación. En altura, en peso y en la manera de moverse se parecía mucho a su padre, pero bajo este exterior

correcto, era todo músculo y todo nervio.

»También era un joven bien parecido, de mandíbula cuadrada, nariz recta, ojos castaños bien espaciados, y cabello rubio que, pensé para mis adentros, se pondría gris como el de su padre si no controlaba sus nervios. Era el ídolo de sus padres. Les diré que he visto padres y madres chochos con sus hijos, pero ¡nunca como estos dos!

»Porque Harry podía lanzar la pelota de golf a doscientas yardas o a doscientas millas o a una disparatada distancia cualquiera, Brooke se sonrojaba de orgullo. Porque Harry jugaba al tenis como un maníaco en el sol fuerte y tenía una fila de copas de plata, su padre estaba en el séptimo cielo. No se lo decía a Harry, sólo le decía: “No está mal, no está mal”. Pero se jactaba interminablemente de ello ante quien quisiera oírlo.

»Harry se adiestraba en el negocio de cueros; algún día heredaría la curtiembre, y sería un hombre muy rico, como su padre; era sensato y conocía su deber; sin embargo, este muchacho quería ir a París a estudiar pintura.

»¡Por Dios, cuánto lo deseaba! Tanto que se sentía desorientado. Brooke se oponía con firme suavidad a esta tontería de dedicarse a la pintura. Decía que toleraba la pintura como un pasatiempo, pero, como ocupación seria, ¡verdaderamente no! En cuanto a la señora de Brooke, se volvía histérica con el tema porque tenía la impresión de que Harry iba a vivir en una buhardilla entre bellísimas jóvenes livianas de ropa. “Muchacho”, le decía el padre, “comprendo perfectamente lo que sientes. Pasé una etapa semejante, a tu edad. Dentro de diez años te reirás de esto.” “Además”, decía la madre, “¿no podrías quedarte en casa y pintar animales?”

»Después de esto, Harry salía ciegamente a pegar tan fuerte a la pelota de tenis que arrojaba a su contrario fuera del campo, o se sentaba en el césped con expresión pálida y reconcentrada. ¡Toda esta gente era tan honesta, tan bien intencionada y tan concienzudamente sincera! Nunca supe, se lo digo ahora, si Harry tomaba en serio su trabajo. Nunca tuve la oportunidad de saberlo.

»A fines de mayo de aquel año, la secretaria particular de Brooke, mujer de edad mediana, de rostro insensible, llamada Mrs. McShane, se alarmó por la situación internacional y regresó a Inglaterra. Se le planteaba a Brooke un problema serio. Su correspondencia privada era enorme y la secretaria personal no tenía relación con el trabajo de la oficina. ¡Uf! A menudo sentía yo que se me hundía la cabeza al ver cuántas cartas escribía este hombre, relacionadas con sus inversiones, con sus limosnas, a sus amigos, a los periódicos de Inglaterra. De cabello canoso y carrillos salientes, con un aire severo de indignación moral marcado en su rostro, caminaba de extremo a extremo mientras dictaba con las manos cruzadas a la espalda.

»Necesitaba una persona muy competente para secretaria personal. Escribió a Inglaterra pidiendo la mejor. Y llegó a *Beauregard*, los Brooke llamaban así a su casa, llegó a *Beauregard* la señorita Fay Seton.

»La señorita Fay Seton...

»Fue la tarde del trece de mayo, lo recuerdo bien, cuando fui a tomar té con los Brooke. Aquí está *Beauregard*, una casa de piedra gris de principios del siglo XVIII con su frente de piedra tallada y los marcos de las ventanas pintados de blanco, edificada sobre tres lados del patio frontal. Nos habíamos instalado en el campo de tenis, cubierto de pasto tierno, a tomar té a la sombra de la casa.

»Frente a nosotros teníamos el cuarto muro, cortado por grandes portones de verja de hierro que permanecían abiertos. Detrás de estos portones corría la carretera y más allá una larga ribera cubierta de césped que bajaba hasta el río bordeado por los sauces.

»Papá Brooke sentado en una silla de mimbre, con los lentes sobre la nariz, sonreía sarcásticamente mientras mostraba un bizcocho al perro. En las casas inglesas siempre hay un perro. Para los ingleses es una fuente de perpetua admiración y encanto que este animal tenga suficiente sentido como para sentarse y pedir comida.

»Ahí estaba papá Brooke y su perro gris oscuro, un *scotch terrier*, que parece un cepillo de alambre animado. Del otro lado de la mesa de té, mamá Brooke, con su cabello castaño cortado, de cara placentera y rosada, vestida sin mayor elegancia, se servía una quinta taza de té. A un lado Harry, de chaqueta de deporte y pantalón de franela, practicaba tiros de golf con un *driver* contra una pelota imaginaria.

»Las copas de los árboles se movían débilmente, ¡era un verano de Francia! El murmullo de las hojas, los reflejos del sol sobre ellas, la fragancia de la hierba y de las flores y toda la paz soñolienta, hacían cerrar los ojos hasta para pensar en...

»Esto sucedía cuando un taxímetro *Citroen* apareció ante los portones del frente. Una joven descendió y pagó al conductor con tanta generosidad que éste le llevó adentro su equipaje. Ella se encaminó con sencillez por el sendero hacia nosotros. Dijo llamarse Fay Seton y que era la nueva secretaria.

»¿Atrayente? *Grand Ciel!*

»Me alegra recordar, sabrán recordar mi dedo índice admonitorio, me agrada recordar, sin embargo, que de entrada o inmediatamente yo no noté esta fuerte atracción. No. Pues ella tenía entonces, y tuvo siempre, la condición de pasar inadvertida.

»La recuerdo, aquel primer día, parada en el sendero, cuando papá Brooke con toda etiqueta la presentó a todos, inclusive al perro, y mamá Brooke le preguntó si deseaba subir a lavarse. Era más bien alta, suave y delgada; llevaba un traje sastre sencillo; tenía cabello rojizo oscuro suave y espeso; su cuello era delgado y sus alargados ojos eran azules y soñadores, sonrientes, aunque rara vez parecían mirar a uno directamente.

»Harry Brooke no dijo nada, pero tomó otro *swing* sobre la imaginaria pelota de golf, que produjo un silbido y un *whick* cuando la cabeza del palo rozó ligeramente el

pasto recortado.

»En tanto, fumaba yo mi cigarro, como siempre, y como siempre muy curioso del comportamiento humano, y me dije: ¡Ajá!

»La joven iba cobrando ascendiente. Era una cosa singular, y quizás un poco sobrenatural. Su atractivo espiritual, sus movimientos suaves, sobre todo, su extraordinaria manera de guardar distancias...

»Fay Seton era una dama en todo el sentido de la palabra, aunque parecía más bien ocultarlo y temerlo. Provenía de una muy buena familia, de un viejo linaje empobrecido de Escocia; cuando Brooke lo descubrió se impresionó poderosamente. No había seguido estudios de secretaria, no, había sido preparada para otra cosa. —El profesor Rigaud rió entre dientes y clavó los ojos en sus auditores—. Pero era rápida y eficiente, hábil y serena. Si necesitaban un cuarto para el bridge o alguien que cantara y tocara el piano cuando se encendían las luces por la noche, Fay Seton los complacía. A su manera, era amistosa aunque tímida y pudorosa, y a menudo se sentaba mirando a lo lejos, y uno reflexionaba exasperado: ¿en qué estará pensando esta niña?

»¡Aquel verano sofocante...! El agua misma del río parecía espesa e hinchada bajo el sol y había un tenso zumbido de grillos después de la caída de la tarde; probablemente, jamás lo olvidaré.

»Como persona razonable, Fay Seton no se dedicaba mucho a los deportes; la verdadera razón era que tenía un corazón débil. Les he hablado del puente de piedra y de la torre en ruinas que se utilizaba como casilla de baño. Sólo una o dos veces salió ella a nadar con Harry Brooke, que la animaba, alta y delgada, su cabello rojizo levantado debajo de la gorra de goma. ¡Exquisita! Él la sacaba a remar por el río, la llevaba al cinematógrafo a oír a Laurel y Hardy hablar en perfecto francés, paseaban por aquellas románticas y peligrosas arboledas del *Eure-et-Loire*.

»Era evidente para mí que Harry se enamoraría de ella. No fue, se entiende, tan rápido como en la deliciosa descripción de la historia de Anatole France: “¡La quiero! ¿Cómo se llama usted?”, pero fue bastante rápido.

»Una noche de junio, Harry vino a verme a mi habitación del hotel del Gran Monarca. Jamás se animaría a hablar con sus padres. Pero me hizo su confesión quizá porque, como fumo mi cigarro y hablo poco, soy simpático. Le había enseñado a leer nuestros grandes escritores románticos, formando su mentalidad hacia el conocimiento del mundo y haciendo, en cierto modo, el papel de abogado del diablo. Sus padres no iban a estar contentos.

»Aquella noche empezó por quedarse parado junto a la ventana, jugueteando con una botella de tinta hasta que la derramó, pero, por fin soltó lo que había venido a decir.

»—Estoy loco por ella —dijo—. Le he pedido que se case conmigo.

»—¿Y? —le pregunté.

»—No quiere aceptarme —clamó Harry, y por un segundo creí muy seriamente que se iba a zambullir por la ventana abierta.

»Esto me asombró; quiero decir la manifestación y no cualquier sugestión de desesperación de mal de amor. Porque hubiera podido jurar que Fay Seton estaba conmovida y atraída por este joven. Es decir, podía haberlo jurado hasta donde era posible descifrar aquella enigmática expresión de ella: los alargados párpados de los ojos azules que no querían mirar directamente, la evasiva y espiritual cualidad de lejanía.

»—Su sistema tal vez es torpe.

»—No sé nada de esto —dijo Harry golpeando con el puño en la mesa donde había derramado la botella de tinta— pero anoche salí a caminar con ella por la ribera, era una noche de luna..."

—Lo sé.

»—Y le dije a Fay que la quería, besé su boca y su garganta —¡ah! ¡Qué significativo!— hasta que casi perdí la cabeza, entonces le pedí que se casara conmigo. Se puso tan pálida como un fantasma a la luz de la luna y me dijo: ¡No, no, no!, como si yo hubiese dicho algo que la horrorizara. Un segundo después huyó de mí hacia la sombra de aquella torre arruinada. ¡Profesor Rigaud! Mientras la besaba, Fay se mantuvo rígida como una estatua. Me hacía sentirme bastante mal, puedo decírselo. Aunque supiera que no la merecía, la seguí entonces hasta la torre, a través de las malezas, y le pregunté si estaba enamorada de algún otro. Emitió un sonido y dijo que no, que por supuesto que no. Le pregunté si yo no le agradaba y admitió que sí, entonces le dije que no perdía las esperanzas. Y *no* las perderé.

»*¡En fin!* Esto fue lo que Harry Brooke me dijo, parado junto a la ventana de la habitación de mi hotel. Me intrigaba más aún porque esta joven Fay Seton era evidentemente una mujer en todo el sentido de la palabra. Consolé a Harry; le dije que debía tener coraje y que, sin duda, si tenía tacto, la convencería.

»La convenció. No más de tres semanas después, Harry anunció triunfalmente, a mí y a sus padres, que estaba comprometido a casarse con Fay Seton.

»Reservadamente, no creo que papá y mamá Brooke estuviesen demasiado contentos.

»Adviertan ustedes, no era porque se pudiera decir una palabra contra esta joven, o contra su familia, o sus antepasados, o contra su reputación. ¡No! Ante los ojos de cualquiera era aceptable. Podría ser tres o cuatro años mayor que Harry, ¿pero qué tenía esto? Papá Brooke podría sentir, de una manera vaga, a la inglesa, que era poco digno para su hijo el casarse con una joven que había sido primero empleada de ellos, y que este casamiento fuera repentino. Los tomó de sorpresa; ellos no habrían estado realmente satisfechos a menos que Harry se hubiese casado con una millonaria con

título, y aun así, solamente, si hubiese esperado hasta tener treinta y cinco o cuarenta años para dejar su hogar.

»¿Qué podían decir entonces sino “que Dios los bendiga”?

»Mamá Brooke mantuvo firme el labio superior mientras las lágrimas corrían por su rostro. Papá Brooke se puso muy francote y cordial, tratando a su hijo de hombre a hombre, como si Harry repentinamente hubiese crecido durante la noche. A intervalos, papá y mamá se murmuraban el uno al otro por lo bajo: “¡Estoy seguro que saldrá bien!”, del mismo modo que se medita en un funeral sobre el futuro del alma del difunto.

»Pero me agrada anotar que ambos padres se divirtieron mucho. Una vez hechos a la idea, empezaron a tomarla con placer. Es la costumbre de las familias en todas partes y los Brooke no eran más que gentes convencionales. Papá Brooke esperaba que su hijo trabajara más en el negocio de cueros para que el nombre de Pelletier y Cía. adquiriera mayor resonancia. Además, los recién casados vivirían en la casa o, por lo menos, razonablemente próximos. Era ideal. Era lírico. Era clásico.

»Y luego... la tragedia.

»Oscura tragedia, les digo, tan imprevista y tan aplastante como un dardo de magia.

El profesor Rigaud hizo una pausa. Sentado con el cuerpo hacia adelante, con sus gruesos codos apoyados sobre la mesa y la cabeza un poco de lado, los brazos levantados, golpeando imponentemente el índice de su mano derecha contra el de su izquierda cada vez que señalaba algo, parecía un catedrático. Los ojos brillantes, la cabeza calva, hasta el parche bastante cómico de su bigote, demostraban un intenso entusiasmo.

—¡Ah! —dijo.

Se irguió exhalando su respiración ruidosamente por la nariz. El grueso bastón, apoyado contra la pierna, cayó al suelo con estrépito, lo recogió y lo apoyó cuidadosamente en la mesa; buscó en su bolsillo interior y extrajo de él una hoja doblada manuscrita y una fotografía del tamaño de una postal.

—Esto es —anunció— una fotografía de Fay Seton, iluminada en colores suaves por mi amigo Coco Legrand. El manuscrito es un relato del caso que he escrito especialmente para los archivos del *Murder Club*. ¡Pero, por favor, miren la fotografía!

La pasó por encima del mantel, barriendo las migas al hacerla.

Un rostro suave, una cara perturbadoramente obsesionante, no miraba de frente al espectador. Los ojos eran espaciados, las cejas delgadas, la nariz chica, los labios gruesos, algo sensuales, a pesar de que la gracia y el cuidadoso porte de la cabeza lo contradecía. Solamente en la comisura de aquellos labios se eludía la contracción de una sonrisa. El peso del oscuro cabello rojizo, suave como vellones de lana, casi



parecía demasiado pesado para el delgado cuello.

No era una belleza; sin embargo turbaba la mente. Algo en los ojos —¿sería ironía, sería amargura bajo la lejana expresión?— desafiaba inmediatamente y huía...

—¡Ahora, díganme! —preguntó el profesor Rigaud con la orgullosa satisfacción de quien cree estar en terreno seguro—. ¿Ven ustedes algo de malo en esta cara?

## CAPÍTULO III

—¿MALO? —repitió Bárbara Morell.

Georges Antoine Rigaud se agitó, conteniendo la risa.

—¡Exactamente, exactamente, exactamente! ¿Por qué la señalo yo como una mujer muy peligrosa?

La señorita Morell había seguido este relato con la mayor atención y una ligera expresión despectiva; una o dos veces había mirado a Miles como para hablar; había observado al profesor Rigaud cuando cogiera su olvidado cigarro del borde del platillo aspirando una bocanada con aire de triunfo y dejándolo nuevamente.

—Me parece... —su voz subió de pronto de tono como si de alguna manera el asunto le concerniera— me parece que debemos insistir en una aclaración. ¿Qué significa para usted peligrosa? ¿Tan atrayente que ella... bueno... hacía perder la cabeza a todo hombre que encontraba?

—¡No! —dijo el profesor Rigaud enfáticamente.

De nuevo se rió entre dientes.

—Reconozco, note usted —se apresuró a agregar— que con muchos hombres podría ocurrir el caso. ¡Mire la fotografía! Pero no es lo que quise decir.

—Entonces, ¿peligrosa en qué forma? —insistió Bárbara Morell mirando fijamente con un ligero enojo en sus ojos grises. Y lanzó como un desafío su próxima interrogación—. ¿Quiere decir... una criminal?

—¡Mi estimada señorita, no, no y no!

—¿Una aventurera, entonces?

Bárbara golpeó su mano contra el borde de la mesa.

—¿Una especie de provocadora de disturbios? —gritó—. ¿Maliciosa, malévola o chismosa?

—Digo que Fay Seton no era ninguna de esas cosas —declaró el profesor Rigaud—. Discúlpeme si yo, viejo cínico, insisto en que, a su manera puritana, era enteramente benévola y de buen corazón.

—Entonces, ¿qué resta?

—Resta, señorita, la verdadera respuesta al misterio de los rumores desagradables que se insinuaron por Chartres y sus alrededores. El misterio de por qué nuestro moderado y conservador Howard Brooke, su futuro suegro, la insultó en alta voz en un lugar público como el banco del *Crédit Lyonnais*...

En voz baja Bárbara articuló un sonido extraño que podía ser de incredulidad o de desprecio, ya fuera demostrándolo o disimulándolo sin darle importancia alguna. El profesor Rigaud pestañeó.

—¿No me cree, *mademoiselle*?

—¡No! ¡Por cierto que no! —Se le subieron los colores—. ¿Qué puedo saber yo?

—Y usted, Mr. Hammond, ¿usted tampoco dice nada?

—Sí, —respondió distraído Miles— estaba...

—Mirando la fotografía.

—Sí, mirando la fotografía.

El profesor Rigaud abrió los ojos, encantado.

—¿Está usted impresionado, eh?

—Posee un hechizo —dijo Miles pasándose la mano por la frente—. ¡Los ojos, en este retrato, y la posición del cabeza! ¡Condenado fotógrafo!

Miles Hammond era un hombre fatigado recién restablecido de una muy larga enfermedad; necesitaba tranquilidad, quería vivir recluido en la New Forest, entre viejos libros, y que su hermana le cuidara la casa hasta que ella se casara. No deseaba que su imaginación fuera perturbada; sin embargo, se quedó sentado mirando fijamente la fotografía, con tanta fijeza bajo la luz de la vela que los sutiles colores se volvieron confusos. Mientras tanto el profesor Rigaud continuaba.

—Estos rumores sobre Fay Seton...

—¿Qué rumores? —preguntó Bárbara bruscamente. El profesor Rigaud, sin abandonar su calma, no hizo caso de la interrupción.

—En cuanto a mí, lechuga y murciélago ciego como soy, nada había oído. Harry Brooke y Fay Seton se comprometieron para casarse a mediados de julio. Ahora les hablaré de lo que ocurrió el doce de agosto.

»Aquel día, que a mí me pareció como cualquier otro, estaba yo escribiendo un artículo crítico para la *Revue des Deux Mondes*. Escribí durante toda la mañana en mi agradable habitación del hotel, como lo vengo haciendo desde hace casi una semana. Después del almuerzo crucé la *Place des Épars* para hacerme cortar el pelo. Pensé, mientras estuve allí, que iría al *Crédit Lyonnais* a cobrar un cheque antes del cierre del banco.

»Hacía mucho calor. Toda la mañana el ciclo había estado pesado y oscuro, con vagos rumores de truenos y a veces rociadas de lluvia, no más que lloviznas, sin ningún chaparrón que quitase el calor y nos diera paz. Fui, pues, al *Crédit Lyonnais*. Y a la primera persona que vi al salir de la oficina del gerente fue a Howard Brooke.

»¿Raro? Bastante raro, ¡sí!, porque hubiera imaginado que estaría en su oficina como hombre consciente que era.

»Brooke me miró muy extrañamente. Llevaba puesto un impermeable, y un gorro de paño; de su brazo izquierdo colgaba el mango de su bastón y en la mano derecha llevaba una vieja cartera de cuero negro. Me pareció que hasta sus claros ojos azules estaban extrañamente húmedos; no había yo notado nunca que un hombre musculoso tuviese tanta papada bajo el mentón.

»—¡Estimado Brooke! —le dije, y le estreché la mano a pesar suyo. La sentí muy blanda—. ¡Mi estimado Brooke —repetí—, es un placer inesperado! ¿Cómo están

todos por su casa? ¿Cómo esta su excelente mujer, y Harry, y Fay Seton?

»—¿Fay Seton? —dijo—. ¡Maldita sea Fay Seton!

»¡Uf!

»Había hablado en inglés, en voz tan alta que una o dos personas que estaban en el banco lo miraron. Se sonrojó, turbado, este buen hombre, pero estaba tan preocupado que parecía no importarle. Me hizo caminar hasta el frente del banco, donde nadie pudiese oír, luego abrió la cartera y me mostró su contenido.

»Adentro solamente había cuatro delgados fajos de billetes de banco ingleses. Cada fajo contenía veinticinco billetes de veinte libras: dos mil libras.

»—Tuve que mandar a París por ellas —me dijo, y sus manos le temblaban—, pensé, sabe usted, que los billetes ingleses serían más tentadores. Si Harry no quiere renunciar a la mujer, sencillamente tendré que pagar para que se vaya. Me disculpad ahora.

»Se enderezó, cerró su cartera y salió del banco sin decir más.

»Amigos, ¿alguna vez le han pegado muy fuerte en el estómago como para que su vista se turbe y el estómago suba y se sienta uno repentinamente como un juguete de goma que aprietan? Así fue como me sentí entonces. Me olvidé de llenar el cheque. Olvidé todo. Volví a mi hotel bajo una llovizna que ennegrecía y hacía resbaladizos los guijarros de la *Place des Épars*.

»Me di cuenta de que me era imposible escribir. Como media hora después, a las tres y cuarto, llamó el teléfono. Creí adivinar de qué podría tratarse, aunque no acerté exactamente. Era mamá Brooke, la señora Georgina Brooke y dijo:

»—¡Por el amor de Dios, profesor Rigaud, venga inmediatamente!

»Esta vez, amigos míos, estuve algo más que inquieto. Esta vez me quedé completamente asustado y lo confieso.

»Saqué mi *Ford* y me dirigí a su casa tan ligero como pude y con un estilo de conducir aún más execrable que el acostumbrado. Todavía no quería llover realmente, y romper aquella depresión de calor tormentoso que nos rodeaba. Cuando llegué, *Beauregard* parecía una casa desierta, llamé en alta voz en el vestíbulo del piso bajo, pero nadie respondió. Entré entonces a la sala, y encontré a mamá Brooke sentada, rígida, en un sofá, haciendo heroicos esfuerzos para mantener su rostro sereno, con un pañuelo húmedo apretado en su mano.

»—*Madame* —le dije— ¿qué sucede? ¿Qué sucede entre su excelente marido y la señorita Seton?

»Y se lamentó conmigo por no tener a quién acudir.

»—¡No sé! —dijo con evidente sinceridad—. Howard no quiere decírmelo. Harry dice que son puras tonterías; sea ello lo que fuere, tampoco quiere decirme nada. Ya nada es verdadero. Hace solamente dos días...

»Sólo dos días antes parece que hubo un incidente escandaloso e inexplicado.

»Cerca de *Beauregard*, en la carretera principal de Le Mans, vivía un hortelano, llamado Jules Fresnac, que les surtía de huevos y legumbres. Jules Fresnac tenía dos hijos (una hija de diecisiete años y un hijo de dieciséis) con los que Fay Seton había sido muy amable, motivo por el cual toda la familia Fresnac le había tomado mucho cariño. Hacía dos días que Fay Seton se había encontrado con Jules Fresnac que conducía su carro por la blanca carretera con altos álamos y campos de cereales a cada lado. Jules Fresnac descendió del carro, con el rostro amoratado e hinchado de rabia, y le gritó e insultó hasta que ella se cubrió los ojos con la mano.

»El incidente fue presenciado por Alicia, la doncella de mamá Brooke, que estaba muy lejos para alcanzar a oír lo que se decía, pues la voz del hombre, ronca de rabia, se volvía casi irreconocible. Cuando Fay Seton se dio vuelta para huir, Jules Fresnac cogió una piedra y la arrojó contra ella.

»Una bonita historia, ¿eh?

»Fue esto lo que mamá Brooke, sentada en el sofá de aquella sala, me dijo acompañándolo con gestos impotentes de sus manos.

»—Y ahora —agregó ella— Howard se ha ido a la torre, a la torre de Enrique IV para encontrarse con la pobre Fay. Profesor Rigaud, usted tiene que ayudarnos. Debe hacer algo.

»—¡Pero *madame!* ¿Qué puedo hacer?

»—No puedo decírselo —me respondió—. ¡Algo tremendo va a suceder! ¡Lo sé!

»Se supo después que Brooke había regresado del banco a las tres con su cartera llena de dinero; dijo a su mujer que pensaba obtener lo que él llamaba una renuncia definitiva de Fay Seton, y que había convenido en encontrarla en la torre a las cuatro.

»Preguntó luego a mamá Brooke dónde estaba Harry, porque deseaba que estuviera presente en la cita. Respondió ella que Harry estaba arriba en su habitación escribiendo una carta, y entonces el padre subió en su busca. No lo encontró porque, en realidad, estaba reparando un motor en el garaje, y en seguida bajó. “¡Parecía tan lastimoso y tan avejentado!”, dijo mamá Brooke. “Caminaba lentamente como si estuviera enfermo.” Así fue como salió papá Brooke de la casa para dirigirse a la torre.

»No más de cinco minutos después, Harry regresó del garaje y preguntó por su padre. Mamá Brooke se lo dijo nerviosamente. Harry reflexionó un momento rezongando y en seguida salió *él* de la casa encaminándose a la torre de Enrique IV. Durante este tiempo no hubo ni rastros de Fay Seton.

»—Profesor Rigaud —me imploró la madre—. Usted tiene que ir allá y hacer algo. Usted es el único amigo que tenemos aquí, ¡y tiene que ir!

»¡Qué ocupación para el viejo tío Rigaud!, ¿eh? ¡A fe mía!

»Sin embargo, allá fui.

»Hubo un trueno cuando dejé la casa, pero todavía no quería llover seriamente.

Caminé en dirección al norte a lo largo de la margen este del río, hasta llegar al puente de piedra. Allí lo crucé pasando a la margen oeste. La torre queda de este lado, un poco más arriba, sobresaliendo de la ribera.

»Aparece muy solitaria cuando se tropieza con ella cruzando los pocos restos viejos de piedra ennegrecida, arrasados por el fuego y cubiertos de malezas, que es todo el remanente de la primitiva construcción. La entrada a la torre es un arco redondo cortado en la pared. Esta puerta mira al oeste, lejos del río, mirando al campo abierto y a un distante bosque de castaños. Cuando me acerqué, el cielo se oscurecía y el viento soplaba con más fuerza aún.

»En la puerta, observándome, estaba parada Fay Seton, con un ligero vestido de seda floreada, sin medias, con sandalias de cuero muy abiertas; sobre el hombro llevaba una malla, una toalla y una gorra de baño; respiraba lenta y pesadamente, pero no había entrado a nadar, ya que ni siquiera estaban húmedos o desarreglados los bordes de su lustroso cabello rojizo oscuro.

»—*Mademoiselle* —le dije, inseguro sobre la actitud a tomar—. Vengo en busca de Harry Brooke y de su padre.

»Durante cinco minutos que parecieron un tiempo muy largo, ella no respondió.

»—Están aquí arriba —me dijo—, en el techo de la torre. —De pronto, sus ojos (¡lo juro!) parecieron recordar cierta horrible experiencia—. Creo que están disputando. No me entrometeré por ahora. Dispénsame.

»—¡Pero *Mademoiselle*...!"

—¡Por favor, discúlpeme!

»Y se fue, girando su rostro hacia otro lado. Una dos gotas de lluvia seguidas por otras cayeron sobre el pasto barrido por el viento.

»Metí mi cabeza dentro del vano de la puerta.

»Como les dije, esta torre no era más que un esqueleto de piedra, contra cuya pared ascendía, hasta una abertura cuadrada que daba a la azotea, una escalera de caracol, también de piedra. El interior olía a vejez y a humedad; estaba vacío, tan desnudo como las manos de ustedes, si no fuera por un par de bancos de madera y una silla rota. Ventanas largas y estrechas, a lo largo de la escalera, la alumbraban bastante bien, a pesar de la oscuridad de la tormenta que iba cubriendo el cielo.

»Desde arriba se oían voces coléricas que apenas podía yo distinguir. Grité, y al retumbar mi palabra en aquel cántaro de piedra, las voces callaron inmediatamente.

»Me precipité entonces por la escalera de caracol (tarea que produce vértigos y además muy mala para el que le falta el aliento) y aparecí en la azotea a través de la abertura cuadrada.

»En una plataforma circular de piedra, con alto parapeto que sobrepasaba los árboles, se hacían frente Harry Brooke y su padre. Éste, con su impermeable y su gorro de paño puestos, hacía con la boca un gesto de implacable obstinación. El hijo



le suplicaba; Harry estaba sin sombrero y sin abrigo, con un traje de corderoy, y su corbata al viento acentuaba su estado de ánimo. Ambos estaban pálidos y excitados, pero parecieron aliviados al ver que era yo quien los interrumpía.

»—¡Le digo, señor...! —empezó Harry.

»—Por última vez —continuó Brooke con voz fría y fastidiada—, ¿quieres permitirme tratar este asunto a mi modo? —Se volvió hacia mí y añadió: —¡Profesor Rigaud!

»—¡Estimado amigo...!

»—¿Quiere llevarse a mi hijo de aquí hasta que haya yo arreglado ciertos asuntos a mi propia satisfacción?

»—¿Llevarlo a dónde, estimado amigo?

»—Llevarlo a cualquier parte —replicó Brooke, y nos volvió la espalda.

»Eran entonces las cuatro menos diez, como pude verlo con una mirada subrepticia a mi reloj: Brooke debía encontrarse con Fay Seton allí a las cuatro y se proponía esperar. Saltaba a la vista que Harry estaba vencido y desinflado. Yo nada dije sobre el encuentro con Fay Seton un momento antes, porque deseaba derramar aceite sobre la situación en lugar de inflamarla. Harry toleró que yo le apartara.

»Ahora quisiera grabar en ustedes, muy claramente, lo último que vimos cuando bajamos.

»Brooke estaba parado junto a la baranda, completamente de espaldas; a un lado, tenía su bastón de madera clara apoyado contra el antepecho, al otro, también descansando contra el mismo, la cartera abultada. Este almenado parapeto subía hasta la altura del pecho, alrededor del tope de la torre, con su piedra rota desmoronándose y rayada con jeroglíficos blanquecinos allí donde la gente había grabado sus iniciales.

»¿Está claro? ¡Bien!

»Conduje abajo a Harry y lo llevé, a través del espacio cubierto de césped, hasta el refugio del gran bosque de castaños que se extendía al oeste y al norte, porque la lluvia comenzaba ahora a salpicar bastante fuerte y no estábamos a cubierto. Bajo las hojas silbadoras y movedizas, donde estaba casi oscuro, mi curiosidad alcanzó el punto de la manía. Rogué a Harry, como amigo y, en cierto sentido, como su tutor, que me dijera el significado de aquellas sugerencias contra Fay Seton.

»Al principio, apenas quería escucharme; ese elegante joven mentalmente en formación, se lo pasaba abriendo y cerrando las manos y respondía que todo era demasiado ridículo para hablar de ello.

»—Harry... —le dije, levantando *así* un expresivo dedo índice—. Harry; hemos hablado mucho de literatura francesa, de crímenes y de ciencias ocultas, he recorrido un amplio campo de experiencia humana, y le digo que lo que causa mayor preocupación en este mundo son las cosas demasiado ridículas para ser habladas.

»Me miró rápidamente con ojos brillantes, hosco y extraño.

»—¿Ha oído usted... —preguntó—, ha oído usted hablar de Jules Fresnac, el vendedor de hortalizas?

»—Su madre me lo nombró —dije—, pero todavía me falta saber qué hay de malo con Jules Fresnac.

»—Jules Fresnac —dijo Harry— tiene un hijo de dieciséis años.

»—¿Y?

»En este momento fue cuando, en la penumbra del bosque, fuera de la vista de la torre, oímos gritar a una criatura.

»Sí, oímos gritar a una criatura.

»Les digo que me asusté hasta ponerme los pelos de punta. Una gota de agua se filtró a través de las pesadas hojas que cubrían nuestras cabezas y cayó en mi calva haciéndome saltar con toda la fuerza de mis músculos. Me había congratulado de que el peligro estuviera conjurado, porque Howard Brooke, Harry Brooke y Fay Seton estaban separados por el momento, y esos tres elementos no eran peligrosos a no ser que de pronto se juntaran. Y ahora...

»El grito provenía de la torre. Harry y yo corrimos fuera del bosque y aparecimos en el abra de césped con la torre y la vuelta de la ribera del río delante de nosotros. El espacio abierto entero parecía estar lleno de gente.

»Bien pronto supimos lo ocurrido.

»A orillas del bosque había habido, hacía como media hora, un *picnic* concurrido por unos señores Lambert, su sobrina, su nuera y cuatro niños de nueve a catorce años de edad.

»Como verdaderos excursionistas franceses, se negaron a postergar el paseo, a causa del tiempo. Por supuesto que el terreno era privado, pero la propiedad privada significa menos en Francia que en Inglaterra. Enterados de que se decía que Brooke era fastidioso con los transgresores, vacilaron hasta que vieron primero la partida de Fay Seton y luego la de Harry conmigo. Supusieron que la costa estaba libre. Los niños invadieron el espacio abierto, mientras *monsieur* y *madame* Lambert se instalaron bajo un castaño para abrir la cesta del *picnic*.

»Los dos niños menores fueron a explorar la torre. Cuando corrí con Harry fuera del bosque, pude ver todavía aquella niñita parada en la puerta de la torre, señalando hacia arriba. Oigo su voz penetrante y destemplada.

»—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Arriba hay un hombre cubierto de sangre!

»Fue esto lo que dijo.

»Por mí, no podría decir qué dijeron o hicieron los otros en aquel momento. Sin embargo, recuerdo a los niños que volvían sus cabezas, consternados, hacia sus padres, y una pelota de goma azul y blanca que rodó por el pasto hasta zambullirse en el río. Me dirigí a la torre casi corriendo y trepé por la escalera de caracol. Mientras subía, se me ocurrió un pensamiento fantástico, salvaje y extraño; había sido una falta

grande de consideración pedir a la señorita Fay Seton, con su corazón débil, que subiera todos esos escalones.

»Y salí a la azotea donde soplaba un viento fresco. En el centro yacía Brooke, boca abajo, aún con vida, aún crispado. La espalda de su impermeable estaba empapada y como hirviendo en sangre; mostraba una rasgadura de media pulgada donde le habían estoqueado, por detrás, justamente debajo del omóplato izquierdo.

»Todavía no he hecho mención de que su propio bastón, el que siempre usaba, era, en realidad, un bastón de estoque. Ahora estaba a su lado, partido en dos. La parte del puño, con su larga hoja fina y puntiaguda manchada de sangre, tirada cerca de su pie izquierdo, la vaina de madera había rodado hasta la parte interior del parapeto opuesto. Pero la cartera que contenía dos mil libras había desaparecido.

»Vi todo aquello, como deslumbrado, mientras abajo gritaba la familia de Lambert. Eran exactamente las cuatro y seis minutos; lo observé no en ningún sentido policial, sino porque me intrigaba saber si Fay Seton había acudido a su cita.

»Me acerqué a Brooke y lo levanté hasta sentarlo, me sonrió y quiso hablar, pero sólo pudo decir: “Mala suerte”. Eludiendo las manchas de sangre, Harry llegó junto a mí, aunque no me fue de mucha ayuda. Dijo: “Papá, ¿quién hizo esto?” Pero el pobre hombre no podía ya articular palabra. Murió en brazos de su hijo pocos minutos después, colgándose de Harry como una criatura.

Aquí el profesor Rigaud hizo una pausa en su narración y, sintiéndose algo culpable, bajó su cabeza y miró fijamente la mesa, extendiendo sus gruesas manos a cada lado de ella. Hubo un largo silencio hasta que se sacudió, impacientemente.

Con extraordinaria intensidad agregó:

—¡Por favor, observen bien lo que voy a decirles ahora!

»Sabemos que Howard Brooke no estaba herido, y que gozaba de buena salud, cuando lo dejé solo en la torre a las cuatro menos diez.

»De acuerdo con esto, la persona que lo asesinó debe de haberlo encontrado arriba, en la torre. Esta persona debe de haber desenvainado el estoque y atravesado con él el cuerpo, estando Brooke de espaldas. En realidad, la policía descubrió que varios fragmentos de roca desmoronada se habían desprendido de una de las murallas del lado del río, como si los dedos de alguien las hubieran aflojado al subir allí. Y esto debe de haber ocurrido entre las cuatro menos diez y las cuatro y cinco, cuando los dos niños lo descubrieron moribundo.

»¡Bien! ¡Excelente! ¡Probado!

El profesor Rigaud movió su silla hacia adelante.

—Sin embargo, las pruebas demuestran concluyentemente —dijo— que durante aquel tiempo ningún ser viviente estuvo junto a él.

## CAPÍTULO IV

—¿HAN OÍDO ustedes? —insistió Rigaud, y para atraer la atención, castañeteó rápidamente con sus dedos en el aire, despertando a Miles Hammond.

Para cualquier persona de imaginación, este relato del pequeño y rollizo profesor, con los sonidos, olores y descripciones que lo aderezaban, tenía la realidad de lo vivido. Miles olvidó momentáneamente que estaba sentado en una habitación del piso alto del restaurante de Beltring, con las ventanas abiertas sobre Romilly Street, junto a unos candelabros cuyas velas ardían ya casi consumidas. Por un momento «vivió» rodeado por los sonidos, los olores y las descripciones de esta historia, de tal suerte que el susurro de la lluvia en Romilly Street parecía la lluvia sobre la torre de *Henri Quatre*. Se encontró sensiblemente excitado, ansioso y conmovido, dispuesto a tomar partido. Le agradaba este Howard Brooke, lo quería y respetaba, simpatizando con él como si hubiesen sido amigos personales. Quienquiera que hubiese muerto al viejo...

Durante todo este tiempo los enigmáticos ojos de Fay Seton, aún más perturbadores, lo miraban desde la fotografía iluminada, que ahora estaba sobre la mesa.

—Discúlpeme —dijo Miles, levantándose con un sobresalto al oír el castañeteo de los dedos del profesor Rigaud—. ¡Hum...! ¿Quisiera repetirme la última frase?

El profesor Rigaud mostró su risita sardónica.

—Encantado —replicó con cortesía—: dije que la investigación había demostrado que ningún ser viviente había estado cerca de Brooke durante aquellos quince minutos fatales.

—¿Ni había llegado cerca de él?

—Ni pudo haber llegado cerca de él. Estuvo completamente solo en lo alto de la torre.

Miles se irguió en su asiento.

—¡Aclaremos esto! —dijo—. ¿El hombre fue estoqueado?

—Fue estoqueado —asintió el profesor Rigaud—. Estoy en la situación envidiable de poder mostrarles el arma con que se cometió el crimen.

Como quien no quiere la cosa, se movió para tocar el grueso bastón de madera clara que no había apartado de su lado durante la cena y que ahora estaba apoyado contra el borde de la mesa.

—¿Es ése...? —exclamó Bárbara Morell.

—Sí, perteneció a Brooke. Creo haberle dicho a *mademoiselle* que soy un coleccionista de estas reliquias. Es una belleza, ¿eh?

Con gesto dramático, levantando el bastón con ambas manos, el profesor Rigaud destornilló el mango curvo. Sacó la larga, delgada y puntiaguda hoja de acero, que la luz de las velas pareció asir perversamente, y la posó sobre la mesa con cierta

reverencia. Sin embargo, la hoja tenía poca vida o brillo; no había sido limpiada o pulida desde hacía años; y Miles podía ver, mientras ella descansaba atravesando los bordes de la fotografía de Fay Seton, las oscuras manchas coloreadas de herrumbre que se habían secado a su largo.

—Una belleza, ¿eh? —repitió el profesor Rigaud—. También hay manchas de sangre dentro de la vaina que pueden verse si la levantan hasta el alcance del ojo.

Bruscamente Bárbara Morell empujó su silla, se levantó y la echó hacia atrás.

—¿Para qué diablos trae usted aquí semejantes cosas? —gritó—. ¡Y goza verdaderamente con ellas!

El buen profesor arqueó sus cejas con extrañeza.

—¿A *mademoiselle* no le agrada?

—No, por favor quítelo del medio; es..., ¡es maléfico!

—Pero, seguramente, deben de agradarle estas cosas a *mademoiselle*... Si no, no sería una invitada del *Murder Club*.

—Sí, sí, por supuesto —rectificó apresuradamente ella—. Solamente...

—¿Solamente qué? —insinuó el profesor Rigaud con voz suave e interesada.

Miles, no poco sorprendido, observaba a Bárbara de pie asida al respaldo de la silla. Una o dos veces había notado que sus ojos se fijaban en él por encima de la mesa, pero la mayor parte del tiempo ella había mirado constantemente al profesor Rigaud. Durante el relato había fumado rabiosamente. Por primera vez Miles observó por lo menos media docena de colillas en el platillo de su taza de café. En cierto momento, cuando la descripción de la pedrada de Jules Fresnac contra Fay Seton, se había agachado para recoger algo del suelo, debajo de la mesa. Tal vez fuera por el vestido blanco que le daba aspecto de niña, pero no parecía muy alta esta animada figura, que permanecía de pie, moviendo y retorciendo sus dedos en el respaldo de la silla.

—¿Sí, sí, sí? —continuaba la voz indagadora del profesor Rigaud—. A usted le interesan mucho estas cosas. ¿Solamente...?

Bárbara rió forzosamente.

—Bueno —dijo ella—, de nada sirve hacer los crímenes demasiado reales. Cualquier literato se lo dirá.

—¿Es usted novelista, *mademoiselle*?

—No... exactamente. —Rió de nuevo, tratando de descartar el tema con un movimiento de la mano—. De todos modos —continuó apresuradamente— usted dice que *alguien* asesinó a este Brooke. ¿Quién lo asesinó? ¿Fue... Fay Seton?

Hubo una pausa, pausa de nervios ligeramente tensos, antes de que el profesor Rigaud la mirara para tomar una determinación. Luego rió entre dientes.

—¿Qué certeza quiere tener usted, *mademoiselle*? ¿No les he dicho que esta dama no era, según lo admitido, una criminal cualquiera?

—¡Oh! —dijo Bárbara Morell—. Está bien, entonces. —Y arrimó su silla volviendo a sentarse mientras Miles la miraba sorprendido.

—Si le parece que está bien, señorita Morell, no puedo decir que yo esté de acuerdo. Según el profesor Rigaud, aquí presente, nadie se acercó a la víctima en ningún momento...

—¡Exactamente! ¡Y repito esa manifestación!

—¿Cómo puede usted estar seguro de ello?

—Entre otras cosas, por los testigos.

—¿Por ejemplo?

Con una rápida mirada a Bárbara, el profesor Rigaud recogió cariñosamente el estoque, lo repuso en la vaina, y lo aseguró bien, apoyándolo cuidadosamente una vez más contra el borde de la mesa.

—¿Tal vez esté conforme, amigo mío, en que soy un hombre observador?

—Completamente conforme —dijo Miles, sarcástico.

—¡Bien! Entonces se lo demostraré.

El profesor Rigaud ilustró la parte siguiente de su relato poniendo los codos sobre la mesa, levantando los brazos, golpeando el índice de su mano derecha contra el de la izquierda y, al mismo tiempo, acercando sus ojos intencionados y brillantes tan próximos a sus dedos que se puso casi bizco.

—Ante todo, yo mismo puedo atestiguar que no había persona alguna en la torre ni siquiera oculta, cuando dejamos solo a Brooke. ¡Tal idea es un absurdo! ¡El lugar estaba tan vacío como un cántaro! ¡Lo vi yo mismo! Y con la misma certeza puedo jurar que a mi regreso, a las cuatro y cinco, ningún asesino estaba escondido adentro para escapar luego.

»Segundo, ¿qué sucedió en cuanto Harry y yo nos fuimos? Una familia de ocho personas: *monsieur* y *madame* Lambert, su sobrina, su nuera y cuatro niños invaden instantáneamente el césped que rodea la torre por todos lados excepto por el fragmento estrecho en que sobresale del río.

»Soy soltero, a Dios gracias.

»Esta gente toma de golpe posesión del espacio abierto. El padre y la madre tienen a la vista la entrada de la torre; la sobrina y el niño mayor pasean a su alrededor mirándola; los dos menores están, en realidad, *dentro*. Y todos estaban de acuerdo en que nadie entró ni salió de la torre durante este tiempo.

Miles abrió la boca para protestar, pero el profesor Rigaud intervino antes de que pudiese hablar.

—Es verdad que estas personas nada podían decir con respecto al lado en que la torre redonda mira al río —concedió el profesor.

—¡Ah! —dijo Miles—. ¿No hubo testigos de ese lado?

—¡Ay!, no.

—Entonces es muy evidente, ¿no es así? Nos dijo usted hace un rato que una de las almenas que rodean el parapeto, del lado que mira al río, tenía pedazos rotos, desprendidos de la roca como si los dedos de alguien, al trepar, los hubiesen arrancado. El asesino debió de venir del lado del río.

—Consideren las dificultades de esa teoría —dijo el profesor Rigaud con voz convincente.

—¿Qué dificultades?

El otro las examinó golpeando repetidas veces con su índice.

—Ningún bote se acercó a la torre, o habría sido visto. La piedra de aquella torre, de cuarenta pies de altura, es tan lisa como un pescado mojado. La ventana más baja, medida por la policía, está exactamente a veinticinco pies sobre el nivel del agua. ¿Cómo pudo el asesino escalar la pared, matar a Brooke y bajar otra vez?

Hubo un largo silencio.

—¡Que me cuelguen, pero lo hicieron! —protestó Miles—. No va usted a decirme que este crimen fue cometido por un...

—¿Por un qué?

La pregunta fue lanzada tan rápidamente, mientras el profesor Rigaud bajaba sus manos y se inclinaba hacia adelante, que Miles sintió una atemorizada y perturbadora tensión nerviosa. Le pareció que el profesor Rigaud, ocultando su cruel sonrisa, quería decirle algo, quería conducirlo o atraerlo a un determinado punto.

—Iba a decir —respondió Miles—, por algún ser sobrenatural que flotara en el aire.

—¡Qué raro es oírle a usted estas palabras! ¡Qué interesante!

—¿Me permite que le interrumpa un momento? —preguntó Bárbara jugando con el mantel—. Lo principal, después de todo, es sobre..., es sobre Fay Seton. Creo que usted dijo que tenía una cita con Brooke para las cuatro. ¿Cumplió el compromiso?

—Por lo menos no se la vio.

—¿Acudió ella a esa cita, profesor Rigaud?

—Llegó después, *mademoiselle*. Cuando todo había terminado.

—Entonces, ¿qué hizo durante aquel tiempo?

—¡Ah! Ahora llegamos al punto —dijo el profesor Rigaud, con tal fruición que ambos oyentes medio temieron lo que iba a decir.

—¿Llegamos a qué?

—A la parte más fascinadora del misterio. Esta intriga del hombre que está solo cuando es estocada —el profesor Rigaud hinchó sus mejillas— es, por, cierto interesante. Pero, para mí, el mayor interés de un caso no reside en los indicios materiales, como un bonito rompecabezas con todas las piezas numeradas y de diferentes colores. ¡No! Para mí reside en la mentalidad humana, en el comportamiento humano; si lo prefieren, en el alma humana. —Su voz se hizo aguda

—. En Fay Seton, por ejemplo. Descríbanme, si pueden, su mente y su alma.

—Nos sería útil —señaló Miles— saber qué hacía para trastornar tanto a la gente. Discúlpeme, pero ¿usted sabe bien qué era?

—Sí. —La palabra fue cortante—. Lo sé.

—¿Dónde estaba en el momento del asesinato? —continuó Miles, pues los interrogantes le hervían en su interior—. ¿Y la opinión de la policía sobre su actuación en el asunto? ¿Y el desenlace de su romance con Harry Brooke? Y, en resumen, ¿todo el final de la historia?

El profesor Rigaud movió la cabeza.

—Se lo diré —prometió—, pero primero tomemos una copa; tengo mi garganta como arena. Ustedes beberán también. —Como buen conocedor, los atormentaba gozando al tenerlos en suspenso. Levantó la voz—. ¡Mozo!

Después de una pausa volvió a llamar. La voz llenó la habitación; parecía arrancar vibraciones al grabado de la calavera colgado sobre la chimenea y ondear suavemente las llamas de los candelabros, pero no tuvo respuesta. Fuera de las ventanas, la noche, ahora oscura como boca de lobo, gorgoteaba como un surtidor de agua.

—¡Ah, demonios! —se molestó el profesor Rigaud, y empezó a buscar una campanilla.

—Para decirles la verdad —se aventuró Bárbara—, estoy bastante sorprendida de que no nos hayan echado de aquí hace ya rato. Parece que la gente del *Murder Club* es muy favorecida. Deben de ser cerca de las once.

—Son casi las once —estalló el profesor Rigaud, consultando su reloj, y se puso de pie—. Le ruego, *mademoiselle*, que no se moleste ni usted tampoco amigo mío; yo voy a buscar al mozo.

Las puertas de la habitación exterior se cerraron tras él agitando otra vez las llamas. Cuando Miles, automáticamente, quiso levantarse para anticipársele, Bárbara estiró su mano y le tocó el brazo. Sus ojos, aquellos amistosos ojos grises bajo la suave frente y las ondas de cabello rubio ceniciento, decían silenciosamente, pero con toda claridad, que ella deseaba hacerle una pregunta en privado.

Miles volvió a sentarse.

—¿Qué pasa, señorita Morell?

Ella retiró rápidamente la mano.

—Yo..., verdaderamente no sé cómo empezar.

—¿Y si empezara yo? —dijo Miles con aquella sonrisa suya esbozada en la comisura de sus labios que tanta confianza inspiraba.

—¿Qué piensa usted?

—No deseo entrometerme en nada, señorita Morell. Esto queda enteramente entre nosotros. Pero me ha llamado la atención, una o dos veces en la noche, que esté usted mucho más interesada en el caso concreto de Fay Seton que en el *Murder Club*.



—¿Qué lo ha llevado a pensar así?

—¿No es verdad? El profesor Rigaud también lo ha notado.

—Sí, es cierto. —Ella habló después de una vacilación, primero afirmando enérgicamente y luego volviendo la cabeza—. Por eso le debo una explicación y se la quiero dar. Pero antes de hacerlo —se dio vuelta para enfrentarlo— ¿puedo hacerle una pregunta muy impertinente? Tampoco quisiera entrometerme, en realidad no lo hago; ¿pero puedo interrogarle?

—Por supuesto. ¿Qué quiere usted saber?

Bárbara palmeó ligeramente la fotografía de Fay Seton que estaba entre ellos, al lado de la hoja doblada del manuscrito.

—Usted está fascinado con esto, ¿no es cierto? —preguntó ella.

—Bueno... sí, supongo que sí.

—Está pensando cómo sería estar enamorado de ella —dijo Bárbara.

Si su primera observación había sido un poco desconcertante, la segunda le asombró completamente.

—¿Se dedica usted a leer los pensamientos, señorita Morell?

—¡Disculpe! ¿No es verdad?

—¡No! ¡Espere! ¡Deténgase! ¡Esto va demasiado lejos!

La fotografía había tenido sobre él un efecto hipnótico, honestamente no podía negarlo. Pero eso era curiosidad, el cebo del enigma. A Miles siempre le habían divertido bastante esas historias, generalmente románticas con final trágico, en las que algún pobre diablo se enamora del retrato de una mujer. Tales cosas sucedían verdaderamente en la vida real, por cierto, pero no disminuían su incredulidad y, de cualquier modo, la pregunta no venía al caso entonces.

Podía haberse reído de Bárbara por su seriedad.

—Sea lo que fuere —opuso él—, ¿por qué lo pregunta?

—Por algo que usted dijo hoy, más temprano. ¡Por favor, no trate de recordar lo que era! —La cara de Bárbara mostraba buen humor; y un gesto de la boca contradecía la sonrisa de sus ojos—. Es probable que esté cansada e imaginando cosas. ¡Olvide que lo dije! Solamente...

—Usted sabe, señorita Morell, que yo soy historiador.

—¡Oh! —Su modo fue rápidamente simpático. Miles se sintió avergonzado.

—Me temo que sea éste un modo muy retumbante de exponerlo, pero acontece que es exacto por modesto que sea. Mi trabajo, el mundo en que vivo, está formado por gente que nunca conocí; trato de representarme vívidamente en la mente, trato de comprender a una cantidad de hombres y de mujeres que eran sólo montones de polvo antes de que yo naciera. En cuanto a esta Fay Seton...

—Ella es extraordinariamente atrayente, ¿no es verdad? —Bárbara señaló la fotografía.

—¿Lo es? —dijo fríamente Miles—. Por cierto que no es un mal trabajo. Por lo general las fotografías iluminadas son detestables. De todos modos —furiosamente volvía sobre el tema—, esta mujer no es más verdadera que Agnes Sorel o Pamela Hoyt. Nada sabemos de ella. —Hizo una pausa asustado—. Pensándolo bien, ni siquiera sabemos si aún vive.

—No —convino la joven—. No, ni siquiera sabemos eso.

Bárbara se levantó lentamente, rozando la mesa con los nudillos de sus dedos como si arrojara algo. Respiró hondo.

—Sólo puedo volver a pedirle que olvide todo lo que he dicho —dijo ella—. Fue únicamente una idea tonta que tuve, no había posibilidad de llegar a nada. ¡Qué noche extraña ha sido ésta! El profesor Rigaud hechiza bastante y, a propósito —habló dando vuelta de pronto la cabeza—, ¿no tarda demasiado el profesor Rigaud en encontrar al mozo?

—¡Profesor Rigaud! —llamó Miles—. ¡¡Profesor Rigaud!! —insistió, levantando poderosamente la voz.

Y otra vez, como cuando el ahora ausente había llamado al mozo, solamente se oía la lluvia que gorgoteaba y salpicaba en la oscuridad. No hubo respuesta.

## CAPÍTULO V

**M**ILES se puso de pie y se dirigió hacia la doble puerta, que abrió de par en par, y miró adentro de un cuarto sombrío y desierto. Vasos y botellas habían sido retirados del improvisado bar; sólo había una lámpara eléctrica encendida.

—Es, exactamente, una noche extraña —declaró Miles—. Primero desaparece todo el *Murder Club*. El profesor Rigaud nos cuenta una historia increíble que se hace aún más increíble —Miles sacudió la cabeza como para aclarar las ideas— cuanto más se piensa en ella. Luego desaparece él. El sentido común sugiere que solamente ha ido a... no interesa. Pero al mismo tiempo...

La puerta de caoba que daba al vestíbulo se abrió y entró Federico, el mayordomo, con su cara de mejillas redondas que expresaba, sin reservas, un reproche.

—El profesor Rigaud, señor —anunció— está abajo, en el teléfono.

Bárbara que, aparentemente, sólo se había detenido el tiempo necesario para recoger su bolso de mano y soplar la llama que se sacudía y rutilaba en un áspero cabo de vela, arrojando humo de sebo, para seguir luego a Miles hasta la otra habitación, volvió ahora a detenerse.

—¿En el teléfono? —repitió.

—Sí, señorita.

—Pero él fue a buscar a alguien —las palabras sonaban casi cómicas a medida que las decía— alguien que nos sirviera de beber...

—Sí, señorita. La llamada fue hecha mientras él estaba abajo.

—¿De parte de quién?

—Creo, señorita, que era el doctor Gideon Fell. —Ligera pausa—. El secretario honorario del *Murder Club*. —Ligera pausa—. El doctor Fell supo que el profesor Rigaud le había estado llamando desde aquí esta tarde, temprano, y entonces le llamó a su vez. —¿Habría ahora un significado peligroso en la mirada de Federico?— El profesor Rigaud parece muy enojado, señorita.

—¡Oh, santo Dios! —suspiró Bárbara con voz de sincera consternación.

Del respaldo de una de las sillas de brocado rosado, colocadas tiesamente alrededor del cuarto como en el salón de un empresario de pompas fúnebres, colgaba el abrigo de pieles de la joven y un paraguas. Bárbara los recogió y se echó el abrigo sobre los hombros, tomando un aire de indiferencia estudiada que a nadie engañaba.

—Lo siento muchísimo —le dijo a Miles—. Ahora tengo que irme.

Él la miró.

—¡Pero, oiga! ¡No puede irse ahora! ¿No se molestará el amigo si vuelve y se encuentra con que usted ya no está?

—No se molestará tanto como si vuelve y encuentra que estoy aquí —dijo ella

persuadida. Tanteó dentro de su bolso de mano—. Quiero pagar mi parte de la cena. Ha sido muy agradable. Yo...

Una confusión tan total y completa la invadió hasta la punta de los dedos, que le hizo derramar su bolso esparciendo monedas, llaves, y una polvera por el suelo.

Miles contuvo la risa, aunque, ciertamente, no se reía de ella. Un gran rayo de luz iluminó su mente. Se agachó, recogió lo que se había caído, lo metió dentro del bolso y lo cerró enérgicamente.

—Usted tramó todo esto, ¿no es cierto? —preguntó él.

—¿Tramé? Yo...

—¡Usted tramó la reunión del *Murder Club*, por Dios! De alguna manera apartó al doctor Fell, al juez Coleman, a la señora Ellen Nye, al tío Thomas Cobleigh y a los demás. A todos, excepto al profesor Rigaud, porque usted quería oír la primera versión de su relato sobre Fay Seton. Pero sabía que el *Murder Club* nunca había hospedado más invitados que el relator... de modo que no contó usted con mi venida...

—¡Por favor no me ponga en ridículo! —Su voz, tan seria, le hizo recapacitar. Soltándose de la mano que él había puesto sobre su brazo, Bárbara corrió hacia la puerta. Federico se corrió lentamente a un lado para dejarla pasar, con la mirada fija en el cielo raso, demostrando que hubiera podido llamar a la policía. Miles se apuró en pos de ella.

—¡Oiga! ¡Espere! ¡No la culpaba! Yo...

Pero ella ya iba volando por el vestíbulo alfombrado en dirección a la escalera privada de Greek Street.

Miles miró desesperadamente a su alrededor.

Frente a él tenía la señal iluminada del guardarropa de caballeros; arrebató su impermeable, se encajó el sombrero en la cabeza y se volvió, encontrando la mirada elocuente de Federico.

—¿Las cenas del *Murder Club* son pagadas por alguien en total, o cada uno paga lo suyo?

—La regla es que cada persona paga lo suyo, señor. Pero esta noche...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —Miles metió unos billetes de banco en la mano del hombre, con el agradable regocijo de pensar que ahora podía permitirse el lujo de hacerlo—. Esto es para liquidar todo. Presente mis respetuosos saludos al profesor Rigaud, y dígame que le llamaré por la mañana para disculparme. No sé dónde para él en Londres... —fue un inconveniente que descartó—, pero lo encontraré. Oiga..., ¿le he dado suficiente dinero?

—Más dinero del necesario, señor. Al mismo tiempo...

—Lo siento; la culpa es mía. ¡Buenas noches!

No se animó a correr demasiado, porque su antigua enfermedad podía reaparecer

y marearlo. Con todo, su paso era bastante apurado. Al bajar y salir, alcanzó a ver el vestido blanco de Bárbara que se movía en dirección a Frith Street bajo el corto abrigo de pieles. Entonces corrió verdaderamente.

Un taxímetro pasaba por Frith Street en dirección a Shaftesbury Avenue; el motor zumbaba con gran nitidez en el profundo silencio de la noche de Londres. Miles le gritó sin mayor esperanza pero, con sorpresa, vio que, vacilante, se desviaba hacia la acera; alcanzó y tomó del brazo a Bárbara Morell con su mano izquierda y con la derecha abrió la manija de la puerta del coche antes de que surgiera de la oscuridad de la lluvia, alguien como fantasma a reclamarlo.

—Sinceramente —le dijo a Bárbara, con tal calor que aflojó la tensión de su brazo—, no había motivo para salir corriendo en esta forma. Por lo menos, permítame que la deje en su casa. ¿Dónde vive usted?

—En St. John's Wood. Pero...

—No puedo, patrón —dijo el conductor del taxímetro con voz vehemente, mezcla de desconfianza y pesadumbre—. Voy en dirección a Victoria y tengo la gasolina necesaria para llegar a casa.

—Está bien. Déjenos en la estación del subterráneo de Piccadilly Circus.

La puerta del coche se cerró con estrépito, los neumáticos dejaron sus huellas sobre el asfalto mojado. Bárbara, arrinconada en su asiento, habló con voz débil.

—Usted quisiera matarme, ¿no es verdad? —preguntó.

—Por última vez, estimada señorita; ¡no! Al contrario. La vida ha sido hecha tan desagradable para nosotros que cualquier cosa, por insignificante que sea, ayuda.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Un juez del alto tribunal, un abogado, político y otros muchos personajes importantes han sido cuidadosamente apartados de algo que ellos habían convenido. ¿No estaría usted encantada, como jamás lo estará, si oyera hablar de una Persona Importante que, no pudiendo reservar su lugar, fuese relegada al fin de la cola?

La joven lo miró.

—Usted es simpático —dijo con seriedad.

Esto hizo perder un poco el equilibrio a Miles.

—No es cuestión de lo que usted llame simpatía —replicó él con alguna violencia—. Es cuestión del viejo Adán.

—¡Pero el pobre profesor Rigaud...!

—Sí, hemos sido algo groseros con Rigaud y debemos encontrar el medio de disculparnos. A pesar de todo..., no sé por qué lo hizo, señorita Morell, pero me alegro de que lo hiciera, excepto por dos motivos.

—¿Qué motivos?

—En primer lugar, me parece que debió usted haber confiado en el doctor Fell; es muy buen hombre y habría comprendido cualquier cosa que usted le contara. ¡Cómo

se hubiera entretenido con este caso del hombre asesinado mientras estaba solo en lo alto de una torre! Es decir —agregó Miles dominado por la confusión y extrañeza de la noche—, si se trata de un caso real y no de un sueño o de una broma. Si usted le hubiera dicho al doctor Fell...

—¡Ni siquiera conozco al doctor Fell! También mentí en esto.

—No importa.

—Sí importa —repuso Bárbara y se apretó fuertemente los ojos con sus manos—. No conocía a ningún socio, pero estaba en situación, usted lo ha visto, de saber todos sus nombres y direcciones, y de saber, también, que el profesor Rigaud iba a hablar sobre el caso Brooke. Telefoneé a todos, excepto al doctor Fell, como si fuera la secretaria privada de éste y dije que la cena había sido aplazada. Luego me puse en comunicación con el doctor Fell en nombre del presidente, y esperé de Dios que ambos estuvieran fuera de su casa, esta noche, por si alguno llamaba para confirmar.

Hizo una pausa, mirando al frente, hacia el vidrio de separación del pescante, agregó lentamente:

—No lo hice por broma.

—No. Lo adiviné.

—¿Lo adivinó? —gritó Bárbara—. ¿Lo adivinó usted?

El taxímetro dio una fuerte sacudida; las luces de los automóviles, extrañas por su novedad, barrieron la trasera del coche con su breve e inacostumbrado resplandor, a través de los cristales empañados por la llovizna.

Bárbara se volvió hacia él. Para tranquilizarse puso una mano sobre el cristal divisorio que tenía por delante. Ansiedad, justificación, una curiosa turbación y... sí, la evidente simpatía por él... brillaban en su expresión tan palpablemente como el deseo de decirle algo más, pero no lo dijo. Sólo agregó:

—¿Cuál era el otro motivo?

—¿Otros motivos?

—Usted me dijo que había dos motivos por los cuales sentía usted esto..., la tontería mía de esta noche. ¿Cuál es el otro?

—¡Bueno! —Él intentó parecer ligero y casual—. ¡Que me cuelguen! Estaba yo sumamente interesado en este caso del asesinato de la torre. Ya que el profesor Rigaud, probablemente, estará resentido con nosotros...

—Tal vez usted nunca sepa el fin de la historia... ¿Es eso?

—Sí, eso es.

—Comprendo. —Se quedó un momento silenciosa, golpeando los dedos contra su bolso, moviendo la boca de una manera extraña y con los ojos brillantes como si hubiera lágrimas en ellos—. ¿Dónde para usted en la ciudad?

—En el Berkeley, pero mañana regreso a la New Forest. Mi hermana y su prometido vienen a Londres por el día... viajaremos todos juntos de regreso. —Miles

se interrumpió—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Quizá pueda ayudarlo. —Abrió su bolso y extrajo un fajo manuscrito arrollado y se lo dio—. Es el propio informe del profesor Rigaud sobre el caso Brooke, escrito especialmente para los archivos del *Murder Club*. Yo... yo lo robé de la mesa del restaurante Beltring cuando usted fue en busca del profesor. Se lo iba a enviar por correo cuando terminara de leerlo, pero ya he aprendido lo único que realmente quería saber.

Con insistencia metió el manuscrito en las manos de él.

—¡No veo para qué podría servir yo ahora —exclamó—; no veo para qué podría servir yo ahora!

Con un ruido del engranaje al pasar a punto muerto y de los neumáticos al rozar la acera, el taxi paró. Adelante aparecía la entrada de Piccadilly Circus en la desembocadura de Shaftesbury Avenue, rumorosa y revuelta con la multitud de última hora. Instantáneamente Bárbara estuvo del otro lado del coche, sobre el pavimento.

—¡No se baje! —insistió mientras retrocedía alejándose—, puedo ir directamente a casa desde aquí en el subterráneo y, de todos modos, el taxímetro va por su camino. ¡Al hotel Berkeley! —gritó al conductor.

La puerta se golpeó justamente antes de que ocho soldados americanos en tres diferentes grupos, avanzaran a un mismo tiempo sobre el coche. Mientras se alejaba el taxímetro en medio de la multitud, y al resplandor de una ventana iluminada, Miles alcanzó a dar un vistazo a la cara de Bárbara que sonreía animadamente pero tiesa y sin ganas. Se recostó él en el asiento agarrando el manuscrito del profesor Rigaud y sintiendo figuradamente que le quemaba las manos.

El viejo Rigaud iba a ponerse furioso, exigiría, en un frenesí lógico de gallo, que le dijeran por qué se le había hecho esta jugada; porque eso no era nada gracioso; era, solamente, justo y razonable, para el mismo Miles, que todavía no sabía la razón de ello. De lo único que podía estar seguro era de que el motivo de Bárbara Morell tenía que ser poderoso y apasionadamente sincero.

En cuanto a la observación de Bárbara sobre Fay Seton...

«Usted piensa cómo sería estar enamorado de Fay Seton...»

¡Qué tontería endemoniada!

¿Habría sido resuelto por la policía, o por Rigaud, o por algún otro, el misterio de la muerte de Howard Brooke? ¿Se habría sabido quién cometió el asesinato y de qué manera? Evidentemente no, por el tenor de las observaciones del profesor. Había dicho que sabía lo malo de Fay Seton pero también dijo, aunque en términos extraños y evasivos, que él no la creía culpable. Todas las declaraciones respecto del asesinato, a través de esa historia tortuosa, repetían la clara indicación de que no se había hallado ninguna solución.

Por lo tanto, este manuscrito decía... (Miles lo miró en la semioscuridad)... toda la investigación rutinaria de la policía. Le diría quizá algunas bajezas sobre el carácter de una mujer de rostro agradable, de cabello rojizo y de ojos azules. Nada más.

En una reacción total de sus sentimientos, Miles odió todo el asunto. Deseaba paz y tranquilidad y verse libre de estos lazos que lo ligaban. Con un súbito impulso, antes de que pudiera pensarlo mejor, se inclinó hacia adelante y golpeó el vidrio.

—¡Conductor! ¿Tiene usted suficiente gasolina como para llevarme de vuelta al restaurante de Beltring y luego hasta el Berkeley?... ¡Doble tarifa si lo hace!

La espalda del conductor se movió con una indecisión de fastidio, pero el coche aminoró la marcha, se desvió, y dio la vuelta a la estatua de Eras para volver por Shaftesbury Avenue.

Miles se sentía inspirado por su nueva determinación. Después de todo hacía solamente pocos minutos que había salido del restaurante de Beltring, y ahora se proponía hacer la única cosa correcta posible. Su resolución ardía vivamente dentro de él cuando saltó del taxímetro en Romilly Street, se apuró a doblar la esquina hasta la entrada lateral y subió la escalera.

En el vestíbulo del piso alto se encontró con un mozo de aspecto desalentado que se ocupaba de cerrar.

—¿Está todavía aquí el profesor Rigaud? ¿Un señor francés, bajo y algo robusto, con un bigotito parecido al de Hitler, y bastón amarillo?

El mozo lo miró con curiosidad.

—Está abajo en el bar, señor, él...

—Entréguele esto, ¿quiere? —pidió Miles, y le puso en la mano el manuscrito aún arrollado—. Dígale que fue tomado por error. Gracias.

Salió otra vez.

En el viaje de regreso, al encender la pipa y aspirar el humo calmante, Miles se vio dominado por una sensación de regocijo y alegría. Al día siguiente por la tarde, cuando se hubiera ocupado del verdadero asunto que le trajera a Londres, se encontraría con Marion y Steve en la estación. Como el que se sumerge en agua fresca en un día de calor, así retornaría al campo, a la casa reclusa en la New Forest, donde estaban instalados desde hacía solamente una semana.

Aquello estaba arreglado, cortado de raíz, antes de que realmente pudiera ocupar su mente. No le concernía, cualquiera fuera el secreto que pertenecía a una imagen del fantasma llamado Fay Seton.

Para reclamar su atención tenía la biblioteca de su tío, aquel lugar tentador apenas explorado todavía durante la confusión de la mudanza e instalación. Mañana a estas horas estaría en Greywood, entre los viejos robles y hayas de la New Forest, junto al pequeño arroyo donde la trucha irisada surgía al anochecer, cuando se le arrojaba



pedazos de pan al agua. Miles sintió, en una forma extraña, que había salido de una trampa.

Su taxímetro lo dejó en la entrada de Piccadilly del hotel Berkeley, y pagó al conductor con un humor expansivo. Al ver que dentro de la sala las pequeñas mesas estaban ocupadas, Miles, con su apasionado odio por las multitudes, dio vuelta deliberadamente por la entrada de Berkeley Street para poder respirar un momento más de soledad. La lluvia disminuía, un frescor aliviaba el aire. Miles empujó las puertas giratorias y entró al pequeño salón de descanso, a la derecha del escritorio de recepción.

Allí pidió su llave, y estaba reflexionando sobre la conveniencia de una última pipa y un whisky con soda antes de acostarse, cuando el empleado nocturno salió apresurado fuera del mostrador con una hoja de papel en la mano.

—¡Señor Hammond!

—¿Sí?

El empleado examinó la hoja tratando de leer su propia escritura.

—Hay un mensaje para usted, señor. Creo que usted se dirigió a la... a esta agencia de colocaciones solicitando un bibliotecario para trabajo de clasificación...

—Efectivamente —dijo Miles—, y prometieron mandar un candidato esta tarde. El candidato no llegó y por esperarlo llegué tarde a la cena a la que debía asistir.

—La candidata vino, señor, finalmente. La señorita dijo que lo sentía mucho, pero fue inevitable. Dijo que si usted pudiese verla mañana por la mañana... Dice que tiene dificultades porque acaba de ser repatriada de Francia...

—¿Repatriada de Francia?

—Sí señor.

Las manos de un reloj dorado sobre la pared verde grisácea señalaban las once y veinticinco. Miles Hammond se quedó muy quieto y dejó de hacer girar la llave en su mano.

—¿La señorita dejó su nombre?

—Sí, señor... Es la señorita Fay Seton...

## CAPÍTULO VI

**E**N LA TARDE siguiente, sábado 2 de junio, Miles llegó a la estación de Waterloo a las cuatro, después de que hubiera pasado ya el tropel que los sábados se dirige a Bournemouth. Waterloo, con la extensión curva de su techo de armazón de hierro aún oscurecida, excepto donde algunos pocos vidrios habían resistido la vibración de las bombas, todavía resonaba con la animosa voz de mujer que, por un alto parlante, avisaba a qué cola debía agregarse la gente. (Si alguna vez esta voz empieza a decir algo que se quiere oír, es inmediatamente ahogada por un silbido de vapor o por los ruidos sofocados de una locomotora). Corrientes de viajeros, principalmente de uniforme kaki al lado de los trajes monótonos de los civiles, daban vueltas entre los bancos detrás del puesto de libros y, con el fastidio del altoparlante femenino, se entremezclaban en las colas de unos y otros.

Miles Hammond no se divertía. Al poner en el suelo su maleta y esperar bajo el reloj, estaba como ciego para todo lo que lo rodeaba.

¿Qué demonios había hecho?, se dijo para sí. ¿Qué diría Marion? ¿Qué diría Steve?

Porque, si alguien en la tierra poseía cordura, eran su hermana y el novio de ésta. Se consolaba con la idea de verlos dentro de pocos minutos: Marion cargada de paquetes y Steve con la pipa en la boca.

Marion Hammond, seis o siete años menor que Miles, era una joven bonita y robusta, de cabello oscuro, como su hermano, pero con un sentido práctico que quizás a él le faltaba. Quería mucho a Miles y siempre le complacía porque, así lo creía ella sinceramente, aunque jamás lo dijo, él no había completado todavía su desarrollo mental. Se sentía orgullosa de un hermano que escribía libros tan sabios, aunque confesaba que ella no entendía esas cosas; el caso era que los libros nada tenían que ver con las cosas serias de la vida y, como Miles a veces debía admitirlo, tal vez tuviera ella razón.

Marion llegó apurándose bajo el techo resonante de Waterloo, bien vestida a pesar de la época, gracias a nuevos ingenios con la ropa vieja; sus ojos claros bajo sus oscuras cejas rectas expresaban satisfacción y estaban intrigados, hasta divertidos, pensando en el nuevo capricho del modo de ser de Miles.

—¡Verdaderamente, Miles! —dijo su hermana—. ¡Mira el reloj! Han pasado apenas unos minutos de las cuatro.

—Lo sé.

—Pero querido, el tren no sale hasta las cinco y media. Aun teniendo que estar temprano y rogar para obtener un asiento, ¿por qué tienes que hacernos venir con tanta anticipación? —En ese momento su mirada de hermana pescó la expresión de su rostro y se interrumpió—. ¡Miles! ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—¡No, no, no!

—¿Pues qué te pasa?

—¡Quiero hablar con vosotros dos —dijo Miles—! Venid conmigo.

Stephan Curtis se quitó la pipa de la boca.

—¡Oh! —observó.

Tendría treinta y tantos años, estaba casi completamente calvo, tema penoso para él, pero era bastante bien parecido y tenía un encanto imperturbable. Su bigote rubio le daba un vago aspecto de miembro de las Reales Fuerzas Aéreas, aunque en realidad trabajaba en el Ministerio de Información y se resentía profundamente con las bromas que se hacían a propósito de esta institución. Había conocido a Marion hacía dos años, después de haber sido herido muy al principio de la guerra. Marion y él ya eran otra institución.

Se quedó parado mirando a Miles con interés por debajo del ala de su sombrero blando.

—¿Y bien? —insinuó Stephan.

Frente al andén número once de Waterloo, subiendo dos tramos de escaleras empinadas, hay un restaurante. Miles recogió su maleta y los condujo allí. Solícito, pidió primero el té en cuanto se hubieron instalado en una mesa junto a la ventana que mira al andén de la estación, en un salón grande con revestimiento imitando roble, no del todo lleno.

—Hay una mujer llamada Fay Seton que hace seis años se vio mezclada en un caso de asesinato en Francia. La gente la acusó de mala conducta, no determinada, la cual hizo reñir a toda la región. —Hizo una pausa—. La he contratado para que venga a Greywood a catalogar los libros.

Hubo un largo silencio durante el cual Marion y Stephan le observaban. Éste se quitó la pipa de la boca.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡No lo sé! —repuso Miles sinceramente—. Había resuelto no tener nada que ver en el asunto. Le iba a decir firmemente que el puesto estaba ocupado. En toda la noche no pude dormir pensando en su cara.

—Anoche, ¿eh? ¿Cuándo la conociste?

—Esta mañana.

Con mucha cautela Stephan puso la pipa sobre la mesa, entre ambos, empujó delicadamente su hornillo una fracción de pulgada hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

—Vamos, hombre... —empezó.

—Oh, Miles —exclamó su hermana—, ¿qué es todo esto?

—¡Estoy tratando de decíroslo! —Miles, meditó—. Fay Seton ha trabajado de bibliotecaria. Por esta razón Bárbara Morell y el viejo Fulano de Tal, en el *Murder*

*Club*, parecieron ambos tan extrañados cuando yo mencioné la biblioteca y dije que estaba buscando un bibliotecario. Pero Bárbara fue aún más lista que el profesor. Ella adivinó. Con la espantosa merma actual de candidatos, si iba yo a las agencias en busca de un bibliotecario y Fay Seton se ofrecía para el trabajo, había veinte probabilidades contra una de que me enviaran a Fay. Sí. Bárbara lo adivinó por anticipado.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Stephan se quitó su sombrero blando mostrando una calva rosada, con una expresión atenta y preocupada en su gesto de afecto y reconvención.

—Aclaremos esto —sugirió—. Ayer por la mañana, viernes, temprano, viniste a Londres en busca de un bibliotecario...

—Realmente, Steve —intercaló Marion—, Miles había sido invitado a una cena del llamado *Murder Club*.

—Allí fue donde primero oí mencionar a Fay Seton —dijo Miles—. No estoy loco y no es nada misterioso. Después la conocí...

Marion sonrió.

—¿Y te contó una historia que parte el corazón? —dijo ella—. ¿Y te compadeciste como de costumbre?

—Por lo contrario, ni siquiera sabe que he oído hablar de ella. Nos sentamos sencillamente en el salón del Berkeley a conversar.

—Ya veo, Miles. ¿Es joven?

—Bastante joven, sí.

—¿Bonita?

—En cierto modo, sí. Pero no fue eso lo que influyó en mí. Fue...

—¿Sí, Miles?

—Algo en ella. —Miles gesticuló—. No hay tiempo de contaros toda la historia. Lo importante es que la he contratado y viajará con nosotros en el tren de esta tarde. Me pareció mejor decíroslo.

Miles se echó atrás en su asiento, y sintió un cierto alivio al llegar la servidora y hacer rechinar las cosas del té sobre la mesa, con un movimiento de la muñeca propio de los que juegan al tejo. Afuera, bajo la oscura ventana junto a la que estaban sentados, se movían los interminables grupos blancos de las plataformas.

Mientras observaba a sus dos acompañantes, repentinamente se le ocurrió a Miles que la historia se repetía. No podía haber dos personas más convencionales, que mejor representaran las tradiciones de la vida hogareña, que Marion Hammond y Stephan Curtis. Exactamente como había sido introducida en la familia Brooke hacía seis años, Fay Seton entraría ahora en otra casa semejante.

La historia se repetía, sí.

Stephan y Marion cambiaron una mirada, y ella rió.

—Bueno, no sé, —observó con el tono pensativo de una mujer no del todo desagradada—, por un lado, puede ser bastante divertido.

—¿Divertido? —exclamó Stephan.

—Miles, ¿seguramente le dijiste que trajera su libreta de racionamiento?

—No. —Su tono era amargo—. Me temo que se me escapara ese detalle.

—No importa, querido. Siempre podemos... —Bruscamente Marion se incorporó con un rayo de consternación en sus ojos claros bajo las sensatas cejas rectas—. ¡Miles! ¡Espera! ¿Esa mujer no envenenó a alguien?

—Mi querida Marion —dijo Stephan—, ¿quieres decirme qué diferencia hay entre envenenar, o disparar contra alguien, o golpear la cabeza de un hombre viejo con un atizador? Lo importante es...

—Un momento —interpuso tranquilamente Miles, tratando de estar muy sereno, medido y de controlar el latido de su pulso—, no dije que esta joven fuera una asesina, por el contrario, si sé juzgar algo sobre el carácter humano, ella no es, por cierto, nada de eso.

—Sí, querido —dijo Marion complaciente, e inclinándose sobre el servicio de té le palmeó la mano—, estoy segura de que estás completamente convencido de ello.

—¡Por Dios, Marion! ¿Quieres suspender tus malos juicios sobre los motivos que pueda yo tener en este asunto?

—¡Miles, por favor! —Marion hizo chasquear la lengua por la fuerza de la costumbre más que por otro motivo—. Estamos en público.

—Sí, mejor es que bajes la voz, muchacho —convino Stephan.

—¡Está bien!, ¡está bien! Solamente...

—Aquí tienes, toma esto y prueba una galleta —lo calmó Marion, y sirvió el té con habilidad—. ¡Vamos! ¿No te sientes mejor? Miles, esa interesante persona de que hablas, ¿qué edad dijiste que tenía?

—Unos treinta años, me parece.

—¿Y se coloca de bibliotecaria? ¿Cómo es posible que la bolsa de trabajo no la ocupe?

—Acaba de ser repatriada de Francia.

—¿De Francia? ¿En verdad? Me gustaría saber si ha traído con ella algunos perfumes franceses.

—Pensándolo bien —dijo Miles que, en realidad, lo recordaba mejor—, esta mañana estaba perfumada; lo noté.

—Queremos escuchar toda su historia pasada, Miles. Tenemos suficiente tiempo y podemos guardar una taza de té para ella en caso de que llegue pronto. ¿No fue veneno? ¿Estás seguro de esto? ¡Querido Steve!... ¿no tomas el té?

—¡Oí! —exclamó por fin Stephan con la voz autoritaria de quien desea llamar la atención y, tomando su pipa de sobre la mesa, la dio vuelta y la metió en su bolsillo

superior con el hornillo para arriba—. No puedo comprender cómo ha sucedido todo esto —se quejó—. ¿Retienen asesinos en el *Murder Club*, o qué hacen? ¡Está bien, Miles! ¡No asumas una actitud arrogante! Me gusta poner en orden mis ideas, nada más. ¿Cuánto tiempo tomará la señorita Fulana de Tal en catalogar los libros? ¿Una semana?

Miles le sonrió burlón.

—Clasificar como es debido esa biblioteca, Steve, con todas las referencias de los libros viejos, le tomará de dos a tres meses.

Hasta Marion miró extrañada.

—Bueno —murmuró Stephan después de una pausa—, Miles siempre hará exactamente lo que quiera. Así que está bien. Yo no puedo volver con vosotros a Freywood esta tarde...

—¿No puedes volver esta tarde? —gritó Marion.

—Querida —explicó Steve— quise decírtelo en el taxímetro... Otra vez hay una crisis en la oficina... Pero no tienes el don de rendir culto al silencio. No será más que hasta mañana por la mañana —vaciló—. ¿Supongo que puedo dejaras ir a vosotros dos con esa interesante mujer?

Hubo un breve silencio y luego Marion rió con alegría.

—¡Steve! ¡Qué idiota eres!

—¿Lo soy? Sí, supongo que sí.

—¿Qué puede hacer Fay Seton?

—No conociendo a la dama, no puedo decirlo. Nada, en realidad —Stephan alisó su recortado bigote— es solamente...

—Bebe el té, Steve, y no seas tan anticuado. Su ayuda en la casa me vendrá bien. Cuando Miles dijo que iba a contratar un bibliotecario me imaginé que sería un hombre viejo con larga barba blanca... y lo que es más, la pondré en mi cuarto y me servirá de excusa para mudarme a aquella magnífica habitación de la planta baja, aunque todavía huele a pintura. Es fastidioso este Ministerio de Información, pero no creo que esta mujer nos asuste hasta matarnos, en una noche, a pesar de que tú no estés. ¿Qué tren tomarás mañana por la mañana?

—El de las nueve y treinta. Y cuidado con utilizar la marmita de la cocina si no estoy allí para ayudar. No la toques, ¿me oyes?

—Soy una obediente futura esposa, Steve.

—¡Muy obediente! —dijo Stephan sin violencia ni resentimiento; sencillamente establecía un hecho. Al mismo tiempo, ya calmado y vuelto a la normalidad con esta charla, descartó el tema de Fay Seton—. ¡Por Júpiter, Miles, llévame algún día a una reunión del *Murder Club*! ¿Qué hacen allí?

—Se reúnen a cenar.

—¿Quieres decir que la sal es veneno? ¿Es eso? ¿Y obtienes un triunfo si

consigues meterlo en el café de alguien sin ser descubierto? Está bien, ¡no te ofendas! Ahora tengo que retirarme.

—¡Steve! —Marion habló con una voz cuya inflexión conocía su hermano demasiado bien—. Me olvidaba de algo. ¿Puedo decirte una palabra? ¿Nos disculpas un momento, Miles?

Hablando de él, ¿eh? Miró fijamente sobre la mesa tratando de ignorarlo, mientras Marion se dirigía hacia la puerta con Stephan. Aquélla hablaba animadamente en voz baja, Stephan se encogía de hombros y sonreía al ponerse el sombrero y Miles tomó un poco del té que se estaba enfriando. Sospechaba, fastidiado, que se estaba poniendo en ridículo y perdiendo su buen humor. ¿Por qué? Un momento después encontró la verdadera respuesta. Era porque pensaba si no estaría perdiendo, en su propia casa, algunas energías sobre las que no tenía control.

Sonó la caja registradora; a través de las ventanas se oía el ruido sordo de un tren; y la voz gutural del altoparlante le hizo volver a la estación Waterloo. Miles se dijo a sí mismo que esta idea fugaz, el momentáneo escalofrío intenso que le tocara el corazón, era pura tontería; insistió sobre ello, provocando su propia risa y sintió que su ánimo mejoraba cuando regresó su hermana.

—Perdóname si perdí la paciencia, Marion.

—¡Querido! —Le paró con un gesto, y luego le lanzó una mirada persuasiva—. Ahora que estamos solos, Miles, cuéntale todo a tu hermanita.

—¡No hay nada que contar! Me encontré con esa joven, me gustaron sus maneras, me convencí de que había sido calumniada...

—¿Pero no le dijiste que sabías algo sobre ella?

—Ni una palabra. Ella tampoco lo mencionó.

—¿Te dio referencias?

—No se las pedí. ¿Por qué te interesas tanto?

—¡Miles! ¡Miles! —Marion sacudió la cabeza—. Por lo general toda mujer cae a causa de este aire calmoso de Carlos II que tienes, tanto más cuando tan soberbiamente lo ignoras. ¡No protestes y te enfades! ¡Odias que me interese por tu felicidad!

—Sólo quise decir que estos constantes análisis propios de hermana...

—¡Al saber que una mujer parece haber te impresionado tanto, es natural que me interese! —Los ojos de Marion permanecieron tranquilos—. ¿En qué asunto se vio envuelta?

La mirada de Miles se perdió a través de la ventana.

—Hace seis años que fue a Chartres como secretaria privada de un rico fabricante de cueros llamado Brooke. Se comprometió para casarse con el hijo de la casa...

—¡Oh!

—... un joven neurótico llamado Harry Brooke. Hubo después cierta pelea... —

Miles se tragó las palabras, no podía, físicamente, no podía contarle a Marion la determinación de Howard Brooke de pagar para librarse de la joven.

—Miles, ¿qué clase de pelea fue?

—Nadie lo sabe, por lo menos yo no lo sé. Una tarde el padre subió hasta lo más alto de una torre, que es un punto sobresaliente en la región y... —Miles se interrumpió—. Dicho sea de paso, ¿no mencionarás nada de esto a la señorita Seton? ¿No le harás ninguna insinuación de que lo sabes?

—Miles, ¿crees que puedo tener tal falta de tacto?

—Como una escena de una historia alemana de fantasmas, el día sobre la torre aparecía borrascoso, con lluvias y truenos. Encontraron a Brooke mortalmente herido por la espalda con su propio estoque. Pero esto es lo más sorprendente de todo el asunto, Marion. Las pruebas demostraron que debió de haber estado solo cuando lo mataron. Nadie estuvo junto a él ni pudo haberlo estado. Casi pareció que el asesinato, si lo hubo, fue cometido por alguien que hubiera surgido suspendido en el aire...

Hizo otra pausa, pues Marion lo contemplaba de un modo extraño, los ojos bien abiertos, vacilando y por reventar de risa.

—¡Miles Hammond! —gritó—, ¿quién te ha metido toda esa tremenda tontería?

—Sencillamente, estoy exponiendo los hechos de la investigación policial —dijo entre dientes.

—Está bien, querido. ¿Pero quién te lo dijo?

—El profesor Rigaud de la Universidad de Edimburgo, hombre distinguido en el mundo académico. Has de haber oído hablar de su *Vida de Cagliostro*, ¿no?

—No. ¿Quién es Cagliostro?

(¿Por qué será —se había preguntado Miles a menudo— que en discusiones con su propia familia uno se siente inclinado a perder los estribos con preguntas que, dichas por un extraño, son recibidas con indulgencia y hasta con diversión?)

—El conde Cagliostro, Marion, era un famoso hechicero y charlatán del siglo XVIII. El profesor Rigaud es de opinión que Cagliostro, a pesar de que era un extraordinario farsante en muchos aspectos, poseía verdaderamente ciertos poderes físicos que...

Por tercera vez se detuvo. Marion tosió, y al oír cómo sonaba su voz, le quedó a Miles el suficiente sentido de la proporción como para comprender que debió haber elegido mejor sus palabras.

—Sí, parece un poco raro —admitió—, ¿no es verdad?

—Desde luego, Miles, lo creeré cuando lo vea. Pero no te preocupes por el conde Cagliostro. ¡Basta de embromarme y háblame de esa joven! ¿Quién es ella? ¿Cómo es? ¿Qué clase de influjo tiene?

—Lo podrás descubrir por ti misma, Marion.



Todavía mirando por la ventana, Miles se puso de pie; estaba observando una de las señales pintadas de verde frente a las barreras del andén, aquella por donde los viajeros pasaban, de a uno o de a dos, listos para el tren de las cinco y treinta para Winchester, Southampton Central y Bournemouth. Y con mucha premeditación hizo Miles una seña en aquella dirección.

—Ahí está ella, ahora.

## CAPÍTULO VII

**A** QUELLA tarde, que sería muy recordada en la New Forest, un crepúsculo gris cubría a Greywood.

De la carretera principal de Southampton arranca otro camino de automóviles; siguiendo por él, a través de la espesura de los altos árboles verdes donde los pequeños caballos de la selva pacen a sus orillas, se dobla a la izquierda por un ancho portón de madera; en la curva de un sendero enarenado, oscuro aun a mediodía, se cruza un puente rústico sobre el arroyo que serpentea a través de la propiedad y; justamente enfrente, está la casa de Greywood, colocada a la vera de un césped verde y rodeada por los poderosos robles y hayas.

El edificio es largo y angosto, no grande; cuando uno cruza el puente rústico mira de frente su lado angosto; hay que subir unos cuantos escalones de lajas de piedra y dar la vuelta de una terraza, también de lajas, que aparenta ser el costado de la casa, para llegar a la puerta principal. La construcción, de madera y de ladrillos revocados, se yergue, de color castaño y blanco, sobre el fondo del bosque espolvoreado por los rayos del sol; tiene aspecto amistoso y un cierto encanto.

Aquella noche brillaban en las ventanas las luces de una o dos lámparas de aceite porque el motor eléctrico, de la época de Sir Charles Hammond, no había sido arreglado todavía.

La luz amarillenta y temblorosa iluminaba más a medida que aumentaba el fresco crepúsculo vespertino. Casi inadvertido durante el día, se oía ahora el sedoso chapaleo del agua sobre la pequeña represa. El crepúsculo esfumaba los perfiles de una mesa de té, de las sillas de mimbre y de la blanca mecedora con su toldo, colocadas sobre el césped del oeste, en la vuelta del arroyo.

Miles Hammond estaba de pie en una habitación larga, a los fondos de la casa, cuarto de su completo gusto, sosteniendo una lámpara en alto.

—Está bien hecho —decía para sí—, no cometí un error al traerla aquí. Está bien hecho.

Pero su corazón le decía que no estaba bien hecho. La llama de la pequeña lámpara, dentro de su minúsculo tubo de vidrio cilíndrico, quitaba en parte las sombras de un mundo de libros momificados. Era, por cierto, equivocado llamar biblioteca a este lugar; era un hacinamiento, un depósito; había grandísimos montones de polvo sobre dos o tres mil volúmenes acumulados como escombros por su difunto tío. Respiraba la humedad estimulante del tesoro de esta casa que apenas había sido tocado aún; libros viejos y rotos, algunos bastante nuevos y brillantes, en cuarto, en octavo y en folio, otros de encuadernaciones finas y ennegrecidos por el uso.

Sus anaqueles llegaban al cielo raso, lo mismo marginando la puerta del comedor,

que encerrando la hilera de ventanas de pequeños vidrios que miraban al Este. Filas de libros apilados en el suelo; montones de tierra, y pesadas torres de altura desigual formaban callejuelas tan estrechas en medio del laberinto, que apenas podía uno moverse sin derribar los libros entre una nube de polvo.

De pie en medio de esto, Miles sostenía la lámpara en alto y miraba lentamente a su alrededor.

—¡Está bien hecho! —dijo furiosamente en alta voz.

La puerta se abrió y Fay Seton entró.

—¿Me llamó usted, señor Hammond?

—¿Llamarla a usted, señorita Seton? No.

—Discúlpeme. Me pareció oírle llamar.

—Estaría hablando solo, pero puede interesarle echar un vistazo a este desorden.

Fay Seton se detuvo en el marco de la puerta, con libros multicolores a cada lado. Bastante alta, suave y delgada, su cabeza un poco inclinada, también traía ella una lámpara, y al alzarla iluminándole la cara, Miles se sintió dominado por una fuerte impresión.

A la luz del día, en el Berkeley, y, más tarde, en el viaje de tren, ella le había parecido... no de más edad, aunque en realidad lo era, no menos atrayente..., pero sutil e inquietantemente distinta a la imagen que tenía en su mente.

Ahora, con la luz artificial, bajo el suave resplandor de las lámparas, era como si por primera vez tomara vida la imagen fotográfica de la noche anterior. Fue solamente una fugaz visión de los ojos, de la mejilla y de la boca, al levantar ella la luz para mirar a su alrededor. Pero la pasividad misma de su expresión reservada, con su sonrisa cortés, fluía y turbaba el juicio de Miles; levantó su lámpara como para que las luces de ambas se entrecocaran en un inestable juego de sombras, lento e incontrolado, sobre las paredes de libros.

—Esto es un revoltijo, ¿no es cierto?

—No es tan malo como lo esperaba —repuso Fay en voz baja, levantando rara vez la vista.

—Lamento no haberlos sacudido y limpiado para usted.

—No importa, señor Hammond.

—Mi tío, si recuerdo bien, compró un fichero y un número increíble de tarjetas de referencias, pero nunca los catalogó. Deben de estar entre esta mezcolanza.

—Las encontraré, señor Hammond.

—¿Mi hermana la ha instalado a su comodidad?

—¡Oh, sí! —le sonrió brevemente—. La señorita Hammond quería cambiarse de su dormitorio del piso alto —señaló con la cabeza el cielo raso de la biblioteca— e instalarme a mí allí, pero no podía permitir que lo hiciera. Además, hay motivos para que yo prefiera la planta baja. ¿A usted no le importa?

—¿Importarme? ¡Por cierto que no! ¿No quiere entrar?

—Gracias.

Los montones de libros estaban apilados en el suelo hasta la altura del pecho o de la cintura. Obedientemente, Fay se adelantó con aquella gracia suya extraordinaria e inconsciente, abriéndose paso de costado entre las callejuelas, para que su gastado vestido gris paloma apenas los rozara. Puso la lamparita sobre un montón de infolios, levantando un soplo de tierra y volvió a mirar a su alrededor.

—Parece interesante —dijo—. ¿Cuáles eran las aficiones de su tío?

—Casi todo. Se especializó en la historia medieval, pero también era aficionado a la arqueología, a los deportes, a la jardinería y al ajedrez; hasta en crímenes y... —Miles calló bruscamente—. ¿Está *segura* de que se siente cómoda aquí?

—¡Oh, sí! La señorita Hammond me ha pedido que la llame Marion; ha sido muy amable.

Bueno, sí; Miles suponía que habría sido amable. Durante el viaje en tren y después, mientras ella y Fay prepararon una rápida comida en la gran cocina, Marion había hablado sin parar, como por veinte, y había sido muy atenta con la huésped; sin embargo, él que conocía a su hermana, no se sentía tranquilo.

—Siento mucho la situación doméstica —le dijo—. No se consiguen criados en esta parte de la tierra ni por amor ni por dinero, y menos para recién llegados. No quería que usted tuviera que..., que...

Ella lo rechazó:

—Me gusta y es agradable. Estamos los tres solos aquí. ¡Esta es la New Forest!

—Sí.

Indecisa, con aquella gracia sinuosa, Fay avanzó de lado por las callejuelas hacia la hilera de ventanas de vidrios pequeños, también rodeadas de libros, sobre la pared este; la lámpara asentada arrojaba una sombra alargada de su persona. Dos ventanillas estaban abiertas, mantenidas con ganchos como pequeñas puertas; ella apoyó sus manos en el antepecho de una ventana y miró hacia afuera. Miles, sosteniendo en alto su lámpara, se le acercó atropelladamente.

Todavía no era noche cerrada.

Una terraza de césped se inclinaba varios pies sobre otro césped deslindado por una extensa valla de hierro. Más allá, remoto, misterioso, gris ceniza, poniéndose negro bajo aquella luz irreal, el bosque alto avanzaba sobre ellos.

—¿Qué extensión tiene el bosque, señor Hammond?

—Unos cien mil acres.

—¿Tanto como eso? No me había dado cuenta...

—Muy pocas personas lo comprenden, pero se puede andar dentro de él y perderse y vagar durante horas hasta que hay que ir en su busca. Parece absurdo en un pequeño país como Inglaterra, pero mi tío solía decirme que sucedía frecuentemente.

Como recién llegado, no me he animado a aventurarme yo mismo demasiado lejos.

—No, claro que no. Parece... ¡No sé...!

—¿Feérico?

—Algo así. —Fay se encogió de hombros.

—¿Ve usted lo que señalo, señorita Seton?

—¿Sí?

—No muy lejos de aquí es el lugar donde Guillermo Rufus, el rey rojo, fue muerto por una flecha mientras cazaba. Hay ahora allí una enormidad de hierro señalándolo. Y... ¿conoce usted la *White Company*? —Ella movió rápidamente la cabeza.

—La luna sale esta noche muy tarde —dijo Miles—, pero más adelante, una noche, usted y yo, y por supuesto que también Marion, haremos una caminata con luna llena en la New Forest.

—Será muy agradable.

Seguía ella inclinada, con las palmas de las manos sobre el alféizar de la ventana, y movió la cabeza como si apenas lo hubiese oído. Miles estaba parado junto a ella, observando la suave línea de sus hombros, la blancura de su cuello, el pesado cabello rojizo oscuro que brillaba a la luz de la lámpara; el perfume que usaba era suave pero característico. Él sintió la cercanía perturbadora de su presencia física.

Quizás ella lo comprendiera, porque de pronto, pero con su aire moderado, se alejó de él y volvió por entre los libros, hasta donde había dejado la lámpara. Miles también se volvió bruscamente y miró hacia afuera.

Sobre el vidrio de la ventana veía el reflejo de ella como un fantasma. Fay recogió un viejo periódico, lo sacudió para quitarle el polvo, lo abrió, y lo puso encima de una pila de libros, luego se sentó junto a la lamparita.

—¡Cuidado! —le previno él sin darse vuelta—. Se va a ensuciar.

—No importa. —Mantuvo baja la vista—. Esto es espléndido, señor Hammond; me imagino que el aire debe de ser muy bueno.

—Excelente. Dormirá usted esta noche como un lirón.

—¿Tiene usted dificultad para dormir?

—A veces sí.

—Su hermana me dijo que usted había estado muy enfermo.

—Estoy muy bien ahora.

—¿Fue a causa de la guerra?

—Sí. Una peculiar, dolorosa y poco heroica arma de envenenamiento que pesca uno en el Cuerpo de Tanques.

—Harry Brooke murió en la retirada de Dunquerque en mil novecientos cuarenta —observó Fay sin cambiar absolutamente de tono—. Ingresó en el ejército francés como oficial de enlace con los británicos, porque usted sabrá que era bilingüe, y cayó

en la retirada de Dunquerque.

Como durante un silencio en medio de una tormenta eléctrica, los oídos de Miles zumbaban mientras miraba el reflejo de ella en el vidrio de la ventana. La voz de Fay Seton era exactamente la misma cuando agregó:

—Usted sabe quién soy, ¿no es cierto?

Miles dejó la lámpara en la ventana porque su mano se sacudía y sentía una contracción en el pecho. Se volvió para mirarla de frente.

—¿Quién se lo dijo...?

—Su hermana lo insinuó. Dijo que usted estaba caviloso y tenía arranques imaginativos.

(Marion, ¿eh?).

—Fue muy correcto de su parte darme esta ocupación, señor Hammond, sin haber averiguado nada de mí. Estoy muy necesitada. Casi me mandan a la guillotina por el asesinato del padre de Harry. ¿Pero no cree usted que debería oír mi versión del asunto?

Hubo una larga pausa.

Una brisa fresca, muy saludable, se filtró por las ventanas abiertas y se confundió con la humedad de los viejos libros. Por el rabillo del ojo, Miles descubrió una hebra negra de telaraña que oscilaba desde el cielo raso. Se compuso el pecho.

—No es asunto mío y no quiero perturbarla.

—No me perturba, de veras que no.

—¿Pero no siente...?

—No. Ahora no. —Habló con un tono muy raro; los ojos azules, con su blanco muy luminoso a la luz de la lámpara, se volvieron a un costado; colocó una mano contra el pecho, una mano muy blanca en contraste con la seda gris del vestido, y se lo oprimió fuertemente.

—¡Sacrificio propio! —dijo.

—¿Cómo dice?

—¡Qué no haríamos —murmuró Fay Seton— si tuviéramos una oportunidad de sacrificarnos! —Guardó silencio durante mucho tiempo, con los espaciados ojos azules bajos y sin expresión—. Perdóneme, señor Hammond, en realidad no importa, pero me gustaría saber quién le habló de esto.

—El profesor Rigaud.

—¡Oh, George Rigaud! —cabeceó—. Oí decir que había huido de Francia durante la ocupación alemana y que ocupaba un puesto universitario en Inglaterra. Se lo pregunté, únicamente, porque su hermana no estaba segura. Por algún motivo creía ella que la fuente de su información era el conde Cagliostro.

Ambos rieron. Miles se alegró de tener una excusa para reír y de mitigar sus sentimientos gritando con toda la fuerza de sus pulmones; pero el sonido de esta risa

subía con un inexplicable temor en medio de las paredes de libros.

—Yo..., yo no maté al señor Brooke —dijo Fay—. ¿Me cree usted?

—Sí.

—Gracias, señor Hammond. Yo...

(¡Dios sabe, pensó Miles para sí, cuánto deseo oír su historia! ¡Siga! ¡Siga! ¡Siga!)

—Fui a Francia —le dijo con su voz baja— como secretaria privada del señor Brooke. No era yo —miró a lo lejos— lo que podría llamarse «experimentada».

Ella quedó callada, y Miles hizo un movimiento con la cabeza sin hablar.

—Era muy agradable aquello. Los Brooke eran simpáticos, o así lo creí. Yo... bueno, probablemente usted habrá oído que me enamoré de Harry Brooke. Me enamoré realmente, señor Hammond, desde un principio.

A Miles se le escapó la pregunta que se había propuesto no hacer.

—¿Pero no rechazó usted a Harry la primera vez que él le propuso casamiento?

—¿Lo hice? ¿Quién le dijo eso?

—El profesor Rigaud.

—¡Ah, comprendo! —¿Qué sería aquella intención oculta, extraña y secreta en sus ojos? ¿O la imaginaría él?— En todo caso, nos comprometimos, señor Hammond. Creía ser muy feliz porque siempre he tenido espíritu de hogar. Hacíamos planes para el futuro cuando alguien empezó a hacer circular rumores sobre mí.

A Miles se le secó la garganta.

—¿Qué clase de rumores?

—¡Oh!, de inmoralidad. —Un débil color subió a las suaves mejillas blancas, y continuaba con sus párpados bajos—. Y algo más que, por cierto, es demasiado tonto como para molestarlo con ello. Por supuesto que jamás llegó a mis oídos nada de eso, pero el señor Brooke debió de haberlo oído durante semanas, aunque nunca dijo nada. Ante todo, recibió cartas anónimas.

—¿Cartas anónimas? —exclamó Miles.

—Sí.

—¡El profesor Rigaud nada dijo de eso!

—Quizá no. Claro que es... lo que yo creo. Los asuntos estaban muy tirantes en la casa, en el estudio cuando el señor Brooke dictaba, en las comidas y durante las veladas. Hasta la señora de Brooke pareció adivinar que algo andaba mal. Llegamos entonces a aquel terrible día del doce de agosto en que murió el señor Brooke.

Sin quitar sus ojos de ella, Miles retrocedió para treparse al ancho borde de la ventana y se sentó en él. Las pequeñas llamas de las lámparas ardían claramente, las sombras eran tranquilas. Miles borraba completamente de su imaginación esta biblioteca; estaba allí afuera, en Chartres, cerca del Eure, con el panorama de la quinta llamada *Beauregard* y con la torre de piedra apareciendo sobre el río. Las

viejas escenas tomaban forma otra vez.

—¡Qué día caluroso era! —dijo Fay soñadoramente, y movió sus hombros—. ¡Húmedo y tormentoso y tan caluroso! Después del desayuno, el señor Brooke me pidió, en privado, que me encontrara con él en la torre de *Henri Quatre* a eso de las cuatro. Por cierto que jamás soñé que iría al *Crédit Lyonnais* de Chartres a buscar las famosas dos mil libras.

»Yo salí de la casa exactamente a las tres, antes de que el señor Brooke regresara del banco con aquel dinero en su cartera. Usted ve, le puedo decir... ¡Oh, tantas veces se lo dije después a la policía!... Pensé darme una zambullida en el río, y me llevé una malla conmigo, pero en lugar de eso anduve vagando a lo largo de la ribera.

Fay hizo una pausa.

—Cuando salí de aquella casa, señor Hammond —articuló una extraña y lejana risa— era aparentemente un hogar tranquilo. Georgina Brooke, la madre de Harry, estaba en la cocina hablando con la cocinera; Harry, arriba en su cuarto, escribiendo una carta. Harry, ¡pobre muchacho!, escribía una vez por semana a un viejo amigo que tenía en Inglaterra, llamado Jim Morell.

Miles se enderezó.

—¡Un minuto, señorita Seton!

—¿Sí?

Y entonces levantó sus ojos azules con una rápida mirada, y se sobresaltó como si de pronto se sorprendiera.

—¿Este Jim Morell —preguntó Miles— es algo de una joven llamada Bárbara Morell?

—Bárbara Morell... Bárbara Morell... —repitió ella, y el interés momentáneo desapareció de su cara—. No, no puedo decir que sepa algo de esa joven. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque... ¡Nada! No importa.

Fay Seton alisó su falda, sinceramente ocupada en elegir bien sus palabras. Le parecía un asunto delicado.

—¡Yo no sé nada de este asesinato! —exclamó con delicada insistencia—. ¡Repetidas veces se lo dije después a la policía! Justamente antes de las tres fui a dar un paseo por la ribera, hacia el norte, y mucho más allá de la torre.

»Sin duda usted habrá oído lo que ocurría mientras tanto. El señor Brooke regresó del banco y buscó a Harry. Como en aquel momento éste, en lugar de estar en su habitación se encontraba en el garaje, el señor Brooke salió lentamente de la casa para verse conmigo en la torre, anticipándose mucho, en realidad, a la hora convenida. Poco después, Harry supo a dónde había ido y, tomando su impermeable, siguió al señor Brooke. La señora de Brooke telefoneó a Georges Rigaud, el cual llegó allá en su coche.



»A las tres y media..., lo supe por mi reloj pulsera..., me pareció que era hora de regresar a la torre, y entré luego. De arriba me llegaron voces. Al empezar a subir las escaleras reconocí las voces de Harry y su padre.

Fay humedeció sus labios.

Por la sutil alteración de su tono, le pareció a Miles que ella usaba por la fuerza de la costumbre, sincera pero volublemente, una serie de palabras que se le habían hecho familiares de tanto repetirlos.

—No, no entendí de qué hablaban. Me disgusta lo desagradable y no quise quedarme. Al salir de la torre hallé al señor Rigaud que entraba. Después... ¡Bueno! Después de todo fui a darme una zambullida.

Miles la miró con fijeza.

—¿A nadar en el río?

—Sentía calor y cansancio. Creí que me refrescaría. Me desvestí en el bosque junto al río, como lo hacen muchos. No era cerca de la torre, era bien lejos, hacia el norte, en la margen oeste. Nadé, floté y soñé en el agua fresca. No supe que ocurría algo malo hasta que regresé a casa a las cinco menos cuarto. Había una gran algarabía de gente alrededor de la torre, entremezclada con policías. Harry vino hacia mí, extendiendo sus manos y me dijo: «Dios mío, Fay, alguien ha matado a papá».

Su voz se arrastraba. Levantando una mano para hacer sombra a sus ojos, Fay protegió también su cara. Cuando volvió a mirar a Miles, fue con una sonrisa ansiosa y como disculpándose.

—¡Por favor, perdóneme! —dijo ella dando aquel meneo de lado con su cabeza que hacía titilar la pequeña luz amarillenta entre sus cabellos—. Lo he revivido, ¿comprende? Es una costumbre que tienen las personas solitarias.

—Sí, lo sé.

—Y, verdaderamente, es todo cuanto sé. ¿Quiere preguntarme algo?

Miles, muy incómodo, abrió las manos.

—¡Mi estimada señorita Seton! ¡No estoy aquí para interrogarla como un acusador oficial!

—Seguramente no, pero preferiría que lo hiciera si tiene alguna duda.

Miles vaciló.

—La única cosa que, en realidad, la policía podía presentar en mi contra —dijo ella— fue aquel desgraciado baño. Había estado en el río sin testigos que pudieran declarar, sobre aquella parte de la torre que mira al río, quién se acercó a ella y quién no. Por supuesto que era perfectamente absurdo que alguno, en traje de baño, pudiese trepar por una pared lisa de cuarenta pies de altura. Por fin se vieron obligados a comprenderlo. ¡Pero mientras tanto!...

Sonriente como si el asunto no tuviera ahora ninguna importancia, aunque algo temblorosa, Fay se puso de pie, se adelantó como impulsada, entre las pilas de libros,

antes de cambiar de opinión. Su cabeza todavía estaba un poco de lado, en sus ojos y en su boca había una dulzura pasiva, una suavidad que alcanzó directamente al corazón de Miles y le hizo saltar del borde de la ventana.

—¿Usted me cree? —gritó Fay—. ¡Diga que me cree!

## CAPÍTULO VIII

**M**ILES le sonrió.

—¡Por supuesto que le creo!

—Gracias señor Hammond. Me pareció que dudaba un poco, algo... ¿Cómo diría?

—No es eso; solamente que el informe del profesor Rigaud estaba más o menos trunco en el medio, y había ciertas cosas que me preocupaban. ¿Cuál fue la opinión oficial de la policía sobre el caso completo?

—Finalmente resolvieron que era suicidio.

—¿Suicidio?

—Sí.

—¿Pero por qué?

Supongo que, en realidad, fue —dijo Fay levantando sus finas cejas arqueadas con un modo tímidamente caprichoso— porque no pudieron hallar otra explicación, y con ese veredicto se salvaba el buen nombre de la policía. —Ella vaciló—. Es verdad que las impresiones digitales del señor Brooke, y únicamente las impresiones digitales del señor Brooke, se encontraron en el mango del bastón de estoque. ¿Oyó decir usted que era un bastón de estoque?

—¡Oh, sí! Hasta he visto la maldita cosa.

—Al cirujano de la policía, un hombre cito gracioso y agradable, el doctor Pommard, casi le daba un ataque siempre que pensaba en el veredicto. Daba algunos tecnicismos, que temo no comprender, para demostrar que el ángulo de la herida era casi imposible para un suicidio; ciertamente imposible, a no ser que el señor Brooke hubiera tomado el arma por la hoja en lugar del mango. A pesar de esto... — Encogióse de hombros.

—¡Espere un minuto! —protestó Miles—. Tengo entendido que faltaba la cartera con el dinero...

—Sí, es cierto.

—Si nadie subió a la torre para estoquear al señor Brooke, ¿qué pensaron ellos que habría ocurrido con la cartera?

Fay desvió su mirada.

—Pensaron que en las convulsiones de la muerte —replicó—, el señor Brooke la habría... arrojado en alguna forma al río por el parapeto.

—¿Dragaron el río?

—Sí, inmediatamente.

—¿Y no la encontraron?

—Ni entonces... ni nunca.

Fay tenía la cabeza inclinada, con la vista fija en el suelo.

—¡Y no fue porque no lo intentaran! —exclamó suavemente. Las puntas de sus dedos rozaban los libros y dejaban señales sobre el polvo—. Este caso fue sensacional en Francia durante el primer invierno de la guerra. La pobre señora de Brooke murió durante aquel invierno, dicen que de pena. Harry, como ya le dije, fue muerto en la retirada de Dunquerque.

»Luego vinieron los alemanes, siempre contentos con cualquier excusa para dar publicidad a un caso de asesinato sensacional, en especial a uno que tenía..., que envolvía la inmoralidad de una mujer, porque creían que esto mantenía entretenido al público francés y evitaba que los molestaran. ¡Oh, *ellos*, se preocuparon de que no decayera la curiosidad pública!

—¿Colijo que la invasión la sorprendió? —dijo Miles—. ¿Usted no regresó antes a Inglaterra?

No, —respondió Fay—, me sentía avergonzada.

Miles se dio vuelta dándole la espalda y golpeó furiosamente con el puño en el antepecho de la ventana.

—Hemos hablado demasiado tiempo de esto —declaró.

—¡Por favor! Está muy bien.

—¡No está muy bien! —Miles miró por la ventana—. Yo le prometo aquí, solemnemente, que este tema está terminado, que jamás me volveré a referir a él; que jamás le haré otra pre... —Calló—. Entonces, ¿no se casó usted con Harry Brooke?

Reflejada en los pequeños paneles de las ventanas, de vidrios oscuramente iluminados, vio él que en el rostro de Fay se dibujaba una sonrisa, vio que echaba atrás la cabeza y los hombros, vio accionar el cuello blanco, los ojos cerrados y los tensos brazos extendidos, antes de que su risa histérica se sofocara resonando en la silenciosa biblioteca, y se sintió ofuscado por la violencia de esta joven tan tranquila.

Miles giró rápidamente; de lo más hondo de su corazón fluía una ola tal de simpatía y protección, peligrosamente cercana al amor, que le trastornó los nervios. Con precipitación se le acercó extendiendo una mano, hizo caer un montón de libros con estrépito, y una nube de polvo flotó en la penumbra en el momento en que Marion Hammond abrió la puerta y entró.

—¿Ustedes dos —preguntó la sensata voz de Marion cortando la emoción como se rompe una cuerda—, ustedes dos tienen idea de la hora?

Miles permaneció inmóvil respirando con rapidez, Fay Seton tampoco se movió ahora con su cara plácida de siempre. Aquel arranque podía haber sido una ilusión vista en un cristal u oída en sueños.

Sin embargo, había una sensación de tirantez aun en la mirada clara y viva de Marion.

—Son casi las once y media —continuó—, aunque Miles quiera quedarse levantado casi toda la noche, como generalmente lo hace, me tengo que preocupar de

que todos nosotros no perdamos nuestro sueño.

—¡Marion, por el amor de...!

Marion le contempló.

—Vamos, Miles, no seas tan gruñón. ¿Comprende —apeló a Fay—, comprende usted cómo puede ser tan simpático con todos en el mundo y conmigo un completo animal?

—Creo que, en realidad, casi todos los hermanos son así.

—Sí, quizá tenga usted razón. —Marion, de delantal, robusta y arreglada, de cabello oscuro, penetraba con disgusto y desconfianza a través de la maraña de libros. Con un movimiento firme recogió la lámpara de Fay y la puso en las manos de su huésped.

—Me gusta tanto tu precioso regalo —le dijo a Fay en secreto— que voy a darte algo en retribución. ¡Sí, lo haré! ¡Una caja con algo! La tengo arriba en mi habitación. Ve a verla y me reuniré contigo en seguida, y después te mandaré abajo derecha a la cama. ¿Tú... conoces el camino?

Fay le retribuyó la sonrisa mientras sostenía la lámpara en alto.

—¡Oh, sí! Me parece que encontraría mi camino en cualquier parte de la casa. Es muy amable de tu parte el..., el...

—¡Absolutamente, querida! ¡Ve, pues!

—Buenas noches, señor Hammond.

Fay, al salir, echó una mirada para atrás, hacia Miles, y cerró la puerta. Con la única luz que quedaba era un poco difícil ver la cara de Marion de pie en la penumbra. Sin embargo, hasta un extraño hubiera comprendido que un estado emotivo, un peligroso estado de emoción, ya estaba ganando la casa. Marion habló con suavidad.

—¡Miles!

—¿Sí?

—Te has excedido temiblemente, ¿sabes?

—¿En qué?

—Tú sabes qué quiero decir.

—Por el contrario, querida Marion, no tengo la más remota idea de lo que estás hablando. —Miles dijo esto en un tono que a él le pareció pomposo y estirado; lo reconocía, y comprendía que Marion también lo sabía y empezaba a enojarse—. A no ser que por casualidad hayas estado escuchando en la puerta.

—¡Miles, no seas niño!

—¿Quieres explicar esta observación tan ofensiva? —Se le acercó a pasos largos tirando libros al suelo—. Supongo que significa, en realidad, que no te agrada Fay Seton, ¿verdad?

—Te equivocas. ¡Sí me agrada! Solamente...

—¡Por favor, continúa!

Marion pareció un poco impotente, levantó sus manos y volvió a dejarlas caer sobre el delantal.

—Te enojas conmigo, Miles, porque soy práctica y tú no lo eres. No puedo dejar de serlo. Así soy.

—No te critico. ¿Por qué habrías de criticarme tú?

—Es por tu propio bien. ¡Miles! ¡Hasta Steve...! ¡Y Dios sabe, Miles, que quiero mucho a Steve...!

—Steve debería ser suficientemente práctico para ti.

—Bajo su bigote y su lentitud, Miles, es nervioso y romántico, y un poco como tú. Tal vez todos los hombres lo sean, no lo sé. Pero a Steve le gusta bastante ser manejado, mientras que tú no quieres serlo en ninguna circunstancia...

—¡No, por Dios, no quiero!

—... ni aceptar una palabra de advertencia; lo que debes admitir que es tonto de tu parte. De todos modos, no discutamos, siento haber sacado el tema.

—Escucha, Marion. —Se controlaba, hablaba despacio y creía cuanta palabra decía—. No tengo ningún interés personal por Fay Seton, si es esto lo que piensas; estoy interesado académicamente en el caso de un asesinato. Un hombre fue muerto arriba de una torre, adonde nadie, *nadie*, pudo acercarse...

—Está bien, Miles. No olvides de echar la llave antes de meterte en la cama, querido. Buenas noches.

Hubo un silencio tenso entre ellos mientras Marion se movía hacia la puerta. Fastidiaba a Miles e irritaba su conciencia.

—¡Marion!

—¿Sí, querido?

—¿No estás ofendida? —Guiñó el ojo.

—¡Por supuesto que no, tonto! Me gusta Fay Seton en cierto modo; pero, Miles, en cuanto a tus asesinos volátiles y cosas que caminan por el aire..., quisiera encontrarme con uno. ¡Eso es todo!

—Como tema de interés científico, Marion, ¿qué harías tú si esto sucediera?

—¡Oh!, no lo sé. Supongo que dispararle con un revólver. No dejes de echar la llave, Miles, y no salgas a vagar por el bosque dejando todas las puertas abiertas. ¡Buenas noches!

Y la puerta se cerró tras ella.

Por un instante, después que hubo partido, Miles no se movió, dando vueltas a sus pensamientos ingobernables. Maquinalmente recogió y puso en su lugar los libros que había tirado al suelo.

Sin embargo, ¿qué tenían estas mujeres contra Fay Seton? Por ejemplo, la noche anterior, Bárbara Morell, virtualmente, le había prevenido contra Fay Seton... ¿O no

lo había hecho? En el comportamiento de Bárbara hubo mucho que no comprendía; sólo veía con seguridad que ella estaba emotivamente perturbada. Por el otro lado, Fay había negado conocer a Bárbara Morell, aunque había mencionado con una insistencia muy insinuante, a un hombre del mismo apellido...

«Jim Morell», eso era.

Miles Hammond giró otra vez para sentarse en el borde de la ventana. Mirando hacia atrás la mole negra de la New Forest, que le presionaba desde unas veinte yardas de la casa, vio su sombra y respiró su fragancia como un bálsamo para la fiebre. Empujó y abrió una de las hojas movibles, se deslizó por su vano, y saltó afuera.

Respirar esa oscuridad perfumada de rocío era quitar un peso de los pulmones. Trepó la pequeña cuesta de césped de la terraza y siguió por el abra hasta la línea del bosque. Pocos pasos debajo de donde él estaba ahora quedaba el frente angosto de la casa; alcanzaba a ver dentro de la biblioteca, dentro del comedor oscuro, dentro de la sala con su baja luz trémula y, luego, el vestíbulo de entrada. La mayor parte de los otros cuartos de Greywood eran dormitorios, la mayor parte sin ocupar y en mal estado de conservación.

Miró para arriba y a su izquierda. El dormitorio de Marion quedaba a los fondos de la casa, encima de la biblioteca. Las ventanas de aquél que tenía al frente, al este, estaban cubiertas por cortinajes, pero las de atrás, que miraban al sur, hacia otra vista de los bosques circundantes, arrojaban una débil luz amarilla cuya reflexión al tocar los contornos de los árboles él podía ver; aunque esas ventanas traseras estaban fuera de su vista, la luz amarilla le daba con bastante claridad en sus ojos y, mientras la observaba, cruzó lentamente la sombra de una mujer.

¿La misma Marion? ¿O Fay Seton que había hablado con ella antes de recogerse?  
¡Todo estaba bien!

Miles se dio vuelta refunfuñando para sí y caminó hacia el norte, al frente de la casa. Hacía un poco de frío —por lo menos pudo haber traído un impermeable—, pero el silencio arrullador, la insinuación de la salida de la luna que empezaba a iluminar detrás de los árboles, le calmó inmediatamente y le alegró.

Caminó hacia el espacio abierto frente a Greywood. Justamente delante de él corría el arroyo atravesado por el puente rústico. Subió al puente, se inclinó sobre la baranda y se quedó escuchando los pequeños murmullos nocturnos del agua. Pudo haber estado allí unos veinte minutos, perdido en medio de sus pensamientos en los que un determinado rostro continuamente se entrometía, cuando lo despertó el estallido agitado de un automóvil.

El coche, que se había acercado por entre los árboles sin ser visto, en dirección a la carretera principal, se sacudió al parar en la grava. Descendieron dos hombres, uno de los cuales tenía una linterna eléctrica. Al acercarse ellos a pie dificultosamente al

puente rústico, Miles podía ver por los perfiles, que uno era bajo y más bien robusto, y que brincaba con rápidos pasitos torcidos; el otro era inmensamente alto y gordo, y su esclavina larga y oscura le hacía aparecer aún más enorme, daba pasos largos con un movimiento ondulatorio, como un emperador y se componía el pecho cuyo sonido le precedía como un grito de guerra.

Miles vio que el más bajo era el profesor Georges Antoine Rigaud y el mayor, su amigo, el doctor Gideon Fell.

Gritó sus nombres, sorprendido, y ambos se detuvieron.

El doctor Fell, distraído, daba vueltas la luz de la linterna sobre su propia cara al hacerla girar para encontrar el origen de la voz; se reveló de pronto más rojizo de tez y de ojos más vagos que como lo recordaba Miles; sus varias papadas estaban contraídas para discurrir; sus lentes, con su ancha cinta negra, estaban puestos al descuido sobre su nariz; su gran mechón de pelos veteados de gris temblaba al discutir, igual que su mostacho de bandido; atisbaba a su alrededor, enorme y sin sombrero, en todas direcciones excepto en la correcta.

—¡Aquí estoy, doctor Fell! ¡Sobre el puente! Sigán adelante.

—¡Oh! ¡Ah! —suspiró el doctor Fell.

Se adelantó balanceándose majestuosamente, haciendo girar un bastón y elevándose sobre Miles a medida que sus pasos sacudían los tablones del puente y retumbaban sobre ellos.

—Señor, buenas noches —entonó el doctor Fell acomodando sus lentes mientras espiaba hacia abajo, como un espíritu maligno muy grande que toma forma—. Puede confiar con seguridad en dos hombres de... ¡hum!... edad madura y de ocupaciones académicas como para que hagan algo muy atolondrado. Me refiero, por supuesto...

Los tablones del puente volvieron a estremecerse. Rigaud, como un perrito ladrador, cumplió la hazaña de deslizarse a lo largo de la corpulencia del doctor Fell, se quedó prendido de la baranda del puente, mirando fijamente a Miles con aquella misma curiosidad inextinguible en su rostro.

—Profesor Rigaud —dijo Miles—, le debo una explicación. Pensé llamarlo esta mañana, sinceramente lo pensé, pero no sabía dónde paraba usted en Londres y...

El otro respiró con rapidez.

—Joven —le respondió—, no me debe usted ninguna explicación. ¡No, no y no! Soy yo quien está en deuda con usted.

—¿Qué es eso?

—*Justement!* —dijo el profesor Rigaud moviendo rápidamente la cabeza—. Anoche me di el gusto de hacerles una broma placentera. Atormenté y molesté los espíritus de usted y de la señorita Morell hasta el fin. ¿No fue así?

—Sí, supongo que sí, pero...

—Aun cuando usted mencionó casualmente que andaba en busca de un



bibliotecario, me llamó la atención nada más que como una divertida coincidencia. ¡Nunca adiviné, no, que esta mujer estaba dentro de las quinientas millas de aquí! ¡Nunca supe... nunca, que la tal persona estaba en Inglaterra!

—¿Se refiere a Fay Seton?

—Así es.

Miles se humedeció los labios.

—Pero esta mañana —continuó el profesor Rigaud— aparece la señorita Morell, y me llama por teléfono para darme confusas e incoherentes explicaciones sobre lo sucedido anoche. La señorita Morell me dice después que sabe que Fay Seton está en Inglaterra, conoce su domicilio y cree que pueda serle ofrecida para emplearla. Una discreta llamada al hotel Berkeley me lo confirma. —Por encima de su hombro señaló con la cabeza—. ¿Ve aquel automóvil?

—¿Qué tiene?

—Lo pedí prestado a un amigo mío, un funcionario de *Whitehall* que tiene gasolina. He burlado la ley para venir a decírselo. Usted debe encontrar alguna excusa cortés para que esta mujer salga de su casa inmediatamente.

Una luz brilló sobre el rostro del profesor Rigaud bajo la luna que salía; su pequeño bigote nada tenía ahora de cómico y en su modo había una desesperada seriedad. Bajo su brazo izquierdo apretaba aquel grueso bastón amarillo con el que había sido estoqueado Howard Brooke. Mucho después recordaría Miles Hammond el zumbido del arroyo, la presencia del enorme contorno del doctor Fell, el robusto francesito con su mano derecha asiendo fuertemente la baranda del puente. Entonces dio un paso atrás.

—¿También ustedes?

El profesor Rigaud arqueó las cejas.

—No comprendo.

—Sinceramente, profesor Rigaud, toda persona ha estado previniéndome contra Fay Seton. ¡Estoy enfermo y cansado de ello!

—¿Es verdad, acaso? ¿Usted ha empleado a la joven?

—¡Sí! ¿Por qué no?

Por encima del hombro de Miles la rápida vista del profesor Rigaud miró hacia la casa, en el fondo.

—Además de usted, ¿quién más hay aquí esta noche?

—Solamente mi hermana Marion.

—¿Ningún servidor? ¿Ninguna otra persona?

—Esta noche no. ¿Pero qué diferencia tiene? ¿Qué es todo esto? ¿Por qué no puedo yo pedirle a la señorita Seton que venga aquí a quedarse tanto cuanto quiera?

—Porque usted morirá —contestó sencillamente el otro—, usted y su hermana, ambos morirán.

## CAPÍTULO IX

**L**A CARA de Rigaud brillaba cada vez más blanca a la luz de la luna, que iba ascendiendo, y cuyo reflejo tocaba ahora el agua debajo de ellos.

—¿Quieren hacer el favor de venir conmigo? —dijo Miles lacónicamente, y se volvió indicando el camino de retorno a la casa.

Hacia el lado oeste de Greywood se extendía el vasto césped llano, tan bien recortado como una pista verde, donde, en la penumbra, se descubrían las sillas de mimbre, la mesita y la blanca mecedora con su toldo. Mientras caminaba, Miles miraba ese lado de la casa; no veía luces allí, a pesar de que a Fay Seton se le había dado un dormitorio en la planta baja y debía estar adentro.

Él indicó el camino por el lado este, a través del vestíbulo que contenía la pequeña colección de armas antiguas de su tío y de allí pasaron al largo salón. Era éste un lugar agradable con sillas tapizadas, una estantería baja para libros, pintada de blanco, y un pequeño óleo de Leonardo sobre la chimenea; una sola lámpara ardía allí como luz nocturna con una llama muy pequeña que hacía sombras enormes, pero Miles no tenía deseos de iluminar más; se volvió rápidamente en el silencio de la medianoche en la New Forest.

—Creo que debo decirles —empleaba una voz más fuerte que la necesaria— que ya he tenido una larga conversación con la señorita Seton...

El profesor Rigaud se detuvo bruscamente.

—¿Ella le dijo a usted...?

(¡Tranquilidad, ahora! ¡No hay motivo para tener un nudo en la garganta o un corazón que salte furiosamente!)

—Me contó los pormenores de la muerte del señor Brooke. La policía resolvió finalmente que era un suicidio, porque sobre el mango del bastón de estoque solamente se encontraron las impresiones digitales del señor Brooke. ¿Es esto verdad?

—Lo es.

—Y a la hora que..., en el momento en que sucedió..., Fay Seton había salido a nadar en el río a cierta distancia de la torre. ¿Es esto verdad?

—Hasta ahí, sí —asintió el profesor Rigaud con la cabeza—. ¿Pero le habló ella sobre el joven Pierre Fresnac? ¿El hijo de Jules Fresnac?

—¿Necesitamos —Miles casi gritó—, necesitamos ser tan endemoniadamente severos hoy en día? Después de todo, si algo hubo entre el joven Fresnac y Fay Seton...

—¡Qué ingleses! —suspiró el profesor Rigaud en tono de pavor, y añadió después de una pausa—: ¡Dios mío, estos ingleses!

Se quedó parado mirando hacia atrás en una media luz que borraba las

expresiones, y con el tamaño doctor Fell detrás de él; apoyó el amarillo bastón de estoque contra el brazo de un sillón tapizado, y se quitó el sombrero. Había algo en el tono de su voz, que no era fuerte, que crispó los nervios de Miles.

—Usted es como Howard Brooke —suspiró el profesor Rigaud—, digo yo algo y cree que únicamente quiero decir...

Volvió a callar.

—¿Le parece probable, joven —continuó dando un brinco— que a un campesino granjero de *Eure-et-Loire* le importaría dos cominos, le importaría esto —castañeteó los dedos—, un pequeño asunto pasional entre su hijo y una dama de la región? Si lo hubiera tomado en cuenta sólo le habría divertido. Le aseguro a usted que no provocaría la extraordinaria conmoción que cubrió de terror a todos los campesinos de aquella región. No haría que Jules Fresnac arrojara una piedra a una mujer en la carretera pública.

—¿Qué fue, entonces?

—¿Puede usted volver su pensamiento hacia los días anteriores a la muerte de Howard Brooke?

—Sí.

—Este joven, Pierre Fresnac, vivía con sus padres en una casa de piedra en una granja, a un lado de la carretera entre Chartres y Le Mans. Es necesario subrayar que su dormitorio quedaba en una buhardilla, subiendo tres tramos de escaleras.

—¿Y?

—Pierre Fresnac había estado enfermo algunos días, débil y aturdido. Nada dijo a nadie, en parte porque no se animaba a hablar, en parte porque no comprendía y creía que todo era una pesadilla. Como a toda la gente joven, lo asustaba ser apaleado sin tener culpa. Se ató una chalina<sup>[3]</sup> alrededor del cuello, y no dijo una palabra.

»Creyó soñar cuando, noche tras noche, vio la cara blanca suspendida en el aire, vista desde la ventana de arriba; creyó que soñaba al ver que el cuerpo tomaba forma en el aire, a varios metros sobre el suelo y sintió la anestesia que oscurece la mente y los músculos, como se oscurece la luz cuando se baja el pabulo. Fue su padre quien le arrancó luego el vendaje de la garganta, y descubrieron las agudas marcas de dientes en el cuello, por donde se había desangrado.

En la pausa que siguió, Miles Hammond esperó con extraña paciencia que alguien se riera para cortar el silencio; que Rigaud echase atrás su cabeza y mostrase la burlona sonrisa que descubriría su diente de oro; esperaba la sonrisa de Gargantúa del doctor Fell, pero nada ocurrió. Nadie sonrió siquiera ni le preguntó qué le parecía la broma. Lo que adormecía sus sentidos, y lo tenía como paralizado, era la expresión de aquellas palabras, duras como las de la policía, «las agudas marcas de dientes en el cuello por donde se había desangrado».

Como de lejos, Miles oyó su propia voz.

—¿Está usted loco?

—No.

—¿Quiere usted decir...?

—Sí —dijo el profesor Rigaud—, quiero decir el vampiro, quiero decir algo que continúa viviendo, quiero decir el desangrador de cuerpos y matador de almas.

La cara blanca suspendida en el aire desde la ventana de arriba.

*La cara blanca suspendida en el aire desde la ventana de arriba.*

A pesar suyo, Miles no podía reír. Quiso hacerla, pero la risa se le clavó en la garganta.

—El espíritu sencillo del buen Howard Brooke —dijo el profesor Rigaud— no comprendió nada de esto. Vio en ello sólo una vulgar intriga entre un joven campesino y una mujer mayor que el muchacho. Se escandalizó hasta lo más profundo de su alma británica. Tenía la más sencilla convicción de que cualquier mujer inmoral podía ser comprada con dinero, y entonces...

—¿Y entonces?

—Él murió. Eso es todo.

El profesor Rigaud sacudió su cabeza calva con febril pasión de sinceridad, y recogió su bastón de estoque apretándolo bajo el brazo.

—Anoche quise hacerlo... ¡Ay, mi tonto carácter bromista...! Atormentarlos con una prueba de ingenio... Expuse los hechos imparcial aunque indirectamente; le dije que esa mujer no era, en el sentido admitido, una criminal de ninguna especie y que, en el mundo de cada día, es suave y hasta recatada.

»Pero esto no se aplica al alma interior, con la que ella nada puede, como tampoco con la gula y la curiosidad. No depende del alma que pueda dejar el cuerpo en trance o dormido y tomar forma visible para la vista. Esta alma, como la cara blanca en la ventana de arriba, se alimenta y extrae la vida de la sangre de los vivos.

»Si Howard Brooke hubiese hablado algo de esto yo habría podido ayudarlo. ¡Pero no, no y no! Esta mujer era inmoral y se debía ocultar. Tal vez yo debí adivinarlo por los signos visibles y por la historia que le he referido. Las características físicas, el cabello rojizo y la figura delgada y los ojos azules, siempre están asociados, en las leyendas populares, con el vampiro, porque en dichas leyendas son signos de erotismo. Pero, como de costumbre, no me doy cuenta de lo que tengo bajo mi nariz. Después de la muerte de Howard Brooke lo supe por un populacho de campesinos que quisieron lincharla.

Miles pasó una mano por la frente y la oprimió fuertemente.

—¡Pero usted no puede pensarlo seriamente! No puede creer que fuera esta... esta...

—Esta cosa —terminó el profesor Rigaud.

—Digamos esta persona. ¿Usted me dice que Fay Seton mató a Howard Brooke?

—Lo mató el vampiro, porque el vampiro lo odiaba.

—¡Fue un simple asesinato con un bastón de estoque afilado! ¡Ningún instrumento sobrenatural está complicado!

—¿Entonces, cómo pudo el asesino —preguntó el profesor Rigaud fríamente— acercarse a su víctima y alejarse después?

Otra vez hubo un largo silencio.

—¡Escuche, buen amigo! —exclamó Miles—. ¡Vuelvo a decirle que usted no piensa esto seriamente! Usted, hombre práctico, no puede considerar aceptable esa supersticiosa...

—¡No, no y no! —dijo el profesor Rigaud separando las tres palabras como golpes de martillo, y bruscamente castañeteó sus dedos en el aire.

—¿Qué quiere decir con esos no?

—Quiero decir —contestó el profesor Rigaud— que es una controversia que a menudo tengo con mis colegas académicos sobre la palabra «supersticioso». ¿Puede usted refutar los hechos que presento?

—En apariencia, no.

—*Justement!* Y suponiendo, digo suponiendo, que existiera un ser como el vampiro, ¿está usted de acuerdo en que puede explicar cualquier acción de Fay Seton mientras habitó con la familia Brooke?

—¡Pero, oiga...!

—Le digo a usted —los ojitos del profesor Rigaud brillaban con una especie de lógico entusiasmo—, le digo a usted: Hay aquí algunos hechos que... ¡Por favor, explíquelos! ¡Hechos, hechos y hechos! Usted me responde que no puede explicármelos pero que yo no debo, no debo y no debo decir semejante tontería supersticiosa porque lo que yo sugiero trastorna su universo y le da miedo. Puede tener razón en decirlo, o puede estar equivocado, pero yo soy el práctico y usted el supersticioso.

Se volvió hacia el doctor Fell.

—¿Está usted de acuerdo, doctor?

El doctor Fell había permanecido parado contra el borde de la estantería baja pintada de blanco, sus brazos doblados bajo su larga capa tableada y sus ojos fijos, con la mente ausente, absorbidos en la oscura llama de la lámpara. Miles estaba seguro de su presencia por un débil resuello de su respiración, con ocasionales e intermitentes bufidos, como si el doctor repentinamente se hubiese despertado de sus sueños, y por el movimiento de la ancha cinta negra de sus lentes cuando su pecho subía y bajaba.

Su cara, tan roja como un fuego, irradiaba esa clase de afabilidad tan suya que, por lo general, lo hacía tan agradable como el *Old King Cole*. Miles sabía que Gideon Fell era hombre de gran corazón, muy honesto, completamente distraído y aturdido, y

cuyas mejores ocurrencias se debían a sus distracciones. En aquel momento, con el labio superior estirado hacia arriba y su bigote de bandido hacia abajo, aparecía como un estudio de ferocidad.

—¿Está *usted* de acuerdo, querido doctor? —insistió Rigaud.

—Señor... —empezó el doctor Fell irguiéndose con un poderoso floreo retórico como el doctor Johnson; después pareció cambiar de opinión, se apaciguó y se rascó la nariz.

—*Monsieur*? —sugirió Rigaud con la misma formalidad.

—No niego —dijo el doctor Fell sacando un brazo afuera con un gesto que puso gravemente en peligro a una estatuita de bronce sobre la estantería—, no niego que en el mundo puedan existir fuerzas sobrenaturales, en realidad, creo firmemente que existen.

—¡Vampiros! —dijo Miles Hammond.

—Sí —asintió el doctor Fell con una seriedad que hizo deprimir el corazón de Miles—. Quizá hasta vampiros.

El bastón de mango de muleta del doctor Fell estaba apoyado contra los estantes, pero ahora miraba, con una mayor ausencia tonta, al amarillo bastón de estoque que todavía mantenía oprimido, bajo el brazo, el profesor Rigaud.

Al avanzar pesadamente, el doctor Fell tomó resollando el bastón de Rigaud, lo hizo girar en sus dedos sosteniéndolo de la misma manera ausente, meditó, y se sentó desordenadamente en un gran sillón tapizado junto a la chimenea vacía. Al hacerlo, todo el cuarto se sacudió, a pesar de que era una casa sólidamente construida.

—Pero opino, como cualquier honesto investigador psíquico —continuó— que, ante todo, hay que examinar los hechos.

—*Monsieur* —exclamó el profesor Rigaud—, ¡yo le doy los hechos!

—Señor —replicó el doctor Fell—, no lo dudo.

Enfurrñado, hizo una guiñada al bastón de estoque, lentamente destornilló el mango de la hoja, quitó ésta de la vaina y la examinó; luego sostuvo la parte del mango junto a sus lentes desequilibrados e intentó espiar dentro de la vaina. Al levantarse, el sabio volvió a hablar con una voz de colegial.

—¿No tiene alguien una lente de aumento?

—Hay uno en la casa —contestó Miles que trataba de adaptarse— pero no recuerdo dónde lo vi por última vez. ¿Me permite que...?

—Para hablar con ingenuidad —dijo el doctor Fell con aire de franqueza—, no estoy seguro de que me sirva de mucho. Reproduce una imagen que impresiona y da al que lo emplea una sensación magnificada de propia importancia. ¡Hum! —Su voz cambió—. Me parece que alguien dijo que había manchas de sangre dentro de la vaina, ¿no?

El profesor Rigaud estuvo casi a punto de ponerse a saltar.

—¡Hay manchas de sangre dentro de ella! Se lo dije anoche a la señorita Morell y al señor Hammond, y se lo he repetido a usted esta mañana. —Su voz se puso desafiante—. ¿Y entonces?

—Sí —dijo el doctor Fell asintiendo con la cabeza de un modo pausado semejante a un león—, es otro punto.

El doctor Fell extrajo, tanteando en el bolsillo interno de la chaqueta debajo de su gran capa, una hoja manuscrita arrollada. Miles no tuvo dificultad en reconocerla. Era el informe del profesor Rigaud sobre el caso Brooke, escrito para los archivos del *Murder Club*, y restituido por el propio Miles después de haber sido llevado por Bárbara Morell. El doctor Fell le tomó el peso en su mano.

—Cuando Rigaud me trajo hoy este manuscrito —dijo en tono de verdadera reverencia—, se me saltaron los ojos al leerlo en una indescriptible sorpresa. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Baco! ¡Esto es para el Club! Pero también me provocó un interrogante serio. —Sus ojos se fijaron en Miles.— ¿Quién es Bárbara Morell y por qué perturbó la cena del *Murder Club*?

—¡Ah! —suspiró el profesor Rigaud moviendo rápidamente la cabeza y restregándose las manos—. ¡Esto también me interesa mucho! ¿Quién es Bárbara Morell?

Miles fijó la vista en ellos.

—¡Maldita sea, no me miren! ¡No lo sé!

El profesor Rigaud arqueó las cejas.

—Sin embargo, recordamos que usted la acompañó a su casa.

—Solamente hasta la estación del subterráneo; eso fue todo.

—¿Tal vez no hayan comentado este asunto?

—No. Es decir... no.

El robusto francesito tenía una mirada muy desconcertante.

—Anoche esa pequeña señorita Morell —dijo el profesor Rigaud al doctor Fell después de escudriñar largamente a Miles— se perturbó mucho en varias oportunidades. ¡Sí! Lo evidente es que está muy interesada en Fay Seton, y sin duda la conoce muy bien.

—Por el contrario —dijo Miles—, la señorita Seton niega haber conocido a Bárbara Morell o saber algo de ella.

Fue como si se hubiera golpeado un gong para hacer silencio. La expresión del profesor Rigaud era casi embrujada.

—¿Ella se lo dijo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche en la biblioteca, cuando yo... le hice algunas preguntas.

—¡Ah! —suspiró el profesor Rigaud con aire de renovado interés—. Usted está

entre sus víctimas —la palabra chocó a Miles como un golpe—, usted está entre sus víctimas, ¡tenga por lo menos coraje! ¿Usted inició la conversación y la interrogó?

—No introduje exactamente el tema, no.

—¿Ella se ofreció a hablar?

—Sí, así se puede decir.

—Señor —dijo el doctor Fell echado atrás en su silla con el manuscrito y el bastón de estoque sobre sus rodillas, y una expresión muy curiosa en la cara—, me ayudaría enormemente, ¡por Júpiter cómo me ayudaría!, si me dijera todo lo que la dama le dijo, si me lo dijera ahora, en este momento, discúlpeme, sin prevención ni preparación.

Miles pensó que debía de ser bastante tarde. Un silencio tan intenso rodeaba la casa que le parecía poder oír el reloj de la lejana cocina. Marion debía de estar dormida en el cuarto de arriba de la biblioteca; Fay Seton, también profundamente dormida en el piso bajo. A través de las ventanas, la luz de la luna aumentaba su palidez mortal oscureciendo la pequeña llama de la lámpara y levantando, en la pared opuesta, las sombras de los pequeños paneles oblongos.

Miles empezó a hablar lenta y cuidadosamente, con la garganta seca. Sólo una vez el doctor Fell le interrumpió para hacerle preguntas.

—«Jim Morell» —repitió el doctor tan vivamente que el profesor Rigaud dio un salto—. Gran amigo de Harry Brooke a quien éste escribía con regularidad una vez por semana. —Volvió su cabeza enorme hacia Rigaud—. ¿Ha conocido usted a algún Jim Morell?

Rigaud, encaramado en el borde de una mesa de arrimo, inclinándose ansiosamente hacia adelante con la mano ahuecada detrás de la oreja, contestó con una enérgica negativa.

—Según mi leal saber y entender, querido doctor, este nombre me es completamente nuevo.

—¿Harry Brooke se lo nombró alguna vez?

—Nunca.

—Ni se le menciona —el doctor Fell palmeó el manuscrito— en este relato suyo tan admirablemente claro; ni hacen referencia a él las declaraciones escritas agregadas, a las que se refieren otros testigos. Sin embargo, Harry Brooke estaba escribiéndole el mismo día... —el doctor Fell calló por un momento. ¿Sería efecto de la luz aquella momentánea expresión en sus ojos?— ¡No importa! ¡Continúe!

Miles vio fugazmente otra vez la misma expresión antes de que terminara la historia. La mirada del doctor Fell había sido la de un hombre ofuscado, alarmado, vislumbrando la verdad en la que asomaban elementos de completo horror. Esto le enardecía. Mientras Miles hablaba, cruzaban maquinalmente por su mente pensamientos frenéticos.



Era evidente que el doctor Fell no podía creer en esa tontería de los vampiros. El profesor Rigaud podría dar sinceramente crédito a la realidad de espíritus malignos posesionados de la carne, espíritus malignos que abandonaban el cuerpo y se materializaban en el aire, con sus rostros blancos fuera de la ventana, pero no el doctor Fell. ¡Eso estaba confirmado!

Mientras Gideon Fell se balanceaba para atrás en su silla, golpeando el bastón contra el suelo, con una contracción de las varias papadas, sacudiendo el enorme chaleco, con su antigua diversión familiar, Miles sólo quería una palabra, un gesto, un parpadeo de ojos, que soplara sobre esta niebla venenosa que Georges Antoine Rigaud llamaría la niebla del vampiro. «¡Venid ahora! ¡Venid ahora! ¡Arcontes de Atenas, en tumultuoso deleite!». Pero Miles no obtuvo aquella palabra.

En su lugar, al terminar él de hablar, el doctor Fell se echó atrás protegiendo sus ojos con una mano, y puso sobre sus rodillas el manchado bastón de estoque.

—¿Es eso todo? —preguntó.

—Sí. Es todo.

—¡Oh! ¡Ah! Y a usted, amigo mío —el doctor Fell se aclaró fuertemente la garganta antes de dirigirse a Rigaud—, me agradecería hacerle una pregunta muy importante. —Levantó el manuscrito—. Claro está que cuando usted escribió esto eligió con cuidado sus palabras, ¿eh?

El profesor Rigaud se puso tieso.

—¿Es necesario decir que lo hice?

—¿No quiere cambiar nada?

—¡Le aseguro que no! ¿Por qué querría hacerlo?

—Permítame —dijo el doctor Fell persuasivo— que le lea dos o tres renglones de su informe sobre la última vez que vio al señor Howard Brooke, arriba de la torre, ¡antes de que fuera atacado!

—Continúe.

El doctor Fell humedeció su pulgar, acomodó sus lentes en la cinta negra y pasó las hojas del manuscrito.

—«El señor Brooke —leyó en alta voz— estaba parado junto a la baranda, completamente vuelto de espaldas, a un lado de él...»

—Disculpe que le interrumpa —dijo Miles— pero éstas parecen exactamente las mismas palabras que usó anoche el profesor Rigaud cuando lo contaba y no lo escribía.

—Son las mismas palabras —sonrió el profesor Rigaud—, fluían velozmente, ¿eh? Fueron aprendidas de memoria. Joven, todo lo que le dije lo hallará también en este manuscrito. ¡Continúe, continúe, continúe!

El doctor Fell le miró con curiosidad.

—«A un lado de él —está usted siempre describiendo al señor Brooke— a un

lado de él, su bastón de madera clara apoyado contra el antepecho; del otro, también descansando contra el mismo, la abultada cartera. Este almenado parapeto subía hasta la altura del pecho, alrededor del tope de la torre con su piedra rota desmoronándose, y rayada con jeroglíficos blanquecinos donde la gente había grabado sus iniciales.»

El doctor Fell cerró el manuscrito y lo volvió a palmear.

—¿Todo esto —preguntó— es exacto?

—¡Perfectamente exacto!

—Una pequeña cosa más —rogó el doctor Fell—. Es a propósito de este bastón de estoque. En su brillante relato usted dice que la policía, después del asesinato, se llevó las dos partes del bastón de estoque para el examen de los peritos. Presumo que la policía no las unió antes de llevárselas... ¿Fueron recogidas tal cual se las halló?

—¡Naturalmente!

Miles no podía soportarlo más tiempo.

—¡Por el amor de Dios, señor, pongamos las cosas en claro! ¡Por lo menos sepamos lo que pensamos y en qué estamos! —Subió la voz—. *¿Usted no cree todo esto?*

El doctor Fell parpadeó los ojos.

—¿Creo en qué?

—¡En vampiros!

—No —dijo suavemente el doctor Fell—, no creo.

(Miles siempre lo había pensado, se lo había dicho para sí con una risita interna mientras que asentaba mentalmente sus hombros y se preparaba para reír fuerte. Pero el aliento se escapó de sus pulmones y sintió que una fuerte ola de alivio le recorría el cuerpo al comprender que ya no habría más terrores.)

—Antes de retirarnos, debo decirlo —continuó el doctor Fell con gravedad—. Dos caballeros de edad se arrepentirán cuando lleguen de regreso a Londres de este extravagante paseo nocturno a la New Forest, en un, ¡hum!, repentino impulso romántico de Rigaud, quien también deseaba ver la biblioteca de su tío. Pero antes de partir...

—¡Por el poder de todos los diablos —dijo Miles con bastante vehemencia— ustedes no van a regresar esta noche!

—¿No vamos a regresar esta noche?

—Voy a acomodarlos aquí —dijo Miles—, a pesar de la escasez de dormitorios habitables. Quiero verlos a ambos a la luz del día y sentirme en mi sano juicio otra vez. ¡Y cuando oiga el resto de la historia mi hermana Marion!...

—¿Su hermana ya sabe parte de ella?

—Un poco, sí. Pensándolo bien, le pregunté esta noche qué haría si *ella* encontrara un... bueno, un horror sobrenatural que caminara por el aire. Esto fue antes de haber escuchado esta historia del vampiro.

—¡Verdaderamente! —murmuró el doctor Fell—. ¿Y qué dijo ella que haría?  
Miles rió.

—Dijo que probablemente le dispararía con un revólver. Lo único razonable es divertirse con ello como lo hizo Marion. —Saludó al profesor Rigaud—. Le agradezco profundamente, señor, por haber venido de tan lejos para ponerme en guardia contra un vampiro con rostro blanco y boca empapada en sangre, pero me parece que Fay Seton ya ha pasado bastantes malos ratos, y apenas creo...

Se interrumpió.

El sonido que entonces oyeron venía del piso alto y desde corta distancia, pero aumentado por la calma nocturna. Era desconcertante e inconfundible. Hizo enderezar al profesor Rigaud, que estaba sentado en el borde de la mesita de arrimo; produjo una contracción a través de la enorme corpulencia del doctor Fell, haciéndole caer los lentes de la nariz, y los trozos del bastón de estoque se deslizaron lentamente al suelo. Los tres hombres se quedaron estupefactos, sin mover una mano.

Era el estampido de un tiro de revólver.

## CAPÍTULO X

**E**L PROFESOR Rigaud hizo un ruido con los talones y fue el primero en hablar. Una expresión sardónica se reflejó en su cara antes que pudiera disimularlo, y dijo mirando a Miles:

—¿Y, amigo? —insinuó cortésmente—. ¡Le ruego que continúe esta interesante comprobación! Su hermana se divierte, se divierte mucho, cuando piensa en... — pero no pudo mantener la tensión, su áspera voz se tornó vacilante al fijar la vista sobre el doctor Fell—. Estimado doctor, ¿piensa usted lo mismo que yo?

—¡No! —tronó el doctor Fell, y cortó la tensión—. ¡No, no, no y no!

El profesor Rigaud se encogió de hombros.

—En cuanto a mí, cuando una cosa realmente ha sucedido, rara vez me alivia creer que es improbable. —Miró a Miles—. ¿Su hermana tiene revólver?

—¡Sí! Pero...

Miles se puso de pie. No quería, se dijo, hacer un desgraciado papel al salir corriendo; aunque el semblante de Rigaud tenía manchones y aun el doctor Fell, repentinamente, había apretado sus manos sobre los brazos del sillón tapizado, él pasó del cuarto al oscuro vestíbulo de entrada y, al llegar a la escalera que lleva al piso alto, comenzó a correr.

—¡*Marion!* —gritó.

Delante de él, arriba, se extendía el corredor, muy largo y estrecho, con su fila de puertas cerradas a ambos lados y señalado por el punto luminoso de una lamparita.

—¡*Marion!* ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

La puerta del dormitorio de Marion era la última a la izquierda, mirando hacia el fondo del corredor. Miles volvió a correr, se paró el tiempo suficiente para recoger de sobre el radiador la lamparilla y otra pequeña luz dentro de un tubo cilíndrico de vidrio. Mientras que pacientemente tanteaba el tornillo del pabilo para que alumbrara más, descubrió que su mano temblaba; dio vuelta el picaporte, abrió bien la puerta y mantuvo la luz en alto.

—¡*Marion!*

La lámpara, balanceándose como loca, le mostró el cuadro de Marion en cama, parcialmente reclinada, con la cabeza y los hombros apoyados contra la cabecera, en una habitación que, por lo demás estaba vacía.

Este cuarto tenía dos hileras de pequeñas ventanas. Una miraba al este, frente a Miles parado en la puerta, y aún estaba cubierta por los cortinajes corridos; la otra miraba al sur, hacia el fondo de la casa, y la blanca luz de la luna penetraba a través de ella. Marion estaba acostada, o, más bien, medio acostada, con los hombros enderezados, y en dirección a estas ventanas, mirando el sur al fondo del cuarto.

—*¡Marion!*

Ella no se movió.

Miles se adelantó, aproximándose a pequeños pasos lentos. A medida que la línea de la luz avanzaba vacilante, más y más dentro de un borrón de tinieblas, se ponía de manifiesto un detalle después de otro.

Marion, con un pijama de seda celeste, en una cama revuelta, no estaba completamente sentada contra la cabecera. A primera vista, su cara era casi irreconocible, con los ojos claros entreabiertos, vidriosos y sin parpadear cuando la luz los hería, el rostro blanco como tiza, gotas de sudor brillando en la frente a la luz de la lámpara, sus labios apretados contra los dientes para dar un grito que nunca pudo articular. Y en su mano derecha empuñaba un revólver *Ives-Grant*, calibre 32. Miles podía ver el agujero de la bala en el vidrio al mirar a la derecha, hacia las ventanas delante de Marion.

Así estaba Miles parado, mudo, con el pulso que le latía en el brazo entero, cuando una voz bastante ronca habló detrás de él.

—¿Me permite? —dijo.

Georges Antoine Rigaud, pálido pero impassible, apareció con pasitos de paloma, trayendo la lámpara de la sala del piso bajo.

A la derecha de Marion había una mesilla de noche con el cajón medio abierto como si el revólver hubiese salido de allí. Sobre ella —Miles, atolondrado, observaba tales detalles—, estaba la lámpara de Marion, apagada hacía tiempo y, al lado del botellón de agua, había un frasquito de una onza de perfume francés con etiqueta rojo y oro. Miles alcanzaba a oler el perfume y ello le hizo sentirse medio enfermo.

El profesor Rigaud puso su lámpara sobre aquella mesa.

—Soy aficionado a la medicina —dijo—. ¿Me permite?

—¡Sí, sí, sí!

El profesor Rigaud, felino en sus movimientos, dando vuelta al otro lado de la cama, cogió la floja muñeca izquierda de Marion, el cuerpo entero parecía flojo, como peso muerto; cuidadosamente oprimió con su mano bajo el pecho izquierdo, arriba de la región del corazón. Un espasmo recorrió el rostro del profesor Rigaud; había perdido todo su aire sardónico, y mostraba una angustia profunda y verdadera.

—Lo siento —anunció—. Esta joven ha muerto.

—*¡Muerta!*

Esto no era posible.

Miles ya no podía sostener la lámpara, su brazo temblaba demasiado violentamente, un segundo más y la dejaría caer. Apenas consciente de sus propias piernas, se movió hasta una cómoda colocada a la derecha de las ventanas del sur y sobre ella puso la lámpara de un golpe. Luego se volvió hacia el profesor Rigaud, que estaba del otro lado de la cama.

—¿Qué la mató? —dijo, ahogado.

—Una conmoción.

—¿Una conmoción? Quiere decir...

—Es médicamente correcto hablar —dijo el profesor Rigaud— de muerte provocada por una conmoción. El corazón, ¿me sigue?, se ve privado repentinamente de su poder de bombear sangre al cerebro; la sangre se sumerge dentro de las grandes venas del abdomen y se detiene allí. ¿Observa usted la palidez? ¿Y la transpiración? ¿Y los músculos relajados?

Miles no escuchaba. Quería a Marion, la quería verdaderamente, de aquella manera irreflexiva que uno siente hacia quien ha conocido durante veintiocho de sus treinta y cinco años. Pensaba en ella y en Steve Curtis.

—Sigue —dijo el profesor Rigaud— el colapso y la muerte. En casos serios... —Entonces hubo en su cara un cambio aterrador que hizo erizar su bigotito—. ¡Ay, Dios! —exclamó con un grito que no fue menos sentido por estar acompañado de un gesto melodramático—. ¡Me olvidé! ¡Me olvidé! ¡Me olvidé!

Miles le clavó la mirada.

—Esta señorita —dijo el profesor Rigaud— puede no estar muerta.

—¿Qué dice?

—En casos graves —explicó nervioso el profesor— no se siente el pulso y puede no haber ningún impulso cardíaco, ¡no! aun cuando uno ponga la mano sobre el corazón. —Hizo una pausa—. No es mucha la esperanza, pero es posible. ¿A qué distancia está el médico más próximo?

—Como a seis millas.

—¿Puede telefonarle? ¿Hay teléfono aquí?

—¡Sí! ¡Pero mientras tanto...!

—Entretanto —replicó el profesor Rigaud restregándose la frente, y con los ojos afiebrados— debemos estimular el corazón. ¡Eso es! ¡Estimular el corazón! —Apretó los ojos, pensando—. Levantar las extremidades, presión en la cavidad abdominal y... ¿tienen ustedes estriknina en casa?

—¡Santo cielo, no!

—Pero tienen sal, ¿sí? ¿Sal de mesa común? ¿Y una aguja hipodérmica?

—Creo que Marion tenía una hipodérmica en alguna parte. Creo... —Ahora el tiempo parecía haberse detenido y cada movimiento intolerablemente lento; mientras que antes todo pasaba con tanta prisa... Cuando era necesario apurarse no se podía uno apurar.

Miles se acercó a la cómoda, de un tirón abrió el primer cajón y empezó a revolver. Sobre el mueble que era de madera de arce, brillantemente iluminado ahora por la lámpara que allí había colocado, había un marco plegadizo de cuero con dos grandes fotografías: de un lado se veía a Steve Curtis de sombrero puesto para ocultar

su calvicie y del otro a Marion, cariancha y sonriente, bien distinta del lastimoso montón de carne, con los ojos vagos que estaba sobre la cama.

A Miles se le antojaron minutos, y probablemente fueron quince segundos, los que pasaron antes de encontrar las dos partes de la jeringa hipodérmica en su cuidado estuche de cuero.

—Llévela abajo —le cuchicheaba su acompañante— y esterilícela en agua hervida. Luego caliente más agua mezclada con una pizca de sal y me trae todo arriba. Pero antes de nada telefonee al médico. Yo tomaré las demás medidas. ¡Apúrese, apúrese, apúrese!

Cuando salía Miles a cumplir su cometido, encontró al doctor Fell y lanzó una última mirada a los dos, al doctor Fell y al profesor Rigaud, al apresurarse él por el vestíbulo.

Rigaud, que se estaba quitando su chaqueta y arremangándose, habló de sopetón.

—¿Ve esto, estimado doctor?

—Sí, lo veo.

—¿Adivina lo que ella vio por la ventana?

Sus voces se apagaron.

Abajo, la sala estaba oscura, sólo iluminada por el resplandor de la luna. Junto al teléfono, Miles, haciendo funcionar su encendedor de bolsillo, encontró la agenda que Marion guardaba allí con dos guías telefónicas de Londres y marcó Cadnam 4321. Nunca había visto al doctor Garvice, ni aun en tiempos de su tío, pero una voz del otro lado del hilo hizo preguntas rápidas y obtuvo respuestas razonablemente claras.

Un minuto más tarde, Miles, por un largo pasillo encerrado como el de arriba en medio de una hilera de dormitorios silenciosos, llegó a la cocina, situada del lado oeste de la casa, encendió varias luces en el gran cuarto reluciente e hizo funcionar el gas en el nuevo calentador esmaltado de blanco. Puso agua en la cacerola y la colocó sobre el fuego, dejando caer adentro las dos partes de la hipodérmica, mientras que un gran reloj de esfera blanca sonaba en la pared.

Las dos menos veinte.

Las dos menos dieciocho...

¡Dios que estás en los cielos!, ¿jamás hervirá esta agua?

Se negaba a pensar en Fay Seton, que dormía ahora en la planta baja, a no más de veinte pasos de él.

Se negó a pensar en ella, esto es, hasta que bruscamente se dio vuelta y vio a Fay parada en medio de la cocina, detrás de él, con los dedos apoyados sobre la mesa.

Detrás de ella la puerta del pasillo estaba un poco abierta en la oscuridad. Él no había oído sus pasos sobre el piso de piedra recubierto de linóleo; llevaba puesto un camisón muy delgado y encima una bata rosa acolchada y zapatillas blancas; su

espeso cabello rojizo caía sobre los hombros, las uñas rosadas golpeaban ligera, suave y débilmente sobre la mesa.

Una especie de instinto animal previno a Miles, una proximidad, una sensación física que siempre experimentaba hacia ella. Se dio vuelta con tal brusquedad que se golpeó con el asa de una cacerola, que giró sobre la llave del gas haciendo chirriar el agua caliente en sus bordes. En la cara de Fay Seton sorprendió él una mirada de profundo odio; los ojos azules tenían un ligero ardor, las mejillas sonrojadas en su cutis blanco, los labios secos y un poco contraídos. Era odio mezclado con... ¡sí!, con profunda angustia. Ni siquiera cuando él se volvió pudo ella controlar bien aquel odio, no podía calmarlo a pesar de que su pecho angustiado se elevaba y bajaba, y las puntas de los dedos se entrelazaban apretados, pero habló suavemente.

—¿Qué... sucedió?

*Tic... tac*, continuaba el gran reloj sobre la pared, *tic... tac*; dieron cuatro golpes contados en el silencio, antes de que Miles le contestara. Él oía el silbido del agua que hervía dentro de la cacerola.

—Mi hermana puede estar muerta o moribunda.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabe?

—Oí algo como un tiro. Yo sólo dormitaba. Subí y miré dentro del cuarto —Fay suspiró esto muy rápidamente y ahogó un sollozo, parecía hacer un esfuerzo para que el poder de su voluntad pudiera controlar la sangre y los nervios y tener alejado el sonrojo de su rostro—. Usted debe perdonarme —dijo—, acabo de ver algo que antes no había observado.

—¿De ver algo?

—Sí. ¿Qué... sucedió?

—Marion ha sido asustada por algo que vio por la ventana. Ella tiró contra eso.

—¿Qué fue? ¿Un ladrón?

—Ningún ladrón en el mundo podría asustar a Marion. No es lo que se llama de tipo nervioso. Además...

—¡Dígame, por favor!

—Las ventanas de esa habitación —Miles las veía claramente con los cortinajes azules adornados de oro, y la alfombra castaña y amarilla, el gran armario, la mesa de tocador, la cómoda y la poltrona junto al fuego sobre la misma pared que la puerta—, las ventanas de ese cuarto están a más de quince pies del suelo, no hay nada debajo, a no ser el muro liso del fondo de la biblioteca. No veo cómo ningún ladrón podría haber subido allí.

El agua empezó a hervir. La palabra «sal» cruzó la mente de Miles; había olvidado completamente aquella sal. Se precipitó a la fila de aparadores de la cocina y la encontró dentro de un envase de cartón. El profesor Rigaud había dicho



solamente una pizca de sal, y que calentara el agua pero no que la hirviera, Miles echó un poco dentro de la segunda cacerola cuando la primera rebosaba.

Era como si las rodillas de Fay Seton hubiesen comenzado a ceder. Junto a la mesa había una silla de la cocina, ella puso la mano sobre el respaldo y lentamente se sentó, sin mirarlo, adelantando un poco una blanca rodilla y con la línea de sus hombros en tensión.

*Las agudas marcas de dientes en el cuello por donde se había desangrado...*

Miles dio vuelta la llave del calentador de gas, apagándolo. Fay Seton saltó sobre sus pies.

—¡Yo..., yo lo siento muchísimo! ¿Puedo ayudarle?

—¡No! ¡Hágase a un lado!

Pregunta y respuesta fueron lanzadas a través de aquella silenciosa cocina, bajo el tictac del reloj, en forma de mudo reconocimiento. Miles pensaba si sus manos estarían lo suficientemente tranquilas como para tomar las cacerolas, pero se arriesgó y las tomó.

Fay habló con suavidad.

—El profesor Rigaud está aquí, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Quiere hacerse a un lado, por favor?

—¿Ha creído usted... lo que le dije esta noche? ¿Lo ha creído?

—¡Sí, sí, sí! —gritó él—. Pero ¡por el amor de Dios!, ¿quiere usted hacerme el favor de hacerse a un lado? Mi hermana...

El agua hirviendo salpicó por sobre el borde de la cacerola. Fay estaba ahora parada de espaldas a la mesa, apoyada contra ella; había desaparecido todo su aire recatado y su timidez. Erguida y espléndida, respiraba hondo.

—Esto no puede continuar —dijo ella.

En aquel momento Miles no la miró a los ojos, ni se atrevió a hacerla, porque su repentino impulso, casi irresistible, había sido abrazarla.

Harry Brooke lo había hecho, el joven Harry ahora muerto y comido por los gusanos. ¿Y cuántos otros, en las tranquilas familias con quienes había ella vivido?

Mientras tanto...

Miles salió de la cocina sin mirar atrás, a donde ella estaba. Las escaleras del fondo conducían de la cocina al vestíbulo del piso alto, muy cerca del cuarto de Marion. Miles subió a la luz de la luna, llevando cuidadosamente las cacerolas. La puerta del dormitorio estaba abierta apenas una pulgada, y al abrirla del todo casi le pegó al profesor Rigaud.

—Iba a ir —dijo el profesor Rigaud con una pronunciación que descuidaba por primera vez— para ver qué le demoraba.

Algo en la expresión de Rigaud hizo oprimir el corazón de Miles.

—¡Profesor Rigaud! ¿Ella está...?

—¡No, no y no! He conseguido hacerla entrar en lo que se llama «reacción». Respira y me parece que el pulso está más fuerte.

Se derramó un poco de agua hirviendo.

—Pero no puedo decirle si esto durará. ¿Telefoneó al médico?

—Sí. Debe de estar ya en camino.

—Muy bien. Tráigame aquí las cacerolas. ¡No, no, no! —dijo el profesor Rigaud, cuya emoción lo hacía incómodo—. Usted no va a entrar. La recuperación de una conmoción no es un agradable espectáculo y, además, usted me molestaría. Quédese afuera hasta que le diga.

Tomó las cacerolas y las puso adentro, sobre el suelo, y luego cerró la puerta en la cara de Miles.

Con una esperanza violenta e inquieta que iba en aumento, Miles se quedó atrás. (Los hombres no hablan así a no ser que esperen la reacción). La luz de la luna se desvió hacia el fondo del vestíbulo y él vio por qué.

El doctor Gideon Fell fumaba en una gran pipa de espuma de mar, junto a la ventana al fondo del vestíbulo. La incandescencia roja del hornillo de la pipa latía y se oscurecía reflejándose en los lentes del doctor Fell; un vapor de humo se ensortijaba como fantasmas al salir por la ventana.

—¿Sabe usted —observó el doctor Fell quitándose la pipa de la boca— que este hombre me agrada?

—¿El profesor Rigaud?

—Sí. Me agrada.

—A mí también. ¡Y Dios sabe cuánto le estoy de agradecido!

—Es hombre práctico, cabalmente práctico; es de temer que usted ni yo lo seamos —observó el doctor Fell con aire culpable, arrojando furiosas bocanadas de su espuma de mar—. Es hombre cabalmente práctico.

—Y, sin embargo —dijo Miles— él cree en los vampiros.

—¡Hum! Sí. Exactamente.

—Afrontemos la cuestión. ¿Qué cree usted?

—Mi estimado Hammond... —replicó el doctor Fell inflando sus mejillas y moviendo la cabeza con cierta vehemencia—. Que me maten en este momento si lo sé. Es lo que me deprime. Antes de que este determinado asunto —sacudió la cabeza señalando el dormitorio— antes de que el presente asunto viniera a perturbar mis cálculos, creí que empezaba a tener más de una idea sobre el asesinato de Howard Brooke.

—Sí —dijo Miles—, así me pareció.

—¡Oh! ¡Ah!

—Cuando le hice a usted el relato de Fay Seton sobre el crimen de la torre, la expresión de su cara, una o dos veces, fue suficiente como para asustar a cualquiera.

¿Horror? ¡No sé! Algo por el estilo.

—¿Así fue? —dijo el doctor Fell. La pipa latió y se oscureció—. ¡Oh! ¡Ah! ¡Lo recuerdo! Pero a mí no me perturbó la idea de un espíritu maligno. Fue el pensamiento de un motivo.

—¿Un motivo para el crimen?

—¡Oh, no! —dijo el doctor Fell—, pero condujo al crimen. Un motivo tan condenadamente malo y desalmado que... —Hizo una pausa, y la pipa volvió a latir y oscurecerse—. ¿Cree usted que podríamos hablar ahora una palabra con la señorita Seton?

## CAPÍTULO XI

—¿CON LA señorita Seton? —repitió vivamente Miles.

Nada sacaba en limpio de la expresión del doctor Fell. A la luz de la luna era una máscara rolliza e incolora, velada por el humo que penetraba dentro de los pulmones de Miles. Sin embargo, el sonido metálico de la voz del doctor Fell, sonido de odio, hacía inconfundible el motivo que provocaba la pregunta.

—¿La señorita Seton? Supongo que sí. Ella está ahora abajo.

—¿Abajo? —dijo el doctor Fell.

—Su dormitorio está en la planta baja. —Miles explicó las circunstancias y narró los acontecimientos de aquella tarde—. Es uno de los cuartos más agradables de la casa, recientemente vuelto a decorar y con la pintura apenas seca. Ella está levantada y anda por ahí, si esto es lo que usted quiere saber. Ella... ella oyó el disparo.

—¿En serio?

—En realidad, ella subió y echó un vistazo al cuarto de Marion, algo la perturbó tanto que no está muy... muy...

—¿Dueña de sí misma?

—Si quiere decirlo en esta forma...

Entonces Miles se rebeló. Los valores humanos podían readaptarse y el sentido común verse libre de su prisión, siendo la naturaleza humana tan elástica, y con Marion, como lo suponía, fuera de peligro.

—Doctor Fell —dijo—, no nos obsesionemos, no permitamos que se nos arroje encima un hechizo con los vampiros y las brujas de Rigaud. Concedido... aun concedido... que hubiera sido muy difícil para cualquiera trepar por el lado exterior de las ventanas del cuarto de Marion...

—Mi estimado joven —dijo el doctor Fell suavemente—, sé que nadie trepó por ahí. ¡Vea usted mismo! —e indicó la ventana próxima adonde estaban.

Era ésta una ventana común, a bastidor, diferente de la mayor parte de las ventanas de la casa, que eran de estilo de caja francesa. Miles la empujó hacia arriba, sacó afuera su cabeza y miró hacia la izquierda.

La serie de cuatro pequeñas ventanas iluminadas del cuarto de Marion, con dos de sus hojas abiertas, arrojaban una luz brillante sobre el verde pálido del fondo de la casa. Abajo corría una pared lisa de quince pies de altura. Había olvidado que también abajo había un macizo sin plantar de un ancho casi como la altura de la pared; un macizo, liso y recién regado, de tierra que acababa de ser apisonada y escardada, y en la que un gato no podría haber pasado sin dejar el rastro.

Una furia de terquedad persistía en Miles.

—Sigo diciendo que es mejor no obsesionarnos —declaró.

—¿Qué quiere decir?

—Sabemos que Marion hizo un disparo, sí. ¿Pero cómo sabemos que lo disparó contra algo afuera de la ventana?

—¡Ajá! —rió el doctor Fell, y un cierto júbilo salió del humo de su pipa—. Mis felicitaciones, señor. Se está despertando usted.

—Lo ignoramos por completo —dijo Miles—, solamente lo presumimos, porque se manifestó después de toda esta conversación de caras que flotaban afuera de las ventanas. ¿No es mucho más natural pensar que tiró contra algo dentro del cuarto? ¿Algo que estuviera frente a ella al pie de la cama?

—Sí —asintió el doctor Fell con gravedad—, lo es. ¿Pero no ve usted, mi estimado señor, que esto no explica en lo más mínimo nuestro verdadero problema?

—¿Qué quiere usted decir?

—Algo atemorizó a su hermana —replicó el doctor Fell—, algo que sin la ayuda oportuna de Rigaud, la hubiese positivamente atemorizado hasta producirle la muerte. —Hablabla con lentitud y vehemencia, acentuando cada palabra. Se había apagado su pipa y la había dejado en el alféizar de la ventana. Hasta su respiración dificultosa resoplaba ruidosamente con ansiedad.

—Quiero que ahora piense usted un momento lo que esto exactamente significa. Su hermana no es, deduzco, una persona nerviosa, ¿verdad?

—¡Por Dios, no!

El doctor Fell vaciló.

—Permítame, ¡hum!, ser más explícito. ¿No es de aquellas mujeres que dicen no ser nerviosas y ríen de lo sobrenatural a la luz del día y después demuestran muy diferentes emociones a la noche?

Un recuerdo intenso vino a la memoria a Miles.

—Cuando yo estaba en el hospital —dijo—, Marion y Steve solían ir allí lo más a menudo que podían (¡cómo han sido de buenos ambos!), me repetían cualquier broma o historia que les parecía que me divertiría. Una vez me contaron de una casa que visitaban los fantasmas. Un amigo de Steve, el novio de Marion, la descubrió cuando estaba cumpliendo sus obligaciones en la Guardia Territorial, y organizaron una excursión para ir allí.

—¿Con qué resultado?

—Parece que encontraron muchos inexplicables desórdenes, disturbios de ultratumba no muy agradables. Steve espontáneamente confesó que él se había alarmado y lo mismo hicieron uno o dos de los otros, pero Marion gozó con ello.

—¿Qué oigo? —suspiró el doctor Fell.

Recogió la pipa apagada y volvió a dejarla.

—Entonces vuelvo a pedirle —continuó el doctor Fell seriamente— que recuerde los detalles. Su hermana no se conmovió ni fue físicamente atacada en forma alguna. Toda la evidencia demuestra que ella sufrió el colapso a consecuencia de una

impresión nerviosa por algo que vio.

»Supongamos ahora —argumentó el doctor Fell— que este asunto no sea sobrenatural. Supongamos, por ejemplo, que yo quisiera asustar a alguien jugando a los fantasmas. Supongamos que me vistiera con ropas blancas y untara mi nariz con pintura fosforescente e introdujera mi cabeza por la ventana diciendo atronadoramente ¡Buu! a un grupo de viejas en una casa de huéspedes de Bournemouth.

»Quizá pudiera causarles un sobresalto. Pensarían que el viejo doctor Fell tiene ideas muy extraordinarias para hacer bromas. ¿Pero *atemorizará* verdaderamente a alguna? ¿Hoy en día cualquier invención preparada, cualquier ingenuidad fingida de lo sobrenatural produciría, acaso, algo más que un momentáneo sobresalto? ¿Causaría aquel efecto aniquilador, como sabemos, que drena la sangre del corazón y que puede ser tan mortal como un cuchillo o una bala?

Se interrumpió el doctor Fell para disculparse golpeando su puño contra la palma de la mano izquierda.

—Perdóneme —añadió— no quise hacer bromas inoportunas ni alarmarlo con temores sobre su hermana, pero... ¡Arcontes de Atenas! —y extendió sus manos.

—Sí —admitió Miles—, lo sé.

Hubo un silencio.

—Observe usted —continuó el doctor Fell— que deja de tener importancia la cuestión previa que usted planteó. Su hermana, en un acceso de terror, disparó un tiro contra algo. Puede haber estado fuera de la ventana, o puede haber estado dentro de la habitación, o puede haber estado en cualquier parte. El punto es: ¿qué la asustó tanto?

La expresión de Marion...

—¿Pero usted no vuelve a caer en la suposición de que todo el asunto retorna, después de todo, a un vampiro? —exclamó Miles.

—No sé.

Con los dedos sobre sus sienes, el doctor Fell jugueteaba con el grueso mechón de pelo vetado de gris que le había caído sobre una oreja.

—Dígame —refunfuñó—, ¿hay algo que *asuste* a su hermana?

—No le gustaban las incursiones aéreas de la guerra ni la bomba v. Pero lo mismo le pasaba a todo el mundo.

—Me parece que, sin peligro, podemos descartar —dijo el doctor Fell— la entrada de la bomba v. ¿No podrían ser amenazas de un ladrón? ¿Algo por este estilo?

—Ciertamente que no.

—Medio enderezada en la cama, ella, al ver algo... entre paréntesis, aquel revólver que tenía en la mano, ¿es de ella?

—¿El *Ives-Grant* 32? ¡Oh, sí!

—¿Y lo guardaba en el cajón de la mesilla de noche?

—Presumiblemente. Nunca me fijé dónde lo guardaba.

—Algo me dice —continuó el doctor Fell restregándose la frente— que precisamos las emociones y reacciones de los seres humanos, si es que lo son. Tengamos una conversación inmediata con la señorita Fay Seton.

No era necesario ir en su busca. Fay, vestida con el mismo traje gris que había llevado aquella noche, venía ahora a su encuentro. A la luz insegura, le pareció a Miles que había usado, contra su costumbre, el lápiz labial con exceso. Su rostro blanco, sereno ahora, se dirigía hacia ellos.

—Buenas noches, señorita —dijo el doctor Fell con una extraña voz retumbante.

—Buenas noches. —Fay se detuvo bruscamente—. ¿Usted es...?

—Señorita Seton —presentó Miles—, un viejo amigo mío, el doctor Gideon Fell.

—¡Oh, el doctor Gideon Fell! —Calló un momento y luego habló con un tono ligeramente distinto—. Usted capturó al asesino de *The Six Ashes* —dijo— y al hombre que envenenó a toda aquella gente en *Sodbury Cross*.

—¡Bueno...! Señorita... —El doctor Fell parecía desconcertado—. Soy un viejo tonto que ha tenido alguna experiencia en asuntos criminales.

Fay se volvió hacia Miles.

—Yo... quería decirle —dijo con su acostumbrada voz suave de sinceridad— que abajo me puse bastante en ridículo. Lo siento. Estaba... impresionada y ni siquiera demostré simpatía por lo sucedido a la pobre Marion. ¿No puedo ser útil en algo?

Hizo un ademán de moverse hacia la puerta del dormitorio, no muy lejos detrás de ella, pero Miles le tocó el brazo.

—Es mejor que no entre. El profesor Rigaud está actuando como médico aficionado. No permite entrar a nadie.

Ligera pausa.

—¿Cómo... cómo está?

—Un poco mejor, cree Rigaud —dijo el doctor Fell—, y esto nos trae a un asunto, señorita, que me agradecería bastante tratar con usted. —Recogió su pipa del alféizar de la ventana—. Si la señorita Hammond se repone, no será, por cierto, asunto de la policía...

—¿No lo será? —murmuró Fay, y a la luz poco real de la luna en aquel vestíbulo junto a la puerta del dormitorio, fluctuó en sus labios una sonrisa que heló el corazón.

La voz del doctor Fell se aguzó.

—¿Usted cree que la policía debería intervenir en esto, señorita?

La curva de aquella sonrisa aterradora como una cuchillada roja en la cara, desapareció como un relámpago bajo el aspecto frío de los ojos azules.

—¿Dije eso? ¡Qué tonta fui! Estaría pensando en otra cosa. ¿Qué deseaba saber usted?

—Por mera formalidad, señorita. Como usted fue la última persona que se presume que estuvo con Marion Hammond antes de perder ésta el conocimiento...

—¿Fui yo? ¿Por qué había alguien de pensarlo?

El doctor Fell la observó con una perplejidad manifiesta.

—Nuestro amigo Hammond, aquí presente —refunfuñó— me ha... ¡hum!... resumido una conversación que tuvo usted con él, en la biblioteca, esta noche, más temprano. ¿La recuerda?

—Sí.

—Como a las once y media, aproximadamente, Marion Hammond entró en la biblioteca y los interrumpió. Al parecer, le había hecho un obsequio. Le pidió que subiera a su cuarto delante de ella y que se reuniría con usted después de hablar una palabra con su hermano. —El doctor Fell se aclaró la garganta—. ¿Lo recuerda?

—¡Oh sí! ¡Sí, por supuesto!

—Y, por lo tanto, presumiblemente usted fue al cuarto de la señorita Hammond.

—¡Qué tonta soy! Sí, claro que fui.

—¿Directamente, señorita?

Fay movió la cabeza, atenta e impresionada por sus palabras.

—No. Supuse que Marion tendría... asuntos personales que tratar ahí con el señor Hammond, y pensé que pasaría un momentito antes de dejarlo, entonces fui primero a mi cuarto y me puse un camisón, una bata y las zapatillas. Después subí.

—¿Cuánto tiempo después?

—Diez o quince minutos, tal vez. Marion había llegado antes que yo.

—¿Y entonces?

La luna se estaba poniendo, su luz se hacía más tenue. Le tocaba el turno a la noche, la hora en que la muerte llega en busca de la gente enferma, o pasa de largo. Alrededor de ellos, al sur y al este, se elevaban los robles y las hayas del bosque de caza de Guillermo el Conquistador, un bosque anterior a él, agrietado y debilitado por la edad; tranquilo toda la noche, murmuraba ahora, sin embargo, por la caricia de una brisa naciente. A la luz de la luna, el color rojo se pone gris oscuro, y así era el color de los labios de Fay.

—El obsequio que había hecho a Marion —explicó— era un frasquito de perfume francés. *Jolieux*, número tres.

El doctor Fell tomó sus lentes en la mano.

—¡Oh! ¡Ah! ¿El mismo frasquito rojo y oro que está ahora sobre la mesilla de noche?

—Yo... yo supongo. —Aquella sonrisa endiablada volvía a dibujarse—. De todos modos, ella lo puso sobre la mesilla de noche junto a la lámpara. Estaba sentada en una silla allí.

—¿Y después?



—No era mucho, pero pareció muy contenta. Me dio casi un cuarto de libra de chocolates que tenía dentro de una caja. Los tengo ahora en mi cuarto, abajo.

—¿Y después?

—Yo... verdaderamente, no sé qué quiere usted que diga. Hablamos. Yo estaba intranquila. Iba de un lado a otro...

(Las imágenes retornaban, amontonándose en la mente de Miles Hammond. Cuando él salió de la biblioteca, horas atrás, recordaba haber mirado para arriba y haber visto la sombra de una mujer que pasaba frente a la luz, solitaria en la perspectiva de la New Forest.)

—Marion me preguntó por qué estaba yo intranquila y dije que no lo sabía. Mantuvo ella casi toda la conversación sobre su novio, su hermano y sus proyectos para el futuro. La lámpara estaba sobre la mesilla de noche, ¿se lo dije?, y también el frasco de perfume. De pronto, era como medianoche, se interrumpió y dijo: «Vamos...». Era tiempo de que ambas nos fuésemos a dormir, y me fui abajo a la cama. Creo que esto es cuanto puedo decirle.

—¿La señorita Hammond no parecía nerviosa o alarmada por algo?

—¡Oh, no!

El doctor Fell refunfuñó dejando caer la pipa apagada dentro de su bolsillo, deliberadamente se quitó los lentes y los mantuvo a cierta distancia de los ojos, estudiándolos con la cara de lado, como un pintor, aunque apenas podría verlos en aquella luz. Sus resuellos y sus resoplidos, señales de profunda meditación, se hacían más ruidosos.

—¿Sabe, acaso, que la señorita Hammond fue atemorizada casi hasta morir?

—Sí, debe de haber sido espantoso.

—Señorita, ¿puede usted hacer alguna conjetura que explique de qué se asustó?

—Por el momento, me temo que no.

—¿Tiene entonces alguna idea —continuó el doctor Fell exactamente en el mismo tono de voz— que explique la igualmente misteriosa muerte de Howard Brooke en la torre de *Henri Quatre*, hace cerca de seis años?

Sin darle tiempo de responder, sosteniendo todavía los lentes y aparentando examinados muy concentrado, el doctor Fell añadió en tono casual:

—Señorita Seton, algunas personas mantienen correspondencias muy curiosas. En sus cartas a la gente que está lejos, comunican lo que no soñarían en decirle a alguien de la misma ciudad. ¿Tal vez usted... ¡hum!..., lo ha observado?

A Miles Hammond le pareció que toda la atmósfera de esta entrevista cambiaba sutilmente al volver a hablar el doctor Fell.

—¿Es usted una buena nadadora, señorita Seton?

Una pausa.

—Bastante buena. No me atrevo a abusar a causa de mi corazón.

—Pero me atrevo a suponer, señorita, que en caso necesario usted no se opondría a nadar bajo el agua.

Ahora, a través del bosque, llegaba un viento sinuoso murmurando y susurrando, y Miles supo que la atmósfera había cambiado, de parte de Fay Seton, sin sutileza, cargada de emoción, quizá mortal. Era el mismo arranque silencioso que había él percibido y sentido un rato antes, en la cocina, sobre el agua que hervía; que engolfaba el vestíbulo con una marca invisible. Fay sabía. El doctor Fell sabía. Los labios de Fay estaban apartados de sus dientes, y éstos brillaban.

Fue entonces, cuando Fay daba un paso impulsivo hacia atrás para librarse del doctor Fell, que la puerta del dormitorio de Marion se abrió.

Al abrirse, la luz amarilla penetró en el vestíbulo. Georges Antoine Rigaud, en mangas de camisa, los observó en un estado cercano al desvarío.

—Les digo —gritó— que no puedo mantener latiendo mucho tiempo más el corazón de esta mujer. ¿Dónde está ese médico? ¿Por qué no llega ese médico? ¿Qué lo demora...?

El profesor Rigaud se detuvo.

Por encima de su hombro y de la puerta abierta de par en par, moviéndose un poco, Miles alcanzaba a ver dentro del dormitorio. Veía a Marion, a su propia hermana Marion, acostada en una cama todavía más revuelta; el revólver calibre 32, inútil contra algunos intrusos, se había caído de la cama al piso; el cabello negro de Marion estaba tendido sobre la almohada, sus brazos bien apartados, una manga recogida donde se le había puesto la inyección hipodérmica en el brazo. Tenía el aspecto de un sacrificio.

En aquel momento se abalanzó sobre ellos, con un solo ademán, el terror de la New Forest.

Porque el profesor Rigaud vio la cara de Fay Seton, y Georges Antoine Rigaud, maestro de artes, hombre de mundo, observador tolerante de las flaquezas humanas, instintivamente levantó dos dedos en un signo contra el mal de ojo.

## CAPÍTULO XII

**M**ILES Hammond tuvo un sueño.

En lugar de dormir en Greywood, aquella noche del sábado al domingo, como era verdaderamente el caso, soñó que de noche estaba sentado en una poltrona tomando notas de un libro grande, bajo una buena lámpara, en la sala del piso bajo. El pasaje decía:

*«En tierra eslava la leyenda popular cree que el vampiro tiene únicamente existencia como cadáver animado; es decir, un ser confinado en su féretro durante el día, y que sale solamente después de la caída de la noche en busca de su víctima. En Europa occidental, especialmente en Francia, el vampiro es un demonio que vive en apariencia una vida normal en la comunidad, pero que es capaz de arrojar su alma durante el sueño o el trance, o una forma de paja o de niebla prolongada para tomar hechura visible de cuerpo.»*

Miles movió la cabeza al subrayarlo.

*«Creberrima fama est multique Se expertos uel ab eis —para citar más tarde una probable explicación del origen de estas palabras— qui experta essent, de quorum fide dubitandum non esset, audisse confirmant, Siluanas et Panes, quas uulga incubos uocant, improbos saepe extitisse mulieribus et earum adpetisse ac perigisse concubitum, ut hoc negare impudentiae uideatur.»*

—Tendré que traducir esto —se dijo Miles para sí en su sueño—, debe de haber un diccionario de latín en la biblioteca.

Y fue en busca de dicho diccionario, pero desde un principio sabía quién estaría esperando allí.

Mientras trabajaba en la historia de la Regencia, por mucho tiempo cautivó a Miles el carácter de Lady Pamela Hoyt, una alegre belleza de la corte de hace ciento cuarenta años que, sin ser mejor que su fama, quizá fuese una criminal. En su pesadilla sabía que en la biblioteca se encontraría con ella.

No tenía Miles sentimiento alguno de temor. La biblioteca estaba, como de costumbre, con sus polvorientas pilas desiguales de libros por el suelo; sobre una estaba sentada Pamela Hoyt; vestía traje estilo Regencia, de talle alto, de muselina estampada, y un sombrero de paja de ala ancha. Enfrente a ella, también sentada, aparecía Fay Seton. Ambas tan verdaderas, la una como la otra; no observó nada desacostumbrado.

—¿Podrían decirme ustedes si mi tío tiene aquí un diccionario en latín? —dijo Miles en su sueño.

Sin ruido oyó la respuesta de ellas, si así puede decirse.

—Verdaderamente no lo creo —replicó Lady Pamela cortésmente, y Fay movió también su cabeza—, puede subir y preguntarle.

Por las ventanas penetró la luz de un relámpago. De pronto, Miles sintió una intensa desgana de subir a preguntar a su tío por el diccionario de latín. Hasta en el sueño sabía que su tío Charles estaba muerto, pero ésta no era la razón de su disgusto. El desagrado se convertía en terror y la sangre se helaba en sus venas. ¡No iría! ¡No podía ir! Pero algo lo impelía a ir. Y todo el tiempo Pamela Hoyt y Fay Seton, con enormes ojos, permanecían sentadas perfectamente inmóviles como figuras de cera. Se oyó el estrépito de un trueno...

Miles, con la luz del sol en la cara, se despertó de una sacudida y se enderezó palpando los brazos del sillón. Estaba en la sala de abajo, hundido en el sillón tapizado, junto a la chimenea. En las consecuencias momentáneas de su sueño, desatinadamente pretendía ver salir por la puerta de la biblioteca, detrás de él, a Fay y a la difunta Pamela Hoyt.

Pero aquí estaba en el cuarto familiar, con el cuadro de Leonardo sobre la chimenea, y un sol suave y brillante; el teléfono sonaba penetrante; al oírlo llamar, los acontecimientos de la última noche volvían a la mente de Miles.

Marion estaba a salvo y se pondría bien; el doctor Garvice había dicho que estaba fuera de peligro.

¡Sí! El doctor Fell dormía arriba en su propio cuarto y el profesor Rigaud en el de Steve Curtis, pues eran los dos únicos dormitorios habitables de Greywood. Por esta razón se había él acomodado para dormir, lo mejor que pudiera, en la poltrona.

Greywood parecía tranquilizada, vacía y renovada, en la quietud de una mañana fresca, a pesar de que Miles podía decir, por la posición del sol, que deberían ser pasadas las once. El teléfono continuaba clamando junto a la ventana y a tropezones, estirando sus músculos, él lo tomó.

—¿Puedo hablar con el señor Miles Hammond? —dijo una voz—. Soy Bárbara Morell.

Entonces Miles se despertó completamente.

—Con él habla —respondió—. ¿Es usted, ya se lo pregunté antes, por casualidad una adivinadora de pensamientos ajenos?

—¿Qué dice usted?

Miles se sentó en el suelo, de espaldas a la pared, debajo de las ventanas; una posición no muy digna pero que le daba la sensación de estar sentado frente a la que hablaba para una conversación franca.

—Si no me hubiera llamado —continuó él— iba a tratar de ponerme en comunicación con usted.

—¡Oh!, ¿por qué?

Por alguna razón le causó un placer extraordinario el oír su voz. Observó que no había ninguna sutileza en Bárbara Morell. Porque, sencillamente, había hecho aquella broma con el *Murder Club*, se mostraba tan transparente como una criatura.

—El doctor Fell está aquí... ¡No, no, *no* está enfadado por ello! ¡Ni siquiera ha mencionado el club!... Anoche intentó hacerle admitir algo a Fay Seton y no obtuvo éxito. Dice que usted es ahora nuestra última esperanza, que si usted no nos ayuda se burlaría de nosotros.

—Me parece —dijo dubitativamente la voz de Bárbara— que usted no habla muy claro.

—¡Vea! ¡Escuche! Si fuera esta tarde a la ciudad, ¿podría verla?

Una pausa.

—Sí, supongo que sí.

—Hoy es domingo. Creo que hay un tren —buscó en su memoria— a la una y media. Sí, estoy seguro de que hay un tren a la una y media. Tarda aproximadamente dos horas. ¿Dónde puedo verla?

Bárbara parecía estar reflexionando.

—Podría ir yo al encuentro de su tren en Waterloo. Luego podemos tomar té en alguna parte.

—¡Excelente idea! —Todo el aturdimiento de la noche anterior volvió sobre él—. Lo único que puedo decirle ahora es que anoche ocurrió algo muy malo aquí. Lo que sucedió en el cuarto de mi hermana parece sobrepasar el entendimiento humano. Si sólo pudiésemos hallar una explicación...

Miles miró hacia arriba.

Stephan Curtis, de cara tranquila, concienzudamente correcto desde el sombrero hasta su traje gris cruzado, llevando un paraguas arrollado bajo el brazo, Stephan Curtis, entrando a paso garboso desde el vestíbulo de entrada, alcanzó a oír las últimas palabras y se detuvo bruscamente.

Miles había temido contar a Steve el estado mental de Marion. Todo andaba bien ahora, por supuesto, Marion no iba a morir; al mismo tiempo habló él rápidamente por teléfono.

—Siento cortar ahora, Bárbara. La veré luego. —Colgó el tubo.

Stephan, con su frente que ligeramente iba demostrando preocupación, contempló a su futuro cuñado sentado en el suelo, sin afeitado, desordenado y despeinado.

—Mira, viejo...

—¡Está todo bien! —aseguró Miles saltando sobre sus pies—. Marion ha estado muy mal pero se va a poner bien. El doctor Garvice dice...

—¿Marion? —Steve alzó la voz y su cara perdió el color—. ¿Qué ha sido? ¿Qué ha sucedido?

—Algo o alguien entró en su cuarto anoche y la asustó tanto que casi le produjo la muerte, pero dentro de dos o tres días estará tan fresca como una rosa, así que no tienes por qué preocuparte.

Durante pocos segundos, mientras Miles no llegó a encontrar la mirada de

Stephan, ninguno de ellos habló; éste se adelantó, el hombre tan controlado apretaba ahora sus dedos musculosos sobre el mango de su paraguas arrollado y deliberadamente lo levantó bien alto en el aire bajándolo de un golpe sobre el borde de la mesa que estaba debajo de la ventana.

El paraguas se venció con su armadura metálica y sus varillas quedaron rotas dentro de la tela negra; era un montón inservible, un objeto inanimado que, por algún motivo, inspiraba compasión como el cuerpo de un pájaro baleado.

—¿Supongo que fue aquella maldita bibliotecaria? —preguntó Stephan, casi calmado.

—¿Por qué dices *eso*?

—No sé, pero lo supuse en la estación ayer, lo sentí en mis huesos, quise preveniros a los dos que algo iba a suceder. Hay personas que provocan siempre alguna cosa u otra adondequiera que vayan. —Sus sienes mostraban una vena azul y congestionada—. ¡*Marion!*

—Le debemos la vida de ella, Steve, a un hombre llamado Rigaud, no creo haberte hablado de él, no lo despiertes ahora; ha pasado toda la noche en *eso* y está durmiendo en su cuarto.

Stephan se volvió, se acercó, en la pared oeste, a la baja estantería pintada de blanco con los grandes marcos de fotografías sobre ella, se detuvo ahí dando la espalda a Miles, con las manos extendidas sobre el estante superior. Cuando un momento más tarde se dio vuelta, Miles, avergonzado, vio lágrimas en sus ojos.

Repentinamente ambos se pusieron a hablar de trivialidades con desesperación.

—Tú... ¡hum!... ¿acabas de llegar? —preguntó Miles.

—Sí. Cogí el tren de las nueve y media en la ciudad.

—¿Muy lleno?

—Bastante lleno. ¿Dónde está ella?

—Arriba. Ahora duerme.

—¿Puedo verla?

—No veo ninguna razón en contra. ¡Te digo que está bien! Pero ve silenciosamente, todos los demás están en cama.

Sin embargo, todos los demás no estaban en cama. Al darse vuelta Stephan para dirigirse a la puerta del vestíbulo de entrada, apareció en el marco de dicha puerta la inmensidad del doctor Fell que llevaba una taza de té en una bandeja, con aspecto de no comprender bien lo que hacía.

Normalmente hubiera sido tan alarmante para Stephan Curtis el encontrar un huésped inesperado en la casa como encontrar a un nuevo miembro de la familia en el desayuno. Sin embargo, ahora apenas notó al doctor Fell; la presencia de alguien más sólo sirvió para recordarle que aún llevaba puesto su sombrero. En la puerta Stephan se dio vuelta, se quitó el sombrero y miró a Miles. Casi calvo, hasta con su bigote

rubio desarreglado, Stephan tenía dificultad para hablar.

—¡Tú y tu maldito *Murder Club*! —dijo firme y rencorosamente, y en seguida se fue.

El doctor Fell, aclarando su garganta, avanzó pesadamente con la bandeja del té.

—¡Buenos días! —murmuró, sintiéndose poco cómodo—. ¿Éste era...?

—Steve Curtis, sí.

—Yo... ¡ah!..., he hecho este té para usted —dijo el doctor Fell alcanzándole la bandeja—, lo hice perfectamente —explicó—, y después me parece que empecé a concentrarme en otra cosa y pasó media hora antes de que le añadiera la leche. Mucho me temo que pueda estar frío.

Esta observación fue formulada y recibida con perfecta seriedad porque tanto el doctor Fell como Miles estaban preocupados con otra cosa.

—Está bien —dijo Miles—. ¡Muchas gracias!

Bebió el té y luego puso la taza y la bandeja en el suelo junto a él, mientras se sentaba en el gran sillón próximo a la chimenea, apercibiéndose para el ataque que imaginaba que vendría, y para lo que se vería obligado a conceder.

—Yo tengo la culpa de toda esta situación —dijo.

—¡Tranquilidad! —repuso el doctor Fell severamente.

—Es culpa mía, doctor Fell. Yo invité aquí a Fay Seton, sólo Dios sabe por qué lo hice, pero aquí la tenemos. ¿Oyó usted lo que dijo Steve?

—¿Cuando dijo qué cosa?

—«Hay personas que provocan una cosa u otra adondequiera que vayan.»

—Sí, lo oí.

—Anoche estábamos todos agotados y sobreexcitados —continuó Miles—. Cuando Rigaud hizo aquella seña contra el mal de ojo no me hubiera sorprendido de ver abrirse el infierno. A la luz del día —señaló a través de las ventanas al bosque gris y verde, dorado por el sol— es difícil asustarse con los dientes del vampiro. Y sin embargo... hay algo, algo que revuelve las aguas, algo que trae dolor y desastre a todo lo que toca. ¿Me comprende?

—¡Oh! ¡Ah! Comprendo. Pero antes de echarse la culpa...

—¿Bien?

—¿No deberíamos asegurarnos —dijo el doctor Fell— de que la señorita Fay Seton es la persona que revuelve las aguas?

Miles se enderezó con una sacudida.

El doctor Fell, atisbándolo de lado por encima de sus lentes torcidos, con un aire angustioso de Gargantúa en el rostro, buscó dentro del bolsillo de su chaqueta bolsuda de alpaca, su pipa de espuma de mar y la llenó con tabaco de una tabaquera repleta; con cierto esfuerzo descendió hasta un sillón grande, desparramándose sobre él, y con un fósforo encendió la pipa.

—Señor —continuó entusiasmándose mientras echaba el humo—, yo no podía dar crédito a la teoría del vampiro de Rigaud en el momento en que leí ayer el manuscrito; podía creer, note usted, en un vampiro que se hacía visible a la luz del día; hasta creía en un vampiro que matara con un bastón de estoque, pero no podía creer, en ningún momento, en un vampiro que hurtara una cartera que contenía dinero.

»Esto agotaba mi sentido de cómo se relacionan los hechos, en ninguna forma me convenció y anoche, tarde, cuando usted me contó la historia repetida por Fay Seton, incluyendo de paso un punto que no está en el manuscrito, tuve yo una visión. A través de todo el asunto vi una perversidad humana y algo realmente endiablado.

»Luego vino el susto de su hermana.

»Y fue diferente, ¡por Júpiter! Era el toque auténtico de Satanás. Todavía lo es.

»Hasta que sepamos qué había en el cuarto o fuera de la ventana, no podemos dar el veredicto final sobre Fay Seton. Estos dos hechos, el crimen de la torre y el susto de su hermana, están conectados, se engranan, dependen uno del otro, y ambos, de cierta manera, se concentran alrededor, de esta extraña joven de cabello rojizo. —Por un momento guardó silencio—. Disculpe la pregunta personal, pero ¿está usted enamorado de ella?

Miles le miró en los ojos.

—No lo sé —repuso con sinceridad—, ella...

—¿Le perturba?

—Es poco decir.

—Supongamos que ella sea... ¡hum!... una criminal, natural o sobrenatural. ¿Tendrá alguna influencia en su actitud?

—¡Por el amor de Dios! ¿También me está usted previniendo en contra de ella?

—¡No! —tronó el doctor Fell haciendo una mueca horrible y golpeando el puño contra el brazo del sillón con mucha vehemencia—. ¡Por el contrario! Si alguna vaga idea mía fuese correcta, habría muchas personas que tendrían que humillarse y pedirle perdón. No, señor; hago la pregunta en la forma que Rigaud llamaría académica. ¿Esto, digamos, haría variar su actitud?

—No, no puedo decir que lo haría. No nos enamoramos de una mujer por su carácter.

—Ésta es una observación —dijo el doctor Fell dando numerosas bocanadas meditativas con su espuma de mar— no menos cierta por ser generalmente admitida. A un mismo tiempo toda esta situación me perturba todavía más. El motivo de una persona, discúlpeme si parezco misterioso, consiste en hacer absurdo el motivo de otra.

»Anoche interrogué a la señorita Seton con insinuaciones —continuó—; hoy propongo no hacérselas, pero me temo que de nada sirva. Tal vez lo mejor será



ponernos en comunicación con la señorita Bárbara Morell...

—¡Espere un momento! —Miles se puso de pie—. Estaba al habla con Bárbara Morell. Llamó hace menos de cinco minutos antes de que usted entrara.

—¿Es así? —observó el doctor Fell, alerta al instante—. ¿Qué quería?

—Pensándolo bien —dijo Miles—, no tengo la más remota idea. Me olvidé de preguntárselo.

El doctor Fell le clavó la mirada por un buen rato.

—Muchacho —dijo el doctor Fell con un profundo suspiro—, cada vez pienso más que usted y yo somos espiritualmente parientes. Me abstengo de hacer comentarios frenéticos, es lo que suelo hacer. ¿Pero qué dijo usted? ¿Le preguntó por Jim Morell?

—No. En ese momento entró Steve Curtis y no tuve tiempo. Pero me acordé de que usted había dicho que obtener ese dato nos podía ayudar y lo arreglé para verla hoy en la ciudad. Y bien puedo ir —agregó Miles amargamente—; el doctor Garvice va a buscar una enfermera para Marion y todos sostienen que estoy en medio, agregando que soy el cabezota que introdujo el elemento perturbador en la casa.

La mente y el espíritu de Miles iban descendiendo y oscureciéndose cada vez más.

—¡Fay Seton no es culpable! —gritó, y hubiese seguido explayándose si el doctor Laurence Garvice, con su sombrero hongo en una mano y su botiquín en la otra, no se hubiese asomado por la puerta del vestíbulo. Era hombre de edad mediana, de rostro agradable, de cabeza canosa y aspecto limpio y antiséptico. Vaciló antes de entrar; se notaba que algo traía en la mente.

—Señor Hammond —dijo apenas sonriendo a Miles y al doctor Fell—, antes de ver otra vez a la paciente, ¿podría cambiar una palabra con usted?

—Por supuesto. No vacile en hablar delante del doctor Fell.

El doctor Garvice cerró la puerta y se dio vuelta.

—Señor Hammond —dijo— ¿le importaría a usted decirme qué asustó a la enferma? —Levantó entonces la mano que sostenía su sombrero hongo, y prosiguió—. Pregunto porque es el peor caso de clara conmoción nerviosa que he visto en mi práctica. Es decir, a menudo, casi siempre, hay conmociones graves acompañadas de sufrimientos físicos. Pero aquí no hay daño físico de ninguna clase. —Titubeó—. ¿La señorita es de un temperamento fácilmente excitable?

—No —dijo Miles sintiendo su garganta contraída.

—No, no me lo habría imaginado. Clínicamente está tan sana como un roble. —Hubo una pequeña pausa un poco siniestra—. ¿Al parecer, alguien intentó llegar hasta ella por la ventana?

—Esto nos perturba, doctor, no sabemos qué ocurrió.

—¡Oh, comprendo! Tenía esperanzas de que pudieran decírmelo. ¿No hay otro

rastro... de que hayan entrado ladrones aquí?

—Ninguno que haya yo notado.

—¿Ha dado cuenta a la policía?

—¡Por Dios, no! —exclamó Miles y recuperó su normalidad—. Usted comprenderá doctor, que no deseamos que la policía se mezcle en esto.

—Sí, sin duda. —Con la vista sobre el dibujo de la alfombra, el doctor Garvice golpeaba suavemente su sombrero hongo contra la pierna—. ¿La señorita sufre de... alucinaciones?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bien —y el médico levantó la vista—. Ella continuamente balbucea, repetidas veces, un susurro.

—¿Un susurro?

—Sí. Me preocupa bastante.

—Pero «un susurro», alguien que le susurre, no podría haberla causado...

—No. Es exactamente lo que pensé. Un susurro...

La temible palabra, con su nota sibilante, parecía suspendida en el aire entre ellos. El doctor Garvice continuaba golpeando su sombrero hongo contra la pierna.

—¡Bueno! —Se despabiló y miró su reloj pulsera—. Me atrevo a decir que muy pronto lo sabremos. Mientras tanto, como lo dije anoche, no hay por qué preocuparse. Tuve la suerte de conseguir una enfermera que está ahora afuera. —El doctor Garvice se volvió hacia la puerta—. Sin embargo, ella me preocupa —añadió—, volveré otra vez cuando haya visto a la enferma. Y será mejor que vea también a la otra señorita, a la señorita Seton, ¿no es así? Anoche no parecía tener el semblante que debería. Dispensen.

Y el médico cerró la puerta tras de sí.

## CAPÍTULO XIII

**S**ERÁ mejor que vaya a ocuparme de nuestro desayuno —observó maquinalmente Miles, pero dio sólo dos pasos hacia el comedor—. ¡El susurro! ¿Cuál es la respuesta a todo esto, doctor Fell?

—Señor —repuso el doctor Fell— no lo sé.

—¿Le sugiere alguna pista?

—Desgraciadamente, no. El vampiro...

—¿Necesitamos emplear esa palabra?

—El vampiro, en la leyenda popular, susurraba suavemente a su víctima al comienzo del influjo que la ponía en trance. La cuestión es que ningún vampiro, verdadero o inventado, ningún cuco hubiese tenido el menor efecto sobre su hermana. ¿Es exacto?

—Podría jurarlo. Anoche le referí un caso para probarlo. A Marion —intentó encontrar las palabras correctas— no le pasan semejantes cosas por la cabeza.

—¿Usted la considera completamente desprovista de imaginación?

—Es ésta una palabra fuerte para emplear, pero ella, por cierto, la desprecia por completo. Cuando pretendí hablarle de lo sobrenatural, hasta yo me sentí tonto y cuando le nombré al conde Cagliostro...

—¿Cagliostro? —el doctor Fell parpadeó—. ¿A propósito de qué? ¡Oh! ¡Ah! ¡Comprendo! ¿El libro de Rigaud?

—Sí. Según Fay Seton, Marion tiene una idea muy clara aunque confusa de que Cagliostro es un amigo personal mío.

El doctor Fell se dejó llevar distraídamente por sus pensamientos, recostado en el sillón, sin su pipa, y soñadoramente, contempló un rincón del cielo raso durante tanto tiempo que Miles pensó que era víctima de la catalepsia, hasta que notó un lejano parpadeo en los ojos del doctor, el reflejo del sueño sobre su cara y un sacudimiento en las arrugas de su chaleco producido por una serie de pequeñas risas.

—¿Sabe que es un tema fascinante? —reflexionó el doctor Fell.

—¿Los vampiros? —dijo amargamente Miles.

—Cagliostro tiene un carácter histórico —replicó el doctor Fell, gesticulando con su pipa—, que siempre he detestado y, sin embargo, ocultamente admirado. El gordo italianito que revoleaba los ojos, ¡el descarado conde que pretendía tener dos mil años de edad por haber bebido su elixir de larga vida! ¡El hechicero, el alquimista, el curandero que ha actuado en el panorama del siglo XVIII con chaleco rojo cubierto de diamantes, infundiendo terror en las cortes reales desde París a San Petersburgo! ¡Fundando su culto de la masonería egipcia en el que se admiten las mujeres y dirigiéndose a sus discípulas femeninas con todo el mundo *in puris naturalibus*! ¡Haciendo predicciones! ¡Profetizando el futuro! ¡Y saliéndose increíblemente con la

suya!

»Recuerde que el hombre jamás se exponía. Su ruina fue causada por aquel asunto del collar de diamantes de María Antonieta en el que, sin embargo, el conde nada tenía que ver.

»Creo que su hazaña más esotérica fue el Banquete de los Muertos, en la casa misteriosa de la *rue St. Claude*, donde los fantasmas de seis hombres importantes fueron llamados gravemente de entre las sombras, para sentarse a la mesa con seis invitados vivientes.

«*Al principio* —escribe un biógrafo— *la conversación no fluía libremente.*» Esto me parece que es decirlo con demasiada suavidad. Mi propia conversación se hubiera interrumpido, se hubiera petrificado completamente si me hubiese encontrado en una mesa pidiendo a Voltaire que me pasara la sal, o preguntando al duque de Choiseul si le agradaban las condiciones del pescado. Y en esa cena los mismos fantasmas parecen haber estado algo incómodos también, a juzgar por la calidad de su conversación.

»No, señor. Permítame repetirle que no me agrada el conde Cagliostro; me desagrada su baladronada como me desagradan todos los botarates, pero concedo que tenía el don de actuar elegantemente. También Inglaterra, este refugio de charlatanes e impostores, tiene un gran derecho sobre él.

Miles Hammond, profesionalmente interesado a pesar suyo, interpuso una protesta.

—¿Inglaterra? —repitió Miles—. ¿Dijo usted Inglaterra?

—Lo dije.

—Si recuerdo bien, Cagliostro estuvo en Inglaterra en dos ocasiones. Fueron ocasiones muy desgraciadas para él...

—¡Ah! —admitió el doctor Fell—. Pero fue en Londres donde se inició en la sociedad secreta que después le inspiró su propia sociedad secreta. El actual Círculo Mágico debería ir hasta *Gerrard Street*, donde estaba la Taberna de la Cabeza del Rey y colocar allí una placa, ¡*Gerrard Street!* ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! Dicho sea de paso, muy cerca del restaurante de Beltring, donde debíamos encontrarnos hace dos noches, si no hubiera sido porque la señorita Bárbara Morell...

Bruscamente, el doctor Fell hizo una pausa y puso las manos sobre su frente. La pipa de espuma de mar cayó de su boca en un descuido, rebotó en su rodilla y rodó al piso. Después pareció quedar congelado en una forma tan inmóvil que ni siquiera se podía oír el hálito de su respiración.

—¡Por favor, discúlpeme! —dijo luego y quitó las manos de la frente—: Después de todo, las distracciones tienen alguna utilidad en este mundo. Creo que lo he encontrado.

—¿Qué ha encontrado? —gritó Miles.

—Sé lo que asustó a su hermana... ¡Déjeme solo un momento! —rogó el doctor Fell con una expresión salvaje y una voz casi lastimera—. ¡Su cuerpo estaba relajado! ¡Completamente relajado! ¡Lo vimos nosotros mismos! Y sin embargo, al mismo tiempo...

—Bueno, ¿qué importancia tiene eso?

—Fue hecho a propósito —dijo el doctor Fell—, hecho por cálculo deliberado y brutal. —Pareció espantado—. Y esto debe querer decir, ¡Dios nos ayude!, que...

De nuevo la comprensión iluminó su cerebro, comprendió algo más, esta vez lentamente, como una luz exploradora que va de cuarto en cuarto. Miles parecía poder seguir el trabajo de su mente, leer en sus ojos movedizos, pues el doctor Fell no tiene cara de póker, sin ver bien detrás de aquella puerta de pesadilla que estaba más allá.

—Vayamos arriba —dijo al fin el doctor Fell—, y veremos si hay alguna prueba de que esté yo en lo cierto.

Miles asintió con la cabeza. En silencio siguió el doctor Fell, que ahora se apoyaba pesadamente en su bastón de mango curvo, hasta el dormitorio de Marion. El doctor irradiaba una certeza exaltada, una fiera energía, que le daba a Miles la seguridad de haber franqueado una barrera; luego sintió él que había peligro y que corrían hacia las dificultades. Había aquí una fuerza maligna, y el doctor Fell la conocía; la debían matar o los mataría pero ¡cuidado!, porque el juego había comenzado.

El doctor Fell golpeó la puerta del dormitorio, que abrió una enfermera jovencita, de uniforme. El cuarto estaba en la penumbra y mal ventilado, a pesar de la luz del sol y del aire puro de afuera. Los delgados cortinajes azules con dibujos dorados estaban corridos sobre ambas series de ventanas y, como las cortinas del oscurecimiento habían sido quitadas hacía algunas semanas, se filtraba un débil resplandor. Marion, dormida, estaba acostada, aseada como su cama, y toda la habitación señalando la presencia de la enfermera profesional. Ésta, llevando una palangana en sus manos, se echó atrás después de abrir la puerta. De pie junto a la cómoda estaba Stephan Curtis, cargado de espaldas y con aspecto lastimero. El doctor Garvice, a punto de retirarse después de su examen, se dio vuelta sorprendido.

El doctor Fell se le acercó.

—Señor —empezó con una voz que retenía la atención de todos los presentes—, anoche me hizo usted el honor de decirme que mi nombre le era conocido.

El otro se inclinó ligeramente.

—No soy médico —dijo el doctor Fell— ni tengo ningún conocimiento de medicina superior. Usted puede rechazar el pedido que estoy por hacer. Tiene todo el derecho de hacerla. Pero quisiera examinar a su enferma.

Ahora se notaba el estado de preocupación interna en la mente del doctor

Laurence Garvice al mirar hacia la cama.

—¿Examinar a la enferma? —repitió el doctor Garvice.

—Me gustaría examinar su cuello y sus dientes. Una pausa.

—¡Pero mi estimado señor! —protestó el médico con voz fuerte antes de que pudiera reprimirla—. ¡No hay herida ni marca alguna en todo el cuerpo de la señorita!

—Señor; estoy enterado de ello —replicó el doctor Fell.

—Y si está pensando en una droga o algo así...

—Sé que la señorita Hammond no fue herida físicamente —anunció con cautela el doctor Fell—; sé que no surge ningún interrogante sobre droga o alguna clase de agente tóxico; sé que su estado es causado por temor y nada más. Pero, con todo, quisiera examinar su cuello y sus dientes.

El médico hizo un gesto medio impotente con su sombrero hongo.

—Adelante —dijo—. ¡Señorita Peters! ¿Podría abrir un poco las cortinas? ¡Por favor!, ¿me disculpan? Voy abajo a ver a la señorita Seton.

Sin embargo, se demoró en la puerta mientras el doctor Fell se aproximaba a la cama. Fue Stephan Curtis, después de mirar perplejo a Miles y de recibir en respuesta solamente un movimiento de hombros, quien corrió bruscamente unas pulgadas una de las cortinas de las ventanas del sur. Un poco de luz iluminó la cama. Por otra parte, continuaban en una penumbra azulada, inmóviles, los pájaros gorjeando afuera, mientras el doctor Fell se inclinaba sobre la cama.

Miles no podía ver lo que hacía. La ancha espalda ocultaba toda la parte visible de Marion más arriba de la frazada<sup>[4]</sup> y del embozo de la sábana, y no había señales de movimiento de parte de Marion.

Se podía escuchar claramente el sonido de un reloj pulsera, en realidad, el del doctor Garvice.

—¿Y bien? —insinuó éste, agitándose impacientemente en la puerta—. ¿Ha encontrado usted algo?

—¡No! —repuso el doctor Fell con desesperación, y se enderezó colocando una mano sobre el bastón de mango curvo apoyado contra la cama. Se dio vuelta, hablando para sí entre dientes, sosteniendo firmes sus lentes con la mano izquierda, y atisbó hacia la alfombra alrededor del borde de la cama.

—No, no encontré nada —dijo mirando delante de sí—. ¡Espere un poco, sin embargo! ¡Hay un reactivo! No puedo acordarme de repente del nombre, pero ¡por Júpiter, hay un reactivo! Demostrará concluyentemente...

—¿Demostrará qué?

—La presencia de un espíritu maligno —dijo el doctor Fell.

Hubo un ligero ruido cuando la enfermera Peters alcanzó la palangana. El doctor Garvice mantuvo su serenidad.

—Por supuesto que usted está bromeando. Y en cualquier caso —su voz se animó— me temo que no pueda permitirle molestar más tiempo a la enferma. Es mejor que venga usted también, señor Curtis. —Se puso a un lado, como un pastor, mientras marchaban en fila el doctor Fell, Miles y Stephan, y luego cerró la puerta.

—Señor —dijo el doctor Fell levantando imponentemente su bastón de mango curvo y sacudiéndolo en el aire—, toda la broma es que no estoy haciendo bromas. Creo... ¡hum!... que dijo usted que bajaba a ver a la señorita Fay Seton. ¿Acaso ella está enferma?

—¡Oh, no! Hoy temprano la señorita estaba un poco nerviosa y le di un sedante.

—Entonces, quisiera que le preguntara usted si no tiene inconveniente en venir a reunirse con nosotros en el vestíbulo de arriba —dijo el doctor Fell—, donde anoche tuvimos una conversación muy, interesante. ¿Le transmitirá usted este mensaje?

El doctor Garvice lo contempló por debajo de sus cejas canosas.

—No entiendo lo que está pasando aquí —comentó vacilando—. Tal vez sea mejor que no lo comprenda —volvió a vacilar—. Transmitiré su mensaje. ¡Buenos días!

Miles lo miró retirarse con su paso lento a lo largo del vestíbulo, y luego sacudió el brazo de Stephan Curtis.

—¡Al diablo con todo, Steve! —le dijo a un hombre que estaba parado, encorvado junto a una pared, como un objeto colgado de una percha—. ¡Tienes que recuperar el ánimo! ¡No tiene sentido tomarlo tan a pecho! ¡Habrás oído decir al médico que Marion está fuera de peligro! ¡Después de todo, se trata de mi hermana!

Stephan se enderezó.

—Tienes razón —admitió con su voz baja— pero, después de todo no es más que tu hermana y es mi... mi...

—Sí. Lo sé.

—Ése es todo el asunto, Miles. Tú no comprendes, nunca has querido mucho a Marion, ¿no es cierto? Pero, hablando del interés de la gente, ¿qué hay entre tú y esta joven amiga tuya, la bibliotecaria?

—¿Qué pasa con nosotros?

—Envenenó a alguien, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir con «envenenó a alguien»?

—Ayer, cuando estábamos tomando té en la estación Waterloo —explicó Stephan—, me parece que Marion dijo que esta Fay no sé cuántos era culpable de haber envenenado a alguien. —Aquí Stephan comenzó a gritar—. No darías dos reales por tu propia hermana, ¿no es cierto? ¡No! Pero te interesarías por todo en el mundo, trastornarías todo y a todos por una endiablada pequeña perra que has recogido del arroyo para...

—¡Steve! ¡Cálmate! ¿Qué hay de malo?

Una mirada de disgusto y sorpresa cruzó lentamente la cara de Stephan Curtis demostrando consternación en sus ojos.

Su boca se abrió bajo el bigote rubio, agarró la corbata con la mano, manoseándola, sacudió la cabeza como para quitar lo que molestaba y cuando volvió a hablar lo hizo con voz contrita.

—Lo siento, —refunfuñó, y de un torpe puñetazo tomó el brazo de Miles—. No comprendo qué me pasó. ¡Por nada del mundo lo hubiera dicho! ¡Pero sabes cómo se siente uno cuando algo extraño sucede y no se entiende! Me voy a acostar.

—¡Espera un momento! ¡Vuelve! ¡No en ese cuarto!

—¿Por qué no en ese cuarto?

—En tu dormitorio, no. ¡Steve! El profesor Rigaud está tratando de conciliar el sueño allí, y...

—¡Oh, ese Fulano de Tal profesor Rigaud! —dijo Stephan, y se lanzó escaleras abajo como un hombre perseguido.

¡Otra vez las aguas revueltas!

Miles pensó que ahora se habían extendido, alcanzando también a Steve; parecían teñir todos los actos e inspirar todos los pensamientos aquí, en Greywood. Todavía se negaba él, se negaba furiosamente a creer en cualquier cosa contra Fay Seton. ¿Pero qué había querido decir el doctor Fell con aquella observación sobre el espíritu maligno? ¡Por el clamor del cielo! ¿Había que tomarlo con tanta exactitud? Al volverse, Miles encontró la mirada del doctor Fell fija sobre él.

—¿Está usted pensando —preguntó el doctor Fell— qué querré de Fay Seton? Se lo diré con toda facilidad. Quiero la verdad.

—¿La verdad sobre qué?

—La verdad —repuso el doctor Fell— sobre el asesinato de Howard Brooke y el cuco de anoche y ella no puede, no se atreverá, por la salvación de su alma, a evadir ahora las preguntas. Creo que lo tendremos todo aclarado dentro de muy pocos minutos.

Escucharon ligeros pasos sobre la distante escalera del frente. Una persona apareció en el otro extremo del largo y angosto vestíbulo. Cuando Miles vio que era el doctor Laurence Garvice, cuando oyó su tranco apurado, tuvo una de aquellas premoniciones inspiradas que llegan al corazón de la verdad.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que el médico estuviera junto a ellos.

—Creí mejor subir y decirles que la señorita Seton se ha ido.

El bastón de mango curvo del doctor Fell cayó al suelo con un martilleo sobre el piso sin alfombra.

—¿Se ha ido? —Su voz era tan ronca que tuvo que aclararse la garganta.

—Ella..., ¡hum!... dejó esto para el señor Hammond —dijo Garvice, y apuradamente se corrigió—, es decir, presumo que se ha ido, encontré esto —tendió



un sobre cerrado— sobre la almohada de su dormitorio.

Miles tomó el sobre dirigido a él con una escritura delgada, clara y puntiaguda, lo dio vuelta entre sus dedos sin coraje, por el momento, para abrirlo. Pero cuando apretó los dientes y rompió el sobre se tranquilizó un poco por el contenido de la esquila que estaba adentro.

«Estimado señor Hammond.

»Siento decirle que hoy debo ausentarme a Londres por un asunto que precisa atención. Creo ahora que hice bien en conservar mi pequeño cuarto de la ciudad. Y una cartera es tan útil, ¿no es así? Pero no se preocupe. Regresaré después del anochecer.

»Sinceramente suya.

FAY SETON.»

En el cielo movedizo, en un cielo intranquilo que había estado límpido, se formaban pequeñas nubecillas como humo oscuro. Junto a la ventana, Miles tenía la carta y la leyó en alta voz. Fue entonces cuando le chocó la palabra «cartera».

—¡Oh, Dios mío! —suspiró el doctor Fell, tan sencillamente como un hombre podría presenciar la ruina o la tragedia—. Y, sin embargo, debí haberlo adivinado. Debí haberlo adivinado. ¡Debí haberlo adivinado!

—¿Pero qué hay de malo? —preguntó Miles—. Fay dice que regresará después del anochecer.

—Sí. ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! —El doctor Fell revoleó los ojos—. Quisiera saber a qué hora salió de aquí. ¡Quisiera saber a qué hora salió de aquí!

—No sé —dijo apresuradamente Garvice—. ¡No me mire!

—¡Pero alguien debe de haberla visto partir! —La voz del doctor Fell retumbó en el pasillo cerrado que se estaba poniendo caluroso—. ¿Una joven tan llamativa como ésa? Alta, de cabello rojizo, usando probablemente...

La puerta del dormitorio de Marion se abrió. La señorita Peters, asomando la cabeza en signo de protesta por el ruido, al ver al doctor Garvice se paró de golpe.

—¡Oh! No sabía que usted estuviera aquí, doctor —dijo la enfermera, categórica, con una pequeña voz de reproche. En seguida vaciló movida por la curiosidad humana—. Discúlpeme. Si ustedes buscan a una mujer con esas señas...

El doctor Fell hizo girar su enorme cuerpo.

—¿Sí?

—Creo que tal vez la vi —le informó la enfermera.

—¿Cuándo? —preguntó con voz de trueno el doctor Fell. La enfermera retrocedió—. ¿Dónde?

—Hace cerca de... cerca de tres cuartos de hora, cuando venía para aquí en mi bicicleta. Ella subía al ómnibus en la carretera principal.

—¿Un ómnibus —preguntó el doctor Fell— que puede llevarla a la estación del

ferrocarril de Southampton Central? ¡Oh! ¡Ah! ¿Y qué tren para Londres puede alcanzar tomando aquel ómnibus?

—Bueno; está el de la una y treinta —replicó Garvice—. ¿Podría tomarlo con comodidad?

—¿El de la una y treinta? —repitió Miles Hammond—. ¡Pero es el tren que voy a tomar yo! Pensaba tomar el ómnibus que me llevaría...

—Usted quiere decir que no lo llevaría —corrigió Garvice con una sonrisa bastante forzada—. Usted nunca alcanzará aquel tren tomando el ómnibus, ni en coche particular, a no ser que lo condujera Sir Malcolm Campbell<sup>[5]</sup>. Ahora es la una y diez.

—Escúcheme —dijo el doctor Fell con una voz que rara vez empleaba. Su mano cayó sobre el hombro de Miles—. Usted va a alcanzar ese tren de la una y treinta.

—¡Pero es imposible! Hay un hombre que hace el servicio de coches de alquiler de y para la estación, Steve siempre lo utiliza, pero tomaría demasiado tiempo hacerlo venir. ¡Está descartado!

—Usted se olvida —dijo el doctor Fell— que el coche que Rigaud ha pedido prestado clandestinamente está todavía afuera en la calzada. —En sus ojos hubo una mirada violenta y tensa—. ¡Escúcheme! —repitió—. Es de vital importancia para usted alcanzar a Fay Seton. Absolutamente vital. ¿Quiere usted hacer la prueba de alcanzar aquel tren?

—¡Demonios, sí! Conduciré a noventa por hora. Pero ¿supongamos que pierda el tren?

—¡No sé! —tronó el doctor Fell como si sufriera un dolor físico y martilló su puño contra la sien—. Este «pequeño cuarto en la ciudad» de que ella habla. ¡Allá va... sí, claro que sí! ¿Tiene usted su domicilio en Londres?

—No. Vino directamente de la agencia de colocaciones.

—En este caso —dijo el doctor Fell—, sencillamente, usted tiene que alcanzar el tren. Le explicaré cuanto sea posible mientras corremos. Pero le prevengo aquí y ahora que algo endemoniado va a suceder, si esa mujer intenta llevar adelante sus planes. Es completamente una cuestión de vida o muerte. ¡Usted tiene que alcanzar ese tren!

## CAPÍTULO XIV

**E**L SILBATO del guardatrén se oyó penetrante y se cerraron con estrépito las últimas puertas. El tren de la una y treinta para Londres salió deslizándose suavemente de la estación de Southampton Central y cobró velocidad al extremo de que sus ventanillas pasaban como relámpagos.

—¡No puedes hacerlo, te digo! —dijo Stephan Curtis anhelante.

—¿Quieres apostar? —repuso Miles entre dientes—. Lleva el coche de vuelta. Yo estoy bien.

—¡Jamás saltes a un tren cuando va tan rápido! —vociferó Stephan—. Jamás...

La voz se alejó. Miles corría a ciegas a la par de un compartimiento de primera clase para fumadores, esquivó una zona de equipajes en la que alguien le gritaba y se enganchó de la manija de la puerta. Puesto que tenía el tren a su izquierda, el salto no iba a ser fácil.

De un tirón abrió la puerta y saltó, causándole el brinco un dolor crujiente y terrible en la espalda; se puso a salvo al agarrarse tambaleante a la puerta que de un golpe cerró tras de sí mientras le invadía el cerebro el vahído de su antigua enfermedad.

Estaba hecho. Miles se hallaba en el mismo tren que Fay Seton, de pie próximo a la ventana abierta, jadeante y medio ciego, mirando para afuera y escuchando el ruido seco de las ruedas. Cuando hubo recuperado en parte el aliento se dio vuelta.

Diez pares de ojos lo observaban con un fastidio apenas disimulado.

El compartimiento de primera clase, construido nominalmente para seis pasajeros sentados, agrupaba ahora a cinco prensados de cada lado. A los viajeros de ferrocarril siempre les irrita cuando un retardado llega a último momento y éste era un caso especialmente malo. Aunque nadie dijo nada, la atmósfera era glacial excepto para una robusta «W. A. A. F.» que le lanzó una mirada de estímulo.

—Yo... ¡hum!... les pido perdón —dijo Miles. Vagamente pensó si debería agregar una máxima de las cartas de Lord Chesterfield, algún pequeño apotegma de este estilo, pero palpó el ambiente y, de todos modos, tenía él otras cosas de qué preocuparse. Apurado, se llevó por delante los pies de los otros, ganó la puerta del pasillo, salió y la cerró detrás de él en medio de una ola general de alivio. Allí se detuvo a reflexionar. Estaba razonablemente presentable pues había rociado su cara con agua y se había raspado en carne viva con una navaja de afeitar seca y su estómago vacío protestaba ruidosamente. Esto no era lo importante.

Lo que importaba era encontrar a Fay.

No era un tren largo ni estaba muy lleno. Es decir, los pasajeros iban apretados en sus asientos intentando leer los periódicos con sus manos puestas sobre el pecho como cadáveres; por docenas iban de pie en el pasillo entre barricadas de equipajes;

en realidad pocos estaban de pie dentro de los compartimientos, excepto aquellas mujeres gordas con billetes de tercera clase que van de pie en los compartimientos de primera lanzando reproches hasta que algún varón, sintiendo remordimientos, les da el asiento.

Miles buscaba en su mente un ensayo filosófico contemplando toda una sección transversal de Inglaterra mientras el tren rechinaba y cimbraba, y la campiña verde pasaba rápidamente a los lados; iba atisbando en un compartimiento después del otro, abriéndose paso a lo largo del corredor, tropezando con los equipajes, entremezclándose con gente que hacía cola para los lavatorios, pero en realidad no se sentía filosófico.

Después de un primer recorrido rápido se sintió aprensivo, después de un segundo se sintió preocupado, después de un tercero...

Pues Fay Seton no estaba en el tren. ¡Tranquilidad ahora! ¡No alarmarse! ¡Fay tiene que estar aquí!

Pero no estaba.

Miles se detuvo en el pasillo a la mitad del tren, tomado de la barandilla de la ventana e intentando permanecer tranquilo. La tarde se había puesto más calurosa y oscura, con negros nubarrones que parecían mezclarse con el humo del tren. Al fijar Miles la vista por la ventana hasta que el paisaje movedizo se le puso borroso, veía la cara asustada del doctor Fell y oía su voz.

Aquella «explicación» que hiciera el doctor en un bajo tono vago mientras se ocupaba en rellenar de galletitas los bolsillos de Miles para reemplazar el desayuno, no había sido muy coherente.

—¡Encuéntrela y no la deje! ¡Encuéntrela y no la deje! —Éste había sido el estribillo—. Si ella insiste en regresar esta noche a Greywood, está todo bien, en realidad; probablemente, es lo mejor, ¡pero no la deje y no se separe ni un minuto de su lado!

—¿Está en peligro?

—En mi opinión, sí, y si usted desea que se compruebe su inocencia —vaciló el doctor Fell— por lo menos del peor cargo en contra de ella, no me falle usted, ¡por el amor del cielo!

¿El peor cargo en contra de ella?

Un tirón del tren sacudió a Miles y lo despertó.

Fay había perdido el tren, cosa que parecía increíble a no ser que el ómnibus se hubiera descompuesto o, más probablemente, que ella se hubiera vuelto. Y aquí iba él corriendo en dirección opuesta, alejándose de cualquier cosa que pudiera suceder. Pero... ¡tranquilidad, había una esperanza!... El «algo condenable» que el doctor Fell había pronosticado parecía referirse a lo que ocurriría si Fay iba a Londres y regresaba para llevar a cabo sus planes. Esto significaba que no había nada de qué

preocuparse. ¿O lo habría?

Miles no recordaba un viaje más largo. El tren era expreso; ella no habría bajado para regresar si así lo hubiese querido. La lluvia golpeaba los vidrios como latigazos. Miles se encontró en medio de una numerosa familia que desbordaba del compartimiento al pasillo como una reunión alrededor de una fogata y recordaban que los empaquetados estaban en una maleta debajo de la montaña del equipaje de algún otro y, durante un momento, provocaron el ambiente agitado común de día de mudanza. Eran las cuatro menos veinte cuando el tren entró en Waterloo.

Junto a la barrera, esperándolo, estaba Bárbara Morell.

El gran placer que sintió Miles al verla le hizo olvidar momentáneamente el tropel bullicioso que trajo el tren, mientras se hacía oír el altoparlante de la estación con su voz clara y retumbante.

—¡Hola! —dijo Bárbara.

Parecía más distante de lo que él la recordaba.

—Hola —dijo Miles—, a mí me gustaba poco hacerla venir hasta la estación.

—¡Oh!, no hay problema —contestó Bárbara. Ahora recordaba él los ojos grises con las largas pestañas negras—. Además —agregó ella—, tengo que ir más tarde a la oficina.

—¿A la oficina? ¿El domingo a la noche?

—Estoy en Fleet Street —explicó—, soy periodista. Por esto dije que «exactamente» no escribía novelas. —Descartó el tema. Los ojos grises lo estudiaban furtivamente—. ¿Qué ha pasado? —preguntó repentinamente—. ¿De qué se trata? Usted parece...

—Ahora me toca pagar las consecuencias —prorrumpió Miles. Sintió que podía confiarse a esa joven—. Yo esperaba encontrar a Fay Seton a toda costa. Todo dependía de esto. Todos pensamos que ella estaría en este tren. Ahora no sé qué demonios hacer porque, después de todo, no estaba en el tren.

—¿No estaba en el tren? —repitió Bárbara. Sus ojos se abrieron—. ¡Pero Fay Seton *estaba* en el tren! ¡Pasó por aquella barrera no más de veinte segundos antes de que usted lo hiciera!

—*¡Los pa-sa-je-ros para Hon-i-ton* —gritó el altoparlante dictador— *agréguense a la cola del andén nú-me-ro nue-ve! Los pa-sa-je-ros para Hon-i-ton...*

Este ruido prevalecía sobre cualquier otro de la estación, y sin embargo, Miles había vuelto al dominio de la pesadilla.

—¡Usted habrá visto visiones! —dijo Miles—. ¡Le digo que ella no estaba en este tren! —Miró impetuosamente al ocurrírsele una nueva idea—. ¡Espere un momento! ¿Así que, después de todo, usted la conoce?

—¡No! ¡En mi vida había puesto los ojos sobre ella!

—Entonces, ¿cómo sabe usted que era Fay Seton?

—Por la fotografía. Aquella fotografía iluminada que el profesor Rigaud nos mostró el viernes por la noche. Yo... yo pensé que estaba con usted y casi no cumplo mi compromiso. O, por lo menos..., no sabía si hacerlo. ¿Qué ha pasado?

Era el desastre puro y completo.

No estaba loco, se dijo Miles, no estaba bebido, no estaba ciego, y podía jurar que Fay Seton no había estado en este tren. Se le ocurrían imágenes fantásticas de un rostro blanco y una boca roja, eran plantas exóticas que se marchitaban en la atmósfera de la estación Waterloo, ciertamente en la atmósfera del tren en que había venido. Miró ahora el cabello claro de Bárbara y sus ojos grises, reflexionando en su naturalidad, ¡esto era!, en su encantadora normalidad, en este lóbrego asunto, y al mismo tiempo pensó en todo lo sucedido desde la última vez que la había visto.

Marion yacía en su sopor en Greywood, y no por efectos de un veneno o de un cuchillo. El doctor Fell había hablado de un espíritu maligno. No era fantasía, era un hecho. Miles recordaba la impresión suya de aquella mañana; había una fuerza maligna y el doctor Fell sabía lo que era, debían matarla o los mataría y, en la serena verdad de Dios, el juego había comenzado.

Todo esto cruzó por su mente en un segundo, después de la observación de Bárbara.

—Usted vio a Fay Seton pasar por la barrera —dijo él—. ¿Qué dirección tomó?

—No podría decirlo. Hay demasiada gente.

—¡Espere un momento! ¡Todavía no estamos vencidos! El profesor Rigaud me dijo anoche... sí, también está en Greywood..., que usted le telefoneó ayer y que sabía el domicilio de Fay; tiene una habitación en la ciudad en alguna parte y, según el doctor Fell, irá directamente allí. ¿Sabe usted la dirección?

—Sí. —Bárbara, de traje sastre y blusa blanca, con un impermeable echado sobre los hombros y un paraguas colgado del brazo, abrió tanteando su bolso de mano y extrajo una agenda. Es ésta. Cinco Bolsover Place, N. W. 1. ¡Pero...!

—¿Dónde está Bolsover Place?

—Bolsover Street está después de Camden High Street en Camden Town. Yo... yo lo busqué cuando pensé verla. Es un vecindario bastante sucio, pero me imagino que ella debe de estar aún más necesitada que todos nosotros.

—¿Cuál es el modo más rápido de llegar allí?

—Fácilmente por subterráneo. Se puede ir de aquí sin transbordos.

—Entonces es lo que ella ha hecho. ¡Puede apostar cinco libras! ¡No debe llevarnos más de dos minutos de ventaja! ¡Es probable que la alcancemos! ¡Venga!

¡Dadme un poco de suerte!, rogaba por lo bajo. ¡Dadme solamente una buena mano en este juego, una carta más alta que el dos o el tres! Y no mucho después ganó su carta cuando salieron de la cola para tomar los billetes, penetrando dentro de las profundidades sin ventilación donde se junta un laberinto de vías.

Miles escuchó el ruido del tren que se aproximaba al entrar ellos al andén de la línea norte; estaban en un extremo y la gente se diseminaba a lo largo de más de cien yardas en la curva.

La visión era confusa en este antro medio circular que antes era limpio con sus azulejos blancos y ahora sórdido y mal iluminado.

El tren rojo salió del túnel como un ventarrón y se detuvo.

Él vio a Fay Seton por el vivo resplandor de los vidrios que ahora estaban libres de protección. Ella estaba parada en el otro extremo del andén, a la cabeza del tren y se adelantó cuando las puertas se abrieron.

—¡Fay! —gritó—. ¡¡Fay!!

No fue oído.

—¡El tren de Edgware! —berreaba el guarda—. ¡El tren de Edgware!

—¡No intente correr hasta allí! —previno Bárbara—. Las puertas se cerrarán y la perderemos del todo. ¿No es mejor entrar por aquí?

Se sumergieron en el último coche del tren, donde se prohibía fumar, justamente antes de que las puertas se cerraran. Los únicos ocupantes eran un policía, un soldado australiano de aspecto soñoliento y el guarda en su tablero de control. Miles sólo había obtenido un ligero vistazo del rostro de Fay que parecía resuelto y preocupado, con aquella misma sonrisa extraña de la noche anterior.

Era enloquecedor estar tan cerca de ella, y sin embargo...

—Si puedo llegar hasta la cabeza del tren...

—¡Por favor! —le pidió Bárbara. Indicaba el letrero «No pase de un coche a otro mientras el tren está en movimiento» y también al guarda y al policía—. ¿No serviría de mucho, no le parece, si lo arrestasen a usted ahora?

—No, supongo que no.

—Ella bajará en Camden Town. Nosotros también. Siéntese aquí.

Cuando el tren se balanceaba a través del túnel, a sus oídos llegaba un estruendo suave y penetrante. El coche se ladeó y crujió en la curva; el reflejo de las luces detrás de los vidrios opacos oscilaba sobre la tapicería de los asientos. Miles, con todos sus nervios crispados por la duda, se dejó caer al lado de Bárbara en un asiento doble mirando para adelante.

—No me agrada hacer demasiadas preguntas —continuó Bárbara— pero estoy medio loca de curiosidad desde el momento que hablé con usted por teléfono. ¿Cuál es la urgencia en alcanzar a Fay Seton?

El tren se detuvo en otra estación y las puertas corredizas se abrieron.

—¡*Charing Cross!* —gritó el guarda conscientemente—. ¡*El tren de Edgware!*

Miles saltó sobre sus pies.

—Realmente todo va bien —declaró Bárbara—. Si el doctor Fell dice que ella va a ir a aquel lugar suyo, está obligada a descender en Camden Town. ¿Qué puede

ocurrir mientras tanto?

—No sé —asintió Miles, y agregó sentándose de nuevo y tomándole la mano entre las suyas—. Veá, la he conocido hace muy poco tiempo, pero puedo decirle ahora que prefiero hablar con usted más que con cualquier otra persona.

—Puede hacerla —repuso Bárbara mirando a lo lejos.

—No sé cómo ha pasado usted el fin de semana —prosiguió Miles— pero nosotros no hemos tenido más que *Grand Guignol* de vampiros y casi crímenes, y...

—¿Qué ha dicho? —y retiró rápidamente su mano.

—¡Sí! y el doctor Fell pretende que usted puede dar uno de los datos más importantes, cualquiera que sea. —Hizo una pausa—. ¿Quién es Jim Morell?

Con un ruido estridente corría el tren; una brisa deslizándose por el hueco del túnel entraba por los ventiladores rozando el cabello de Bárbara.

—Usted no puede mezclarlo en este asunto —dijo ella, y sus dedos apretaron su bolso—. ¡Él no sabe, nunca supo nada sobre la muerte del señor Brooke! Él...

—¡Sí! Pero ¿podría decirme quién es?

—Es mi hermano. —Bárbara se humedeció sus suavísimos labios rosados que tal vez no eran tan atractivos, tan temerarios como los de aquella mujer de ojos azules que iba en el primer coche. Miles alejó este pensamiento al preguntar ella rápidamente—: ¿Dónde oyó usted hablar de él?

—Por Fay Seton.

—¡Oh! —se sorprendió un poco.

—Le contaré la historia completa dentro de un momento, pero primero hay algunas cosas que poner en claro. Su hermano, ¿dónde está ahora?

—Está en el Canadá. Estuvo tres años prisionero en Alemania y lo creímos muerto. Lo han enviado a Canadá por su salud. Jim es mayor que yo; era un pintor muy conocido antes de la guerra.

—Y tengo entendido que era amigo de Harry Brooke.

—Sí. —Luego Bárbara habló suavemente pero con mucha claridad—. Era amigo de aquel puerco execrable que era Harry Brooke.

—¡*Strand!* —gritó el guarda—. ¡*El tren de Edgware!*

Miles escuchaba subconscientemente y con impaciencia aquella voz; escuchaba todas las frenadas de las estruendosas ruedas, cada lamento y cada sacudida cuando las puertas funcionaban. La única cosa que no podía perder, por el bien de su alma, eran estas palabras, Camden Town.

¿Puerco execrable? ¿Harry Brooke?

—Hay una sola cosa que prefiero decirle —continuó Miles, sintiendo un desagrado dentro de él pero firmemente resuelto a enfrentarlo— antes de contarle lo sucedido. Es ésta:

»Yo creo en Fay Seton. Por decirlo he tenido inconvenientes casi con todos: con



mi hermana Marion, con Steve Curtis, con el profesor Rigaud, tal vez hasta con el doctor Fell, aunque no estoy del todo seguro de qué lado está él. Y puesto que usted es la primera persona que me previno en contra de ella...

—¿Yo lo previne en contra de ella?

—Sí. ¿No fue así?

—¡Oh! —suspiró Bárbara Morell.

Se había alejado un poco de él, las oscuras paredes cóncavas pasaban volando por las ventanas; suspiró aquel monosílabo en un tono de completa estupefacción como si no pudiera creer a sus oídos.

Miles tuvo la intuición de que todo iba a cambiar otra vez, de que algo no solamente estaba mal, sino mortalmente mal. Bárbara lo miró fijamente, con la boca abierta y vio que la comprensión penetraba en sus ojos grises, una comprensión lenta; cuando encontró su mirada, luego, medio riendo, con un violento gesto de desaliento.

—¿Usted pensó —insistió— que yo...?

—Sí. ¿No lo hizo?

—Escuche. —Bárbara puso una mano en el hombro de él y con ojos claros de sinceridad dijo—: No intentaba prevenirlo en contra de ella, estaba pensando si usted podría *ayudarla*. Fay Seton es...

—¡Siga!

—Fay Seton es una de las personas más agraviadas, injuriadas y... y heridas de que haya oído hablar. Todo lo que quería descubrir era si ella pudo cometer el crimen porque yo no conocía ningún detalle sobre él. Hubiese estado justificada, usted sabe, si hubiera matado a alguien. Pero, por lo que dijo el profesor Rigaud, se puede decir que tampoco hizo esto y ya no sabía yo qué hacer.

Bárbara hizo un gesto breve y rápido.

—Tal vez recuerde usted que en el restaurante de Beltring no me interesaba nada, excepto el crimen. Lo que sucedió antes, los cargos de inmoralidad y... y la otra cosa ridícula que casi la hizo apedrear por la gente del campo, no me importaban, porque era una trama deliberada y cruel urdida de antemano contra ella, desde el principio hasta el fin.

Bárbara levantó su voz.

—Yo lo sabía. Puedo probarlo. Tengo un paquete entero de cartas para probarlo. Esa mujer ha estado en el infierno a causa de murmuraciones mentirosas que la perjudicaron ante los ojos de la policía y quizás hayan arruinado su vida. Yo pude haberla ayudado. Puedo ayudarla. ¡Pero soy demasiado cobarde! ¡¡Soy demasiado cobarde!! ¡¡¡Soy demasiado cobarde!!!

## CAPÍTULO XV

—¡LEICESTER SQUIRE! —cantó el guarda.

Una o dos personas subieron, pero el tren largo y caldeado seguía casi vacío. El soldado australiano roncaba, zumbó un timbre avisando al conductor allá lejos en la delantera y las puertas se cerraron. Aún faltaba una buena distancia para Camden Town.

Miles no se dio cuenta, estaba de nuevo en la habitación alta del restaurante de Beltring, observando a Bárbara Morell mientras ésta miraba al profesor Rigaud por encima de la mesa del comedor; observaba él la expresión de aquellos ojos y oía la extraña exclamación como en un suspiro, de incredulidad o de desprecio, restándole importancia al hecho de que Howard Brooke hubiese maldecido en alta voz a Fay Seton en el banco del *Crédit Lyonnais*.

Miles acomodaba cada palabra, cada gesto, en un plan que hasta ahora lo desconcertaba.

—El profesor Rigaud es muy observador —continuó Bárbara— para ver y describir el exterior de las cosas, pero ni una vez, absolutamente, se da cuenta de lo que hay adentro. Casi lloro, cuando dijo bromeando que él era un búho y un murciélago ciego, porque es perfectamente cierto en un sentido.

»Durante un verano entero, el profesor Rigaud asesoraba a Harry Brooke, le hacía sermones, lo formaba, influía sobre él, empero jamás adivinó la verdad. Harry, con toda su habilidad atlética y su buen aspecto, debe de haber sido un muchacho bastante guapo —dijo Bárbara con desprecio—, aunque era, sencillamente, un desalmado resuelto a seguir su voluntad.

(Desalmado..., desalmado... ¿Dónde había oído Miles antes este término?)

Bárbara se mordió los labios.

—Usted recuerda —dijo— que a Harry se le había metido en la cabeza ser pintor.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que discutía sobre el tema con sus padres? ¿Y que a renglón seguido, como lo describió el profesor Rigaud, se iba a pegar furiosamente a la pelota de tenis o se sentaba sobre el césped todo pálido, con furia reconcentrada?

—También recuerdo eso.

—Harry sabía que era la única cosa en el mundo que sus padres no consentirían. Lo idolatraban verdaderamente pero, por esta razón, jamás lo consentirían. Y no era, no era suficientemente hombre para despreciar un montón de dinero y tomar una resolución por sí mismo. Siento hablar así —añadió Bárbara, desalentada— pero es la verdad. Mucho antes de que Fay Seton llegara, Harry forjó el plan, en su desagradable pequeña mentalidad, para encontrar la manera de forzar el consentimiento.

»Luego llegó Fay para ser la secretaria de su padre y vio por fin un camino.

»Yo... yo nunca he conocido a esa mujer —confesó Bárbara pensativamente—; sólo puedo juzgarla a través de cartas. Puedo equivocarme completamente pero la veo pasiva y afable, verdaderamente “sin experiencia”, algo romántica y sin mucho sentido del humor.

»Y Harry Brooke encontró la manera. Primero pretendería enamorarse de Fay...

—¿Pretender enamorarse de ella?

—Sí.

Oscuramente, Miles empezó a ver que el plan tomaba forma y era inevitable, tan inevitable como...

—*¡Tottenham Court Road!*

—Un momento —articuló Miles—. El viejo proverbio dice que hay dos cosas que se creen de cualquier hombre, y una es que se ha dado a la bebida. Podríamos agregar que hay dos cosas que se creen de cualquier mujer y ambas son...

—Ambas... —admitió Bárbara— son que tiene un carácter desagradablemente malo —el color subió a sus mejillas— y que probablemente les responde a todos los hombres que están alrededor. Cuanto más tranquila y recatada es, especialmente si no mira derecho a los ojos o se entusiasma con juegos tontos como el golf o el tenis, tanta más gente cree que algo de ello debe haber.

»El proyecto de Harry era tan cínico como esto, le escribía a su padre una cantidad de cartas anónimas con frases viles sobre ella...

—¡Cartas anónimas! —dijo Miles.

—Inició una campaña de susurros en contra de ella, relacionando su nombre con Zutano y Mengano. Sus padres no deseaban mayormente que se casara con nadie, se alarmaron por el escándalo y le rogaron que cortara.

»Él tenía preparado el camino inventando una historia, absolutamente falsa, diciendo que lo había rechazado la primera vez que le propusiera matrimonio, con la insinuación de que había alguna terrible razón oculta para no poder casarse con él. Contó este chisme al profesor Rigaud y el pobre profesor Rigaud nos lo repitió. ¿Lo recuerda?

Miles asintió con la cabeza.

—También recuerdo —dijo— que cuando anoche le mencioné esta misma historia, ella...

—¿Ella... qué?

—¡No importa! ¡Continúe!

—Así el escándalo cundiría, y los padres de Harry le pedirían que rompiera el compromiso. Harry aparentaría nobleza y se negaría. Cuanto más rehusara se pondrían más frenéticos. Finalmente se haría el vencido, prácticamente en lágrimas, y diría: “Está bien, renunciaré a ella, pero si consiento en renunciar, ¿me mandarán a

París a estudiar pintura para poder olvidarla?”

»¿Habrían consentido *entonces*? Todos sabemos cómo son las familias. ¡Claro que sí! Se hubieran agarrado de eso con un feliz alivio.

»Pero el pequeño plan de Harry no resultó así, enteramente así —añadió Bárbara.

»Los anónimos preocuparon horriblemente a su padre, que no quiso ni mencionárselos a la madre. Pero la campaña de susurros de Harry falló completamente en la región; eran gente ocupada, tenían que recoger la cosecha, tales cosas no dañan a nadie si no interfieren con el trabajo. Conoce usted ese gesto francés de encogerse de hombros y el “*¿Et alors?*” que más o menos corresponde a “¿y entonces?” Tal era el caso.

Bárbara se echó a reír histéricamente, pero se contuvo.

—Fue el profesor Rigaud, que siempre predicaba a Harry sobre el crimen y lo oculto (nos lo dijo él mismo), quien con toda inocencia le dio la idea de lo que esta gente realmente temía, es decir el tema que los haría hablar y hasta gritar. Es tonto y horrible y, por cierto, que surtió su efecto inmediatamente. Harry, deliberadamente, sobornó a aquel muchacho de dieciséis años para que simulara señales en su propia garganta y repartiera una historia sobre el vampiro... ¿Comprende usted ahora?

—¡*Goodge Street!*

—Claro está que Harry sabía que su padre no iba a creer ninguna tontería sobre vampiros, ni deseaba que lo creyera. El señor Brooke oiría, no podría dejar de oír en todos los rincones de Chartres, una historia que refiriera que la novia de su hijo visitaba tan a menudo a Pierre Fresnac por la noche y... todo el resto. Sería suficiente. Sería más que suficiente.

Miles Hammond se estremeció.

*Trac trac*, seguía el tren rugiendo en el túnel mohoso. Las luces oscilaban sobre la armazón metálica y la tapicería. Miles veía venir la tragedia tan claramente en la historia de Bárbara como si no conociera su existencia.

—No lo pongo en duda —dijo tomando un llavero de su bolsillo y retorciéndolo violentamente como si quisiera partirlo en dos—. Pero ¿cómo conoce usted estos detalles?

—¡Harry se lo escribió todo a mi hermano! —exclamó Bárbara.

Guardó silencio un momento.

—Jim es pintor, ¿comprende? Harry lo admiraba tremendamente y pensó, ¡sinceramente lo pensó!, que Jim, como hombre de mundo, aprobaría su estratagema para librarse de la atmósfera pesada de la familia y lo llamaría muchacho inteligente en extremo por haber pensado esto.

—¿Usted supo todo en aquel momento?

Bárbara abrió sus ojos bien grandes.

—¡Santo cielo! ¡No! Ocurrió hace seis años. En aquel tiempo yo tenía sólo veinte.

Recuerdo que Jim siempre recibía cartas de Francia que le preocupaban pero nunca hizo ninguna observación sobre ellas. Entonces...

—¡Siga!

Ella tragó saliva.

—Como a mediados de agosto de aquel año, recuerdo que el barbudo de Jim de pronto se levantó de la mesa del desayuno con una carta en la mano diciendo “¡Mi Dios, han asesinado al viejo!” Una o dos veces se refirió al caso Brooke y buscaba con afán cuanto se publicaba en los periódicos ingleses, pero no se podía conseguir sacarle una palabra del asunto.

»Luego vino la guerra. Jim fue dado por muerto en el cuarenta y dos y creímos que estaba muerto. Yo... examiné sus papeles. Me encontré con esta tremenda historia desarrollada carta por carta. Por cierto que nada podía hacer, ni mucho podía descubrir, excepto unas pocas cosas en las líneas del reverso de los papeles; el señor Brooke había sido estoqueado y la policía se inclinaba a creer que la señorita Fay Seton lo había matado.

»Pero la última semana... Las cosas no suelen venir solas, ¿no es cierto? ¡Siempre se acumulan sobre una todas a la vez!

—Sí. Puedo atestiguarlo.

—¡*Warren Street!*

—Un fotógrafo de la imprenta mostró en la oficina la fotografía de tres inglesas que regresaban a Francia y una de ellas era «la señorita Fay Seton que en tiempos de paz era bibliotecaria». Y un compañero de tareas, casualmente enterado de todo respecto del famoso *Murder Club*, me dijo que el relator del viernes por la noche iba a ser el profesor Rigaud, quien haría un relato como testigo presencial del caso Brooke.

En los ojos de Bárbara había lágrimas ahora.

—El profesor Rigaud detesta a los periodistas, nunca había querido hablar en el *Murder Club* porque temía las publicaciones. Era para *mí* imposible verlo en privado a no ser que le mostrara mi montón de cartas para explicarle mi interés. Y no podía, ¿me comprende?, no podía permitir que el nombre de Jim se mezclara en esto si de ello resultaba algo tremendo. Entonces yo...

—¿Entonces usted trató de conseguir a Rigaud para usted sola en el Beltring?

—Sí.

Ella movió rápidamente la cabeza y fijó su vista en la ventana.

—Cuando usted hizo mención de que estaba buscando un bibliotecario, se me ocurrió «¡Oh señor! ¿Suponiendo...?» ¿Usted sabe lo que pienso?

—Sí —asintió Miles con la cabeza—, la sigo.

—Usted estaba tan fascinado con aquella fotografía iluminada, tan hechizado, que pensé «¿si confiara en él?». Como desea encontrar un bibliotecario, ¿si le propusiera

que buscara a Fay Seton y le dijera que hay una persona que sabe que ella ha sido la víctima de una vil tramoya? Es posible que él la encuentre de cualquier modo, ¿pero si yo le propusiera que la buscara?

—¿Y por qué no confió usted en mí?

Los dedos de Bárbara se retorcían sobre su bolso de mano.

—Oh, no sé. —Movi6 rápidamente su cabeza—. Como se lo dije en aquella ocasi6n, era solamente una tonta idea mía y tal vez me resentía un poco que usted se sintiera tan evidentemente atraído por ella.

—Pero ¡vea...!

Bárbara desechó esto y continuó precipitadamente.

—La cosa principal era ¿qué podríamos hacer realmente usted o yo por ella? En apariencia, no la creían culpable del crimen y esto era lo principal. Ella había sido víctima de suficientes historias sucias y falsas para envenenar la vida de cualquiera, pero es difícil reparar una reputaci6n dudosa. Aun si yo no fuera tan cobarde, ¿cómo podría ayudar? Le dije a usted con mis últimas palabras al bajar del taxímetro, que no veía cómo podría ser ahora de alguna utilidad.

—Las cartas no contienen ningún dato sobre el crimen del seńor Brooke, ¿no? —preguntó él.

—¡No! ¡Vea!

Bárbara tanteó dentro de su bolso de mano, pestańeando para retener sus lágrimas, su cara sonrojada y su cabeza de cabello rubio ceniza inclinada hacia adelante, y le tendió cuatro esquelas dobladas totalmente escritas.

—Es la última carta que Harry Brooke le enviara a Jim. La estaba escribiendo aquella tarde del crimen. Primero trata del éxito de su estratagema (¡deleitándose!) para enlodar a Fay y conseguir lo que deseaba, y luego se interrumpe de pronto. ¡Mire la parte final!

—¡Euston!

Miles metió el llavero en su bolsillo y tomó la carta. El final, una postdata escrita con garabatos violentos y agitados, estaba encabezada «6.45 p.m...». Las palabras bailaban delante de los ojos de Miles mientras el tren temblaba y rugía.

«Jim, algo terrible acaba de suceder. Alguien ha matado a papá. Rigaud y yo lo dejamos en la torre y alguien subió y lo estoqueó. Tengo que apurarme en echar ésta al correo para pedirte, ¡por el amor de Dios, viejo!, que jamás digas a nadie lo que te he estado escribiendo. Si Fay se ofuscó y ha matado al viejo porque intentó pagarle para que se fuera, no quisiera que nadie supiera que he estado lanzando rumores sobre ella. No estaría bien hecho y además yo no deseaba que algo semejante ocurriera. ¡Por favor, viejo! Tuyo, muy apurado, H. B.»

A Miles le pareció que veía al autor escribiendo esta carta que demostraba una naturaleza humana tan cruel y desagradable. Se quedó abstraído, fija la mirada, Una

rabia contra Harry Brooke nublaba su mente, lo enloquecía y lo debilitaba. Pensar que jamás sospechó del carácter de Harry Brooke..., y sin embargo, secretamente, ¿no lo había sospechado? El profesor Rigaud se había equivocado en la apreciación de los móviles de este agradable joven; no obstante, había trazado, agudamente, un cuadro nervioso e inestable. El mismo Miles, en una ocasión, había empleado la palabra neurótico para describirlo.

Harry Brooke, para hacer su gusto, fría y deliberadamente, había inventado toda la endemoniada...

En cuanto a que Miles tuviera dudas de estar él enamorado de Fay, ya no las tenía. Ni el corazón ni la imaginación podían resistir a la idea de Fay, completamente inocente, enferma de azoramiento y temor. Se maldijo a sí mismo por haber dudado de ella, había mirado todo a través de lentes falseadas, casi con un sentimiento de repulsa mezclado a la atracción que sentía por ella, pensando qué poder maligno podía ocultarse detrás de los ojos azules. Y sin embargo, todo el tiempo...

—Ella no es culpable —dijo Miles—, no es culpable de nada.

—Es exacto.

—Le diré lo que siente Fay con respecto a sí misma. Y no crea que al decirlo haga declaraciones exageradas y melodramáticas. Se siente condenada.

—¿Por qué piensa usted esto?

—No lo pienso, lo sé. —Lo embargó una profunda convicción—. Se veía en todo su comportamiento de anoche. Correcta o equivocadamente, cree ella que no puede librarse de algo y se siente condenada. No pretendo explicar lo sucedido, pero sé esto.

»Lo que es más, ella está en peligro. El doctor Fell dijo que algo sucederá si lleva adelante sus planes. Por esto debo alcanzarla a toda costa y no perderla de vista ni un momento. Agregó que era cuestión de vida o muerte. Y, ayúdeme, ¡lo voy a hacer! Se lo debemos después de todo lo que ha pasado. En el mismísimo instante en que bajemos de este tren...

Miles se detuvo.

Una cierta intuición, un cierto estado consciente todavía alerta, le señalaba que, por primera vez desde que entrara en el subterráneo, el tren se había detenido sin que él lo advirtiera.

Y entonces, junto con la imagen brillante del coche que lo mareaba, le galvanizó un ruido suave y deslizante de las puertas que se iban cerrando.

—¡Miles! —gritó Bárbara reaccionando exactamente en el mismo momento.

Las puertas se cerraron con un ligero topetazo.

La campana del guarda resonó. Al levantarse Miles como un resorte para mirar por la ventana cuando el tren se iba deslizando, vio brillar frente a él las letras blancas sobre fondo azul del nombre de la estación y las palabras eran «Camden Town».

Después supo que gritó algo al guarda pero, en el momento no se dio cuenta. Sólo

recordaba que se había precipitado frenéticamente a las puertas, retorciendo sus dedos para introducirlos en la juntura para separarlas violentamente y abrirlas. Alguno dijo «Tómalo con tranquilidad, ¡compañero!». El soldado australiano se despertó. El policía, interesado, se puso de pie.

Fue inútil. Miles se quedó con la cara contra el vidrio de las puertas mientras el tren corría ganando siempre más velocidad, dejando atrás el andén.

Alcanzó a ver media docena de personas que se desparramaban hacia la salida. Las luces pálidas, colgadas en alto, se balanceaban con el viento que ondeaba a través de esta caverna oliendo a viejo. Miles vio claramente a Fay, con su abrigo de paño suelto y boina negra y la misma expresión hueca, desdichada y torturada, caminando hacia la salida mientras el tren lo llevaba a él por el túnel.



## CAPÍTULO XVI

**B**AJO un cielo muy oscuro, salpicaba la llovizna en *Bolsover Place, Camden Town*.

Fuera de la amplia recta de *Camden High Street*, a no mucha distancia de la estación del subterráneo y también a un lado de la estrecha llobreguez de *Bolsover Street*, bajo un arco de ladrillos, se extendía un callejón sin salida.

El pavimento era de adoquines desiguales, ahora sucios por la lluvia. Al frente, dos casas bombardeadas parecían como todas mientras no se observaba el estado de los vidrios; a la derecha había una pequeña fábrica o depósito con el letrero de «J. Mings y Cía. Ltda., Dentaduras Postizas»; a la izquierda, se veía primero un frente estrecho de un solo piso, revestido de madera, cuya tablilla decía que anteriormente se servían comidas; a continuación integraban el panorama dos casas de ladrillos, de aquel color indefinido entre gris y castaño, con algunos vidrios en las ventanas y un aspecto no del todo decaído.

Nada se movía allí, ni siquiera un gato perdido. Miles, sin preocuparse de la lluvia que lo estaba empapando, tomó el brazo de Bárbara.

—Todo va bien —refunfuñó ella moviendo sus hombros bajo el impermeable e inclinando su paraguas—, no hemos perdido ni diez minutos.

—No. Pero hemos perdido esos pocos minutos.

Miles comprendía que ahora ella estaba asustada. En el viaje de vuelta, donde tuvieron la suerte de subir instantáneamente, en *Chalk Farm*, a un tren que venía en la otra dirección, pudo él referirle los acontecimientos de la noche anterior. Era claro que Bárbara tenía miedo, pues tampoco comprendía lo acontecido.

—Número cinco —dijo Miles—, número cinco.

Era la última casa de la izquierda, en ángulo recto con las dos bombardeadas. Mientras acompañado de Bárbara recorría el pavimento de adoquines desiguales, Miles notó una enorme dentadura postiza en un escaparate de la casa J. Mings y Cía. Ltda.

Podía parecer horrible y cómica como anuncio de propaganda pero, si estuviese en mejor estado de conservación, no habría dejado de llamar la atención. Hecha de metal y pintada de color natural, los dientes y encías relucían a la tenue luz gris, bien cerrados, como dientes de gigante. A Miles no le agradaron. Sentía su presencia detrás de él, mientras llegaba hasta la puerta despintada del número cinco en la que había un llamador. Pero su mano no lo tocó.

Al instante, apareció la cabeza de una mujer en la ventana abierta de la planta baja de la casa vecina apartando lo que alguna vez pudo haber sido un visillo de encaje. Era una mujer de edad mediana que observaba con avidez a los recién llegados, sin ninguna sospecha pero con una penetrante curiosidad.

—¿La señorita Fay Seton? —dijo Miles.

Antes de responder, la mujer se dio vuelta hacia adentro del cuarto, evidentemente para dar un puntapié a algo, luego señaló el número cinco.

—Primer piso arriba a la izquierda, al frente.

—Yo..., ¡hum!..., ¿entro sin más?

—¿Qué más?

—Entendido. Gracias.

La mujer inclinó con gravedad la cabeza, confirmando, y con la misma gravedad se retiró. Miles dio vuelta el picaporte y abrió la puerta, hizo pasar adelante a Bárbara por un pasillo hasta la escalera. El aire, rancio, enmohecido, del pasadizo los envolvió como una ola. Cuando cerró la puerta estaba tan oscuro que escasamente podían distinguir el contorno de la escalera. A la distancia, se oía la lluvia que caía acompasada sobre una claraboya.

—Esto no me gusta —dijo Bárbara en voz baja—. ¿Por qué se le ocurre vivir en un lugar como éste?

—Usted sabe cómo está Londres ahora. No se consigue nada por amor ni por dinero.

—¿Pero por qué conservó el cuarto después de ir a Greywood?

Miles también pensaba lo mismo, tampoco le agradaba el lugar y quería gritar el nombre de Fay para asegurarse que allí vivía.

—Primer piso arriba izquierda, al frente —dijo Miles—, ¡cuidado con la escalera!

Por una escalera empinada que daba vuelta formando una curva cerrada, se llegaba al frente de la casa, a lo largo de un angosto corredor; en el extremo de este pasillo había una ventana que miraba a *Bolsover Place*, y, a pesar de que uno de sus paneles estaba remendado con cartón, dejaba pasar suficiente luz como para que vieran una puerta cerrada a cada lado del corredor. Pocos segundos después, al acercarse Miles a la puerta de la izquierda con el corazón en la boca y cuando iba a levantar su mano para llamar, de pronto, una luz bastante clara que pasaba por aquella ventana del frente, iluminó el pasillo con su linóleo negro, lo alarmó, y quedó en suspenso. Bárbara también se asustó; oyó él que ella restregaba su talón sobre el linóleo y ambos miraron por la ventana.

La dentadura se movía.

Enfrente, en el negocio de los señores J. Mings y Cía., un guardián aburrido se divertía, un domingo por la tarde, en cambiar una luz en el escaparate sucio y hacía funcionar el mecanismo eléctrico que controlaba la dentadura.

La dentadura se abría muy acompasadamente y muy acompasadamente se cerraba, abriéndose y cerrándose sin cesar para llamar la atención; las rosadas encías y los dientes parcialmente oscurecidos, sucios y de mal aspecto por falta de uso, algunas veces pegándose un poco, abrían la boca y la volvían a cerrar; daban una

impresión a la vez teatral y horriblemente real; no hacían ruido y no eran humanos. A través de la ventana, empañada por la lluvia, levantaban su sombra, lenta, muy lentamente, abriéndose y cerrándose, en la pared del corredor.

Bárbara dijo suavemente:

—¡De todos los...!

—¡Silencio!

Miles no podría decir por qué la mandaba callar; él parecía ocupado reflexionando que la exhibición del escaparate del frente era bien pobre y no muy divertida; levantó su mano otra vez y golpeó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó una voz tranquila después de una muy ligera pausa.

Era la voz de Fay. Ella estaba bien.

Miles permaneció inmóvil uno o dos segundos, antes de dar vuelta el picaporte, mirando por el rabillo del ojo a aquella sombra borrosa que se movía en la pared. La puerta no estaba con llave. La abrió.

Fay Seton, todavía con su abrigo de paño sobre el vestido color gris paloma, parada delante de una cómoda, se volvió interrogante. Su expresión era plácida, ni siquiera muy interesada, mientras no vio quién entraba. Dio entonces un grito ahogado.

Veía él claramente todos los detalles del cuarto, porque las cortinas estaban corridas y la luz encendida. Una débil bombilla que colgaba sobre la cómoda le mostraba los muebles del dormitorio bastante estropeados, el empapelado descolorido, la alfombra deshilachada. Una pesada caja de latón pintada de negro y casi tan grande como un baúl, había sido sacada con apuro de debajo de la cama; su tapa no estaba cerrada del todo y un pequeño candado abierto colgaba de la aldaba.

La voz de Fay sonó aguda.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—¡La he seguido! ¡Me dijeron que la siguiera! ¡Usted está en peligro! Hay...

Miles dio dos pasos dentro del cuarto.

—Usted me ha sorprendido —dijo Fay controlándose y poniéndose una mano debajo del corazón, gesto que él ya le conocía. Ella se sonrió—. ¡No esperaba...! ¡Después de todo...! —Luego, rápidamente, agregó—: ¿Quién está con usted?

—Es la señorita Morell. La hermana de..., bueno..., de Jim Morell. Desea mucho conocerla.

Cuando vio Miles lo que había sobre la cómoda, le pareció que el mundo se detenía.

Primero notó una cartera vieja de cuero negro, reseca, polvorienta y quebrada, abultada por su contenido, con sus correas sueltas y la solapa medio abierta. Pero una cartera vieja puede pertenecer a cualquiera. A su lado había un paquete chato de billetes de banco, el primero mostraba la designación de veinte libras, el color de los

billetes podría haber sido antes blanco, ahora tenían un aspecto desteñido y manchas secas de herrumbre.

La palidez de Fay aumentó al ver la dirección de la mirada de Miles y respiraba con dificultad.

—Sí —le dijo—, son manchas de sangre. Ve usted, sangre del señor Brooke que cayó sobre ellos cuando...

—¡Por el amor de Dios, Fay!

—No hago falta aquí —dijo Bárbara con voz excitada pero no fuerte—, verdaderamente yo no quería venir. Pero Miles...

—Por favor, entre —dijo Fay con su voz suave mientras sus ojos azules lanzaban miradas vagas a un lado y otro como si ella apenas pudiese ver—, y cierre la puerta.

Todavía no estaba tranquila. Esta aparente tranquilidad era el efecto de una completa desesperación o de alguna emoción semejante. La cabeza de Miles giraba; con cuidado cerró la puerta para tener siquiera algunos minutos para pensar; con suavidad puso la mano sobre el hombro de Bárbara porque ésta estaba a punto de salir corriendo, y dio un vistazo por el cuarto sintiendo que el aire cerrado lo asfixiaba; y entonces pudo hablar.

—¡Pero usted no puede ser culpable! —dijo él con una desesperada sensatez. Lógicamente parecía de una importancia vital convencer a Fay de que ella no era culpable—. ¡Le digo que es imposible! ¡Es... escuche!

—¿Sí? —dijo Fay.

Junto a la cómoda había un viejo sillón con manchas en su respaldo y el género de sus brazos gastado. Fay se dejó caer en él con los hombros flojos, su expresión apenas cambió, las lágrimas fluían de sus ojos y corrían descuidadas por sus mejillas. Jamás la había visto llorar y esto era peor que cualquier otra cosa.

—Sabemos ahora —dijo Miles sintiéndose aterido— que usted no fue culpable de nada. He oído..., lo acabo de saber, ¡le digo!... que todas aquellas acusaciones en contra de usted fueron una patraña inventada deliberadamente por Harry Brooke.

Fay alzó de pronto su cabeza.

—Así que usted sabe eso —dijo ella.

—Más aún —repentinamente lo comprendió él, retrocedió y la señaló con el dedo—. ¡Usted también lo sabía! ¡Usted sabía que eran engañados por Harry Brooke! ¡Lo ha sabido siempre!

Los hechos se engranaban, era más que un rayo de luz, que a veces sobreviene por una emoción que va en aumento.

—Por eso se puso usted a reír anoche en aquella forma alocada, cuando yo le pregunté si, después de todo, se había casado usted con Harry Brooke. Por eso sacó usted el tema de los anónimos en su contra, aunque Rigaud nunca lo había mencionado. Por eso habló usted de Jim Morell, aquel gran amigo de Harry, a quien

éste le escribía todas las semanas, aunque tampoco Rigaud nunca dijo nada de él. ¡Usted lo supo siempre! ¿No es así?

—Sí. Siempre lo supe.

Era poco más que un susurro. Las lágrimas todavía fluían de sus ojos y sus labios también empezaron a temblar.

—¿Está usted loca, Fay? ¿Ha perdido usted completamente la cabeza? ¿Por qué nunca habló claro y lo dijo?

—Porque..., ¡oh Dios mío! ¿Qué diferencia hay ahora?

—¿Qué diferencia hay? —Miles tragó con dificultad—. ¡Con esta maldita cosa...! —Se dirigió hacia la cómoda y cogió el fajo de billetes de banco sintiendo repulsión al tocarlos—. ¿Supongo que en la cartera habrá tres paquetes más?

—Sí —dijo Fay— hay tres más. No hice más que robarlos, no los he gastado.

—Pensándolo bien, ¿qué más hay dentro de aquella cartera? ¿Por qué está tan abultada?

—¡No toque esa cartera! ¡Por favor!

—Está bien. No tengo ningún derecho para molestarla en esta forma. Lo sé. Sólo lo hago porque... porque es necesario. Pero usted pregunta ¿qué diferencia hace? ¿Cuando durante casi seis años la policía ha tratado de descubrir qué se hizo esta cartera y el dinero que había dentro?

Unos pasos, afuera en el pasillo, que ellos habían estado demasiado preocupados para oír hasta ahora, se aproximaron a la puerta como por casualidad. Pero la llamada, aunque no fue fuerte, era tan perentoria como para no ser desatendida.

Miles fue quien habló; ninguna de las dos mujeres fue capaz de hacerlo.

—¿Quién está ahí?

—Soy un oficial de policía —dijo la voz de afuera, combinando lo casual con lo perentorio—. ¿Puedo pasar?

La mano de Miles que todavía estaba puesta sobre los billetes se movió tan rápidamente para meterlos dentro de su bolsillo como una serpiente que pica. Pensó que era lo mejor, pues la persona de afuera no esperó que la invitaran.

Al abrir la puerta de par en par, se paró en el marco un hombre alto, de anchas espaldas, de impermeable y sombrero hongo. Quizá todos los presentes creyeran que aparecería un uniforme; por lo menos para Miles, esto era bastante más siniestro. Había algo vagamente familiar en el rostro del recién venido: el aspecto militar, los bigotes grisáceos recortados, las quijadas salientes.

Permaneció parado mirando una por una a las personas que tenía frente a él, con la mano puesta sobre el picaporte y, en el pasillo detrás de él, la luz alzaba la sombra de la dentadura que se abría y se cerraba.

Dos veces se abrieron y cerraron aquellos dientes antes de que el recién llegado se aclarara la garganta.

—¿La señorita Fay Seton? —dijo.

Fay saltó sobre sus pies sin importarle ya nada, agotada por la violencia y, a manera de contestación con su natural dignidad ignorando las huellas de las lágrimas sobre su cara tendió sus muñecas.

—Me llamo Hadley —anunció el extraño—, soy el inspector Hadley, *Metropolitan C. I. D.*

Y ahora comprendió Miles por qué esta cara le era vagamente familiar, se acercó a Bárbara Morell y fue ésta quien habló.

—Lo he entrevistado una vez —dijo Bárbara débilmente— para el *Morning Record*. Usted habló mucho pero no me permitió que publicara todo.

—¡Bien! —convino Hadley y la miró—. Usted es, por cierto, la señorita Morell. —Miró meditativo a Miles—. Y usted debe de ser el señor Hammond. Parece que está usted bien empapado.

—No llovía cuando salí de casa.

—Siempre es conveniente —dijo Hadley moviendo la cabeza— llevar un impermeable cuando se sale en días como éste. Podía prestarle el mío aunque creo que voy a necesitarlo.

El aire sociable y estudiado de todo esto, bajo su atmósfera de mortal peligro y de tensión, no podía durar mucho. Miles lo cortó.

—¡Vea, inspector! —prorrumpió—. Usted no ha venido aquí a hablar del tiempo. Lo principal es... que usted es amigo del doctor Fell.

—Es exacto —convino Hadley. Entró, se quitó el sombrero y cerró la puerta.

—¡Pero el doctor Fell dijo que la policía no iba a intervenir!

—¿En qué? —preguntó cortésmente Hadley, con una ligera sonrisa.

—¡En nada!

—Bueno, eso depende de lo que usted quiera decir —dijo Hadley.

Sus ojos observaban la habitación; el bolso de mano y la boina de Fay sobre la cama, aquella caja de latón grande y polvorienta que había sido sacada de debajo de la cama, las cortinas corridas en las dos pequeñas ventanas. Su mirada descansó, sin curiosidad aparente, sobre la cartera que la luz de la cómoda hacía visible.

Miles con su mano derecha apretando fuertemente el fajo de billetes dentro de su bolsillo, le observaba como se puede mirar a un tigre domesticado.

—El hecho es que —continuó cómodamente Hadley— he tenido una muy larga conversación telefónica con mi maestro...

—¿Con el doctor Fell?

—Sí. Y gran parte de ella no era muy clara. Parece, señor Hammond, que anoche su hermana se llevó un susto muy malo y peligroso.

Fay Seton dio la vuelta a la caja grande de latón y recogió su bolso de sobre la cama, fue hasta la cómoda, inclinó el espejo para tomar mejor la luz y se ocupó en

borrar los rastros de sus lágrimas con el pañuelo, empolvándose luego. En el espejo sus ojos aparecían pálidos como bolillas azules, su codo temblaba frenéticamente.

Miles apretó los billetes.

—¿El doctor Fell le contó lo ocurrido en Greywood? —preguntó.

—Sí.

—¿Así que hay que llamar a la policía?

—¡Oh, no! No, si no se nos solicita. Y, en todo caso, usted iría a la policía del distrito y no a la de Londres. No —dijo Hadley en una forma pausada—, Fell deseaba saber en realidad el nombre de cierto reactivo.

—¿Cierta reactivo?

—Un reactivo científico para determinar..., bueno, lo que él quiere determinar; y si podía indicarle a alguien que lo supiera poner en práctica. Dijo que no se acordaba del nombre del reactivo, ni mucho del asunto, excepto que se utilizaba parafina derretida. —Hadley sonrió ligeramente—. Se refería al reactivo de González.

Entonces el inspector Hadley se adelantó.

—El doctor Fell también me preguntó —prosiguió— si teníamos algún medio para averiguar el domicilio de la señorita Fay Seton, en caso de que usted —miró a Miles—, en caso de que usted, por casualidad, no la encontrara. Naturalmente, le dije que sí lo teníamos, puesto que debía de haber retirado una tarjeta de identidad. —Hadley hizo una pausa—. A propósito, señorita Seton, ¿tiene usted su tarjeta de identidad?

La refracción de los ojos de Fay lo miraban por el espejo, había casi terminado de componerse, sus manos estaban quietas.

—Sí —repuso Fay.

—Por formalidad, ¿puedo verla?

Fay extrajo la tarjeta de su bolso y la entregó sin comentario, volviendo al espejo. Por algún motivo, la mirada de violenta tirantez volvía a sus ojos al recoger de nuevo el polvo compacto.

(Miles pensaba: ¿qué estaría ocurriendo en el fondo de todo esto?)

—Observo, señorita Seton, que no indica el último domicilio.

—No. He vivido durante los últimos seis años en Francia.

—Lo comprendo. ¿Tiene usted seguramente una tarjeta de identidad francesa?

—Creo que no. La perdí.

—¿Cuánto ganaba en Francia por su empleo, señorita Seton?

—No tenía empleo con ingresos fijos.

—¿Así era? —Se arquearon las oscuras cejas de Hadley, en contraste con el brillo de su cabello gris acerado—. Debe de haberle sido un poco difícil obtener sus raciones allá. ¿No fue así?

—Yo no tenía empleo con ingresos fijos.

—¿Pero entiendo que usted era bibliotecaria y secretaria de profesión?

—Sí. Eso es verdad.

—En efecto, pensándolo bien, usted era la secretaria de un señor Howard Brooke, hasta su muerte en mil novecientos treinta y nueve. Tenemos aquí —observó Hadley como si repentinamente le hubiese venido una idea nueva—, he ahí un caso en que estaríamos muy contentos de obtener un poco de ayuda que ofrecer a nuestros colegas franceses.

(¡Observen acercarse el enorme gato! ¡Observen su marcha tortuosa!)

—Pero me olvidaba —dijo Hadley descartando esto tan instantáneamente que sus tres oyentes se sobresaltaron—, me estaba olvidando de la verdadera razón que me trajo aquí.

—¿La verdadera razón que lo trajo aquí?

—Sí, señorita Seton. ¡Hum!... Su tarjeta de identidad. ¿No la quiere? —Gracias.

Fay, de vestido gris y largo abrigo de paño humedecido, se vio obligada a darse vuelta, le tomó su tarjeta y luego se quedó de espaldas a la cómoda. Su cuerpo ocultaba ahora la cartera que parecía gritar al cielo. Si Miles Hammond hubiese sido un ladrón con todos los bienes robados metidos dentro de las costuras del forro de sus bolsillos, no se hubiese sentido más culpable.

—El doctor Fell me pidió —continuó Hadley—, de un modo estrictamente confidencial, que no la perdiera de vista. Parece que usted ha huido de él.

—No le comprendo bien. Yo no he huido.

—¡Por supuesto que con intención de volver otra vez! ¡Entendido!

Los ojos de Fay a ratos se cerraban y volvían a abrirse.

—Justamente antes, señorita Seton, el doctor Fell iba a preguntarle algo muy importante.

—¡Oh!

—Me ha dado instrucciones para decirle que no le hizo la pregunta anoche —continuó Hadley—, porque no adivinó entonces lo que adivina en el momento presente. Pero que desea mucho obtener la respuesta de aquella pregunta. —El tono de Hadley cambió muy ligeramente, continuaba cortés, aunque naturalmente investigador, pero todo el ambiente de la habitación pareció arder al agregar él:

—¿Puedo hacerle ahora aquella pregunta?



## CAPÍTULO XVII

**L**ALUZ de la cómoda brillaba sobre el cabello de Fay y hacía resaltar sus cálidos matices, que contrastaban con la aparente frialdad de su cara y de su cuerpo.

—¿Una pregunta sobre qué...? —Su mano instintivamente tocó la cartera que estaba sobre la cómoda, detrás de ella; Miles pudo haberle gritado previniéndola.

—Una pregunta —dijo Hadley— en relación con el susto que anoche tuvo la señorita Marion Hammond. —La mano de Fay volvió atrás otra vez y ella se enderezó—. Y me parece —continuó Hadley— que debo empezar por poner la situación en claro. No se preocupe por mi libreta de apuntes, señorita Seton, no es oficial. Solamente he puesto lo que Fell me pidió que anotara. —Sus ojos se fijaron en la tarjeta de identidad que tenía ella en la mano—. ¿O se niega usted a responder a las preguntas, señorita Seton?

—¿Alguna vez... me he negado?

—Gracias. Entonces, con respecto al susto de la señorita Marion Hammond...

—¡Yo no lo provoqué!

—Puede usted no siempre estar consciente —dijo Hadley— de sus actos ni del efecto que producen. —Su voz permanecía serena al decir esto.

»Empiezo por decir —añadió rápidamente, y en su mirada había un poder penetrante que parecía agrandar los ojos— que no estamos hablando ahora sobre alguna culpa consciente o alguna inocencia. Solamente estoy tratando, ¿cómo diré?, de poner el cuadro en claro. Según entiendo, usted fue la última persona, que se sepa, que estuvo con Marion Hammond antes de ser... asustada.

Fay hizo un movimiento de cabeza rápido, como hipnotizada.

—Usted la dejó sola en el dormitorio con buen ánimo y salud a..., ¿a qué hora?

—Como a medianoche. Se lo dije al doctor Fell.

—¡Ah, sí! Se lo dijo. ¿La señorita Hammond estaba desvestida en ese momento?

—Sí. Tenía puesto un pijama de seda azul. Estaba sentada en una silla junto a la mesilla de noche.

—Ahora, ¡señorita Seton! Muy tarde, en el dormitorio de la señorita Hammond se disparó un tiro. ¿Recuerda qué hora era?

—No. No tengo la más remota idea.

Hadley giró hacia Miles.

—¿Puede usted ayudarnos, señor Hammond? Todos, incluyendo al propio doctor Fell, parecen imprecisos con respecto a la hora.

—No puedo ayudarle —repuso Miles—, excepto en esta única cosa. —Hizo una pausa recordando la escena—. Después del tiro corrí al dormitorio de Marion. El profesor Rigaud me siguió y unos minutos después el doctor Fell. El profesor Rigaud me pidió que fuera al piso bajo a esterilizar una hipodérmica y hacer otras cosas en la

cocina. Cuando llegué allí eran las dos menos veinte. En la pared hay un gran reloj y recuerdo haberlo observado.

Hadley movió la cabeza.

—¿Así que, aproximadamente, el tiro fue alrededor de la una y media o un poco más tarde?

—Sí, así creo.

—¿Está conforme con esto, señorita Seton?

—Me parece —Fay alzó los hombros— que sencillamente no lo recuerdo. Nunca preste atención a la hora.

—¿Pero usted oyó el tiro?

—¡Oh, sí!, estaba dormitando.

—Y tengo entendido que después usted llegó hasta arriba y desde la puerta miró dentro del dormitorio. ¿Me disculpa, señorita Seton? Me parece que no comprendí del todo esa respuesta.

—Dije: sí. —Los labios de Fay se dibujaron con perfecta claridad. Se repetía sobre ella algo de la atmósfera de la noche anterior en la respiración exaltada y la expresión de los ojos.

—¿Su habitación está en la planta baja?

—Sí.

—Cuando usted oyó aquel tiro en medio de la noche, ¿qué le hizo pensar que el ruido venía de arriba? ¿Y desde aquel cuarto en particular?

—Bueno, en seguida después del tiro oí correr a la gente en el vestíbulo alto. Cualquier ruido resuena en la noche. —Por primera vez Fay parecía francamente intrigada—. Y pensé qué habría ocurrido; me levanté y me puse una bata y zapatillas, encendí una lámpara y subí. La puerta del cuarto de la señorita Hammond estaba abierta de par en par y había luz adentro. Entonces me acerqué y me asomé.

—¿Qué vio usted?

Fay se humedeció los labios.

—Vi a la señorita Hammond medio acostada en la cama, sosteniendo un revólver. Vi a un hombre llamado Rigaud, que había conocido antes, parado al extremo de la cama. Vi al señor Miles Hammond, oí decir al profesor Rigaud que era una conmoción y que la señorita Hammond no estaba muerta.

—¿Pero usted no entró? ¿Ni los llamó?

—¡No!

—¿Qué sucedió entonces?

—Oí que alguien que parecía muy pesado y desmañado subía las escaleras del frente al otro extremo del vestíbulo —respondió Fay—. Sé ahora que debió de ser el doctor Fell cuando venía hacia el dormitorio. Apagué la lámpara que llevaba y bajé corriendo por las escaleras del fondo. Él no me vio.

—¿Qué la turbó a usted, señorita Seton?

—¿Qué me turbó?

—Al mirar usted dentro de aquel cuarto —le dijo Hadley con una cuidadosa lentitud— vio algo que la turbó. ¿Qué fue?

—¡No comprendo!

—Señorita Seton... —aclaró Hadley dejando a un lado la libreta de apuntes que había sacado del bolsillo superior interno—. He debido hacerle todas estas averiguaciones detalladas para llegar a una sola pregunta. Usted vio algo y se turbó a tal punto que más tarde le pidió disculpas al señor Hammond, en presencia del doctor Fell, por lo que usted llamaba haberse puesto en ridículo. Usted no estaba asustada, su impresión no tenía la más mínima relación con el temor. ¿Qué la turbó?

Fay giró hacia Miles.

—¿Le contó usted al doctor Fell?

Y Miles fijó la vista en ella.

—Le conté ¿qué?

—Lo que le dije a usted anoche —replicó Fay juntando los dedos— cuando estábamos en la cocina, y yo..., yo no me encontraba en mis cabales.

—Nada dije al doctor Fell —interrumpió Miles con una violencia que él no comprendía—. Y en todo caso, ¿qué diferencia hace?

Miles se alejó de ella uno o dos pasos y chocó contra Bárbara, que también retrocedió. Durante una fracción de segundo, al volver ésta la cabeza, sorprendió él, en la cara de Bárbara, una mirada que completó su desmoralización. Sus ojos habían estado constantemente fijos algún tiempo sobre Fay, agrandándose lentamente, había en ellos una expresión de intriga y de algo más que no era aversión pero que se le aproximaba.

Si también Bárbara se volvía contra ella, Miles pensó que sería mejor entregar la cartera que servía para la defensa y retirarse. Pero, entre todos, no podía ser Bárbara quien se pusiera en contra de Fay, y Miles todavía volvió a la lucha.

—Yo no debería contestar a ninguna pregunta —dijo—. Si el inspector Hadley no está aquí oficialmente, no tiene ningún maldito derecho para entrometerse e insinuar que habrá consecuencias siniestras si no se contesta. ¡Turbada! Cualquiera hubiese estado turbado después de lo sucedido anoche. —Miró de nuevo a Fay—. En todo caso, todo lo que usted me dijo que acababa de ver algo que no había observado antes y...

—¡Ah! —suspiró Hadley, y golpeó su sombrero hongo con la palma de su mano izquierda—. ¡La señorita Seton acababa de ver algo que no había observado antes! Así lo pensábamos nosotros.

Fay dio un grito.

—¿Por qué no nos cuenta, señorita Seton? —sugirió Hadley en tono muy

persuasivo—. ¿Por qué no hacer la completa confesión como usted pensaba? Si llega a esto, ¿por qué no entregar la cartera —señaló casualmente en dirección de ésta— y las dos mil libras y las demás cosas también? ¿Por qué no...?

Fue éste el momento en que la luz sobre la cómoda se apagó.

Nadie estaba preparado para el peligro. Nadie estaba alerta. Todo se concentraba en aquel pequeño espacio donde Fay Seton enfrentaba a Hadley, a Miles y a Bárbara.

Y aunque nadie había tocado el botón eléctrico junto a la puerta, la luz se había apagado. A causa de las cortinas del oscurecimiento bajas en las pequeñas ventanas, descendió sobre ellos una espesa oscuridad, como una capucha sobre la cara, empañando los pensamientos racionales como lo hacía con las figuras. Hubo un débil rayo de luz vacilante que vino del pasillo y algo se precipitó sobre ellos desde allí al abrirse rápidamente la puerta.

Fay Seton gritó.

Oyeron el ruido que subía penetrante, un grito como: ¡No lo haga, no lo haga, no lo haga!, y un sonido estrepitoso como si alguien cayera encima de la caja de latón en medio del piso. En los pocos segundos en que Miles se había desentendido de una cierta influencia maligna ésta volvía a dominar. Se abalanzó él en la oscuridad y sintió el hombro de alguien que escapaba. La puerta del corredor se golpeó. De alguna parte se oían pasos apresurados. Miles oyó el sonar de unas argollas como si alguien recorriera la cortina de una ventana. Era Bárbara.

La luz grisácea de la lluvia entraba de *Bolsover Place* junto con la de la dentadura movable de enfrente. El inspector Hadley corrió a la ventana, la levantó y silbó con su pito policial.

Fay Seton, ilesa, había sido arrojada sobre la cama, se aferraba del cubrecama para evitar su caída y lo arrastró con ella al caer de rodillas.

—¡Fay! ¿Está usted bien?

Fay apenas lo oyó. Rápidamente se dio vuelta, sus ojos fueron instintivamente hacia la parte superior de la cómoda.

—¿Está usted bien?

—No está —dijo Fay con voz ahogada—, no está, no está.

Pues la cartera ya no estaba ahí. Antes que cualquier otro, antes que Miles o que Hadley, Fay saltó por encima de la pesada caja de latón y corrió a la puerta. Corría con una locura temeraria y una agilidad que la llevó a mitad de camino por el pasillo, en dirección a la escalera, antes de que Miles saliera a la disparada detrás de ella.

Y ni siquiera la cartera pudo impedir esta huida alocada. Miles la había encontrado tirada a un lado en el piso del pasillo, apenas visible a la luz de la dentadura que se abría y se cerraba. Fay debió de haber tropezado con ella al correr, también pudo no haberla visto siquiera. Miles la llamó a gritos al llegar ella al principio de la escalera empinada que conducía al piso bajo, alzó la cartera,

agarrándola al revés como para atraer su vista con la mímica. De adentro de la cartera abierta cayeron tres paquetes blancos de billetes de banco iguales al que estaba en el dormitorio. Aquéllos fueron a dar al piso junto con una substancia seca arenosa que caía como polvo. Nada más había adentro.

Miles se lanzó hasta el principio del rellano de la escalera.

—¡Está aquí, le digo! ¡No se la han llevado! ¡La han arrojado! ¡Está aquí!

¿Lo habría oído ella? No podía estar seguro, pero, rápidamente, ella se detuvo y miró hacia arriba.

Fay estaba a mitad de la escalera empinada cubierta de andrajoso linóleo. La puerta de calle abierta de par en par y la luz de la ventana de enfrente se filtraban misteriosamente sobre la escalera.

En el pasillo, Miles, inclinado peligrosamente sobre la baranda y sosteniendo la cartera miraba a la cara de la joven cuando la alzó.

—¿No comprende usted? —le gritó—. ¡No es necesario correr así! ¡Aquí está la cartera! Es...

Ahora podía jurar que ella no había oído. La mano izquierda de Fay descansó ligeramente sobre el pasamanos. Su cuello estaba arqueado, el cabello rojizo echado atrás al mirar hacia arriba, la mirada de su rostro era de una débil sorpresa, su color subido, hasta el brillo de los ojos, parecían desvanecerse en una mortal palidez azulada que dio una momentánea expresión suave a su boca, que luego desapareció.

Las piernas de Fay cedieron en las rodillas. Suavemente, como un vestido que cae de una percha, tan sin huesos que no podría haberse producido una magulladura, cayó ella de lado y rodó hasta el pie de la escalera. Sin embargo, el estrépito de la caída, en contraste con la terrible flojedad...

Miles Hammond se quedó quieto. El aire sofocante y enmohecido del corredor había penetrado en sus pulmones como la repentina sospecha en su mente. Parecía haber estado respirando aquel aire durante mucho tiempo, con los billetes manchados de sangre en su bolsillo y la cartera desgastada en su mano. Por el rabillo del ojo vio a Bárbara llegar junto a él y mirar abajo apoyada en el pasamanos. El inspector Hadley, refunfuñando algo fuera de aliento, los dejó atrás y bajó a grandes trancos que sacudían y golpeaban cada escalón. Pasó por encima de la persona tirada al pie de la escalera, sus mejillas contra la suciedad del suelo, y él se arrodilló para examinarla; luego levantó la cabeza para mirar a los otros; su voz sonaba hueca por la escalera.

—¿No tenía esta mujer un corazón débil?

—Sí —dijo lentamente Miles—, sí, es cierto.

—Es mejor que llamemos una ambulancia —replicó la voz hueca—. No debió de haberse agotado y corrido de esa forma. Me parece que la ha matado.

Miles descendió pausadamente con su mano izquierda apoyada en la baranda donde había estado la de Fay. Al caminar dejó caer la cartera.

Enfrente, vistos ahora por la puerta de calle abierta, los feos dientes, sin cuerpo, muy lentamente se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban por toda la eternidad, mientras él se inclinaba sobre el cuerpo de Fay.

## CAPÍTULO XVIII

**C**UANDO Miles y Bárbara se hallaban sentados en el dormitorio de Fay Seton en aquel primer piso, eran las seis y media del mismo domingo aunque, considerando el paso aparente del tiempo, hubiera podido ser algunos días después.

La luz eléctrica estaba otra vez encendida sobre la cómoda, Bárbara sentada en el desgastado sillón, Miles en el borde de la cama junto a la boina negra de Fay, observaba la estropeada caja de latón cuando Bárbara habló.

—Salgamos a ver si hay un *Lyons* o un *A. B. C.* abierto en domingo... o una fonda en donde conseguir un emparedado...

—No. Hadley nos dijo que nos quedáramos aquí.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha comido?

—Uno de los mejores dones que puede poseer una mujer —Miles intentó sonreír aunque sintió que la sonrisa se estiraba en una cansada mirada de soslayo— es el de no mencionar el tema de la comida en momentos inoportunos.

—Lo siento —dijo Bárbara, y guardó un momento de silencio—. Sabe que Fay puede reponerse.

—Sí. Puede reponerse.

Y el silencio continuó durante mucho tiempo mientras Bárbara desplumaba los bordes del sillón.

—¿Es tan importante para usted, Miles?

—No es éste el punto principal. Sencillamente, siento que a esta mujer le ha tocado la peor parte en la cruda realidad de la vida. ¡Las cosas deben aclararse de alguna manera! ¡Se debe hacer justicia!...

Tomó de la cama la boina negra y a prisa la dejó de nuevo.

—De todos modos —añadió—, ¿para qué?

—En el corto tiempo que usted la ha conocido —dijo Bárbara después de otro esfuerzo evidente para permanecer callada— ¿se ha hecho tan real Fay Seton como Agnes Sorel o Pamela Hoyt?

—Disculpe... ¿Qué dice?

—En el *Beltring* —repuso Bárbara sin mirarlo— usted dijo que el trabajo de un historiador era tomar personajes distantes muertos y desaparecidos y traerlos a la vida pensando en ellos como si estuvieran en el mundo. Cuando usted oyó la historia de Fay por primera vez dijo que ella no era más verdadera que Agnes Sorel o Pamela Hoyt.

De una manera inconsciente, todavía desplumando los bordes del sillón, Bárbara añadió:

—De Agnes Sorel había oído hablar, por cierto, pero nunca oí mencionar a Pamela Hoyt. Yo... yo la busqué en la enciclopedia pero no la encontré.

—Pamela Hoyt era una belleza de la época de la Regencia, sospechada de brujerías y poseía un carácter cautivador; en un tiempo leí mucho sobre ella. Dicho sea de paso: en latín, ¿qué quiere decir *panes*, además del plural de pan? Según el texto no puede significar pan.

Le tocó a Bárbara parpadear de sorpresa.

—No creo ser lo suficientemente latinista como para saberlo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque tuve un sueño.

—¿Un sueño?

—Sí. —Miles' reflexionó sobre ello con aquella insistencia pesada y lenta con que uno se aferra de bagatelas en momentos de perturbaciones emotivas—. Era un pasaje del latín medieval; usted sabe cómo son las terminaciones particulares de los verbos y la *u* en lugar de la *v* —sacudió la cabeza—; respecto de algo y panes. Todo lo que puedo recordar ahora es la cláusula *ut* al final y sería muy tonto negarlo.

—Todavía no entiendo.

(¿Por qué no le abandonaría aquella desagradable sensación de malestar?)

—Bueno, soñé que iba a la biblioteca a buscar un diccionario de latín. Pamela Hoyt y Fay Seton estaban ahí, sentadas sobre montones de libros polvorientos y me aseguraban que mi tío no tenía diccionario de latín. —Miles se echó a reír—. Extraña también; ahora lo recuerdo. No sé qué hubiera hecho con aquel sueño el doctor Freud.

—Yo sé —dijo Bárbara.

—Me imagino que algo siniestro. Sería algo siniestro, no importa lo que se soñara.

—No —dijo despacio Bárbara—, nada de eso.

Por algún tiempo había estado observando a Miles con aquella manera indecisa, desconcertante e inútil, con el blanco luminoso de sus ojos brillantes de simpatía, y entonces se puso de pie. Ambas ventanas estaban abiertas en esa tarde lluviosa y dejaban penetrar el aire húmedo. Miles reflexionó que por lo menos habían apagado las luces de propaganda y aquella horrible dentadura del otro lado de la calle. Bárbara se volvió hacia la ventana.

—¡Pobre mujer! —dijo, y él supo que no se refería a la muerta Pamela Hoyt—. ¡Pobre tonta y romántica...!

—¿Por qué la llama tonta y romántica a Fay?

—Ella sabía que aquellos anónimos y todos los rumores sobre ella eran obra de Harry Brooke, pero jamás dijo nada a nadie. Supongo —Bárbara movió lentamente la cabeza— que estaría todavía enamorada de él.

—¿Después de aquello?

—Claro.



—¡No lo creo!

—Puede haber sido así. Todas..., todas somos capaces de cosas muy extrañas o habrá habido alguna otra razón para guardar silencio —Bárbara tembló—, aun después que ella supo que Harry había muerto. No sé. La cuestión es...

—La cuestión es —dijo Miles—: ¿por qué Hadley nos tiene aquí? ¿Y qué está pasando? —meditó—. ¿Quedaría muy lejos este hospital, que no sé cómo se llama, adonde la han llevado?

—Una buena distancia, sí. ¿Estaba pensando en ir allá?

—Bueno, Hadley no puede tenernos aquí indefinidamente sin ninguna razón aparente. Debemos obtener algún tipo de noticias.

Lo recibieron. El profesor Georges Antoine Rigaud (mucho antes de verlo oyeron su paso inconfundible por la escalera) subió calmadamente, siguió por el pasillo y entró por la puerta que había quedado abierta.

El profesor Rigaud parecía un hombre más viejo y hasta más preocupado que cuando había expresado su teoría sobre el vampiro. Ahora caían sólo unas pocas gotas de agua, así que estaba relativamente seco. Su oscuro sombrero blando oprimía toda su cabeza. Su bigotito trabajaba con el movimiento de la boca. Se apoyaba pesadamente sobre el amarillento bastón de estoque que adquiriría un color feo en este cuarto deslucido.

—Señorita Morell —dijo sin fuerza en la voz—. Señor Hammond. Ahora voy a decirles una cosa.

Dio unos pasos para adentro.

—Amigos míos, ustedes conocen sin duda la novela del gran mosquetero de Dumas padre. Recordarán cómo fueron los mosqueteros a Inglaterra. Recordarán que las dos únicas palabras en inglés que sabía D'Artagnan eran «Come» y «God Damn». —Sacudió en el aire su brazo gordo—. Quisiera que mi conocimiento del idioma inglés estuviera reducido a los mismos términos inofensivos y poco complicados.

Miles saltó del borde de la cama.

—Dejemos a D'Artagnan, profesor Rigaud. ¿Cómo llegó usted aquí?

—El doctor Fell y yo —dijo el otro— llegamos en automóvil de la New Forest. Telefoneamos a su amigo el inspector. El doctor Fell fue al hospital y yo vine aquí.

—¿Ustedes acaban de llegar de la New Forest? ¿Cómo está Marion?

—En buena salud —repuso el profesor Rigaud—, está espléndida, levantada, alimentándose y hablando por veinte, como dicen ustedes.

—En este caso —exclamó Bárbara, y tragó saliva antes de seguir adelante—, ¿usted sabe de qué se asustó?

—Sí, *mademoiselle*. Hemos sabido de qué se asustó.

Y el rostro del profesor Rigaud lentamente se fue empalideciendo, más pálido de lo que estaba cuando hablaba de los vampiros.

—Amigo mío —le dijo a Miles como si adivinara la dirección de los pensamientos de éste—, le di a usted unas teorías sobre cierto agente sobrenatural. ¡Bueno! Parece que en este caso incurrí en error a causa de hechos intencionales que me engañaron. Pero yo no me voy a desalentar por esto. ¡No! Porque le digo que un solo caso que se compruebe como falso no niega la existencia de agentes sobrenaturales, de la misma manera que un billete de banco falsificado no niega la existencia del Banco de Inglaterra. ¿Admite usted esto?

—Sí, lo admito. Pero...

—¡No! —reiteró el profesor Rigaud moviendo prodigiosamente la cabeza y haciendo sonar el regatón de su bastón contra el suelo—. No me desaliento por esto. No me desaliento porque... en realidad es lo peor.

Alzó el bastón estoque.

—¿Puedo hacerle, amigo, un pequeño obsequio? ¿Puedo ofrecerle esta preciada reliquia? No encuentro ahora en ella tanta satisfacción como otros en la lápida mortuoria de Dougal o en un limpiaplumas hecho con carne humana. Yo soy humano, se me anuda la garganta. ¿Puedo obsequiárselo?

—¡No, no quiero esa cosa del infierno! ¡Apártelo! Lo que quisiéramos preguntarle...

—*Justement!* —dijo el profesor Rigaud, y arrojó el bastón de estoque sobre la cama.

—¿Marion está bien? —insistió Miles—. ¿No puede tener ninguna recaída?

—No.

—Entonces, respecto de lo que la asustó... —Miles se confortó—. ¿Qué vio ella?

—Ella vio —replicó el otro concisamente—... no vio nada.

—¿Nada?

—Exactamente.

—Sin embargo, ¿cómo se asustó tanto sin ser dañada en ninguna forma?

—Exactamente —asintió el profesor Rigaud, e hizo unos ruiditos enojosos con la garganta—. Se asustó por algo que oyó, y algo que sintió. Especialmente por un susurro.

Un susurro...

Si Miles Hammond había esperado alejarse del dominio de los monstruos y de las pesadillas, comprendió que no le permitían ir muy lejos. Miró a Bárbara, quien solamente movió la cabeza desamparadamente. El profesor Rigaud continuaba con sus ruiditos agitados en la garganta, como una pava hirviendo, pero los ruidos no eran graciosos, sus ojos tenían una expresión ahogada y congestionada.

—Esta cosa —exclamó— es algo que podría ser dirigida por usted, por Jacques Bonhomme o por mí. Su simplicidad me horroriza. Y sin embargo...

Se interrumpió.

Afuera, en *Bolsover Place*, paró un automóvil con un chillido de frenos y un topetazo sobre el empedrado desparejo. El profesor Rigaud, a tropezones, llegó a la ventana levantando los brazos.

—El doctor Fell —agregó volviéndose de la ventana— regresa del hospital más pronto de lo que lo esperaba. Debo retirarme.

—¿Irse? ¿Por qué debe irse? ¡Profesor Rigaud!

El buen profesor no pudo ir muy lejos porque la mole del doctor Gideon Fell, sin sombrero pero con su capa tableada de paño puesta, poderosamente impulsado por su bastón de mango curvo, daba la impresión de llenar las escaleras, después el pasillo y por último el marco de la puerta. Tuvo el resultado de evitar toda salida, salvo por la ventana que presumiblemente no era la intención del profesor Rigaud. El doctor Fell se quedó parado allí con un movimiento inclinado de Gargantúa, un poco como un elefante atado a rienda corta, con una mirada bastante violenta y con los lentes torcidos, controlando su respiración para la declaración *johnsonesca* que iba a hacer a Miles.

—Señor —empezó—, le traigo novedades.

—¿Fay Seton...?

—Fay Seton vive —replicó el doctor Fell. Luego, con una voz que apenas se oía, alejó la esperanza—. Cuánto tiempo vivirá depende de cómo se cuide ella. Pueden ser meses, pueden ser días. Me espanta decirles que es una mujer condenada como siempre lo ha sido en cierto sentido.

Por un rato nadie habló.

Abstraído notó Miles que Bárbara estaba parada justamente donde había estado Fay: al lado de la cómoda, bajo la lámpara colgante, oprimiendo sus dedos contra los labios con una expresión de horror mezclada con una compasión irresistible.

—¿No podríamos —dijo Miles aclarándose la garganta—, no podríamos ir al hospital a verla?

—No, señor —repuso el doctor Fell.

Por primera vez observó Miles que había un sargento de policía en el vestíbulo, detrás del doctor Fell, haciéndole señas, el doctor Fell se comprimió para pasar y cerró la puerta detrás de él.

—Acabo de hablar con la señorita Seton —continuó—. He escuchado la desgraciada historia completa. —Su expresión era vagamente extraña—. Me habilita para llenar los detalles de mis propias conjeturas y casi aciertos. —Al hacerse más vehemente su expresión levantó una mano en parte para acomodarse los lentes y en parte para dar sombra a sus ojos—. Pero esto, ¿ve usted?, es lo que perturba.

La inquietud de Miles había aumentado.

—¿Qué quiere usted decir con que perturba?

—Hadley estará aquí dentro de poco con... ¡hum!..., para cumplir cierto deber.

Su resultado no será agradable para una persona aquí presente. Por esto creía mejor venir primero y prevenirlos. Pensé que era mejor explicarles ciertas cuestiones que pueden ustedes no haber comprendido todavía.

—¿Ciertas cuestiones? ¿Sobre...?

—Sobre estos dos crímenes —dijo el doctor Fell, y atisbó hacia Bárbara como si la descubriera por primera vez—. ¡Oh! ¡Ah! —suspiró el doctor Fell con un aire de ver claro—. Usted debe de ser la señorita Morell, ¿no?

—¡Sí! Quiero disculparme...

—¡Tate! ¡Basta! ¿No será por el famoso fracaso del *Murder Club*?

—Bueno... sí.

—Es poca cosa —dijo el doctor Fell desechándolo con un gesto pesado.

Avanzó pausadamente hasta el sillón desgastado que había sido empujado cerca de la ventana. Con la ayuda del bastón de mango curvo se sentó acomodándose lo mejor que pudo. Después de girar hacia atrás su hirsuta cabeza para hacer un examen meditativo de Bárbara, de Miles y del profesor Rigaud, buscó debajo de la capa, en el bolsillo superior interno, el fajo del manuscrito del profesor Rigaud, ahora muy arrugado y roto en los bordes.

Y mostró algo más que Miles reconoció. Era la fotografía iluminada de Fay Seton que antes había visto en el restaurante de Beltring. Con el mismo aspecto cruel cubriendo una amarga preocupación y angustia, el doctor Fell se quedó sentado estudiando la fotografía.

—Doctor Fell —dijo Miles—. ¡Deténgase! ¡Medio minuto!

El doctor Fell giró su cabeza.

—¿Eh? ¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Supongo que el inspector Hadley le habrá referido lo que sucedió en esta habitación hace un par de horas?

—¡Hum!, sí. Me lo ha dicho.

—Bárbara y yo vinimos y encontramos a Fay de pie donde está ahora Bárbara, con la cartera y un fajo de billetes de banco manchados de sangre. Yo... ¡hum!... metí aquellos billetes dentro de mi bolsillo justamente antes de que llegara Hadley. No tenía para qué haberme molestado. Después de hacer un montón de preguntas que se inclinaban a comprobar la culpa de Fay, demostró que desde hacía tiempo estaba enterado respecto de la cartera.

El doctor Fell frunció el ceño.

—¿Y?

—En lo mejor del interrogatorio se apagó la luz. Alguien debe de haber movido el conmutador principal en la caja de fusibles colocada en el pasillo. Alguien o algo entró precipitadamente aquí...

—Alguien —repitió el doctor Fell—, algo. ¡Por Júpiter, me gusta la elección de

las palabras!

—Quienquiera que fuera, arrojó a un lado a Fay y salió corriendo con la cartera. No vimos nada. Un minuto después yo recogí la cartera afuera. Nada había adentro a no ser los otros tres paquetes de billetes y un poco de polvo arenoso. Hadley se llevó todo, inclusive los billetes que yo tenía ocultos, cuando se fue con Fay en la... en la ambulancia.

Miles apretó los dientes.

—Menciono todo esto —continuó— porque se han hecho tantas insinuaciones respecto a su culpa que me agradecería que se hiciera justicia a este propósito. Cualquiera fuera la razón que tuviera usted para hacerla, doctor Fell, usted me pidió que me pusiera en comunicación con Bárbara Morell y lo hice con resultados sensacionales.

—¡Ah! —murmuró el doctor Fell de una manera vagamente angustiada, porque no quería encontrarse con los ojos de Miles.

—¿Sabía, usted, por ejemplo, que fue Harry Brooke quien escribió una serie de anónimos que acusaban a Fay de tener tratos con hombres por toda la región? Y luego, cuando este cargo no surtió efecto, que Harry despertó la superstición sobornando al joven Fresnac para que se hiciera tajos en su propio cuello y comenzara sus tonterías sobre el vampirismo. ¿Sabía usted esto?

—Sí —asintió el doctor Fell—. Lo sé. Es muy cierto.

—Tenemos aquí —Miles señaló a Bárbara, que abría su bolso— una carta escrita por Harry Brooke la misma tarde del crimen. Se la escribió al hermano de Bárbara, quien —agregó Miles con prisa— no tiene nada que ver con esto. Si usted todavía tiene alguna duda...

El doctor Fell levantó los hombros con perspicaz y penetrante interés.

—¿Tiene usted esa carta? —preguntó—. ¿Puedo verla?

—Con el mayor gusto. ¿Bárbara?

Con bastante desgana, Bárbara entregó la carta. El doctor Fell la tomó, se acomodó los lentes, y pausadamente la leyó toda. Su expresión se tornó aún más ceñuda al ponerla sobre sus rodillas encima del manuscrito y de la fotografía.

—Es una bonita historia, ¿no es así? —dijo amargamente Miles—. Una cosa muy refinada para acorralarla. Pero si nadie se preocupa por Fay dejemos aparte la ética de Harry. El asunto está..., toda esta situación fue causada por una treta urdida por Harry Brooke...

—¡No! —dijo el doctor Fell con voz que sonó como un pistoletazo.

Miles lo miró fijamente.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Miles—. ¿No dice usted que Pierre Fresnac y este cargo grotesco de vampirismo...?

—¡Oh, no! —dijo el doctor Fell sacudiendo la cabeza—. Dejemos al joven

Fresnac y las marcas simuladas de los dientes completamente fuera de nuestro cuadro. No vienen al caso. No las tomemos en cuenta. Pero...

—¿Pero qué?

Después de contemplar el piso, el doctor Fell alzó lentamente la cabeza y miró a Miles en los ojos.

—Harry Brooke escribió un montón de anónimos —dijo— que contenían acusaciones en las que no creía. ¡Ésta es la ironía! ¡Ésta es la tragedia! Porque, aunque Harry Brooke no lo sabía..., ni lo soñaba, no lo habría creído si uno se lo hubiese dicho..., esas acusaciones eran, sin embargo, perfectamente ciertas.

Un silencio.

Un silencio que se alargaba insoportablemente... Bárbara Morell puso suavemente una mano sobre el brazo de Miles. A éste le pareció que entre ella y el doctor Fell brillaba una mirada de entendimiento, pero necesitaba lugar para asimilar el significado de aquellas palabras.

—Considere ahora una explicación —dijo el doctor Fell redondeando las sílabas con un énfasis estruendoso— que pronto engranará tantos factores que enredan este asunto. Fay Seton necesitaba de los hombres. Deseo plantear este tema con delicadeza, así que simplemente lo remitiré a usted a los psicólogos. Es una forma de enfermedad psíquica que la ha torturado desde su juventud.

»No se la puede culpar por ello como por la debilidad de corazón que la acompañaba. En mujeres así constituidas (no son numerosas pero aparecen en los consultorios), la conclusión no termina siempre en un verdadero desastre. Pero Fay Seton, ¿ve usted?, no era emotivamente la clase de mujer para tener esa desviación en su naturaleza; su puritanismo exterior, su delicadeza, su suavidad, sus maneras agradables no fueron fingidas. Son verdaderas. Tener relación con extraños casuales era y es una tortura para ella.

»Cuando fue a Francia como secretaria de Howard Brooke, en mil novecientos treinta y nueve, estaba resuelta a vencerse. ¡Lo haría, lo haría, lo haría! Su comportamiento en Chartres fue irreprochable. Y luego...

El doctor Fell hizo una pausa.

De nuevo tomó la fotografía y la estudió.

—¿Empieza usted a comprender ahora? La atmósfera que siempre la había rodeado tenía un aspecto de... bueno, ¡busque en su memoria! Estaba en ella, la perseguía y la rodeaba. Ésta era la propiedad que llegaba y perturbaba, en todas partes, a las personas con quienes entraba en contacto, aunque ellas no lo comprendieran. Era una propiedad sentida por casi todos los hombres, era una propiedad sentida y amargamente resentida por casi todas las mujeres.

»¡Piense en Georgina Brooke! ¡Piense en Marion Hammond! ¡Piense en...! —el doctor Fell se interrumpió, y parpadeó mirando a Bárbara—. ¿Usted la conoció hace

un momento, señorita?

Bárbara hizo un gesto vago.

—He estado con Fay sólo muy pocos minutos —declaró rápidamente—. ¿Cómo podría decir yo algo? ¡Por cierto que no! Yo...

—¿Quiere pensar otra vez, señorita? —dijo suavemente el doctor Fell.

—Además, ¡ella me gusta! —añadió Bárbara, y se volvió.

El doctor Fell palmeó la fotografía. En ella los ojos, con su ligera ironía y su amargura bajo la expresión lejana, hacían que la presencia de Fay fuera tan viva y activa en este cuarto como el bolso todavía abandonado sobre la cómoda, la tarjeta de identidad que había caído al suelo o la boina negra sobre la cama.

—Ésta es la figura, afable y bien intencionada, que veremos perpleja o sólo en apariencia, a través de los acontecimientos que siguen. —La gran voz del doctor Fell se alzó—. Dos crímenes fueron cometidos. Ambos fueron obra del mismo criminal...

—¿Del mismo criminal? —gritó Bárbara.

El doctor Fell asintió con un movimiento de cabeza.

—El primero —dijo— no fue premeditado, sino temerario y, a su pesar, resultó milagroso; el segundo fue planeado con cautela, trayendo algo de este mundo enigmático a nuestras vidas. ¿Continúo?

## CAPÍTULO XIX

**E**L DOCTOR Fell, mientras hablaba, llenaba distraídamente su pipa de espuma de mar teniendo el manuscrito, la fotografía y la carta aún sobre sus rodillas y su mirada soñolienta fija en un rincón del cielo raso.

—Con el permiso de ustedes me gustaría retrotraerlos a Chartres, a aquel fatal doce de agosto, en que Howard Brooke fue asesinado.

»No soy orador como Rigaud. Podría describirles, en pequeñas frases cortadas, la casa llamada *Beauregard*, el río sinuoso, la torre *Henri Quatre* que aparecía sobre los árboles, y el día cálido y tormentoso sin querer llover. En realidad, Rigaud lo ha hecho. —El doctor Fell palmeó el manuscrito—. Pero quisiera que ustedes comprendieran a aquel pequeño grupo que habitaba *Beauregard*.

»¡Arcontes de Atenas! ¡No podía haber sido peor!

»Fay Seton se había comprometido con Harry Brooke, ella estaba enamorada verdaderamente, o convencida de ello, de un joven desalmado e insensible que nada tenía de recomendable, salvo su juventud y su buen aspecto. ¿Recuerdan ustedes aquella escena, descrita por Harry a Rigaud, en la cual Harry declara su amor y fue primero rechazado?

Bárbara volvió a protestar.

—Pero aquel incidente —exclamó— ¡no era exacto! ¡Nunca ocurrió!

—¡Oh! ¡Ah! —asintió el doctor Fell, moviendo la cabeza con cierta violencia—. ¡Nunca ocurrió! La cuestión es que pudo haber ocurrido en todos sus detalles. Fay Seton debe de haber sabido, en el fondo de su corazón que, a pesar de sus buenas intenciones, no podía casarse con nadie a no ser que estuviera dispuesta a ver su casamiento fracasado a los tres meses por su..., bueno, pasemos.

»Pero esta vez... ¡no! Esta vez era diferente. Las cosas han cambiado totalmente. Esta vez está realmente enamorada, tanto romántica como físicamente, y tendrá éxito. Después de todo, nadie ha podido decir una palabra en contra de ella desde que llegó a Francia como secretaria de Brooke.

»Y durante todo este tiempo Harry Brooke, sin ver nada y agregando lo que creía imaginado por él, ha estado enloqueciendo a su padre con anónimos contra Fay. El único interés de Harry era salir con la suya, ir a París y estudiar pintura. ¿Qué podría interesarle a él una joven silenciosa y bastante pasiva que tendía a zafarse de sus brazos, y que se quedaba medio fría cuando la besaba? ¡Por Júpiter, no! ¡Quería alguien con un poco de vida!

»¿Ironía? Más bien lo creo.

»Y luego vino el estallido figurado de la tormenta. El doce de agosto alguien estoqueó a Brooke. Les mostraré en qué forma.

Miles Hammond se volvió repentinamente, dio unos pasos y se sentó junto al



profesor Rigaud, en el borde de la cama. Ninguno de los dos, aunque por diferentes motivos, había dicho una palabra desde hacía rato.

—Ayer de mañana —continuó el doctor Fell dejando su pipa llena para tomar el paquete del manuscrito y sopesarlo en su mano— mi amigo Georges Rigaud me trajo este relato del caso. Si lo repito en cualquier momento, ustedes dos quizá reconozcan que Rigaud utilizó exactamente las mismas palabras que cuando se lo narró verbalmente.

»También me mostró un cierto bastón de estoque de triste memoria. —El doctor Fell, pestañeando, miró al profesor Rigaud—. ¿Tiene usted ahora... ¡hum!..., por casualidad aquella arma?

Con gesto enojoso y medio asustado, el profesor Rigaud tomó el bastón de estoque y lo arrojó a través del cuarto. El doctor Fell lo agarró con soltura; Bárbara, como si hubiese sido un ataque, retrocedió contra la puerta cerrada.

—¡Ah, demonios! —gritó el profesor Rigaud, y sacudió sus brazos en el aire.

—¿Usted duda de mis observaciones? —interrogó el doctor Fell—. No dudó cuando hoy, temprano, le hice un brevísimo bosquejo.

—¡No, no y no! —dijo el profesor Rigaud—. Es correcto lo que usted dice respecto de esa mujer, Fay Seton; absolutamente correcto. Hago notar que yo dije que las características del vampiro son también, en la leyenda, características de erotismo. ¡Pero, viejo cínico como soy, merezco un castigo porque no vi todo esto por mí mismo!

—Señor —repuso el doctor Fell—, usted reconoce que no se interesa mucho en rastros materiales. Por esto, aun cuando lo estaba escribiendo, no observó...

—¿No observó qué? —dijo Bárbara—. Doctor Fell, ¿quién mató al señor Brooke?

Se oía un distante estrépito de truenos que hacía vibrar los marcos de las ventanas y alarmó a todos. La lluvia, en este junio húmedo, iba a continuar.

—Permítanme que les esboce sencillamente —dijo el doctor Fell— los acontecimientos de aquella tarde. Verán por ustedes mismos las deducciones que se pueden sacar cuando comparen la historia del profesor Rigaud con la de Fay Seton.

»Howard Brooke regresó a *Beauregard* desde el *Crédit Lyonnais* a eso de las tres, llevando la cartera con el dinero. Los pormenores del crimen empiezan propiamente entonces y podemos seguirlos desde ahí. En ese momento, ¿dónde estaban las demás personas de la casa?

»Justamente antes de las tres, Fay Seton salió, llevando una malla de baño y una toalla, para dar un paseo en dirección norte, a lo largo de la ribera. La señora de Brooke estaba en la cocina hablando con la cocinera. Harry Brooke estaba, o había estado, arriba en su cuarto escribiendo una carta. Sabemos ahora que era esta carta.

El doctor Fell la levantó y con una mueca significativa continuó:

—Brooke regresó, entonces, a las tres y preguntó por Harry. La señora de Brooke replicó que estaba arriba en su cuarto. Harry, mientras tanto, creyendo que su padre estaría en la oficina, como también lo creyó Rigaud, véase su testimonio, y ni soñando que venía en camino de su casa, había dejado la carta sin concluir y se había ido al garaje.

»Brooke fue al cuarto de Harry y luego volvió a bajar. Vemos ahora, ¡aquí mismo!, el extraño cambio en la conducta de Howard Brooke. No estaba entonces frenéticamente enojado como lo estuviera antes. Escuchamos como prueba la descripción que hace de él su mujer cuando lo vio bajar la escalera: “Parecía tan lastimoso y tan avejentado, caminaba lentamente como si estuviese enfermo”.

»¿Qué había descubierto arriba en el cuarto de Harry?

»Me anticiparé a la prueba y se lo diré a ustedes. Vio sobre el escritorio de Harry una carta sin terminar, le echó un vistazo, volvió a mirarla y se alarmó, la tomó y la leyó de punta a punta, y todo su mundo honesto y agradable se derrumbó.

»Era un resumen de la estratagema completa de Harry para difamar a Fay Seton, bosquejado con esmero en páginas apretadamente escritas a Jim Morell; anónimos, vergonzosos rumores, el engaño del vampiro; y todo esto había sido escrito por su hijo Harry, su ídolo perfecto, aquel corazón puro, para suciamente inducir a su padre a hacerle el gusto.

»¿Pueden ustedes extrañarse de que enmudeciera? ¿Pueden ustedes extrañarse de que tuviera aquel aspecto cuando bajó las escaleras, y lentamente, ¡cuán lentamente!, se dirigió a lo largo de la ribera hacia la torre? Había citado a Fay Seton para las cuatro. Iba a cumplir aquella cita. Pero veo a Howard Brooke como un hombre íntegro y cabalmente honesto a quien le impresionaría peor que cualquier otra cosa, aquello que había hecho Harry. Se encontraría con Fay Seton en la torre, sí, pero él iría allí a presentar sus excusas.

El doctor Fell hizo una pausa.

Bárbara tembló, echó una mirada hacia Miles, que estaba como hipnotizado y se abstuvo de hablar.

—Sin embargo, volvamos —continuó el doctor Fell— a los hechos conocidos. Brooke, con su gorro de paño y su impermeable, que llevaba puestos en el *Crédit Lyonnais*, fue hacia la torre. Cinco minutos más tarde, ¿quién llegó? Harry, ¡por Júpiter! y supo, por la señora de Brooke, que su padre había vuelto y había preguntado dónde estaba él; “reflexionó un momento rezongando” y luego siguió el rastro de su padre.

El doctor Fell se inclinó con mucha seriedad.

—Respecto de un punto que Rigaud no mencionaba en su relato oficial... No lo menciona porque nadie se preocupó de ello. Nadie creyó que era importante. La única persona que lo ha mencionado es Fay Seton, aunque no estaba allí cuando ocurrió, y

no podía saberlo, absolutamente, a no ser que tuviese un motivo especial para estar enterada.

»Es lo que contó anoche a Miles Hammond. Dijo que cuando Harry salió de la casa tras del señor Brooke, “Harry tomó su impermeable”.

El doctor Fell echó una mirada a Miles.

—¿Recuerda esto, muchacho?

—Sí —dijo Miles venciendo su voz temblona—. ¿Pero por qué Harry no podría haber tomado su impermeable? ¡Después de todo, era un día lluvioso!

El doctor Fell le hizo señas de que callara.

—El profesor Rigaud —continuó el doctor Fell— siguió a ambos, padre e hijo, hasta la torre, bastante tiempo después; en la puerta, inesperadamente, se encontró con Fay Seton.

»La joven le dijo que Harry y su padre estaban discutiendo en la planta de arriba de la torre. Declaró no haber oído una palabra de lo que el padre y el hijo decían, pero sus ojos, atestigua Rigaud, eran los de una persona que recuerda un horrible incidente. Dijo que no quería interrumpir en aquel momento y, en un estado frenético de agitación, se alejó de prisa.

»Arriba, Rigaud encontró a Harry y a su padre también muy agitados. Ambos pálidos y excitados. Harry parecía suplicar mientras que el padre exigía que se le dejara ocuparse de “esta situación”, la que fuere, a su modo, y severamente dijo a Rigaud que se llevara a Harry.

»En ese momento, Harry no tenía puesto ningún impermeable, estaba sin sombrero y sin abrigo, de traje de corderoy, descripto ya por Rigaud. El bastón de estoque, intacto, con la hoja atornillada dentro de la vaina, descansaba contra el parapeto, lo mismo que la cartera que, por algún motivo, estaba ahora abultada.

»Esta palabra extraordinaria me llamó la atención cuando leí el manuscrito por primera vez. “¡Abultada!”

»La cartera, seguramente, no estaba así cuando Howard Brooke mostró su contenido a Rigaud en el *Crédit Lyonnais*. Adentro “solamente”, cito las propias palabras de Rigaud, había cuatro delgados fajos de billetes de banco ingleses. ¡Nada más! Pero ahora, cuando Rigaud y Harry dejaron solo a Brooke en la torre, había algo adentro que la abultaba...

»¡Vean! —agregó el doctor Fell levantando el amarillo bastón de estoque y tratándolo con un extraordinario cuidado; destornilló el mango, extrajo la delgada hoja del bastón hueco, y la mantuvo en alto.

»Esta arma —dijo— fue encontrada separada en dos partes, después del asesinato; la hoja estaba cerca del pie de la víctima y la vaina había rodado contra el parapeto. Las dos mitades no se juntaron hasta mucho después, varios días después del crimen. La policía se las llevó para el examen de los peritos, tales cuales habían

sido encontradas.

»En otras palabras —explicó el doctor Fell con una violencia atronadora— no se juntaron las dos partes hasta mucho después que se hubo secado la sangre. Todavía hay manchas de sangre dentro de la vaina. O *temporal* o *mores*! ¿No les dice nada a ustedes, esto?

El doctor Fell levantó sus cejas con espantosa mímica, y atisbó a sus acompañantes como para apremiarlos.

—¡Tengo una ligera idea de lo que usted piensa, que me espanta! —exclamó Bárbara—. Pero yo..., pero yo no lo veo claro todavía. Todo lo que puedo pensar es...

—¿Qué es? —preguntó el doctor Fell.

—Es en el señor Brooke —dijo Bárbara— cuando salía de la casa después de leer la carta de Harry, andando despacio hacia la torre, intentando comprender lo que había hecho su hijo y tratando de tomar una resolución.

—Sí —dijo tranquilamente el doctor Fell—. Sigámosle.

»Harry Brooke, me animo a jurarlo, se ha de haber sentido un poco mal cuando supo, por su madre, el inesperado regreso del padre a su casa. Harry recordó su carta, sin terminar, que había quedado arriba donde acababa de estar Brooke. ¿La habría leído el anciano? Era lo importante. Entonces Harry se puso un impermeable (créase que lo hizo) y salió tras su padre.

»Llegó a la torre, y vio que Brooke había trepado hasta el tope buscando la soledad que uno necesita cuando se siente herido. Una mirada al rostro de su padre, en la luz opaca de aquella llovizna ventosa, debe de haberle hecho ver que Howard Brooke sabía todo, éste no habrá sido muy lento en largarle lo que acababa de descubrir y Fay Seton, desde la escalera, lo oyó.

»Ella había vuelto de su paseo en dirección norte a lo largo de la ribera, como nos dice, a eso de las tres y media. Todavía no había ido a nadar, su traje estaba aún sobre el brazo. Anduvo rondando por la torre, escuchó las voces frenéticas que venían de arriba y, suavemente, con sus sandalias caladas de suela de goma, trepó las escaleras.

»Fay Seton, parada en la oscuridad de aquella escalera, no solamente oyó sino que vio todo lo que sucedía. Vio a Harry y a su padre, ambos con el impermeable puesto, el bastón amarillo apoyado contra la baranda, la cartera tirada en el suelo mientras Howard Brooke gesticulaba...

»¿Qué violentas recriminaciones vertería el padre en ese momento? ¿Amenazaría con repudiar a Harry? Posiblemente. ¿Juraría que Harry jamás vería a París ni pintaría mientras *él* viviera? Probablemente. ¿Habrá repetido con un desagrado incrédulo todo lo que el hermoso Harry había hecho contra la reputación de la joven que estaba enamorada de él? Casi con seguridad.

»Y Fay Seton lo oyó.

»Pero, disgustada como debía estarlo, tenía que oír y ver algo peor.

»Porque estas escenas a veces se desarrollan fuera de control. Ésta era una. El padre repentinamente se dio vuelta, agotado, dando la espalda a Harry como había de hacerla después. Éste vio sus planes arruinados, vio que la vida tranquila había terminado para él y un impulso asaltó su mente. Con la furia de una criatura, arrebató el bastón de estoque, lo destornilló de su vaina y estoqueó a su padre por la espalda.

El doctor Fell, sintiendo todo su cuerpo incómodo por sus propias palabras, unió las dos partes del bastón de estoque y luego lo puso tranquilamente en el suelo. Se podía haber contado hasta diez durante el silencio en que ni Bárbara, ni Miles, ni el profesor Rigaud, hablaron. Miles se puso de pie lentamente, se le pasaba el estupor, gradualmente vio...

—¿El golpe, entonces, fue dado en ese momento? —preguntó Miles.

—Sí, el golpe fue dado en ese momento.

—¿Y a qué hora?

—En cuanto a la hora —repuso el doctor Fell—, eran casi las cuatro menos diez. El profesor Rigaud, allí, estaba muy cerca de la torre.

»La herida producida por la hoja era honda y aguda e hizo pensar a la víctima que no estaba gravemente herida, como lo vemos en la jurisprudencia médica. Howard Brooke vio a su hijo de pie, pálido y atontado, apenas comprendiendo lo que había hecho. A todo esto, ¿cuáles fueron las reacciones del padre? Si ustedes conocen hombres como Brooke pueden pronosticarlo exactamente.

»Fay Seton, silenciosa y sin ser vista, había corrido escaleras abajo. En la puerta se encontró con Rigaud y se alejó de él. Éste, al oír voces arriba, metió adentro la cabeza y les gritó.

»En su relato Rigaud nos dice que las voces se apagaron instantáneamente. ¡Por Júpiter, lo hicieron!

»Porque, permítanme repetirlo, ¿cuáles eran los sentimientos de Howard Brooke respecto de todo esto? Acababa de oír el llamado de un amigo de la familia, Rigaud, quien estaría arriba tan pronto como pudiera trepar un hombre robusto. El instinto de Brooke, en medio de todo este lío, ¿era denunciar a Harry? Señor de todas las preocupaciones familiares, ¡no! ¡Exactamente lo contrario! Su deseo inmediato y desesperado era ocultar las cosas pretendiendo en alguna forma que nada había sucedido.

»Me parece que fue el padre quien regañó al hijo: —¡Dame tu impermeable!— Y estoy seguro de que fue muy natural que se lo diera.

»Ustedes..., ¡hum!..., ¿ven la intención?

»La espalda de su propio impermeable, al quitárselo rápidamente, tenía una rasgadura por donde corría sangre. Pero un buen impermeable sirve para algo más que guarecer de la lluvia de afuera. También puede impedir que se descubra la sangre

de adentro. Si se pusiera el abrigo de Harry, y en alguna forma dispusiera del propio, podría ocultar aquella fea herida que sangraba en su espalda...

»Ustedes adivinan lo que hizo. Con prisa arrolló su propio impermeable y lo metió dentro de la cartera ajustando las correas. Metió la hoja del estoque otra vez en la vaina, de ahí la sangre que había dentro, apretó el mango, y lo volvió a apoyar. Se puso el impermeable de Harry, y estuvo preparado para evitar el escándalo cuando Rigaud, jadeante, llegó arriba.

»Pero ¡ah! ¡Qué aspecto diferente toma esta escena horripilante sobre la torre si se la lee así!

»El hijo pálido que balbuceaba: “¡Le digo, señor...!” El padre con voz fría y fastidiada: “Por última vez, ¿quieres permitirme tratar este asunto a mi modo?” ¡Este asunto! Y luego, montando en cólera: “¿Quiere llevar a mi hijo de aquí hasta que haya yo arreglado ciertos asuntos a mi propia satisfacción? ¡Llévelo a cualquier parte!” Y Brooke nos volvió la espalda.

»Hubo un estremecimiento en la voz, un frío en el corazón. Usted lo sospechó, mi estimado Rigaud, cuando habló de Harry, vencido y desinflado, que se dejó conducir ciegamente por aquellas escaleras, su mirada hosca en el bosque, mientras que, en nombre de Dios, él pensaba qué estaría haciendo el anciano.

»Bueno ¿qué iba a hacer el anciano? Se iría a casa, seguramente, con aquel aludido impermeable decorosamente escondido en su cartera. Allí podría ocultar el escándalo. ¡El hijo había intentado matarlo! Ésta era la peor reacción de todas. Se iría a su casa y luego...

—¡Continúe por favor! —incitó el profesor Rigaud castañeteando los dedos en el aire mientras la voz del doctor Fell se desvanecía—. Ésta es la parte que no veo. Se iba a su casa. ¿Y entonces...?

El doctor Fell alzó la vista.

—Vio que no podía hacerlo —dijo simplemente el doctor Fell—. Howard Brooke supo que se estaba desvaneciendo y sospechó que podía morir.

»Comprendió bien claro que no podía bajar aquella empinada escalera de caracol, de cuarenta pies de altura, sin caerse para adelante en el vacío. Lo encontrarían allí desmayado, si no peor, con el impermeable de Harry puesto y el suyo agujereado y manchado de sangre en la cartera. Se harían preguntas. Los hechos, correctamente interpretados, condenarían manifiestamente a Harry.

»Ahora bien, este hombre quería verdaderamente a su hijo. Aquella tarde había tenido dos revelaciones ofuscadoras. Estaba resuelto a ser muy severo con el muchacho, pero no podía ver a Harry, su pobre Harry idolatrado, en un serio aprieto e hizo lo obvio, lo único posible, para demostrar que había sido atacado después de la partida de su hijo.

»Con sus últimas fuerzas, sacó su impermeable de la cartera y se lo volvió a

poner. El de Harry, ahora también con manchas de sangre, lo metió dentro de ella. En alguna forma debía deshacerse de esta cartera. En un sentido era fácil porque había agua justamente abajo. Pero no podía simplemente dejarla caer por el borde, aunque la policía de Chartres, en su teoría del suicidio, creyó que impensadamente pudo haberla tirado. No podía arrojarla por el motivo, no muy recóndito, de que la cartera flotaría.

»Sin embargo, en el almenado del lado del río, se desmoronaban grandes trozos de roca suelta. Éstos podrían ser arrancados y metidos dentro, ajustadas las correas, la pesada cartera se hundiría.

»Consiguió arrojarla, extraer el bastón estoque de su vaina, limpiar el mango de todo rastro del tacto de Harry (por esto sólo se hallaron sus propias impresiones digitales en él), y tirar las dos partes al suelo. Luego Howard Brooke sufrió un colapso. No estaba muerto cuando lo encontró la criatura que dio el grito. Tampoco lo estaba cuando llegaron Harry y Rigaud. Murió en brazos de su hijo, colgándose conmovedoramente de él y tratando de asegurar a su asesino que todo estaba bien.

»¡Que Dios le dé descanso! —añadió el doctor Fell levantando lentamente sus manos para ahuecarlas sobre los ojos.

Por un tiempo, la respiración jadeante del doctor Fell era el único ruido en la habitación. Algunas gotas de lluvia salpicaban en las ventanas.

—Señoras y señores —dijo quitando las manos de los ojos y mirando seriamente a sus acompañantes—. Someto a ustedes lo siguiente. Lo someto como lo pude haber hecho anoche, después de leer el manuscrito y oír el relato de la historia de Fay Seton, como única explicación posible de cómo encontró la muerte Howard Brooke.

»¡Las manchas dentro del bastón de estoque que comprobaban cómo la hoja debió de ser metida en la vaina y extraída otra vez antes que fuera hallada! ¡La cartera abultada! ¡El impermeable de Harry que desaparece! ¡Los trozos de roca que faltan del almenado! ¡La extraña cuestión de las impresiones digitales!

»Porque el secreto de este aparente milagro que no hubo de ser ningún misterio, consiste en el hecho muy sencillo de que el impermeable de una persona se asemeja mucho al de otra.

»No ponemos nuestro nombre en los impermeables. No son de color distinto. Se hacen sólo de unas pocas medidas usuales y sabemos que Harry Brooke “en peso y en estatura”, según Rigaud, era como su padre. Sobre todo entre ingleses, es cuestión de orgullo, hasta de casta y de caballerosidad, que el impermeable sea lo más viejo y despreciable mientras que no ofenda la vista. Cuando vayan a un restaurante, observen la fila de objetos sucios y manchados colgando de las perchas y ustedes me comprenderán.

»Aquí nuestro amigo Rigaud jamás se imaginó que había visto a Brooke con dos diferentes abrigos en dos oportunidades distintas. Y como Brooke fue encontrado

moribundo con su propio impermeable puesto, ninguno jamás lo sospechó, nadie, es decir, excepto Fay Seton.

El profesor Rigaud se puso de pie y dio unos pasos de extremo a extremo en la habitación.

—¿Ella lo supo? —interrogó.

—Indudablemente.

—Pero después de verla yo un momento en la puerta de la torre, cuando huyó de mí, ¿qué hizo ella?

—Se lo puedo decir —dijo tranquilamente Bárbara.

El profesor Rigaud fastidiado y fastidioso, hizo gestos como para intentar acorralarla.

—¿Usted, *mademoiselle*? ¿Cómo es posible que lo sepa?

—Puedo decírselo —repuso Bárbara con sencillez— porque es lo que hubiese hecho yo misma. —Sus ojos brillaban con una luz de dolor y simpatía—. ¡Por favor, déjeme continuar! ¡Lo veo!

»Fay salió a nadar al río como dijo que lo había hecho. Quería refrescarse y sentirse purificada. Se había realmente, realmente enamorado de Harry Brooke. En tales circunstancias sería fácil —Bárbara movió la cabeza— convencerse a sí misma... ¡Bueno!... que el pasado era el pasado y que ésta era una nueva vida.

»Además, apenas subió a la torre había oído... había oído lo que Harry decía de ella. ¡Como si por instinto supiera que era la verdad! Como si el mundo entero pudiese mirarla y saber que era verdad. Ella había visto a Harry herir a su padre pero no creía que Brooke estuviese gravemente herido.

»Fay se sumergió en el río y nadó hacia la torre. No hubo testigos por ese lado, ¡recuerden! y, por supuesto —exclamó— ¡ella vio caer la cartera desde la torre! —Bárbara ardiendo con la nueva comprobación se volvió hacia el doctor Fell—. ¿No es esto verdad?

El doctor Fell inclinó gravemente la cabeza.

—Eso, señorita, es dar en el clavo.

—Se zambulló y recogió la cartera, la llevó consigo al salir del río y la ocultó en el bosque. Fay, por cierto, no sabía lo que estaba sucediendo y hasta más tarde no comprendió lo que pudo haber ocurrido. —Bárbara vaciló—. Miles Hammond me contó, al venir aquí, su propia historia. Creo que no comprendió lo que había pasado hasta...

—Hasta —completó Miles con una amargura muy intensa— hasta que Harry Brooke se precipitó al encuentro de ella, transpirando una impresión hipócrita, y gritó: “¡Dios mío, Fay, alguien ha matado a papá!” No es extraño que Fay pareciera un poco cínica cuando me lo contó.

—¡Un momento! —dijo el profesor Rigaud. Después de dar primero esa



impresión de estar brincando, aunque en realidad no se movía, el profesor Rigaud levantó su dedo índice imponentemente.

—En este cinismo empiezo a ver el sentido de muchas cosas —declaró—. ¡Al diablo! ¡Sí! ¡Esa mujer —sacudió su dedo índice— esa mujer posee ahora la prueba que puede mandar a Harry Brooke a la guillotina! —Miró al doctor Fell—. ¿No es así?

—Usted también —asintió el doctor Fell— ha dado en el clavo.

—En esa cartera —continuó Rigaud con la cara hinchada— están las piedras utilizadas para darle peso y el impermeable de Harry manchado de sangre por dentro en el lugar de la herida del padre. Convencerá a cualquier tribunal, demostrará la verdad. —Hizo una pausa para reflexionar—. Sin embargo, Fay Seton no utilizará esta prueba.

—Claro que no —dijo Bárbara.

—¿Por qué dice usted «claro que no», *mademoiselle*?

—¿No lo ve usted? —exclamó Bárbara—. Ella había alcanzado un estado tal... de cansancio, de amargura, cuando en realidad bien podía reír. Ya no la afectaba, ni siquiera le interesaba denunciar lo que era Harry.

»¡Ella era la ramera por afición! ¡Él era el asesino e hipócrita por afición! Seamos indulgentes con las flaquezas de cada uno y sigamos nuestro camino en un mundo donde de todos modos nada saldrá bien. Yo... yo no quiero parecer tonta, pero así es como, verdaderamente, debe de sentirse una en situaciones como ésta.

»Creo que se lo dijo a Harry Brooke —añadió Bárbara—. Creo que le dijo que no lo iba a descubrir, a no ser que la policía la detuviera. Pero conservaría aquella cartera con su contenido, oculta donde nadie la encontrara, en caso de que la policía se metiera con ella.

»¡Y ella conservó la cartera! ¡Es así! ¡La conservó durante seis largos años! La trajo a Inglaterra consigo. Siempre la tenía al alcance de la mano, pero nunca tuvo motivo para tocarla hasta..., hasta...

La voz de Bárbara iba apagándose, su mirada pareció de pronto vagamente atemorizada, como si creyera que su propia imaginación la había llevado demasiado lejos, pues el doctor Fell, con ojos bien abiertos y resoplando con interés, se había inclinado a la expectativa.

—¿Hasta...? —insistió el doctor Fell con voz hueca como el viento en el túnel del subterráneo—. ¡Arcontes de Atenas! ¡Lo está acertando! ¡No se detenga ahí! ¿Fay Seton no tuvo ningún motivo para tocar la cartera hasta...?

Pero Miles Hammond apenas lo escuchó. Odio puro brotaba de su garganta y lo ahogaba.

—¿Así que Harry Brooke se salió con la suya? —dijo Miles.

Bárbara se volvió hacia él.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su padre lo defendió —Miles hizo un gesto violento— hasta cuando Harry se inclinó sobre un moribundo y profirió: «¿Quién te lo hizo papá?». Ahora sabemos que Fay Seton también lo defendió.

—¡Tranquilidad, muchacho! ¡Tranquilidad!

—Los Harry Brooke de este mundo —dijo Miles— siempre salen con la suya. No pretendo adivinar si es suerte, oportunidad o algún don celestial de su propia naturaleza. Aquel hombre debió ir a la guillotina o pasar el resto de su vida en la isla del Diablo. En su lugar es Fay Seton, que jamás hizo el menor daño a nadie, quien... —su voz se alzó—. ¡Por Dios, me gustaría haberme encontrado con Harry Brooke hace seis años! ¡Daría mi vida por ajustar cuentas con él!

—No es difícil —observó el doctor Fell—. ¿Le gustaría ajustar cuentas con él ahora?

El estrépito de un trueno cuyos ecos cortados retumbaban sobre los techos llegó hasta dentro de la habitación. Las gotas de agua pasaban por encima del doctor Fell sentado junto a la ventana con su semblante no tan rojo ahora y con la pipa apagada en la mano. Éste alzó la voz.

—¿Está usted ahí afuera, Hadley? —gritó.

De un salto, Bárbara se alejó de la puerta, miró fijo, y, tanteando llegó al pie de la cama. El profesor Rigaud utilizó una interjección francesa que no se escucha a menudo entre gente educada.

Y entonces todo pareció suceder en seguida. Cuando una brisa cargada de lluvia penetró por la ventana haciendo balancear la lámpara que pendía sobre la cómoda, un gran peso dio contra la puerta cerrada del lado del pasillo. El picaporte giró apenas, pero frenético como si unas manos pelearan por él. Se abrió entonces la puerta de golpe rebotando contra la pared. Tres hombres que trataban de mantenerse en pie mientras luchaban, entraron a los sacudones forcejeando juntos y casi se caen al chocar contra la caja de latón.

A un lado estaba el inspector Hadley tratando de agarrar los puños de alguien, al otro había un inspector de policía uniformado, en el medio...

—Profesor Rigaud —la voz del doctor Fell era clara—, ¿quiere usted tener la bondad de identificarnos a este hombre? ¿Al hombre que está en el medio?

Miles Hammond miró los ojos fijos, las comisuras de los labios contraídas, las piernas retorcidas que pegaban a sus capturadores con una fuerza musculosa y maligna y fue él quien contestó.

—¿Identificarlo?

—Sí —dijo el doctor Fell.

—¡Oiga usted! —exclamó Miles—. ¿Qué es todo esto? ¡Es Steve Curtis, el novio de mi hermana! ¿Qué intentan hacer?

—Intentamos —tronó el doctor Fell— hacer una identificación. Y me parece que la hemos hecho, pues el hombre que se llama a sí mismo Stephan Curtis es Harry Brooke.

## CAPÍTULO XX

**F**EDERICO, el mayordomo del restaurante Beltring, siempre complacía al doctor Fell hasta cuando solicitaba una habitación particular a último momento en uno de los pocos lugares del West End, donde se puede conseguir comida un domingo.

Al ver aparecer a los invitados del doctor Fell, Federico se congeló: eran el profesor Rigaud, el señor Hammond y la pequeña rubia señorita Morell, las mismas tres personas que habían estado en casa de Beltring dos noches antes.

Ningún invitado parecía contento, especialmente por el gesto que el mayordomo consideraba muy cauto de su parte, al instalarlos en el mismo comedor privado de antes, la habitación utilizada por el *Murder Club*. Observó que aparentaban comer más bien por deber que por alguna apreciación del menú y no pudo ver que sus semblantes eran aún más extraños cuando se sentaron alrededor de la mesa.

—Tomaré ahora mi medicina —se lamentó el profesor Rigaud—. Continúe.

—Sí —dijo Miles sin mirar al doctor Fell—. Continúe.

Bárbara callaba.

—¡Vean ustedes! —declaró el doctor Fell, haciendo gestos grandes y vagos de angustia, que hicieron caer cenizas de su pipa sobre su chaleco—. ¿No querrían esperar hasta...?

—No —dijo Miles fijando su vista en un salero.

—Entonces les pido —prosiguió el doctor Fell— que mentalmente vuelvan a Greywood, anoche, cuando llegué con Rigaud en su misión romántica de prevenirlo a usted contra el vampirismo.

—También deseaba echar un vistazo —observó el profesor un poco culpable—, a la biblioteca de Sir Charles Hammond. Pero durante todo el tiempo que estuve en Greywood el único cuarto que no vi fue la biblioteca. Así es la vida.

El doctor Fell miró a Miles.

—Usted, Rigaud y yo estábamos en la sala —agregó— y acababa usted de repetirme la relación de Fay Seton sobre el asesinato de Brooke.

»Resolví que Harry Brooke era el asesino. ¿Pero su móvil? Fue ahí donde tuve la vislumbre de una suposición, basada en su descripción de la risa histérica de Fay cuando le preguntó si se había casado con Harry, de aquellos anónimos, de aquellos rumores calumniosos; era todo un golpe preparado por el desagradable Harry.

»¡Fíjense! Jamás supuse que los informes eran ciertos, hasta que esta tarde Fay Seton me lo dijo ella misma en el hospital. Daba un sentido tan claro a todo lo que estaba oscuro, completaba el cuadro; pero yo jamás lo sospeché.

»Veía una mujer inocente calumniada por el hombre que aparentaba estar enamorado de ella. ¿Si suponemos que Howard Brooke lo descubrió por la carta misteriosa que Harry estaba escribiendo aquella tarde del crimen? En ese caso, la

persona que necesitábamos encontrar era el igualmente misterioso Jim Morell que recibía las cartas.

»Esta hipótesis explicaría por qué Harry mató a su padre. Probaría a Fay tan inocente de todo, excepto, ¡por alguna razón suya!, de ocultar la cartera que fue arrojada al río y encubrir a Harry. En cualquier caso el cargo de vampirismo era absurdo. Justamente les estaba diciendo esto a ustedes cuando...

»Oímos un tiro de revólver proveniente del piso alto y descubrimos lo ocurrido a su hermana.

»Y nada comprendí.

»¡Sin embargo! Permítanme reunir algunos datos que vi por mí mismo, ciertos informes que usted me dio y otros de su hermana Marion cuando estuvo en condiciones de declarar, antes de que nosotros saliéramos de Greywood. Permítame que le demuestre cómo se hizo todo el juego bajo sus ojos.

»El sábado de tarde, a las cuatro, se encontró usted con su hermana y “Stephan Curtis” en la estación de Waterloo. En el salón de té usted arrojó su granada de mano, aunque, por cierto, no lo supo en aquel momento, al anunciar que había comprometido a Fay Seton a venir a Greywood. ¿Es exacto?

—¡Steve! ¡Steve Curtis! —Con resolución, Miles alejó de su mente la cara que sin cesar aparecía entre él y las llamas de las velas—. Sí —asintió Miles—, es exacto.

—¿Cómo recibió la noticia el supuesto Stephan Curtis?

—A la luz de lo que ahora sabemos —replicó Miles secamente— no sería la verdad completa decir que no le agradó, pero nos advirtió que no podía volver con nosotros aquella tarde a Greywood.

—¿Sabía usted que no podía regresar con ustedes a Greywood aquella tarde?

—¡No! Ahora que lo dice, sorprendió tanto a Marion como a mí. Steve empezó a hablar con bastante prisa respecto de una repentina crisis en la oficina.

—¿En algún momento se mencionó al profesor Rigaud? ¿Estaba enterado «Curtis» de que usted se había encontrado con Rigaud?

Miles se restregó los ojos con su mano reconstruyendo la escena. Vio, en forma borrosa que afirmaba su maldad, a «Steve» jugueteando con su pipa, a «Steve» poniéndose el sombrero y a «Steve» riéndose en una forma temblorosa.

—¡No! —respondió—. Pensándolo bien ni siquiera sabía que había ido yo a una sesión del *Murder Club* o lo que fuera éste. Dije algo sobre «el profesor», pero puedo jurar que nunca mencioné el nombre de Rigaud.

El doctor Fell se inclinó con una benevolencia aterradora en su rostro rosado.

—*Fay Seton* —dijo suavemente el doctor Fell— *todavía tenía la prueba que podía mandar a Harry Brooke a la guillotina. Pero si se veía libre de Fay Seton, ¿habría alguien que relacionara a «Stephan Curtis» con Harry Brooke?*

Miles iba empujando hacia atrás su silla.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó—. ¿Usted cree?

—¡Suavemente! —instó el doctor Fell moviendo una mano mesmeriana antes de que sus lentes se torcieran—. Pero, aquí, ¡aquí está la cuestión en la que quisiera que aguce la memoria! Durante aquella conversación cuando usted, su hermana y su llamado Curtis estaban presentes, ¿se habló de cuartos?

—¿De cuartos?

—¡De dormitorios! —insistió el doctor Fell con aire de un monstruo acechando en emboscada—. ¡De dormitorios! ¿Eh?

—Bueno, sí. Marion dijo que iba a poner a Fay en su dormitorio y ella se mudaría a un cuarto mejor que acabábamos de decorar en el piso bajo.

—¡Ah! —dijo el doctor Fell moviendo varias veces la cabeza—. Me parece que le oí hablar, en Greywood, sobre el estado de los dormitorios. ¡Así que su hermana quería poner a Fay Seton en el dormitorio de ella! ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! ¿Pero no lo hizo?

—No. Lo quiso hacer aquella noche pero Fay se rehusó, prefirió el cuarto de la planta baja a causa de su corazón. Eran menos escaleras para subir.

El doctor Fell señaló con su pipa.

—Pero suponga —sugirió— que se crea que Fay Seton fuese a estar en el dormitorio de arriba, en el fondo de la casa. Suponga que para asegurarse mejor, se vigile la casa. Se esconde uno entre los árboles detrás de la casa, se observa una serie de ventanas con las cortinas descorridas y, un poco antes de media noche, ¿qué se ve?

»Se ve a Fay Seton, de camisón y bata, caminando lentamente, yendo y viniendo delante de aquellas ventanas.

»A Marion no se la puede ver, está sentada en una silla del otro extremo del cuarto, junto a la mesilla de noche. Tampoco se puede verla por las ventanas del lado este porque están corridas las cortinas. Pero a Fay Seton se la puede ver.

»Y suponga, además, que en las primeras horas oscuras de la mañana, se desliza uno dentro de la penumbra del dormitorio, resuelto a un crimen esmerado y artístico. Se va a matar a alguien dormido en la cama, y al acercarse se percibe un muy débil vaho de perfume, una fragancia característica siempre asociada a Fay Seton.

»No se puede saber, por supuesto, que Fay ha obsequiado con un frasquito de este perfume a Marion Hammond y que está ahora sobre la mesilla de noche. Pero no se puede saberlo, solamente se aspira la fragancia de aquel perfume. ¿Todavía tiene usted alguna duda?

Miles lo había visto llegar desde la primera observación del doctor Fell, pero ahora la imagen se le aparecía.

—¡Sí! —dijo con énfasis el doctor Fell—. Harry Brooke, alias Stephan Curtis, planeó un hábil asesinato y se equivocó de mujer.

Hubo un silencio.

—¡Empero! —agregó el doctor Fell haciendo un gesto con el brazo que arrojó

una taza de café al extremo del pequeño comedor sin que nadie lo notara—. ¡Empero! Estoy otra vez dando rienda suelta a mi costumbre deplorable de anticipar la prueba.

»Anoche, hay que admitirlo, estaba yo realmente desorientado con respecto al asesinato de Brooke, creía que Harry lo había hecho, creía que después Fay Seton había tomado la cartera con su maldito impermeable adentro, y que todavía lo tenía; en realidad se lo insinué bastante a ella con una pregunta sobre la natación bajo el agua. Pero nada parecía explicar este ataque misterioso a Marion Hammond.

»Ni siquiera una incidencia de la mañana siguiente abrió del todo estos ojos, fue la primera vez que vi al “señor Stephan Curtis”.

»Había regresado de Londres, en apariencia muy animado y garboso, ambuló dentro de la sala mientras usted —el doctor Fell volvió a mirar seriamente a Miles— hablaba por teléfono con la señorita Morell. ¿Lo recuerda?

—¡Sí! —dijo Miles.

—Me acuerdo de la conversación —dijo Bárbara—, pero...

—En cuanto a mí —tronó el doctor Fell— estaba justamente detrás de él trayendo una taza de té en una bandeja. —El doctor Fell frunció la cara con intensa concentración—. Sus palabras a la señorita Morell, para los oídos de «Stephan Curtis» eran..., ¡hum!..., casi con exactitud las siguientes:

»“Anoche hubo aquí un asunto muy malo”, dijo usted a la señorita Morell. “Algo ocurrió en el cuarto de mi hermana que sobrepasa el entendimiento humano.” Usted interrumpió al empezar otra frase cuando entró “Stephan Curtis”.

»Instantáneamente se levantó a tranquilizarlo, con una fiebre de atenciones para que no se preocupara. “Todo está bien”, le dijo. “Marion lo pasó muy mal pero se va a poner buena”. ¿También recuerda usted esto?

Con toda claridad Miles veía a «Steve» parado ahí, con su cuidado traje gris, con el paraguas arrollado bajo el brazo, de nuevo veía el color desaparecer de la cara de «Steve».

—No podía ver su cara —era como si el doctor Fell misteriosamente respondiera a los pensamientos de Miles— pero oí alzarse un par de octavas la voz de este caballero cuando dijo: «¿Marion?». ¡Con ese tono!

»Señor, le digo que si mi juicio trabajara mejor por la mañana, como no sucede, aquella única palabra hubiese puesto todo al descubierto. “Curtis” quedó completamente estupefacto. ¿Pero por qué habría de estarlo? Acababa de oírle decir a usted que algo malo había ocurrido en el cuarto de su hermana.

»Supongamos que regreso a casa y oigo decir a alguien por teléfono que algo muy malo ha ocurrido en el cuarto de mi mujer, ¿no presumo, naturalmente, que un accidente o lo que fuera ha ocurrido a mi mujer? Y me cargo de sorpresa al oír que la víctima es mi mujer y no mi tía Marta de Hacney Wick.

»Esto lo desorientó.

»Desgraciadamente, en el momento no lo vi claro.

»¿Recuerda usted lo que hizo él inmediatamente después? Deliberadamente levantó su paraguas y con toda frialdad y premeditación lo hizo pedazos contra el borde de la mesa. Se supone que “Stephan Curtis”, así lo pretende, es hombre impasible. Pero éste era Harry Brooke pegando a la pelota de tenis. Era Harry Brooke que no conseguía lo que quería.

Miles Hammond se asombraba al repasar su memoria.

La cara bien parecida de «Steve» era la cara de Harry Brooke. El cabello rubio era el de Harry Brooke. Miles reflexionó que Harry no se había encanecido prematuramente por los nervios como había dicho el profesor Rigaud que sucedería, había perdido el pelo y por alguna razón era grotesco pensar en Harry Brooke casi pelado.

Por esto lo creían de más años. «Steve» podía estar aproximándose a los cuarenta, pero nunca habían sabido ellos su edad.

*Ellos quería decir él y Marion.*

Miles se despabiló con la voz del doctor Fell.

—Este caballero —continuó ásperamente el doctor Fell— vio su treta burlada. Fay Seton vivía, estaba ahí en la casa. Y sin pensar, un momento después usted le provocó una impresión más violenta. Le dijo que otra persona que lo conocía como Harry Brooke, el profesor Rigaud, estaba en Greywood y en efecto dormía arriba en el propio cuarto de «Curtis».

»¿Duda usted de que se diera vuelta y fuera a la estantería de libros a ocultar su cara?

»El desastre lo acechaba ahora a cada paso que daba. Había intentado matar a Fay Seton y en su lugar casi mató a Marion Hammond. Con este plan perdido...

—¡Doctor Fell! —dijo suavemente Bárbara.

—¡Eh! —tronó el doctor Fell sacado de su profunda meditación—. ¡Oh! ¡Ah! ¡Señorita Morell! ¿Qué pasa?

—Sé que soy una entremetida. —Bárbara deslizaba su dedo sobre el borde del mantel—. No tengo verdadera incumbencia en este asunto, excepto la de quien quisiera ayudar y no puede. Pero —los ojos grises se alzaron implorantes—, pero por favor, *por favor*, antes de que el pobre Miles se vuelva loco y quizá también el resto de nosotros, ¿quiere decirnos usted qué hizo este hombre para asustar tanto a Marion?

—¡Ah! —dijo el doctor Fell.

—Harry Brooke —dijo Bárbara— es un gusano venenoso, pero no es inteligente. ¿De dónde concibió la idea de lo que usted llama un crimen «artístico»?

—*Mademoiselle* —dijo el profesor Rigaud con un aire de poderosa melancolía, como Napoleón en Santa Elena—, la concibió por *mí*, y yo a mi vez de un incidente en la vida del conde Cagliostro.



—¡Evidentemente! —suspiró Bárbara.

—*Mademoiselle* —dijo afiebrado el profesor Rigaud golpeando la palma de la mano contra la mesa—, ¿quiere complacerme no diciendo “evidentemente” en ocasiones erradas? ¡Explique por favor —el golpeteo se hizo frenético— cuando quiere decir “evidentemente” y cómo podría usted decir “evidentemente”!

—Lo siento —Bárbara, desamparada, miró alrededor—, solamente quise decir que usted no dijo que se lo había pasado disertando con Harry Brooke sobre el crimen y lo oculto...

—¿Pero qué hay de oculto en esto? —preguntó Miles—. Antes de que usted llegara esta tarde, doctor Fell, nuestro amigo Rigaud habló mucha jergonza sobre este asunto. Dijo que lo que había asustado a Marion era algo que ella había oído y sentido pero no visto. Esto es imposible ante el caso.

—¿Por qué imposible? —preguntó el doctor Fell.

—¡Bueno! ¡Porque debe de haber visto algo! Después de todo, ella le disparó un tiro...

—¡Oh no, no lo hizo! —exclamó bruscamente el doctor Fell.

Miles y Bárbara se miraron.

—Pero un tiro —insistió Miles— fue disparado de aquel cuarto cuando nosotros los oímos.

—¡Oh, sí!

—Entonces, ¿contra quién lo dispararon? ¿Contra Marion?

—¡Oh, no! —repuso el doctor Fell.

Bárbara puso suavemente una mano sobre el brazo de Miles para calmarlo.

—Tal vez fuera mejor —sugirió ella— si dejáramos que el doctor Fell lo diga a su modo.

—Sí. —El doctor Fell, sintiéndose incómodo, miró a Miles—. Creo... ¡hum!... que estoy intrigándolos un poco —dijo con tono de verdadera angustia.

—Extraño o como pueda parecerle, sí lo está.

—Sí. Pero no había intención alguna de intrigar. Vea usted, yo debí de haber comprendido desde el principio que su hermana nunca pudo haber disparado aquel tiro. Sufría un relajamiento, su cuerpo entero, como en todos los casos de conmoción, estaba completamente debilitado y enervado, y sin embargo, cuando primero la vimos, sus dedos apretaban el puño del revólver.

»Ahora bien, esto es imposible. Si ella hubiese disparado un tiro antes de sufrir el colapso, el solo peso del revólver lo habría hecho caer de sus manos. Señor, significa que sus dedos fueron después cuidadosamente *colocados* sobre el revólver, con una muy pequeña desviación para hacernos perder la pista a todos.

»Pero nunca lo comprendí hasta esta tarde cuando con mi modo atolondrado meditaba yo sobre la vida de Cagliostro. Me encontré repasando varios incidentes de

su carrera. Recordé su iniciación en la logia de una sociedad secreta en la Taberna de la Cabeza del Rey en Gerrard Street.

»Con franqueza confieso que soy muy aficionado a las sociedades secretas. Pero debo señalar que las reuniones de iniciados en el siglo XVIII no eran exactamente las invitaciones de hoy a tomar té en Cheltenham. Eran siempre enervadoras, a veces peligrosas. Cuando el Gran Duende daba una orden de vida o muerte, el neófito nunca estaba seguro de si realmente no se le proponía.

»¡Veámoslo!

»Cagliostro, con los ojos vendados y de rodillas, ya había pasado por un momento enervante. Finalmente le dijeron que debía probar su fidelidad a la orden, aunque significara su muerte. Le pusieron una pistola en la mano y le dijeron que estaba cargada, que se apuntara a la cabeza y apretara el gatillo.

»El aspirante creyó entonces, como cualquiera en su caso, que se trataba sólo de un engaño y que el percutor caería en el arma descargada, pero en aquel preciso segundo que alcanza hasta la eternidad, cuando apretó el gatillo...

»Cagliostro disparó el arma y, en lugar de un golpe seco, resonó un estruendoso estallido, el fogonazo de la pistola y el sorprendente impacto de la bala.

»Por supuesto ocurrió que la pistola en su mano *estaba* descargada, pero en el preciso instante en que apretó el gatillo, una persona sosteniendo otra pistola junto a su oído, apuntando lejos de él, había disparado un tiro real que rozó su cabeza. Jamás olvidó aquel único instante cuando sintió, o creyó sentir, el estallido de la bala dentro de su propia cabeza.

»¿Cómo podría servir esta idea para un asesinato? ¿Para asesinar a una mujer de corazón débil?

»En medio de la noche, uno llega hasta arriba, atonta a su víctima antes de que pueda llamar con alguna substancia suave que no dejará rastros, sostiene sobre la sien la fría boca de la pistola vacía y durante varios minutos, minutos terribles y lentos en las primeras horas de la mañana, se le susurra.

»Le explica que la va a matar. La voz susurrante continúa repitiéndoselo. Ella no puede ver una segunda pistola cargada con balas verdaderas.

»A su debido tiempo, así está planeado, se hará fuego cerca de la cabeza, pero no tan próximo como para que la expansión de los gases deje señales de pólvora sobre ella, se pondrá luego el revólver en la mano de la víctima, después de su muerte se creará que ella tiró contra algún ladrón imaginario, algún intruso o fantasma y que nadie estuvo allí.

»Se le continúa, pues, susurrando, multiplicando los terrores en la oscuridad, se le explica que la hora se acerca, muy lentamente se aprieta el gatillo del arma descargada para hacerla retroceder. Ella escucha el ruido grasiento del percutor que retrocede... lenta, muy lentamente... cruje más lejos... el gatillo en su extremo antes

de percutir y entonces...

»¡Huac!

El doctor Fell golpeó la mano con fuerza contra la mesa. No era sino el ruido de una mano que golpea madera, y sin embargo los tres oyentes saltaron como si hubiesen visto el fogueo y oído el tiro. Hasta las velas en los candelabros se sacudieron y saltaron. Bárbara, con el rostro pálido, se levantó y se alejó de la mesa.

—¡Vea usted! —dijo Miles—. ¡Al diablo con todo!

—Yo... ¡hum!... les pido perdón —dijo el doctor Fell con un gesto contrito y afirmando sus lentes sobre la nariz—. La intención no fue trastornar a nadie, pero era necesario hacerles comprender la *diablerie* de la treta.

»Con una mujer de corazón débil no había duda, era seguro. Discúlpeme, mi estimado Hammond, usted ha visto lo que ocurrió en el caso de una mujer sana como su hermana.

»Nadie, confesémoslo, tiene hoy en día nervios demasiado tranquilos, especialmente en lo referente a topetazos y a detonaciones. Usted dijo que a su hermana no le gustaban las incursiones aéreas ni la bomba v. Era la única cosa que podría haberla asustado, como ha ocurrido.

»Y, ¡por Júpiter, señor! Si está usted preocupado por su hermana, si lamenta lo ocurrido, si está pensando cómo lo tomará cuando sepa todo esto, pregúntese a usted mismo lo que le hubiera tocado en suerte si ella se hubiese casado con “Stephan Curtis”.

—Sí —dijo Miles poniendo sus codos sobre la mesa y las manos sobre las sienes—. Sí. Comprendo. Siga.

—¡Hum! —dijo el doctor Fell—. Una vez descubierta la treta, esta tarde temprano —continuó—, todo el plan se desenvolvió en seguida por sí solo. ¿Por qué alguien habría de atacar a Marion Hammond en esta forma?

»Recordé la interesante reacción del “señor Curtis” al comunicarle que había sido *Marion* la asustada. Recordé las observaciones de usted respecto de los dormitorios. Recordé la figura de una mujer en camisón y bata, yendo y viniendo delante de las ventanas con las cortinas descorridas. Recordé el frasco de perfume. Y la respuesta fue que nadie había intentado asustar a Marion Hammond. La presunta víctima era Fay Seton.

»Pero, en ese caso...

»Ante todo recordará usted que fui al dormitorio de su hermana. Quería ver si el agresor había dejado algún rastro.

»No hubo violencia por cierto. El asesino ni siquiera necesitó atar a su víctima. Después de los escasos primeros minutos no habrá tenido ni que agarrarla; podía utilizar sus dos manos para sus revólveres, uno cargado y el otro no, porque la boca de la pistola en la sien sería suficiente.

»Era casi imposible que la mordaza, que *debió* de haber, hubiese dejado señales en sus dientes o en su cuello, ni tampoco rastros de nada en el piso alrededor de la cama.

»En el dormitorio, se presentaba un cuadro espantado por la angustia en la persona del “señor Stephan Curtis”. ¿Por qué a “Stephan Curtis” habría de interesarle la muerte de una completa extraña para él como Fay Seton, por medio de una treta tomada de la vida de Cagliostro?

»Cagliostro sugirió al profesor Rigaud. El profesor Rigaud sugirió a Harry Brooke cuando lo instruía en asuntos de...

»¡Oh, Júpiter! ¡Oh, Baco!

¿No era posible que “Stephan Curtis” pudiese ser Harry Brooke?

»No, ¡fantástico! Harry Brooke había muerto. Suspendamos esta tontería.

»Al mismo tiempo, mientras que en vano miraba yo la alfombra buscando rastros dejados por el asesino, una ramita de mi cerebro distraído continuaba trabajando. De pronto, se me ocurrió que tenía a la vista la prueba que había tenido debajo de mis narices desde la noche anterior.

»Ahí adentro se había disparado un tiro, el presunto asesino, para su tarea, usó el revólver 32 *Ives Grant* que debía saber que Marion Hammond guardaba en la mesilla de noche, otra vez “Curtis”, y para el revólver descargado trajo cualquier arma vieja. ¡Muy bien!

»Algún tiempo después del tiro, la señorita Fay Seton se deslizó hasta el dormitorio y atisbó en el interior. Vio algo que la perturbó malamente. Fíjese usted que no estaba asustada. ¡No! Fue a causa de...

Miles Hammond intervino.

—Le diré, doctor Fell —insinuó—, que hablé con Fay en la cocina cuando hervía el agua. Venía del dormitorio. Su expresión era de odio mezclado con una angustia violenta. Al final de la conversación dijo: «¡Esto no puede continuar!».

El doctor Fell movió la cabeza.

—Y según estoy ahora enterado, ¿también le dijo que acababa de ver algo que no había observado antes?

—Sí. Es exacto.

—¿Qué pudo haber observado en el dormitorio de Marion Hammond? Fue lo que yo me pregunté en aquel mismo dormitorio, en presencia suya, del doctor Garvice, de la enfermera, y de «Stephan Curtis».

»Por otra parte, Fay Seton había estado un buen momento en ese cuarto el sábado a la noche, hablando con la señorita Hammond, evidentemente sin ver nada extraño en esta su primera visita a la habitación.

»Después recordé aquella extraña conversación que tuve más tarde con ella, esa misma noche, en el extremo del corredor, a la luz de la luna, cuando su actitud entera

ardía con una emoción reprimida que la hizo sonreír, una o dos veces, como un vampiro. Recuerdo la curiosa respuesta que dio a una de mis preguntas respecto de su charla con Marion Hammond durante la visita que le hiciera.

»—“Casi toda la conversación”, dijo Fay Seton refiriéndose a Marion, “la hizo ella, hablando sobre su novio, su hermano y los planes para el futuro.” Entonces Fay, sin motivo aparente, agregó estas palabras sin importancia: “*La lámpara estaba sobre la mesilla de noche. ¿Se lo dije?*”

»¿La lámpara? Esta alusión en seguida me chocó. Y ahora...

»Después que Marion fue encontrada aparentemente muerta, se llevaron dos lámparas a la habitación. Una la llevó usted —miró al profesor Rigaud— y la otra —miró a Miles— usted. Piensen ahora, ¡los dos! ¿Dónde pusieron estas lámparas?

—¡No le sigo! —exclamó Rigaud—. Mi lámpara, por cierto, la coloqué en la mesilla de noche junto a una que no estaba encendida.

—¿Y usted? —interrogó el doctor Fell a Miles.

—Acababan de decirme —replicó Miles pensando en el pasado— que Marion estaba muerta. Tenía la lámpara en mi mano y mi brazo entero se puso a temblar tanto que no pude sostener la, crucé el cuarto y la dejé sobre la cómoda.

—¡Ah! —murmuró el doctor Fell—. ¿Quiere decirme ahora qué más había sobre la cómoda?

—Un marco grande de cuero con una gran fotografía de Marion de un lado y otra también grande de “Steve” del otro. Recuerdo que la lámpara lanzaba una luz fuerte sobre ellas en esta parte del cuarto que antes había estado oscuro y...

Miles se interrumpió al comprender. El doctor Fell asintió con la cabeza.

—Una fotografía de «Stephan Curtis» brillantemente iluminada —dijo el doctor Fell—. Fue esto lo que Fay Seton vio al contemplar fijamente la habitación, después del tiro, cuando miró desde la puerta. Explica toda su actitud.

»Ella sabía. ¡Por Júpiter, ella sabía!

»Es probable que no adivinara cómo la treta de Cagliostro había operado, pero supo que la tentativa se había hecho con ella y no con Marion Hammond porque sabía quién estaba detrás de ello. El novio de Marion Hammond era Harry Brooke.

»Esto lo completaba. Era el acabose. Se puso verdaderamente pálida de odio y angustia. Una vez más había ella intentado encontrar una vida nueva, un medio nuevo; había sido decente, había perdonado a Harry Brooke y ocultado la prueba en contra de él por el asesinato de su padre; y el destino todavía no dejaba de perseguirla. El destino o alguna fuerza endemoniada que llevaba adentro, había traído a Harry Brooke de cualquier parte para querer quitarle la vida...

El doctor Fell tosió.

—Los he cansado bastante —se disculpó— aunque el proceso de pensarlo fue tal vez de tres segundos mientras me abstraía en aquel dormitorio en presencia de Miles

Hammond, del médico, de la enfermera y del mismo «Curtis» que estaba parado entonces junto a la cómoda.

»Después se me ocurrió que sería muy sencillo determinar si estaba en lo cierto respecto de la treta de Cagliostro. Hay un reactivo científico, llamado el reactivo de González, o la prueba del nitrato, con el que se comprueba infaliblemente si una mano determinada ha disparado o no un determinado revólver.

»Si Marion Hammond no hubiese apretado aquel gatillo yo podría escribir *Q. E. D.* Y si Harry Brooke estaba muerto, como se pretendía, parecería que el crimen había sido cometido por un espíritu maligno.

»Imprudentemente dije algo de ello, con disgusto del doctor Garvice, que respondió arrojándonos a todos fuera del dormitorio. Pero inmediatamente después hubo algunas interesantes consecuencias.

»Mi primer paso fue arrinconar a Fay Seton y hacerle admitir todo. Pedí al doctor Garvice, en presencia de “Curtis”, si sería tan amable de enviarme a la señorita Seton. A esto siguió, de parte de “Curtis”, un ataque de nervios que sorprendió aun a usted.

»De pronto comprendió que estaba perdiendo el tiempo, la joven podía subir en cualquier momento, él debía desaparecer de la vista. Dijo que iba a su cuarto a descansar y... ¡pum!..., me hubiera reído si todo no fuera tan grotescamente malvado y amargo. Tan pronto como “Stephan Curtis” tocó la puerta de su dormitorio, usted le gritó que no entrara porque el profesor Rigaud, que también conocía a Harry Brooke, dormía allí y no había que molestarlo.

»No, ¡por Júpiter! ¡No debía molestarlo!

»¿Duda usted otra vez de que “Curtis” se precipitara escalera abajo como si lo persiguiera el diablo?

»Tuve poco tiempo para meditar, porque el doctor Garvice regresó con una noticia que acabó de alarmarme. Fay Seton había partido. La nota que dejó, sobre todo aquella línea “Una cartera es tan útil, ¿no es cierto?” reveló el secreto o, más propiamente, el impermeable saltó de la cartera.

»Yo sabía lo que haría ella. Había sido un reverendo idiota por no haberlo comprendido la noche anterior.

»Cuando le dije a Fay Seton que si Marion Hammond se reponía, este asunto no interesaría a la policía, esto la hizo sonreír en forma aterradora y murmuró: “¿no intervendrá?”. Estaba enferma, cansada y pronta para estallar.

»En su cuarto de la ciudad tenía ella la prueba que aún podía enviar a Harry Brooke a la guillotina. Iba directamente a buscarla, volviendo con ella para arrojarla a nuestras caras y llamar para que lo arrestaran.

»Y entonces... ¡Fíjense!

»El presunto Stephan Curtis estaba realmente desesperado. Si apelaba a su inteligencia, todavía no estaba perdido. Cuando se deslizó en la oscuridad para imitar

la treta de Cagliostro, Marion no lo vio ni oyó voz alguna, excepto un susurro. Jamás habría pensado, ni lo pensó cuando después hablamos con ella, que el atacante era su propio novio. Nadie más lo había visto, se había introducido dentro de la casa, por la puerta del fondo, por la escalera de atrás, hasta el dormitorio y volvió a bajar para desaparecer antes de que los demás llegaran al dormitorio, después del tiro.

»¿Fay Seton volvería sola, con la prueba en su poder, a un lugar solitario del bosque?

»Por este motivo, mi estimado Hammond, lo envié con tanto apuro tras ella y le di instrucciones de no dejarla. Después, todo salió mal.

—¡Ah! —dijo el profesor Rigaud resoplando y golpeando en la mesa para llamar la atención.

»Este jovial *farceur* —continuó— se precipitó en mi dormitorio cuando estaba dormido, me sacó de la cama y me arrastró hasta la ventana diciéndome: “¡Mire!” Miré afuera y vi dos personas que salían de la casa. “Aquél es el señor Hammond” dijo él, “pero pronto, pronto, pronto, ¿quién es el otro hombre?” “Mi Dios”, exclamé, “estoy soñando o es Harry Brooke”, y se precipitó al teléfono.

El doctor Fell refunfuñó.

—No recordaba —explicó— que Hammond había leído la esquila de la mujer en alta voz, con un timbre retumbante que arrojó a un hombre medio loco hasta el pie de la escalera del fondo. Y —añadió el doctor Fell volviéndose hacia Miles— fue con usted en el automóvil hasta la estación. ¿No es así?

—¡Sí! Pero no subió al tren.

—Oh sí, lo hizo —dijo el doctor Fell— con el sencillo método de saltar después de usted. Usted no lo vio, ni pensó en él, porque estaba buscando tan febrilmente a una mujer. Cuando revisó aquel tren, usted no había echado una mirada detenida sobre ningún hombre que tuviera un periódico delante de la cara como tantos lo hacen.

»Fracasó también en encontrar a Fay Seton lo que se puede achacar a la sobreexcitación de su propio estado de ánimo. No había el menor misterio. Ella estaba con su espíritu aún menos sensible para las muchedumbres que el suyo; hizo lo que hace mucha gente hoy en día, si son mujeres bien parecidas y pueden conseguir lo que quieren: viajó en la cabina del guarda.

»Es ésta una digresión tonta que conduce a un fin trágico.

»Fay se fue a Londres con un confuso histerismo de rabia y desesperación. Iba a terminar con todo. Diría la verdad completa. Pero luego, cuando el inspector Hadley estaba en su cuarto incitándola a que hablara...

—¿Sí? —insinuó Bárbara.

—Comprendió que no podía hacerlo —dijo el doctor Fell.

—¿Quiere decir que todavía está enamorada de Harry Brooke?

—¡Oh, no! —dijo el doctor Fell—. Eso está pasado y terminado. Fue solamente una idea momentánea de hacer vida respetable. No; ahora era parte del mismo destino perverso que continuaba persiguiéndola en donde estuviera. Vea usted, el Harry Brooke que se había transformado en Stephan Curtis...

El profesor Rigaud movió las manos.

—Esto es otra cosa que no comprendo —interrumpió—. ¿Cómo se produjo este cambio? ¿Cuándo y cómo Harry Brooke se convirtió en Stephan Curtis?

—Señor —replicó el doctor Fell— por sobre todas las cosas, mi espíritu está aburrido de la rutina del fichero necesaria para verificar los documentos personales. Puesto que usted realmente ha identificado al hombre como Harry Brooke, dejo lo demás a Hadley. ¿Creo —miró a Miles— que no hace mucho tiempo que usted ha conocido a «Curtis»?

—No; solamente un par de años.

—¿Y, según su hermana, fue dado de baja en el ejército más o menos a principios de la guerra?

—Sí, en el verano de mil novecientos cuarenta.

—Mi propia conjetura —dijo el doctor Fell— es que Harry Brooke al estallar la guerra, no pudo soportar, en Francia, la amenaza constante que pesaba sobre él. Hizo pedazos su temperamento. No podía soportar la idea de que Fay Seton tuviese la prueba que podría... bueno... piense en la fría mañana al amanecer y en la hoja de la guillotina reluciendo delante de él.

»Decidió entonces hacer lo que muchos otros han hecho antes que él: zafarse y formar una nueva vida. Después de todo, los alemanes estaban invadiendo a Francia, en su opinión para siempre; de todos modos, había perdido el dinero y los bienes de su padre. En mi opinión hubo un verdadero Stephan Curtis que murió en la retirada de Dunquerque. Harry Brooke, en el ejército francés, estaba asignado al británico como intérprete. En el caos de aquella época, creo que tomó las ropas, los papeles y la identidad del verdadero Stephan Curtis.

»En Inglaterra construyó esta identidad. Habían pasado seis años, doce, contados en tiempos de guerra, desde la época en que aquel muchacho creía que deseaba ser pintor. Tenía ahora una situación bastante sólida. Estaba cómodamente comprometido con una joven que había heredado y que lo manejaba como en su fuero interno siempre deseó ser manejado...

—Es extraño que usted lo diga —refunfuñó Miles—. Marion hizo exactamente el mismo comentario.

—Ésta era la situación cuando apareció Fay para arruinarlo. El pobre no quería verdaderamente matarla, usted lo sabe. —El doctor Fell parpadeó mirando a Miles—. ¿Recuerda lo que le preguntó en el salón de té, en Waterloo, después que se hubo repuesto de la primera impresión de disgusto?



—¡Espere un poco! —dijo Miles—. Me preguntó cuánto tiempo le tomaría a Fay catalogar los libros de la biblioteca. ¿Usted dice...?

—Si hubiese sido más o menos una semana, como lo sugirió, habría encontrado alguna excusa para apartarse de su camino. Pero usted la descartó diciendo que necesitaría meses. Eso lo determinó. —El doctor Fell chasqueó los dedos—. Fay podía destruir su nueva posición aunque ella no lo denunciara como el asesino de su padre. Entonces, recordando la indicación de la vida de Cagliostro...

—Quiero aclarar mi testimonio sobre esto —dijo el profesor Rigaud con frenesí—. Cierta vez le dije, sí, que una persona con corazón débil podía asustarse y llegar a morir en esa forma. Pero el detalle de colocar cuidadosamente el revólver en la mano de la víctima para hacer creer que ella misma disparó el tiro; eso no lo creo. ¡Es un genio criminal!

—Estoy completamente de acuerdo —dijo el doctor Fell— y confío sinceramente en que nadie le imitará. Usted inventó un asesinato en el que la víctima parece haberse asustado hasta morir a la vista de algún intruso que nunca estuvo allí.

El profesor Rigaud todavía estaba frenético.

—No solamente no fue invención mía —declaró—, pero..., ¡cuánto odio yo el crimen!..., debo agregar este detalle, ni siquiera reconozco la treta cuando la desarrollan delante de mí. —Hizo una pausa, sacó un pañuelo del bolsillo y lo pasó por la frente.

»¿Tenía Harry Brooke —agregó— algún otro plan tan ingenioso cuando esta tarde siguió a Fay Seton a Londres?

—No —dijo el doctor Fell—. Sencillamente iba a matarla y a destruir todas las pruebas. Me estremezco al pensar lo que pudo suceder si hubiese él llegado a *Bolsover Place* antes que Hammond y la señorita Morell. Pero “Curtis” los iba siguiendo a ellos. ¿Ve usted? Estando Fay Seton en la cabina del guarda, él tampoco pudo encontrarla y tuvo que seguirlos para llegar a ella.

»Entonces llegó Hadley. Y “Curtis” que podía oír todo desde el corredor que daba al cuarto de *Bolsover Place*, perdió la cabeza. Ahora su única idea era conseguir aquel impermeable manchado de sangre, la sola cosa que totalmente lo condenaba, antes de que Fay perdiera el valor y lo descubriera.

»Movié el conmutador eléctrico principal en la caja de fusibles colocada en el pasillo, huyó en la oscuridad con la cartera y la dejó caer en la huida por agarrar fuertemente el impermeable todavía cargado con las pesadas piedras. Salió corriendo de la casa a dar con...

—¿A dar con qué? —preguntó Miles.

—Un policía —dijo el doctor Fell—. ¿Recuerda usted que Hadley ni siquiera se molestó en perseguirlo? Solamente abrió la ventana y silbó con su pito policial. Habíamos arreglado el asunto por teléfono, por si algo así ocurría.

»Harry Brooke, alias Stephan Curtis, fue retenido en la comisaría de Camden High Street hasta que Rigaud y yo llegamos de regreso de Hampshire. Luego fue traído a *Bolsover Place* para la identificación de forma, por parte de Rigaud. Le dije, estimado Hammond, que la tarea de Hadley no iba a ser agradable para uno de ustedes tres y me referí a usted. Pero me conduce a la única palabra que deseo decir al final.

El doctor Fell se echó atrás en su silla, recogió su pipa de espuma de mar apagada con sus cenizas blancas y volvió a dejarla. Un amplio malestar o algo por el estilo le hizo inflar las mejillas.

—Señor —empezó con voz de trueno que consiguió bajar de tono—, no creo que necesite preocuparse indebidamente por su hermana Marion. Por poco caballeresco que parezca, puedo decirle que esta joven es tan fuerte como una roca, sufrirá muy poco por la pérdida de Stephan Curtis. Pero Fay Seton es otro asunto.

En el pequeño comedor hubo un silencio, se podía oír la lluvia que caía afuera.

—Le he contado ahora toda o casi toda su historia —continuó el doctor Fell—. Nada más diré, puesto que no es asunto mío. Sin embargo, estos últimos seis años no han sido muy cómodos para ella.

»Fue perseguida desde Chartres. Fue perseguida, con amenazas de arresto por asesinato, aun en París. Me inclino a sospechar, ya que no quiso mostrar sus papeles de identidad franceses a Hadley, que su medio de vida era la calle.

»Pero en la naturaleza de esta joven hay una cualidad, llámela generosidad, llámela el sentimiento de la fatalidad, llámela como quiera, que no la dejaba hablar claro, aun al final, y denunciar a una persona que antes había sido su amigo. Ella siente que un destino fatal la persigue y que jamás la abandonará. Cuanto mucho, tiene solamente pocos meses de vida, descansa ahora en un hospital, enferma y descorazonada y sin esperanza. ¿Qué piensa usted de todo esto?

Miles se puso de pie.

—Voy a verla —dijo.

Cuando Bárbara Morell empujó atrás su silla se produjo un agudo ruido que raspaba la alfombra. Sus ojos estaban bien abiertos.

—¡Miles, no sea necio!

—Voy a verla.

Entonces habló con franqueza.

—Escuche —dijo Bárbara apoyando las manos sobre la mesa, y habló tranquila pero muy de prisa—. Usted no está enamorado de ella. Lo supe cuando me habló de Pamela Hoyt y del sueño que tuvo. Ella es igual a Pamela Hoyt: no es real, es una imagen polvorienta sacada de los libros viejos, un sueño que usted ha creado en su imaginación.

»¡Escuche, Miles! Esto lo ha hechizado. Usted es un idealista y nunca ha sido otra

cosa. Cualquier..., cualquier plan descabellado que tenga en la cabeza sólo puede terminar en desastre, aun antes de que ella muera. ¡Miles, por el amor de Dios!

Se inclinó sobre la silla donde había dejado su sombrero.

Bárbara Morell, sincera, comprensiva, advirtiéndole por su propio bien, como lo hiciera Marion, alzó su voz hasta dar un pequeño grito.

—Miles, es una tontería. ¡Piense en lo que ella es!

—No me importa un comino lo que sea —dijo—, voy a verla.

Y una vez más, Miles Hammond salió del pequeño comedor de casa de Beltring y a prisa por la escalera privada se lanzó a la lluvia.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y Sir Henry Merrivale.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de Sir Arthur Conan Doyle y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Literalmente, «Club del Asesinato». (N. de la T.) <<

[2] Famoso asesino que vendía los cadáveres de sus víctimas a un profesor de anatomía de la Universidad de Edimburgo. <<

[3] Corbata de caídas largas que usan los hombres y las mujeres. (N. del E. D.) <<



[4] Manta peluda que se echa sobre la cama. (N. del E. D.) <<

[5] Famoso conductor de carreras y periodista automovilístico inglés. Ostentó el récord mundial de velocidad en tierra y en el agua varias veces durante los años 1920 y 1930 con los vehículos llamados *Blue Bird*. (N. del E. D.) <<